

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

Departamento de Psicología Social



**PSICOLOGÍA Y FEMINISMO: UNA APROXIMACIÓN
DESDE LA PSICOLOGÍA SOCIAL DE LA CIENCIA Y
LAS EPISTEMOLOGÍAS**

**MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
PRESENTADA POR**

Silvia García Dauder

Bajo la dirección del Doctor:

Florencio Jiménez Burillo

Madrid, 2003

ISBN: 84-669-2370-5

PSICOLOGÍA Y FEMINISMO:

**UNA APROXIMACIÓN DESDE LA PSICOLOGÍA
SOCIAL DE LA CIENCIA Y LAS EPISTEMOLOGÍAS
FEMINISTAS**

SILVIA GARCÍA DAUDER

**DPTO. PSICOLOGÍA SOCIAL
FACULTAD DE PSICOLOGÍA
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID**

DIR.: FLORENCIO JIMÉNEZ BURILLO

**TESIS DOCTORAL
MADRID, 2003**

ÍNDICE

Índice	1
Agradecimientos	2
Introducción	3
Las Mujeres en la Psicología y las Articulaciones Psicología-Feminismo	3
De los Estudios Psicosociales de la Ciencia...	6
... A una Aproximación Psicosocial a la Psicología como Ciencia	12
Los Estudios Feministas de la Ciencia: “La Cuestión de las Mujeres en la Ciencia”	18
Las Epistemologías Feministas: “La Cuestión de la Ciencia en el Feminismo”	41
I. Reconstruyendo Contextos	57
El Largo Debate en torno a la Naturaleza y Educación de las Mujeres	60
Individualidad y Ciudadanía en la Nueva Mujer: los Inicios del Movimiento Feminista en EEUU	72
La Reacción Antifeminista: Moral Victoriana y Romanticismo Sexual en los Discursos Científicos	81
“La Más Nueva de Todas las Ciencias...”	97
II. La Situación de las Mujeres en la Psicología (EEUU 1879-1930)	102
La Mayoría Recupera su Memoria: La Historia Olvidada de las Mujeres en la Psicología	103
Mecanismos de Exclusión	112
Mecanismos Ideológicos de Exclusión: El Legado Antifeminista y Reaccionario de los Psicólogos	112
Mecanismos Institucionales de Exclusión	131
Barreras Interpersonales y Subjetivas	165
Mecanismos de Resistencia Feminista	180
Resistencias Individuales	180
Resistencias Ideológicas	192
Resistencias Organizacionales	220
Resistencias Interpersonales y Subjetivas	232
III. Articulaciones Psicología y Feminismo	251
Referencias Bibliográficas	262

AGRADECIMIENTOS

Parece que los agradecimientos debieran ser reclusos a la ciencia entre bastidores, en mi caso forman parte de la obra. Agradezco y decido esta tesis fundamentalmente a aquellas personas que han hecho posible derrumbar dos mitos: el primero, que la tesis es un producto de autoría individual; el segundo, que debe ser un trabajo “sin ira ni pasión”. He vibrado con ella y he querido y aprendido al mismo tiempo, he disfrutado en el proceso de diluir límites...

a Floro por tu paciencia y tu confianza, por ayudarme en este proceso de incorporación y socialización profesional en el que es tan difícil la entrada y son tan difíciles las decisiones, gracias por leer a las feministas, algo no muy usual en el mundo masculino de la academia...

a mi familia por encima de todo, por vuestro apoyo y cariño, vuestra comprensión y por proporcionarme un hogar al que siempre quiero volver...

a Carmen por nuestras confusiones, esta tesis debería llevar tu nombre... gracias Esperanza, “esta caricia es política”... a Raquel y Laura por una amistad que me hace vibrar... a Luisa por enseñarme la teoría feminista y por tu amistad... a Cristina por enseñarme la filosofía del gitanillo lorquiano...

a las chicas de la karakola por no dejar que me esclerotizara en el mundo académico feminista y me interesara por otras opresiones...

a Pepe, compañero de tesis y amigo, a los “posmos” por nuestras discusiones y buenos momentos... a las/los “nómadas” que hicieron posible los encuentros Madrid-Barcelona...

a Nydza y Erica Burman por acogerme en mis viajes... a Eulalia Pérez Sedeño y Marta González por enseñarme las epistemologías feministas y el mundo de las mujeres en la ciencia... A Eduardo, Florentino e Ileana...

a las mujeres feministas que han hecho posible esta tesis y a todas las excéntricas inapropiadas/bles...

INTRODUCCIÓN

LAS MUJERES EN LA PSICOLOGÍA Y LAS ARTICULACIONES PSICOLOGÍA-FEMINISMO

“De la cuestión de las mujeres en la ciencia a la cuestión de la ciencia en el feminismo” fue la evolución que Sandra Harding¹ (1986/1996) describió respecto a las críticas feministas de la ciencia a partir de mediados de los setenta. Esta investigación también partió de preguntas sobre la *situación de las mujeres en la psicología*: ¿hubo mujeres en psicología?, ¿quiénes fueron?, ¿cuáles fueron sus contribuciones?, ¿fueron sus situaciones y experiencias diferentes a las de sus compañeros de disciplina?, ¿con qué barreras ideológicas, institucionales y psicológicas se enfrentaron?, ¿cómo influyeron en sus carreras profesionales y en sus contribuciones a la ciencia?, ¿por qué han sido invisibilizadas y olvidadas en las narraciones históricas?, ¿por qué no extraña su ausencia?, etc. No obstante estas preguntas de carácter socio-histórico y pedagógico se han ido entrecruzando con otras dos cuestiones epistémico-políticas: la *cuestión de la psicología en el feminismo* –la utilización de los conocimientos científicos psicológicos con fines políticos feministas- y la *cuestión del feminismo en la psicología* –cómo los discursos científico-psicológicos han sido afectados por la presencia de mujeres y los discursos feministas, y cómo la definición de la psicología y sus prácticas se ha visto afectada por la exclusión de mujeres y sus contribuciones en las narrativas históricas y socializadoras de la disciplina-.

El análisis sobre la articulación de estos tres ejes temáticos –la situación de las mujeres en la psicología, la cuestión de la psicología en el feminismo y la cuestión del feminismo en la psicología- planteaba una doble alternativa: o bien un análisis histórico desde los comienzos de la institucionalización de la psicología como ciencia hasta nuestros días; o bien un análisis psicosocial más pormenorizado, en un contexto histórico-social y

¹ Con el objeto de evitar “sesgos atribucionales” que tienden a asignar por defecto una autoría masculina ante iniciales “neutras”, en este trabajo se ha optado por la explicitación de los primeros nombres de autores/as la primera vez que son citados, así como en la bibliografía final.

epistemológico concreto, sobre la situación y experiencias de las mujeres en la psicología y los entrecruzamientos y configuraciones de los discursos psicológicos y feministas. La opción elegida en este trabajo ha sido la segunda, analizando en concreto el contexto espacio-temporal de 1850 a 1930 en EEUU.

La delimitación geográfica en EEUU se justifica en parte por la posibilidad de acceso y traducción de fuentes originales, pero fundamentalmente porque a pesar del mito wundtiano de origen, la psicología como disciplina científica independiente fue una invención más estadounidense que alemana –donde la psicología seguía bajo la tutela de la filosofía- (Kurt Danziger, 1979). Por otro lado, las periodizaciones de la historia *mainstream-malestream* no coinciden necesariamente con los períodos históricos relevantes para la situación de las mujeres. Así, la elección temporal de esta investigación se corresponde con un período especialmente significativo para la historia general de las mujeres en EEUU –lo que se ha denominado la “primera ola” del feminismo- y para la historia de las mujeres en la psicología en particular. Kate Millett (1969/1995) lo denominó “la primera fase de la revolución sexual” e historiadoras como Margaret Rossiter (1992) se han centrado en dicho período para analizar la situación de las mujeres en la ciencia. La ideología de la segregación sexual de esferas, la moral victoriana y el romanticismo sexual coexistían con la progresiva incorporación de mujeres fundamentalmente blancas y de clase media a la educación superior y a las profesiones, e irrumpía de forma “amenazadora” la “Nueva Mujer” impulsada por los movimientos de mujeres y sus derivaciones feministas y sufragistas. Es un período de efervescente activismo social y proliferación de grupos de mujeres que saltan al espacio público demandando la mejora de las condiciones de determinados grupos sociales. Si 1848 con la *Declaración de Seneca Falls* marcó según las historiadoras los orígenes del movimiento feminista y sufragista estadounidense, la década de 1920-1930 supuso el cierre de este período de movilizaciones históricas para el movimiento feminista-sufragista. Las reivindicaciones del sufragio para las mujeres habían eclipsado en cierto modo el resto de demandas socio-políticas, y tras la consecución del voto en 1920 el movimiento feminista experimentó una parálisis coincidiendo con un período conservador y de crisis económica.

Por otro lado, es un período de culto y optimismo científicista: la ciencia se hace sinónimo de reforma, de liberación frente a las injusticias derivadas del antiguo régimen y de necesario antídoto desinteresado frente a los problemas sociales ligados a la revolución industrial y los procesos de urbanización. Se produce una apertura progresiva de

universidades modeladas en el sistema alemán y diferentes ciencias se institucionalizan, entre ellas la psicología.

En definitiva, es un período significativo en EEUU tanto para el movimiento feminista como para la historia de la ciencia –y de la psicología-. Los discursos feministas y psicológicos se incorporan a los debates científicos y sociales de la época en un proceso de reconfiguración mutua. Pero además, el período de 1850-1930 abarca la vida de la primera generación de mujeres psicólogas y gran parte de la segunda generación -lo que se podría denominar como la “primera ola” de la psicología feminista-. Estas mujeres fueron pioneras no solo en la profesionalización científica y en la psicología, también en transgredir los roles sexuales y adentrarse en el ámbito masculino de lo público. Por ello resulta interesante analizar las barreras ideológicas, institucionales y también psicológicas a las que se enfrentaron estas pioneras, así como sus mecanismos de resistencia en un momento histórico paradójico en el que mientras dos pioneras psicólogas alcanzaban la presidencia de la *American Psychological Association* –lo que no volverá a repetirse hasta 1970-, simultáneamente se prohibía la presencia de las mujeres en las aulas universitarias.

Este trabajo se ha dividido en cuatro partes diferenciadas. En la *Introducción* se presentan las diferentes herramientas teórico-epistemológicas que han constituido las condiciones de posibilidad de esta investigación: los estudios psicosociales de la ciencia y de la psicología, y los estudios críticos feministas a la ciencia y a la psicología en sus dos variantes: la cuestión de las mujeres en la ciencia –como sujetos y como objetos de conocimiento- y la cuestión de la ciencia en el feminismo y el desarrollo de las epistemologías feministas. En el primer bloque, *Reconstruyendo contextos*, se recoge un breve repaso histórico sobre los debates en torno a la naturaleza y educación de las mujeres, para posteriormente presentar los contextos sociales, políticos y científico-ideológicos del siglo XIX en los que surgieron el feminismo estadounidense como movimiento social y la psicología como ciencia. El segundo bloque, *La situación de las mujeres en la psicología (EEUU 1879-1930)*, se introduce con una breve presentación de la primera y segunda generación de mujeres psicólogas y la necesidad de recuperar su historia olvidada, y continúa con un análisis sobre los mecanismos de exclusión que experimentaron –ideológicos, institucionales, interpersonales y subjetivos- y sus diferentes mecanismos de resistencia feminista –individuales, ideológicos, organizacionales, interpersonales y subjetivos-. El último bloque concluye analizando las *Articulaciones Psicología y Feminismo*: la cuestión de la

psicología en el feminismo y la cuestión del feminismo en la psicología, tratando de integrar para ello los diferentes análisis de los apartados anteriores.

DE LOS ESTUDIOS PSICOSOCIALES DE LA CIENCIA...

Hablar de *psicología social de la ciencia* como “filtro óptico” desde el cual analizar la situación de las mujeres en la psicología y las articulaciones entre psicología y feminismo en un período concreto, supone partir de determinados presupuestos epistemológicos fruto de lo que Michael Mulkey (1969/1980) denominó “fertilizaciones cruzadas” y hoy denominaríamos interdisciplinariedad. El análisis exclusivamente filosófico del conocimiento con su concepción *trascendental-universal-racional-objetiva-autónoma* del sujeto cognoscente ha sufrido sucesivos procesos de relativización histórico-socio-psicológica (Florencio Jiménez Burillo, 1997). La ciencia, como *conocimiento* científico que es, no ha sido inmune a ello a pesar de su supuesto privilegiado carácter epistémico. La paradoja es que la propia ciencia –esta vez en forma de “meta-ciencia”- se ha presentado como sustituta de la epistemología filosófica para analizarse a ella misma y en sus mismos términos: el cientificismo del análisis de la ciencia ha desmontado su propia racionalidad lógica (José A. López Cerezo, José Sanmartín y Marta González, 1994). La filosofía de la ciencia ha dejado de ser el único árbitro de análisis y evaluación científica, y múltiples ciencias –entre ellas la psicología, pero también la biología, la antropología o la sociología- se han presentado como “epistemologías naturalistas” en un proceso histórico-académico no ajeno a luchas políticas disciplinares. La inscripción de este trabajo bajo la etiqueta “psicología social de la ciencia” tampoco es ajena a ello, no obstante sus análisis son fruto de la disolución de rígidas fronteras disciplinares y de la riqueza de esas fertilizaciones cruzadas o posiciones traidoras-intrusas.

Desde el empirismo lógico de la *concepción heredada*, la separación entre factores internos y externos -cognitivos y sociales- en la ciencia, junto con la separación entre contexto de descubrimiento y contexto de justificación, proporcionaron la delimitación de dos disciplinas cuyos objetos de estudio resultaban perfectamente discernibles: por un lado, una *filosofía “interna” de la ciencia*, filosofía justificacionista de la verdad y la evidencia –con su correspondiente historia de las ideas, una historia lineal y acumulativa de reconstrucciones racionales-; por otro lado, una *sociología “externa” de la ciencia*, una sociología del error o de la

“mala ciencia” y de los planteamientos de problemas. Limitados todavía por esta distinción y circunscritos a esa sociología de lo “externo” o del “error” en la ciencia, los análisis institucionales de Robert Merton y de su escuela –especialmente los análisis de Harriet Zuckerman- han proporcionado un referente nada desdeñable para futuras investigaciones psicosociales. Más que el establecimiento de un *ethos* científico normativo –la clásica tesis de los Cudeos: “universalismo, comunismo, desinterés y escepticismo organizado”-, lo que a mi entender resulta rescatable para un análisis psicosocial de la ciencia son los análisis mertonianos sobre la organización social de los científicos: sus pautas de conducta y de intercambio en torno a valores y normas, sus ambivalencias axiológicas, la importancia del reconocimiento público entre pares y sus relaciones con la excelencia, y muy especialmente sus descripciones sobre las pautas de estratificación social y las desigualdades entre los científicos –entre ellas, el llamado “efecto Mateo”- (Merton, 1960/1985, 1963/1985, 1968a/1985, 1968b/1985).

Pero será fundamentalmente a partir del giro socio-historicista kuhniano, que la historia, la sociología y la psicología se convierten en disciplinas relevantes en el estudio sobre las comunidades científicas. La rígida separación entre factores internos y externos, entre contexto de descubrimiento y contexto de justificación, se difumina y con ello las fronteras clásicas entre especialidades académicas. La ciencia entendida como *teorías* científicas o conjuntos de enunciados racionales y ahistóricos, es analizada por Thomas Kuhn (1962/1995) como *prácticas sociales* de científicos agrupados en *comunidades* socio-históricamente situadas, donde se alternan períodos acrílicos de dogmatismo paradigmático y períodos de crisis y cambio. Los análisis psicosociales encuentran en *La estructura de las revoluciones científicas* un lugar privilegiado para comprender tanto la permanencia de un paradigma –vulnerando constantemente el *ethos* científico mertoniano-, como los períodos “revolucionarios” de ciencia extraordinaria. En el primer caso, Kuhn resalta la importancia de la educación y de la socialización profesional –fundamentalmente vía libros de texto-, los procesos grupales dentro de la comunidad científica para alcanzar consensos, o los prejuicios, tensiones y resistencias cognitivas de los científicos a consecuencia de las presiones dogmáticas de una tradición comunitaria que canaliza los problemas y las soluciones pensables y aceptables. En el segundo caso, apela a la psicología de la *gestalt* para entender los procesos de “conversión”, a la psicología de persuasión de masas aplicada a la comunidad científica y analiza la posición privilegiada de los jóvenes menos “entrampados” con la tradición de la ciencia normal. Kuhn, en definitiva, abre un espacio interdisciplinar donde se incorporan los análisis psicosociales de la ciencia al entenderla no como un

conjunto de teorías elaboradas “al vacío” por científicos individuales, racionales y autónomos, sino como prácticas sociales en el seno de una comunidad científica.

No obstante, el cambio “gestáltico” que supuso Kuhn vino precedido por una reacción antipositivista que ya comenzaba a apuntar espacios de análisis psicológicos y psicosociales en el estudio de la ciencia. El segundo Wittgenstein había recuperado el papel del lenguaje -no ya representativo como defendió en su primera etapa, sino pragmático- afirmando que toda verdad es intersubjetiva y dependiente del contexto de uso –de “formas de vida” con sus “juegos del lenguaje” y sus reglas convencionales-. Por otro lado, el argumento de la *carga teórica de la observación* de Hanson, el paso del “ver qué” al “ver cómo” o el reconocimiento de filtros ópticos en función de los diferentes artefactos teóricos, implicaba entre otras cosas reconocer la relevancia de los estudios sociocognitivos sobre la percepción. El argumento de la *infradeterminación de la teoría por la experiencia* de Duhem-Quine, especialmente en situaciones de incompatibilidad teórica y equivalencia empírica en episodios de controversias científicas, requería acudir a factores sociales para explicar las resoluciones. De esta forma, se resaltaba el carácter intersubjetivo y pragmático-contextual de las verdades científicas, se asumía la importancia de variables cognitivas en la observación de los hechos y se asumía que en determinadas situaciones de competencia entre teorías era la comunidad científica y no la naturaleza-realidad quien marcaba los criterios para decidir sobre su aceptabilidad.

Pero la “revolución” kuhniana dio pie a su vez a lo que se ha denominado el *giro naturalista* en el estudio de la ciencia: la aplicación de la ciencia a su propio estudio. Los conocimientos científicos de la psicología podían ser de utilidad para explicar tanto el comportamiento individual como el social de los propios científicos. Willard Van Orman Quine (1969) será uno de los principales defensores de la transformación de la epistemología en una ciencia psicológica cognitiva-experimental, impulsando toda una serie de estudios empíricos de psicología de la ciencia sobre las cogniciones individuales de los científicos (Ronald Giere, 1988; William Shadish y Steve Fuller, 1994). Pero más que las tradiciones empíricas y cognitivas quineanas de psicología “básica”, de especial interés para este trabajo son las derivaciones psicosociales –empíricas o no- del trabajo de Kuhn. Por ejemplo la aplicación realizada por Mulkay (1969/1980) de la teoría sociocognitiva de Festinger –en términos de “fuerte necesidad de consonancia cognoscitiva” en la ciencia- para desmontar los imperativos mertonianos y mostrar la rigidez cognoscitiva de los científicos producto de una socialización y educación dogmática. Por otro lado, los análisis de Mulkay –fundamentalmente cuando sigue a Ben-David- son especialmente interesantes

para estudiar la primera y segunda generación de mujeres psicólogas, por cuanto defendió el potencial innovador de los científicos prácticos y de los “híbridos en cuanto a roles” –lo que más tarde la socióloga feminista Dorothy Smith (1987) denominó posiciones de “conciencia bifurcada”-. Mulkay (1969/1980) resaltó el carácter epistémico privilegiado para el “descubrimiento de nuevos campos de ignorancia” de estas posiciones abiertas y trans-fronterizas gracias al potencial creativo de la “interacción de marcos normativo-cognoscitivos divergentes” y las “fertilizaciones cruzadas”.

En el ámbito de la sociología, el giro naturalista proporcionó un desplazamiento de la *sociología de la ciencia* de inspiración funcionalista-mertoniana a la *sociología del conocimiento científico*. El análisis sociológico abre la caja negra de los *contenidos* científicos y se introduce en los procesos de la ciencia *haciéndose* en su cotidianeidad. De esta forma, las *razones* lógicas filosóficas son sustituidas por los *intereses* o *causas sociales* en la génesis y validación de los productos científicos (Carlos Solís, 1994). El giro social rompe definitivamente con la distinción entre contexto de descubrimiento y contexto de justificación e introduce un relativismo social frente al representacionismo, el racionalismo individual y el fundacionalismo de las verdades universales: el conocimiento científico está socialmente construido –no representa una realidad externa- y la actividad científica es producto de grupos sociales concretos y no de sujetos epistémicos autónomos e ideales.

A partir de los principios establecidos por el *programa fuerte* de David Bloor, la sociología del conocimiento científico trata de proporcionar explicaciones causales sobre las condiciones sociales que producen las creencias científicas (*causación social*); se aplica tanto a los conocimientos verdaderos como a los falsos (*imparcialidad*) y ambos son explicados por los mismos tipos de causas –sociales- (*simetría*). Frente a la asimetría que explicaba la verdad mediante la Naturaleza y el error mediante la Sociedad, el programa empírico de Bloor propone la “simetría” de explicar no solo el error sino también la verdad mediante explicaciones sociales. A ello se le une el principio de la *reflexividad*, es decir, la aplicación circular de los conocimientos sociológicos sobre la propia sociología del conocimiento científico. El programa es aplicado a determinados episodios históricos, de entre los cuales, y en cuanto a la historia de la psicología se refiere, son relevantes los análisis macrosociales de Steven Shapin (1975/1994) sobre las controversias entre frenólogos y filósofos morales, explicadas en función de sus diferentes posiciones, intereses y valores en la sociedad estratificada del Edimburgo del siglo XIX. Este tipo de estudios introducen la importancia de los intereses cognoscitivos y sociales desde diferentes niveles de análisis: intereses de los grupos de investigación, intereses *invertidos* de grupos

profesionales rivales e intereses sociales en la frontera o externos a la ciencia (Solís, 1994). Más cercanas a análisis psicosociales por su carácter “meso-social” son las investigaciones sociológicas de Harry Collins en los años 80 -desde el *programa empírico del relativismo* y recogiendo los principios de simetría e imparcialidad- sobre la flexibilidad interpretativa de los resultados experimentales y los mecanismos de negociación y cierre en controversias científicas contemporáneas.

Desde una perspectiva diferente, la *etnografía* o antropología de la “vida en el laboratorio” desarrollada por Bruno Latour, Steve Woolgar y Karin Knorr-Cetina también ofrece importantes conexiones con análisis psicosociales, pero esta vez sin recurrir a un contexto social externo para explicar la construcción social de los hechos científicos: los hechos están *hechos* en los procesos de la *ciencia en acción*. Por ello, como “antropólogos inocentes” se introducen en los laboratorios, centros neurálgicos en la producción del conocimiento científico y espacios donde se crea orden a partir de un desorden de prácticas, equipos materiales, financiaciones, técnicas de persuasión, datos, informes, etc. Rompiendo con polos *a priori* naturaleza-sociedad, en sus análisis lo natural y lo social se conforman y producen como *subproductos* de los propios procesos científicos. Así, Latour y Woolgar (1979/1995) describen en *La vida en el laboratorio* la construcción de carreras individuales sin separar el sujeto resultante de la actividad de construcción de hechos en cuyo curso es creado. No obstante, su tendencia a analizar el comportamiento de los científicos desde una especie de psicología económica clásica en términos de “inversiones en credibilidad”, si bien reconoce que la producción racional de ciencia pura es simultánea a estrategias políticas, tiende a reducir los comportamientos científicos a cálculos racionales y a la rentabilización máxima del “capital simbólico” de los investigadores. Como más tarde señalará el propio Woolgar (1991) adolecen de la “invisibilidad modesta” del antropólogo (Donna Haraway, 1997) que no interroga sus propios posicionamientos o tecnologías de la representación –en este caso la utilización de metáforas capitalistas y militares-.

Otra de las corrientes dentro de la sociología del conocimiento científico, la *etnometodología de la actividad científica*, fundamentalmente utilizando el análisis conversacional o del discurso, coincide con los estudios de laboratorio en acudir al lugar de trabajo de los científicos para analizar “la ciencia entre bastidores”, sus prácticas cotidianas, lo incuestionado o no problemático en las rutinas científicas. Los análisis etnometodológicos de Harold Garfinkel influyeron a su vez en las reflexiones de Woolgar (1991) sobre el principio de reflexividad –la réplica “tu también” y las paradojas que genera-, extendiéndolo a un plano de relativismo ontológico que celebra la autocontradicción y rechaza la

supremacía interpretativa científica al ser entendida como forma social literaria. Frente a la idea de descubrimiento científico basada en la representación de objetos anteriores y externos, para este autor los descubridores construyen activamente su objeto mediante la argumentación. Woolgar (1991) consecuentemente propone una *etnografía reflexiva* de la ciencia que lejos de aparentes inocencias antropológicas reconozca y analice en un ejercicio de reflexión sus ineludibles usos de la representación. Frente al “fraude ontológico” del etnógrafo que describe la ciencia en acción desde ninguna parte, propone que se interroge a sí mismo e interroge sus usos o tecnologías de la representación, no para explicarlos pero tampoco para huir de ellos. Reclama nuevas formas alternativas de explicación para la ciencia social –entre ellas las literarias- que acaben con el “exotismo de lo otro”, es decir, la distancia retórica entre el analista y el objeto.

Otra reciente perspectiva dentro de los estudios sociales de la ciencia, la *teoría del actor-red* (ANT), ha sido presentada como una “revolución contracopernicana”, “un giro más después del giro social” (Latour, 1992). Al analizar la ciencia en acción –y no la ciencia o la tecnología ya elaboradas- presta atención especial a la cuestión del poder y a los procesos de “traducción” que permiten a los investigadores imponer su particular definición de la situación. Lo “revolucionario” de esta perspectiva es que asume que en el proceso de construcción de hechos adquieren relevancia no solo los agentes sociales-humanos, sino también los recursos no humanos. Sus principales representantes –Michel Callon, Bruno Latour o John Law-, proponen una radicalización del principio de simetría de Bloor de tal forma que Naturaleza y Sociedad no se tomen como dualismos explicativos ya dados *a priori* –en el caso del realismo acudiendo a la naturaleza, en el caso del constructivismo acudiendo a la sociedad-, sino que ambos sean explicados en los mismos términos como *productos* y no como causas de los procesos y negociaciones de la ciencia en acción donde se articulan actores humanos y no humanos. Su propuesta ontológica hace estallar el dualismo entre las *pasivas cosas-en-sí* o los *humanos-entre-sí* para liberar la proliferación blasfema de híbridos por debajo y en medio de los dos polos (Latour, 1992). Los monstruos *cyborg* (Haraway, 1995, 1999) o los *cuasi-objetos* en proceso (Latour, 1992) se han revelado y reclaman su estatus ontológico en forma de híbridos funcionales –*actantes* o *proposiciones*- donde se mezcla lo social, lo tecnológico, lo político o lo científico en cadenas heterogéneas de asociaciones. “Lo social-humano” no es ya el principio explicativo como reclama el socioconstruccionismo. No tiene sentido entrar en el juego del dualismo naturaleza-sociedad porque ambos son artefactos teóricos productos y no causas de una extensa red de relaciones donde se entremezclan y reconfiguran híbridos con fronteras

borrosas y sin esencias fijas. La teoría del actor-red –*actor-network theory*- hace referencia a entidades irreducibles a actores o a redes, en tanto que constituidas articuladamente en y por los vínculos que las conforman (Callon, 1998). En las articulaciones actores-redes existen conexiones más potentes que otras y se introduce la agencia de los actores no humanos –animales, máquinas u objetos- con capacidad para *objetar*. «El actor-red (...) está compuesto, igual que las redes, de series de elementos heterogéneos, animados e inanimados, que han sido ligados mutuamente durante un cierto tiempo. Así, el actor-red se distingue del actor tradicional de la sociología, una categoría que generalmente excluye cualquier componente no humano, y cuya estructura interna muy raramente es asimilada a una red. Pero el actor-red no debería, por otro lado, ser confundido con una red que liga de manera más o menos predecible elementos estables que están perfectamente definidos, ya que las entidades de las que se compone, sean éstas naturales o sociales, pueden en cualquier momento redefinir sus identidades y relaciones mutuas y traer nuevos elementos a la red. Un actor-red es, simultáneamente, un actor cuya actividad consiste en entrelazar elementos heterogéneos y una red que es capaz de redefinir y transformar aquello de lo que está hecha.» (Callon, 1998: 156).

... A UNA APROXIMACIÓN PSICOSOCIAL A LA PSICOLOGÍA COMO CIENCIA

Las diferentes contribuciones de la *psicología social* al estudio de la ciencia han incorporado aportaciones desde la “psicología cognitiva de la ciencia” siguiendo una tradición quineana, desde la “sociología de la ciencia” mertoniana o desde las diferentes corrientes de “sociología del conocimiento científico”. En un ejercicio de institucionalización –y a veces simultáneamente de crítica y resignificación del área- varios trabajos ya han recopilado los contenidos “propios” de una psicología social de la ciencia que aplica las teorías –fundamentalmente cognitivas- y los métodos –fundamentalmente empíricos- psicosociales al estudio de la actividad científica en contexto social (Shadish y Fuller, 1994; Pallí e Iñiguez, 1997; Miquel Doménech, Lupicinio Iñiguez, Cristina Pallí y Francisco Javier Tirado, 2000). Las investigaciones recopiladas representan una alternativa a los estudios sobre el conocimiento científico que toman al sujeto de conocimiento de forma individual y olvidan los análisis kuhnianos sobre la producción de ciencia en comunidades científicas. Estas revisiones enumeran investigaciones empíricas sobre

normas y normativización en la investigación y publicación científica, redes sociales de comunicación formal e informal, procesos de influencia de mayorías y minorías, procesos de comparación social, sistemas de valores y creencias, las relaciones entre ciencia e ideología, el contexto organizacional de la investigación científica, etc. La bibliografía es extensa y ya ha sido recopilada en las anteriores referencias, no obstante, sirvan como botón de muestra los análisis de Serge Moscovici (1993) sobre grupos mayoritarios y minoritarios en la ciencia, o los estudios sobre influencia social en los procesos de consecución de consenso científico de Robert Rosenwein (1994).

Desde posiciones socioconstruccionistas se ha criticado el individualismo, cuantitativismo y experimentalismo de la mayoría de estos trabajos que limitan lo social a «una simple influencia contextual que incide en las personas modificando su conducta» (Doménech, Íñiguez, Pallí y Tirado, 2000: 83). Estas revisiones críticas proponen otra psicología social de la ciencia de corte más sociológico, inspirada en el construccionismo social y las críticas a la psicología social *mainstream*. Dentro de esta segunda línea derivada del llamado “giro lingüístico” en las ciencias sociales, y que ha impulsado métodos y técnicas cualitativas en psicología social como el análisis conversacional o el análisis del discurso, han surgido análisis psicosociales sobre la retórica objetivista del lenguaje científico o la construcción discursiva de hechos y verdades científicas (Tomás Ibáñez, 1985; Kenneth Gergen, 1989; Jonathan Potter, 1998).

Por otro lado, se han venido desarrollando toda una serie de trabajos influidos por el artículo clásico de Gergen (1973/1998) “La Psicología Social como Historia” que proponen una psicología social crítica –entendida como historia en contexto social- de la propia psicología, con influencias de la historiografía –la “nueva historia de la psicología” (Laurel Furumoto, 1992b)-, la sociología del conocimiento y los análisis genealógicos foucaultianos sobre las relaciones poder/saber y los procesos de conformación de subjetividades.

«La sensibilidad y las estrategias de investigación propias del historiador podrían fortalecer el entendimiento de la psicología social, tanto pasada como presente. Especialmente útil sería la sensibilidad del historiador hacia las secuencias causales a través del tiempo. La mayoría de la investigación psicosocial se focaliza en segmentos de un minuto a lo largo de procesos en marcha. Nos hemos centrado muy poco en la función de esos segmentos dentro de su contexto histórico. Disponemos de escasa teoría que trate de la interrelación de acontecimientos a lo largo de períodos dilatados de tiempo. Del mismo modo, los historiadores podrían beneficiarse de las metodologías más rigurosas empleadas

por los psicólogos sociales así como de su particular sensibilidad para las variables psicológicas. Sin embargo, el estudio de la historia, tanto pasada como presente, debería ser emprendido dentro del marco más amplio posible. Los factores políticos, económicos e institucionales son todos ellos *inputs* necesarios para una comprensión de forma integrada. Concentrarse sólo en la psicología proporciona una comprensión distorsionada de nuestra condición actual.» (Gergen, 1973/1998: 49).

En esta línea, Jill Morawski (1984a) reclama la recuperación de la propuesta de Wundt de hacer una psicología social histórica (*folk psychology*), e insiste en la conveniencia de una psicología social que lejos de limitarse a una metodología positivista se aproveche del pluralismo metodológico y epistemológico que ofrece la historia. Estos trabajos que toman a la psicología –su historia, sus prácticas y sus discursos en sus diferentes ramas de especialización- como objeto de análisis, entroncan con una tradición crítica y reflexiva de la psicología cuyo referente más lejano sea quizá George Canguilhem (1958/1980). En su artículo ya clásico “What is Psychology?” se preguntaba “¿quién selecciona a los seleccionadores?” o “¿qué pasaría si tratásemos a los psicólogos también como a insectos?” o si hiciésemos una psicología de los administradores y creadores de tests. En la década de los 70, tres trabajos servirán también de antecedentes de los mencionados análisis psicosociales críticos sobre la psicología. En 1972 David Ingleby escribe “Ideology and the human sciences” donde siguiendo a Kuhn realiza un análisis ideológico sobre los procesos de deshumanización y reificación en la “buena psicología”, que convierten seres humanos en cosas-máquinas adaptables al nuevo sistema socio-laboral capitalista. En dicho trabajo, Ingleby reclamaba el reconocimiento de las relaciones entre el conocimiento científico y su contexto socio-político: «necesitamos comprender la psicología social del proceso mediante el cual las instituciones en las que la ciencia se desarrolla, al incorporar una cierta cultura, eliminan cualquier intento que cuestione dicha cultura: indudablemente la clave de esto descansa en la ritualización de la investigación, la enseñanza y la comunicación, mediante la cual cada experimento, investigación, clase, tutoría y conferencia se convierten en una celebración tácita de la ética de la normalidad.» (Ingleby, 1972: 56). El segundo antecedente al que hacía referencia es la compilación de Allan Buss *Psychology in Social Context* donde reclamaba una “sociología del conocimiento psicológico”, de inspiración marxista e influida por los análisis dialécticos de Berger y Luckmann, que analizase «las bases sociales de las ideas académicas psicológicas y por implicación la dialéctica Científico-Sociedad.» (Buss, 1979: 4). El último antecedente, el artículo de Nikolas Rose (1979) “The psychological complex: mental measurement and social administration”, reclamaba el análisis genealógico

foucaultiano para analizar la historia/ideología de la psicología en el mantenimiento del *statu quo* y las relaciones entre formas de organización social, ideología, subjetividad y conciencia². Con influencias marxistas, dialécticas o foucaultianas, estos trabajos han criticado una historia de la psicología interna de progreso lineal y acumulativo –la historia de libro de texto que criticaba Kuhn, una historia ceremonial con su revisionismo ahistórico (Benjamín Harris, 1997)- cuya función es el adiestramiento acrítico de futuros psicólogos. Por el contrario, reclaman “repolitizar la historia de la psicología” (Harris, 1997) con reconstrucciones contextualizadas, parciales, situadas y discontinuas de episodios históricos concretos de la psicología, donde los factores externos –contextos profesionales, sociopolíticos, económicos, etc.- y los contenidos internos-cognitivos se confundan y diluyan. Una historia contextual, *past-minded*, crítica y más inclusiva, que acuda a fuentes originales (Furumoto, 1992b; Harris, 1997) y que incluya la experiencia subjetiva de los actores individuales –esto último incorporado especialmente por las historiógrafas feministas (Elizabeth Scarborough y Laurel Furumoto, 1987; Ellen Herman, 1995)-. De esta tradición crítica y reflexiva sobre el conocimiento psicológico, se ha generado una considerable bibliografía sobre análisis psicosociales-historiográficos feministas de la psicología (Morawski, 1982, 1984, 1985, 1988; Miriam Lewin, 1984; Janis Bohan, 1992; Erica Burman, 1998b), así como análisis críticos sobre la ideología racista y homófoba/lesbófoba (Stephen Gould, 1997; Graham Richards, 1997; Herman, 1994), individualista, capitalista, nacionalista y militarista de la psicología (Edward Sampson, 1983; Jill Morawski y Sharon Goldstein, 1985; Fernando Álvarez-Uría y Julia Varela, 1986; Isaac Prilleltensky, 1989; Herman, 1995, entre otros).

Por último, desde una perspectiva que se empieza a llamar “postconstruccionista” se ha tratado de incorporar los presupuestos epistemológicos y ontológicos derivados de la teoría del actor-red –fundamentalmente el “principio de simetría generalizada” y la noción de “cuasi-objeto”- como forma de incorporar la materialidad y la agencia de los no-humanos rompiendo a su vez con los dualismos o dialécticas naturaleza-sociedad, humano-no humano de los que todavía era dependiente el socioconstruccionismo (Doménech, 1998). En diálogo con los teóricos ANT, otras derivas socioconstruccionistas –y en la línea de historiógrafas y epistemólogas feministas- han señalado la relevancia de la psicología

² El artículo de Nikolas Rose vino precedido por otro de autoría colectiva –con Julian Henriques, Couze Venn y Valerie Walkerdine entre otros-, “Psychology, ideology and the human subject”, publicado en 1977 en *Ideology & Consciousness*. En dicho artículo se establecieron los antecedentes teóricos marxistas y psicoanalistas de lo que más tarde se ha desarrollado como “psicología crítica” analizando las posibilidades y dificultades de conectar la teoría ideológica con la psicología –una “psicología marxista o radical”-.

social para analizar los procesos de conformación de subjetividades e identidades científicas: «Todo ese conjunto de prácticas, procesos de negociación y estrategias que están implicadas en la producción del conocimiento científico también afectan de manera determinante a los propios científicos/as. (...) Los científicos/as son tan maleables y producidos como los objetos epistémicos (...) los científicos son parte relevante de estrategias políticas o son materiales humanos estructurados en actividades en conjunción con otros materiales con los que incluso pueden formar nuevos tipos de entidades y agentes. Y todo esto, por supuesto, no deja indiferente al investigador/a. En todos los entramados mencionados emerge, se negocia y renegocia incesantemente una identidad y subjetividad para el científico/a.» (Doménech, Iñiguez, Pallí y Tirado, 2000: 86-87).

Tratando de evitar una circularidad tautológica de una ciencia que se pliega sobre sí misma y rechazando el carácter epistémico privilegiado de los estudios empíricos psicosociales de la ciencia, este trabajo parte de una tradición de psicología social historiográfica. Se inscribe en el espacio interdisciplinar abierto por Kuhn para los estudios psico-socio-históricos de la ciencia, y apunta hacia la necesidad de estudios críticos y reflexivos sobre los aparatos de producción psicológica. Los presupuestos sobre la “psicología” como ciencia implícitos en esta investigación son deudores de los diferentes debates y perspectivas antes descritos. La psicología aquí no es entendida como un conjunto de enunciados o teorías ahistóricas –con sus grandes autores, sus grandes fechas y escuelas- elaboradas por genios aislados que siguiendo un determinado *ethos* y aplicando un método científico producen “buena psicología”, objetiva y neutra. Por el contrario, se entiende como producto de prácticas *sociales* reconfigurándose en sus procesos de “psicología en acción” fundamentalmente desde entramados académicos y universitarios. De la misma forma, el científico-psicólogo se entiende como un trabajador más –un sujeto social pero también subjetivo y corporal- que trabaja dentro de una comunidad u organización laboral más y al que a veces sobre todo en situaciones muy precarias no es difícil extraerle un hecho.

El paso de analizar una mente individual y racional que genera ciencia representando la realidad, a prácticas sociales en comunidades científicas no implica una concepción de lo social cuya agencia es exclusivamente humana: en los procesos de construcción-articulación de la realidad y del conocimiento científico los objetos *objetan* (Latour, 2000) y la *naturaleza* se muestra tramposa y *coyote* (Haraway, 1999). Por otro lado, frente a la imagen de un sujeto de conocimiento neutro y desencarnado o de un ficticio e

igualmente impersonal “nosotros”, esta perspectiva tampoco olvida la posición social, la corporeidad y la subjetividad de los científicos. Analiza los procesos mediante los cuales las identidades y subjetividades de los científicos/as se conforman y reconfirman en las prácticas científicas con otros elementos, pero también cómo determinadas posiciones de sujeto –con sus valores asociados- conforman y reconfirman las condiciones de producción, los materiales, las prácticas y el trabajo científicos.

De ahí la necesidad de entender los aparatos de producción psicológica como entramados de colectivos funcionales –*actantes*- donde se articulan y reconfiguran *en diferentes niveles* cuerpos, espacios, subjetividades, deseos, la materialidad de un laboratorio, de un vestido, de un título, trozos de cerebros y ratas, teorías, datos, artículos, libros, cartas, conversaciones, sueldos y subvenciones, políticas universitarias, prácticas sociales y de significación, etc. Frente al empirismo realista y al socioconstruccionismo, este trabajo ha intentado recoger una propuesta epistémico-ontológica “no dualista de la fluidez social” (Fernando García Selgas, 2002). Pero teniendo presente que estas articulaciones-fluideces no se generan *ex novo* en cada interacción científica, sino que a su vez arrastran inercias y sedimentaciones semiótico-materiales. El peligro de determinados análisis etnográficos de laboratorio centrados exclusivamente en prácticas micro de la *ciencia haciéndose* es que pueden olvidar las tozudeces y constricciones de las ordenaciones hegemónicas paradigmática y socialmente encarnadas. De ahí la necesidad de análisis psicosociales que no solo rompan con perspectivas micro-macro como propone la ANT, sino que también analicen cómo las diferentes formas de estructuración social se *inscriben* y se *reactualizan* en las relaciones científicas: cómo la psicología manufactura conocimiento y realidad social, pero también cómo la sociedad y sus ordenamientos se inscriben en las producciones psicológicas, se recrean en ellas y producen ciencia. No obstante, no se trata de dialécticas ciencia-sociedad, por cuanto éstas no se conciben como entidades *a priori* estabilizadas e independientes que establecen relaciones mutuas que a su vez las modifican. La imagen de un algo “ciencia” escindido de un algo “sociedad” es un efecto estilizado de las prácticas múltiples y heterogéneas que las constituyen entreveradamente. En este sentido, la “reconstrucción de contextos” en este trabajo no responde a un intento blooriano de tratar de explicar las *causas sociales* de la producción científica-psicológica, sino a un ejercicio de visibilización de sus procesos y relaciones constitutivas.

LOS ESTUDIOS FEMINISTAS DE LA CIENCIA: “LA CUESTIÓN DE LAS MUJERES EN LA CIENCIA”

Aunque pocas veces reconocidas desde los estudios sociales de la ciencia, las críticas feministas a la organización social de la ciencia y al conocimiento científico han desempeñado un papel fundamental en los procesos de erosión de la supuesta racionalidad y neutralidad del conocimiento científico, así como del carácter autónomo, individual y trascendental de su sujeto epistémico. Estos estudios tienen en común su oposición al sexismo y al androcentrismo reflejados en la práctica científica, en el *quién*, en el *cómo* y en el *qué* se conoce. En *Ciencia y Feminismo* Sandra Harding (1986/1996) describió un desplazamiento de las críticas feministas a la ciencia desde una atención a la *cuestión de las mujeres en la ciencia* –como *sujetos* y como *objetos* de conocimiento- a un mayor desarrollo de diferentes propuestas epistemológicas que tratan la *cuestión de la ciencia en el feminismo*: cómo puede incrementar la objetividad científica el feminismo como movimiento político. No obstante, este cambio de énfasis no ha supuesto una sustitución evolutiva sino una coexistencia de dos enfoques complementarios, de los cuales las epistemologías feministas han experimentado un desarrollo posterior.

Los análisis feministas de la psicología y del conocimiento psicológico también han experimentado esta transición. Si en la década de los 50 se produjeron investigaciones socio-estadísticas aisladas que denunciaban la situación desigual de las mujeres en la psicología; durante la llamada “segunda ola” del feminismo en EEUU –en los años 70- las mujeres psicólogas adquirieron conciencia de grupo en situación de desigualdad y se organizaron llevando a cabo investigaciones de denuncia sobre su situación inferior como sujetos en la “comunidad de psicólogos”, y análisis críticos sobre sesgos sexistas y androcéntricos en la producción de conocimiento psicológico *sobre* mujeres y diferencias sexuales. Este cambio vino representado por la figura de Naomi Weisstein (1968/1993, 1977/1997) y sus textos de denuncia “Kinder, Küche, Kirche as Scientific Law: Psychology Constructs the Female”³ y “ ‘How can a little girl like you teach a great big class of men?’ the Chairman Said, and Other Adventures of a Woman in Science”, y por la creación en 1973 de la División 35 de la *American Psychological Association* bajo el nombre de “Psicología

³ En un número monográfico dedicado a Naomi Weisstein y en concreto a este artículo como texto clave de la Psicología Feminista, la revista *Feminism & Psychology* publicó en 1993 una versión ampliada y revisada bajo el título “Psychology Constructs the Female; or, The Fantasy Life of the Male Psychologist (with Some Attention to the Fantasies of His Friends, the Male Biologist and the Male Anthropologist)”.

de las Mujeres” –*Psychology of Women*-. Los análisis feministas de la psicología desarrollados en la década de los 70 –desde lo que se puede denominar “segunda ola” de psicología feminista- fueron fundamentalmente críticos con esencialismos biológicos, y desde análisis psicosociales enfatizaron la importancia del contexto social en el estudio de las diferencias sexuales. No obstante la crítica feminista en psicología seguía encuadrándose en el marco empirista. Al estilo mertoniano circunscribían sus análisis a los *exteriores* de la psicología, al contexto de descubrimiento, a los *usos* sexistas de la psicología, a la “*mala psicología*” o a la psicología *sesgada*. Las psicólogas empiristas feministas escrutan con la rigurosidad más científica posible la selección de problemas, la formulación de hipótesis, las muestras, las interpretaciones de los datos, crean artefactos estadísticos más rigurosos y detectan “*sesgos de género*” bajo la premisa de formas neutras y objetivas de hacer una psicología no-sexista. No obstante sus críticas son más metodológicas que epistemológicas encuadrándose dentro de lo que se ha denominado “Psicología de la Mujer” o “Psicología del Género”. Desde esta perspectiva, los epígrafes “feministas” son sospechosos, a no ser que hagan referencia a *usos* feministas de conocimientos: la psicología es una ciencia y es una ciencia objetiva y neutral; el feminismo es una ideología política. A partir de la década de los 80, los diferentes desarrollos de epistemologías feministas junto con la emergencia en psicología social de un nuevo paradigma socioconstruccionista, abren espacios de posibilidad para diferentes debates en torno a una “Psicología Feminista” que entiende la objetividad como conocimientos situados, reflexivos y responsables, y las críticas políticas y epistemológicas como indisociables (Morawski, 1997).

La cuestión de las mujeres en la ciencia-psicología (I): Las mujeres como Sujetos de conocimiento científico-psicológico

Desde los análisis feministas sobre la situación de las mujeres-*sujeto* en la ciencia, se han desarrollado estudios *históricos* recuperando a mujeres científicas y a tradiciones “femeninas” olvidadas en los procesos de definición e historización de las disciplinas. Junto a estos estudios, desde la *pedagogía* se han analizado los procesos diferencialmente “generizados” de educación y socialización y se han ensayado diferentes formas de enseñar una ciencia no-sexista. También se han desarrollado análisis empíricos *estadísticos, sociológicos y psicosociales* constatando en algunos casos la escasez y desigualdad de las mujeres en la ciencia y en otros las barreras y exclusiones ideológicas, institucionales –formales e informales-, interpersonales y psicológicas en las carreras de las mujeres científicas (Marta I. González García y Eulalia Pérez Sedeño, 2002). La herencia de la tradición mertoniana

sobre la sociología de la ciencia ha estado presente en estos estudios que se han centrado en la estructura social de la comunidad científica sin adentrarse en sus contenidos. No obstante, los análisis sociológicos *main/malestream* sobre la organización social de los científicos no han sido especialmente sensibles a las diferencias y desigualdades de género. En este sentido, de especial interés resultan los estudios sobre el “subtexto de género” en el “efecto Mateo” de Merton: lo que Margaret Rossiter (1993) ha denominado el “efecto ~~Mateo~~ Harriet” –también “efecto Matilda”- en los procesos psicosociales diferenciales de reconocimiento y mérito científico entre varones y mujeres. El “efecto Harriet” -en referencia a la propia Harriet Zuckerman de cuyas investigaciones Merton extrajo las conclusiones de dicho fenómeno aunque no incluyó su autoría- está basado en la segunda parte de la célebre frase bíblica de San Mateo: “al que no tenga se le quitará hasta lo poco que tenga”. En concreto, Rossiter analiza el olvido generizado/generalizado de mujeres científicas célebres, el desigual reconocimiento de mujeres que firman artículos e investigaciones en co-autoría con sus maridos, o colaboradoras de investigadores cuyas contribuciones fueron desprestigiadas –como fue el caso de Rosalín Franklin, cuyos hallazgos fundamentales en el descubrimiento de la estructura del ADN fueron reapropiados sin el reconocimiento de su colaboración por los Nóbel Watson y Crick-, o por último los sesgados mecanismos de selección en los directorios de científicos célebres. En los años 70, Maxine Bernstein y Nancy F. Russo (1974) ya habían analizado dicho efecto en mujeres psicólogas a consecuencia de diferentes normativas de publicación científica, entre ellas por ejemplo la omisión de los nombres de autores/as o su sustitución por las iniciales –con lo que se atribuye por defecto la autoría masculina-, complicándose todavía más en aquellos casos donde las mujeres adquieren el apellido de sus maridos y se casan varias veces⁴.

En una línea similar, otros análisis feministas han desarrollado estudios sobre los mecanismos psicosociales informales o implícitos de discriminación –tanto territorial como jerárquica- en condiciones de “igualdad formal”, de forma semejante a los análisis sobre la situación de las mujeres en el ámbito laboral: la segregación sexual de ciertas áreas y los procesos de desvalorización de aquéllas feminizadas; la “distribución en forma de tijera”, con porcentajes ligeramente superiores de mujeres estudiantes y la inversión de los porcentajes a favor de los varones agudizándose desde categorías de estudiantes de

⁴ En este sentido, y en lo que a la psicología se refiere, se podría hablar de “efecto [Bluma] Zeigarnik” –la atribución de autoría masculina por defecto- o de “efecto Sherif & Sherif” o “efecto Carolyn” -el olvido del componente femenino en la co-autoría de matrimonios académicos-.

doctorado, profesores ayudantes y asociados hasta profesores titulares y catedráticos⁵; el llamado “techo de cristal” y el efecto del *old boys’ club* que impide que las mujeres lleguen a puestos superiores cuyo acceso depende de sistemas informales de cooptación y *peer review* regulados mayoritariamente por varones blancos con edades superiores a los 50 años; prejuicios y estereotipos sexuales que intervienen en los procesos de selección y evaluación⁶; los diferentes procesos de socialización generizada y su influencia en la adaptación científica; la ambivalencia identitaria y los conflictos de rol en las mujeres científicas, etc. (Harriet Zuckerman, Jonathan Cole y John Bruer, 1991).

Fue fundamentalmente a partir de la llamada “segunda ola del feminismo” en la década de los 70 –la tercera si se tiene en cuenta el feminismo ilustrado europeo– que la cuestión de las mujeres como *sujetos* productores de conocimiento científico alcanzó relevancia teórica y política. Las mujeres científicas adquirieron conciencia y voz como grupo diferente y en situación de inferioridad en el seno de las diferentes comunidades científicas. A partir de *El Segundo Sexo* de Simone de Beauvoir la mujer fue teorizada como “lo Otro” inmanente del Sujeto trascendental y racional ilustrado. La teoría feminista evidenció que el proyecto racional ilustrado, y con él el proyecto de una ciencia moderna, había sido construido sobre la base de la eliminación de las mujeres como sujetos legítimos de conocimiento, convertidas simultáneamente en sus objetos-naturales. A finales de los 60, y desde dentro de las diferentes disciplinas científicas, las mujeres como grupo adquirieron conciencia de su situación marginal en la ciencia y reclamaron cambios a través de estudios empíricos sociológicos y estadísticos que denunciaban su estatus inferior. Por otro lado, las feministas se “independizaron” de los diferentes movimientos políticos y sociales e incorporaron el género como variable relevante en sus análisis críticos a la

⁵ Datos muy significativos en el caso del estado español extraídos de un informe de la UE de 1996 y de un estudio sociológico sobre mujeres catedráticas del CIS publicado en 1997 son por ejemplo: el 13,2% de profesoras titulares en la universidad española –el 30,9 de profesoras ayudantes y el 34,9 de profesoras asociadas–; el número de catedráticas sigue por debajo del 10% del total; una única mujer de entre los 60 rectores de universidades españolas; todavía no se ha concedido el prestigioso premio Príncipe de Asturias a ninguna mujer científica; en la Academia de Ciencias solo un asiento es ocupado por una científica (Flora de Pablo, 2000; Mónica Salomone, 2000). Por otro lado, la variable sexo intersecta con la variable edad: cuando las mujeres llegan al escalafón más alto han tardado una media de 16 a 20 años más que los varones (Pérez Sedeño, 2000).

⁶ En 1997 la prestigiosa revista *Nature* publicó un estudio llevado a cabo por dos investigadoras suecas donde analizaron por qué la probabilidad de que un varón recibiera una beca post-doctoral era dos veces mayor que la de una mujer. Concluyeron que los evaluadores conferían *inadvertidamente* a los varones, solo por su sexo, una ventaja equiparable al valor de 20 publicaciones científicas en revistas de prestigio. El estudio provocó una marea de comentarios y cambios en la composición de los comités de evaluación incluyendo a más mujeres (Flora de Pablo, 2000).

ciencia. La teoría feminista amplió los análisis críticos freudomarxistas con análisis sobre la ideología sexista y androcéntrica en la producción científica, especialmente cuando tomaba como objeto de estudio las diferencias sexuales y la mujer acudiendo a esencialismos biologicistas.

No obstante, los estudios sobre la situación de las mujeres en la ciencia tuvieron sus *antecedentes* antes de la “segunda ola”, si bien reducidos en la mayoría de los casos a protestas aisladas durante un período posbélico fuertemente conservador y anti-feminista. En EEUU las contribuciones de las mujeres científicas durante la segunda guerra mundial, reclutadas como “fuerza de trabajo de reserva” en empleos temporales, habían sido completamente olvidadas y eclipsadas por el retorno de los “héroes de guerra” que las desplazaron y sustituyeron en sus diferentes puestos –incluidos los *colleges* de mujeres- (Rossiter, 1995). Estos desplazamientos y “ajustes” de posguerra coincidieron con un período conservador en el que las mujeres fueron instadas a autosacrificarse volviendo a sus casas para no descuidar la atención absorbente y completa que requerían sus hijos. Psicólogos evolutivos como John Bowlby o Harry Harlow se encargaron de evidenciar las catastróficas consecuencias de la privación del apego materno (Burman, 1998b; Haraway, 1989).

Dentro de las universidades y como refuerzo a las prácticas discriminatorias de contratación a mujeres, se instauraron reglas antinepotistas que impedían a mujeres casadas desempeñar puestos docentes en las mismas universidades que sus maridos. Profesoras universitarias que se casaban con profesores de la misma universidad perdían inmediatamente sus trabajos –ese fue el caso, por ejemplo, de Margaret Kuenne (Harlow) que en 1948 perdió su empleo en la universidad de Winsconsin tras casarse- (Rossiter, 1995). En lo que a la psicología se refiere, la situación marginal de las mujeres académicas –especialmente las casadas- fue denunciada por la psicóloga Jane Loevinger (1948) que demandaba en un artículo en la *American Psychologist* “una ética profesional para las mujeres psicólogas”, denunciando su utilización como trabajadoras de segunda clase con sueldos que sonrojaban a científicos varones igualmente cualificados. Por otro lado, el desigual estatus de las mujeres en la *APA* fue reflejado y denunciado en un artículo publicado en 1951 en la *American Psychologist* escrito por la psicóloga feminista Mildred Mitchell y titulado “Status of Women in the American Psychological Association”. Dicho artículo formaba parte de las actividades de investigación generadas desde el *International Council of Women*

Psychologists, creado a escala nacional en 1941⁷ -“para la promoción de la psicología como ciencia y como profesión, particularmente respecto a la contribución de las mujeres” (Mitchell, 1951: 193)- y rechazado como División de la APA en 1948 por su “naturaleza inherentemente discriminatoria” al constituirse como grupo de mujeres (Rossiter, 1995). Tras la guerra el *ICWP* elaboró una amplia investigación sobre la situación de las mujeres psicólogas, publicando en 1950 un artículo en el *Journal of Social Psychology* bajo el título “Women Psychologists: Their Work, Training, and Professional Opportunities” -firmado por Harriett Fjeld y Louise Bates Ames-. En dicho artículo se recogían las respuestas de 393 mujeres psicólogas -clasificadas en diferentes agrupaciones ocupacionales- a la pregunta “en qué medida el hecho de ser mujer había afectado a sus carreras”. Los resultados indicaron una clara diferencia entre la situación de aquellas psicólogas que trabajaban en “trabajos masculinos” -en la universidad, desde el gobierno o en empresas- y aquellas que trabajaban en “trabajos femeninos” -en clínicas y escuelas públicas-. Frente a la seguridad y satisfacción de las últimas, las primeras se quejaban de que los varones eran contratados y promocionados más frecuentemente y disfrutaban de mayores salarios. Ante conclusiones optimistas sobre dicho estudio que deducían la igualdad de varones y mujeres en la psicología y por tanto la consecución del propósito original de la *ICWP*, Mitchell presentó su propio informe sobre la situación desigual de las mujeres en la APA y especialmente la baja representación de mujeres en los altos cargos en proporción con su número y méritos -desde 1893 solo había habido dos presidentas y la última había ocupado dicho puesto en 1921-. Las conclusiones de Mitchell fueron rebatidas por Edwin Boring (1951)⁸ en un artículo en la *American Psychologist* titulado “The Woman Problem”. En dicho artículo, Boring explicitaba los mecanismos de prestigio que llevaban al éxito y al honor en psicología -en concreto, a la presidencia de la APA- y que en su opinión no se relacionaban

⁷ Al igual que la Primera Guerra Mundial, la Segunda Guerra Mundial contribuyó a la segregación sexual en psicología. En 1939 la *APA* autorizó un comité de emergencia para la planificación de las contribuciones de psicólogos a la guerra. No hubo representación de mujeres en dicho comité. En respuesta a ello, un grupo de mujeres psicólogas organizó en Nueva York el *National Council of Women Psychologists* para promover y organizar servicios de emergencia que podían prestar las mujeres psicólogas. Las actividades de este comité reflejaban la segregación sexual en los subcampos de la psicología, centrándose en actividades de voluntariado en comunidades locales atendiendo a familias, niños y refugiados. Por el contrario, la guerra fomentó redes sociales informales masculinas en el área de la psicología industrial y personal (James Capshew y Alejandra Laszlo, 1986; Nancy F. Russo y Florence Denmark, 1987).

⁸ Mitchell no pudo desarrollar sus estudios de doctorado en Harvard “gracias” en gran medida a los constantes impedimentos y barreras que Boring -bajo el amparo de las políticas sexistas de Harvard- puso a su investigación. Se encontró con problemas para acceder al laboratorio psicológico -Boring no le dejaba la llave para entrar-, no podía acceder a los seminarios -Boring negaba la entrada a mujeres- y el acceso a la biblioteca estaba prohibido para mujeres a partir de determinadas horas de la tarde (Capshew y Laszlo, 1986).

tanto con el mérito profesional cuanto con un tipo de personalidad “fanática” de concentración exclusiva en la ciencia –entendiendo ésta como conjunto de teorizaciones abstractas y generales y no como prácticas o aplicaciones concretas-. Como buen funcionalista, Boring consideraba justo tanto este sistema de asignación de prestigio como el sistema de elección de la APA, y mantenía que no era la APA la que excluía a las mujeres, sino las universidades, la industria, el gobierno o los servicios del ejército, pilares inmutables en la sociedad estadounidense. Las mujeres deberían ser realistas y aceptar su situación.

El conservadurismo y el anti-feminismo de la década de los 50-60 también influyeron en el *ICWP*, progresivamente menos feminista hasta el punto de eliminar en 1959 la palabra “mujer” de sus siglas. La ideología meritocrática e individualista, el miedo a protestar y el silencio ante las discriminaciones, obstaculizaban los intentos de científicas reformadoras por conseguir una mayor igualdad. En la década de los 60 –en un período de expansión de la educación superior y la formación científica estadounidense⁹–, los procesos de segregación jerárquica y territorial junto con las políticas antinepotistas en las universidades habían desplazado a la mayoría de las mujeres científicas a los márgenes de la academia, trabajando en situaciones muy precarias como investigadoras asociadas o ayudantes de laboratorio¹⁰ con salarios y rangos más bajos que sus compañeros. La mayoría de mujeres científicas célebres de esta época –como fue el caso de la bióloga premio Nóbel

⁹ La situación de la guerra fría y especialmente el lanzamiento del soviético Sputnik I en 1951, impulsó una serie de políticas estatales que consideraban el potencial de las personas científicas –varones o mujeres- como “recursos nacionales”. La competitividad con la ciencia y tecnología soviéticas, cuya fuerza laboral científica contaba con altos porcentajes de mujeres, fue contradictoriamente empleada tanto para animar y urgir la preparación científica de las mujeres estadounidenses –como ayudantes técnicas de laboratorio o profesoras de enseñanza pública–, como para reforzar su necesaria presencia en los hogares, como un deber patriótico de un país alejado de las maldades del enemigo que convertía a sus mujeres en monstruos científicos (Rossiter, 1995).

¹⁰ Bajo las reglas antinepotistas se podía dar el caso de contratos a jóvenes descalificados provenientes de lugares geográficos lejanos antes que a “esposas locales” por muy eminentes que fueran. La Universidad de Kansas eliminó en 1963 dichas políticas tras un injusto episodio en que ofertó una plaza para dar un curso sobre discapacidad. Beatriz Wright una eminencia en dicho ámbito no fue considerada como candidata al estar casada con un profesor de psicología en dicha universidad. Lo absurdo del caso ocurrió cuando en 1960 Beatriz Wright publicó *Physical Disability: A Psychological Approach*, un libro que sería utilizado como manual básico en el curso que no pudo enseñar. Un caso más dramático fue el de la psicóloga Else Frenkel-Brunswik, entre otros méritos coautora de *La Personalidad Autoritaria*. Al estar casada con un profesor de la universidad de California en Berkeley tuvo que aceptar un puesto de investigadora asociada. Dos años y medio después de que su marido muriera, el departamento de psicología de la Universidad de California, consciente de que las reglas antinepotistas no podrían aplicarse por mucho más tiempo, votó para que se le concediese un puesto como docente. No se sabe si ella llegó a saberlo, poco más tarde se suicidó (Rossiter, 1995).

Barbara McClintock- realizaron sus investigaciones fuera de las prestigiosas universidades. Incluso en los *colleges* de mujeres se prefería contratar a profesores varones con salarios más altos en un proceso progresivo de “normalización” (Rossiter, 1995). Por otro lado, estos mecanismos de marginación y escaso reconocimiento de las mujeres en la ciencia no fueron descritos en los análisis de una conservadora sociología mertoniana que no consideró cómo la ciencia en cuanto institución social también estaba atravesada por divisiones generizadas.

Tras informes y denuncias esporádicas en el período conservador de 1950-1965, a finales de los 60 las mujeres científicas –y entre ellas las psicólogas- tomaron conciencia de su estatus desigual como grupo discriminado por su sexo, e impulsadas por los movimientos de nueva izquierda, estudiantiles, de anti-psiquiatría y contraculturales -y a su vez en respuesta al sexismo de estos grupos-, se organizaron para denunciar su situación y promover cambios tanto reformistas como radicales. Este resurgir de la conciencia feminista en las científicas posibilitado por la “segunda ola” del feminismo vino impulsado por la fundación de la *National Organization of Women* (NOW) en 1966, la publicación de *La Mística de la Femenidad* de Betty Friedan (1963/1974), *Política Sexual* de Kate Millett (1969/1995) –curiosamente ambas psicólogas sociales-, *La dialéctica del sexo* de Sulamith Firestone (1970), *El Eunuco Femenino* de Germaine Greer (1971) y *Actitudes Patriarcales* de Eva Figes (1972), y por varios trabajos de denuncia y protesta sobre la situación de las mujeres en la sociología (Alice Rossi, 1965) y en la psicología (Weisstein, 1968/1993, 1977/1997).

Alice Rossi -miembro de la NOW, doctorada en sociología por la Universidad de Columbia e investigadora asociada en la Universidad de Chicago y en la Johns Hopkins a consecuencia de las normas anti-nepotistas- ha sido considerada como pionera en los estudios sobre la cuestión de las mujeres en la ciencia desarrollados colectivamente desde el feminismo de la segunda ola. Sus artículos publicados a mediados de los 60 -“Equality between de Sexes: An Inmodest Proposal”, “The Case against Full-time Motherhood” y especialmente su artículo publicado en *Science* en 1965 “Women in Science: Why So Few?”-, producto de sus experiencias personales de discriminación en la academia y de una amplia bibliografía revisada sociológica e histórica, supusieron una profunda crítica a la conservadora sociología del momento dominada por el funcionalismo parsoniano y proyectaron cambios reformistas en el sentido de una mayor igualdad de oportunidades y mejoras en las condiciones laborales de las mujeres científicas y académicas (Rossiter, 1995). Artículos como los de Alice Rossi o como el de la psicóloga Naomi Weisstein

“How can a little girl like you teach a great big class of men?” the Chairman Said, and Other Adventures of a Woman in Science” donde denunciaba las actitudes y prácticas sexistas en la academia, actuaron como revulsivos impulsando “grupos de concienciación” informales de mujeres académicas que comenzaron a organizarse para provocar cambios legales que eliminaran las prácticas de discriminación sexual en los procesos de contratación y salarios. Es importante señalar que antes de 1970 no existía todavía ninguna legislación a escala nacional que prohibiera la discriminación sexual en las instituciones académicas de EEUU. Precisamente será una doctora en psicología clínica, Bernice Sandler, quien impulsó cambios legales en los procesos de contratación a este respecto (Rossiter, 1995). Tras ser rechazada por la Universidad de Maryland bajo la justificación de “haber ido demasiado lejos para una mujer”, y con la ayuda de su marido abogado, promovió una pequeña investigación sobre los patrones de empleo de dicha universidad y la denunció basándose en leyes ya existentes que prohibían la discriminación sexual y racial en contratos de carácter federal.

Gracias a la actuación de Sandler se extendieron las denuncias de discriminación sexual y se revisaron los patrones de contratación de las principales universidades estadounidenses, impulsando en la década de los 70 una auténtica “revolución legal” en los derechos de empleo y educación de las mujeres. La revista *Science* y otras revistas científico-sociales comenzaron a publicar diferentes estudios que mostraban evidencia científica sobre prejuicios y discriminaciones sexuales en los sistemas de contratación, sueldo y promoción. La *American Psychologist* publicaba en 1970 uno de ellos, “Empirical Verification of Sex Discrimination in Hiring Practices in Psychology”, donde se recogían los resultados de una investigación empírica realizada por Linda Fidell. Esta psicóloga había enviado un conjunto de currículum vitae a directores de departamento bajo la justificación de averiguar qué criterios determinaban la contratación y el rango o salario. Los directores recibieron diferentes versiones con los mismos currícula firmados con nombres de varones o mujeres. Concluyó que los directores contratarían a los varones con mayor probabilidad que a mujeres con iguales calificaciones y que les ofrecerían mayores rangos con menores méritos. Como ha recordado Rhoda Unger, la investigación de Fidell «fue una verificación empírica sobre algo que aquellas de nosotras que estábamos en el mercado de trabajo durante ese período ya sabíamos bien. Fue, sin embargo, la clase de evidencia que los psicólogos estaban más dispuestos a escuchar y a aceptar que nuestros propios relatos personales.» (Unger, 1997: 21). El estudio corroboraba los resultados de otra psicóloga, Helen Astin, que en 1969 publicaba otra investigación donde se documentaba

empíricamente la discriminación de las mujeres en la academia que con iguales calificaciones y publicaciones académicas eran promocionadas más lentamente y recibían menores reconocimientos (Unger, 1998). Philip Goldberg (1968) también analizó mecanismos de evaluación selectiva, pero esta vez por parte de las propias mujeres que daban peores puntuaciones a ensayos supuestamente escritos por mujeres que a los mismos ensayos firmados por varones.

En 1969 el congreso anual de la *APA* presentó un simposio dirigido por Joann Evans Gardner bajo el largo nombre de “¿Qué pueden hacer las ciencias conductuales para modificar el mundo de forma que las mujeres que quieran participar significativamente no sean consideradas ni sean de hecho desviadas?” (Unger, 1998). De las relaciones y charlas informales entre activistas feministas durante dicho congreso, convertidas en “grupos de concienciación”, se fundó la *Association for Women Psychologists (AWP)*¹¹, la cual se consagró con el tiempo como asociación informal, externa a la *APA*, extra-académica y no jerárquica y de carácter más radical y activista que la posterior División 35 de “Psicología de las Mujeres”. Esta última surgiría de forma paralela, y con carácter formal y académico, como producto de la creación de una comisión de investigación desde dentro de la *APA* -el *Committee for Women in Psychology (CWP)* dirigido por Martha Mednick- con el objetivo de promocionar el estudio sobre el *status* de las mujeres en la psicología como sujetos y como objetos de conocimiento¹². En su libro *Resisting Gender. Twenty-five years of Feminist Psychology*, Rhoda Unger (1998) examinó el contenido de los congresos anuales de la *APA* desde 1965 hasta 1974, mostrando la alta presencia de simposios sobre psicología de las mujeres a partir de 1970 –con una media de 12 cada año- con nombres como “Mujeres

¹¹ Para un análisis más detallado sobre la historia de esta activa y militante asociación feminista en psicología, ver Leonore Tiefer (1991).

¹² En el caso de mujeres psicólogas, la pregunta de Alice Rossi “¿por qué tan pocas?” se convierte en ¿por qué habiendo *tantas* existen tan pocas en los libros de historia, en las publicaciones científicas o como editoras de revistas, en los altos cargos académicos o de asociaciones profesionales? ¿por qué en la medida en que asciende el *status* disminuyen los porcentajes de mujeres? Para un análisis de los porcentajes diferenciales por sexos durante la década de los 70 de miembros de la *APA* y miembros de su consejo de dirección, así como porcentajes diferenciales de publicaciones en la *American Psychologist*, la *Journal of Personality and Social Psychology*, la *British Journal of Psychology* y la *Revista de Psicología General y Aplicada*, ver Concha Fernández Villanueva (1982). En dicho texto también se cita el trabajo de Martha Teghtsonian de 1974 publicado en la *American Psychologist*, donde indicaba las distribuciones por sexos de autores y editores de revistas psicológicas –por ejemplo, en 1970 el porcentaje de mujeres editoras era el 4,3%, el 14,2% de autoras y el 11,7% de primeras autoras-. Fernández Villanueva también señala los altos porcentajes de autores/as que solo se identifican por su inicial, resultando imposible determinar su pertenencia sexual.

Estadísticas más recientes se encuentran en los resultados del Comité de Investigación de la *APA* sobre los “Cambios en la Composición de Género en la Psicología” en Pion, Mednick, Astin, Hall, Kenkel, Keita, Kohout y Kelleher (1996).

psicólogas: ¿psicólogas? ¿militantes?”, “Psicología Social y la liberación de las mujeres” o “Psicología Clínica y teorías de la personalidad femenina”¹³. Son años que coinciden con la emergencia de la “segunda ola” del feminismo y curiosamente con la elección de la tercera y cuarta presidentas de la APA -Ann Anastasi en 1972 y Leona Tyler en 1973-, rompiendo de este modo con una ausencia de mujeres presidentas en la APA de más de 50 años conservadores y anti-feministas.

Dentro de los estudios psicosociales sobre la situación de las mujeres como sujetos de la ciencia, destacó uno especialmente: “The Psychology of Tokenism: An analysis” publicado en la revista *Sex Roles* en 1975 –en el número inaugural-. En dicho artículo Judith Laws analizaba el fenómeno del *tokenismo* y lo que más tarde se denominará “el síndrome de la abeja reina” o mujeres excepcionales que prueban la regla: mujeres que han conseguido altos cargos y que han sido socializadas para creer que el sexo es irrelevante en las interacciones profesionales “meritocráticas”. Faye Crosby (1984) analizó pocos años después un fenómeno relacionado: la conciencia selectiva o “negación de la discriminación personal” en personas que pertenecen a grupos oprimidos y se perciben como excepciones. El fenómeno del “tokenismo” visibilizaba el difícil equilibrio identitario de mujeres académicas poco dispuestas a arriesgar su legitimidad y reconocimiento entre compañeros al identificarse con otras mujeres o con temas de mujeres -actuando como si el sistema de sexo/género/deseo no marcara diferencia alguna-, pero sin desprenderse a su vez de la mascarada femenina para no ser rechazadas. El doble vínculo con la neutralidad masculina científica que no permite adscripciones marcadas de género y con las normas sociales que sancionan “desviaciones” genéricas. Una ambivalencia subjetiva y performativa a la que no se tenían que enfrentar los académicos varones y que a su vez evidenciaba los procesos de presión social y normativización, la dependencia del reconocimiento entre pares y el miedo al rechazo, así como el desprestigio de lo femenino y el miedo a sus efectos.

A partir de la década de los 80, a las investigaciones sobre la situación de las mujeres en la psicología como sujetos de conocimiento se le añaden las investigaciones sobre la situación particular de mujeres psicólogas que se especializan en estudios sobre

¹³ Unger cuenta en su libro una curiosa y significativa anécdota en el congreso anual de la APA de 1974. Tras una publicación de Nancy Henley ampliamente difundida entre las psicólogas feministas del momento sobre las “políticas sexuales del contacto”, unas cuantas acordaron tocar a los varones como ellos lo solían hacer y ver qué pasaba: «Hubo muchos comentarios de desaprobación sobre el engreimiento de aquellas que se atrevían a poner sus manos sobre los hombros o brazos de los varones o que insistían en iniciar apretones de manos, pero habíamos aprendido que Nancy estaba en lo cierto.» (Unger, 1998: 11).

mujeres o estudios feministas. Los análisis psicosociales del conocimiento y de la ciencia sobre las *mujeres en la psicología* son complementados con análisis sobre la situación de las *feministas en la psicología*. Las mujeres psicólogas que se especializan en “psicología de las mujeres” comienzan a darse cuenta que son escasas las revistas que aceptan sus artículos – muchos menos si no contienen estudios experimentales o empíricos- bajo la argumentación de que sus temas y objetos de estudio son demasiado “particulares y minoritarios” (Celia Kitzinger, 1990; Unger, 1998). En respuesta a esta necesidad se fundan las revistas *Sex Roles* en 1975 y *Psychology of Women Quarterly* en 1977 cuya línea editorial se dirige fundamentalmente a estudios empíricos sobre “psicología de las mujeres” y “psicología del género o de las diferencias sexuales”. No es hasta 1991 que se crea una revista que integra las palabras “psicología” y “feminismo” -*Feminism & Psychology*- abriendo un espacio para aquellos trabajos no empíricos de psicología feminista excluidos a su vez de las anteriores revistas. Por otro lado, se analiza el escaso impacto de las investigaciones sobre la psicología de las mujeres en la psicología *mainstream* recabando índices sobre citas y temas en revistas prestigiosas (Brinton Lykes y Abigail Stewart, 1986; Michelle Fine y Susan Gordon, 1989). Una vez “institucionalizado” el ámbito de la “psicología de la mujer” en la década de los 70, se plantean nuevos interrogantes: ¿estos trabajos son ignorados o poco citados porque están realizados *por* mujeres?, ¿porque son *sobre* mujeres? o ¿porque plantean cambios paradigmáticos para los cuales la comunidad de psicólogos todavía no está preparada? (Unger, 1998). En este sentido, surgen posteriores análisis epistemológicos sobre cómo la legitimidad profesional también depende de relaciones de poder donde intervienen las hegemonías de género y de conocimiento.

En un proceso de reflexividad sobre su trabajo muchas psicólogas feministas comienzan a plantearse el dilema “activismo *versus* academicismo” -*advocacy versus scholarship*- (Unger, 1982, 1998; Michele Wittig, 1985), un dilema que para muchas se traduce en una irreconciliable elección entre un trabajo académicamente “aceptable” por la comunidad de psicólogos –utilizando voces impersonales pasivas y distanciamientos activistas- o el abandono de la academia y la dedicación a la militancia feminista “desde los márgenes”. Otras en cambio apuestan por el desarrollo de un “feminismo anti-psicología” desde la propia academia (Corinne Squire, 1990); por mantenerse en un “empirismo feminista estratégico” conscientes de que ni es el único método ni el mejor, pero es necesario y políticamente efectivo (Unger, 1998); o critican la inoperancia política feminista de un relativismo paralizante (Weisstein, 1993). Algunas alertan sobre los peligros de cooptación académica y el consecuente desinflamiento político; otras defienden la

existencia de estudios feministas como un espacio de intervención necesaria en y desde la academia¹⁴. Psicólogas feministas han analizado las consecuencias de esta “doble alianza”, los “dobles estándares”, las “ambivalencias o contradicciones” que implica la posición de psicólogas-feministas (Unger, 1998; Fine y Gordon, 1989; Sue Wilkinson, 1991). «Comprometidas con la práctica feminista somos excluidas de la categoría de “psicólogas”. Practicando como “psicólogas” dejamos de actuar como feministas (...) El híbrido “psicología feminista” puede ser conceptualmente coherente *o bien* a través de una politización de la psicología, *o bien* a través de una despolitización del feminismo.» (Kitzinger, 1990: 124 y 132). Desde los criterios empiristas de objetividad y neutralidad parece que una “buena” investigación psicológica solo puede ser realizada a expensas de una buena teoría feminista, evitando mencionar y problematizar el poder y el contexto social, la existencia de mecanismos de opresión o hablar de patriarcado (Fine y Gordon, 1989; Paula Nicolson 1995; Kitzinger, 1990). La *marginalidad* de publicaciones sobre mujeres -realizadas por y sobre un grupo no normativo e infravalorado por la disciplina- se torna *ilegitimidad* si además se utilizan métodos o teorías feministas irreconciliables con un campo que aspira a ser lo más científico posible. Los estándares científico-académicos en psicología canalizan una “psicología de la mujer” o “psicología del género” basada en estudios experimentales o estudios empíricos cuantitativos. Pero la ambivalencia con la que se encuentran las académicas feministas psicólogas empiristas es que su trabajo es devaluado por la teoría feminista por su devoción por los datos y paradójicamente devaluado por la psicología debido a su conexión con la ideología y la teoría feminista (Unger, 1998).

Sue Wilkinson (1991) y Celia Kitzinger (1990) han analizado desde perspectivas psicosociales de la ciencia tres mecanismos de defensa, resistencia y control de la psicología tradicional frente a la psicología feminista: el control por *definición*, el trabajo feminista es definido como inapropiado e ilegítimo; el control por *exclusión* de los principales canales de publicación y la consecuente *marginalización*-“guetización” a revistas “radicales”; y por último, el control mediante la *retórica* de la meritocracia y la retórica falsamente polarizada “ciencia *versus* política”¹⁵. «Cuando escribo como feminista, se me excluye de la categoría de “psicóloga”. Cuando hablo de estructura social, de poder y políticas, cuando utilizo un

¹⁴ Para un mayor análisis sobre todas estas posturas ver la compilación de Erica Burman (1990) *Feminists and Psychological Practice*.

¹⁵ Wilkinson (1990, 1991) también ha analizado los mecanismos psicosociales de resistencia de la psicología tradicional frente a la creación de la Sección de “Psicología de las Mujeres” en la *British Psychological Society*.

lenguaje y conceptos enraizados en mi comprensión de la opresión, se me dice que lo que digo no se puede calificar como “psicología”. Debido a que aquellos que controlan la definición de la “psicología” actúan como porteros de revistas profesionales, no puedo publicar en ellas.» (Kitzinger, 1990: 124-125).

Por otro lado, Sue Wilkinson (1991) ha analizado tres motivos por los cuales las feministas abandonan la psicología académica y terminan desplazándose a otros campos más afines: la asimetría de la relación entre psicología y feminismo -¿qué tiene la psicología tal y como está definida que ofrecer a las feministas?--; los límites del potencial para el cambio y los peligros de co-optación a consecuencia de una socialización académica en la conformidad; y por último, una incompatibilidad de valores y objetivos entre el feminismo y la psicología tal como está siendo definida que supone una despolitización del feminismo. «La psicología no es precisamente amistosa con las mujeres¹⁶. La universitaria expectante a la que un amplio profesorado masculino le enseña una psicología ciega al género -cuando no misógina-, es probable que termine rápidamente desilusionada (...) No es sorprendente que muchas abandonen la disciplina con la sensación de que no es para ellas. Las mujeres que permanecen en la psicología, y particularmente aquellas de nosotras que buscamos realizar intervenciones feministas, también nos podemos sentir así, ya que generalmente nos encontramos con una considerable resistencia a nuestros esfuerzos.» (Wilkinson, 1991: 192).

El relativo auge del paradigma socioconstruccionista en psicología social parece que ha abierto nuevos espacios menos “malabarísticos” para una psicología feminista que desde sus orígenes a finales del XIX ya enfatizaba la importancia del contexto social. Partiendo de las críticas al positivismo, al individualismo y al esencialismo, los problemas surgen ahora ante posibles disoluciones políticas en relativismos paralizantes (Weisstein, 1993); la urgencia política de datos empíricos en una sociedad que todavía basa los cambios sociales en “hechos científicos” (Kitzinger, 1999); y la importancia de cambios individuales “mientras se espera la revolución” (Laura Brown, 1992). A pesar de las tendencias predominantemente lingüísticas del construccionismo social, derivas feministas han tratado de enfatizar las tozudeces y sedimentaciones semiótico-materiales, recuperar la importancia del cuerpo, la agencia de los no-humanos, políticas comprometidas que no exigen sujetos identitarios fuertes a priori, etc.

¹⁶ Si la psicología es poco amistosa con las mujeres, muchos menos lo es con las mujeres negras o con las mujeres lesbianas. Celia Kitzinger (1990) nos cuenta en “Resisting the discipline” su rechazo a la psicología después de haber tenido una relación con otra mujer y buscar en la psicología información sobre el lesbianismo.

Por otro lado, la mayor parte de la psicología de las mujeres o psicología feminista ha reproducido a su vez la exclusión de otras diferentes diferencias, siendo predominantemente una psicología de y para mujeres blancas, heterosexuales y de clase media-alta. Mujeres psicólogas feministas lesbianas, negras, no-occidentales o con algún tipo de discapacidad y que además quieran dedicarse al estudio sobre los grupos que representan se encuentran en situaciones de mayor marginalización y exclusión, a veces desde la propia “psicología de las mujeres” y “psicología feminista” (Brown, 1989; Squire, 1989; Lillian Comas-Díaz, 1991; Christine Iijima Hall, 1997). La APA no estableció una Sociedad para el “Estudio Psicológico sobre Cuestiones de Minorías Étnicas” hasta 1987 -doce años después de que se creara la división de “Psicología de las mujeres”-. En 1975 la APA votó prohibir la discriminación frente a psicólogos gays y lesbianas que hasta dos años antes –1973- estaban etiquetados como enfermos mentales en el *DSM* por sus propios compañeros de profesión (Stephen Morin, 1977; Herman, 1994). En 1985 se establece la Sociedad para el “Estudio Psicológico sobre Cuestiones de Gays y Lesbianas”. No obstante, estos avances han tenido un efecto más bien escaso sobre la tendencia general de la psicología, incluida la “psicología de las mujeres”, que representan lo blanco y lo heterosexual como norma-neutra-generalizable, construyendo las diferencias como inferiores, invisibilizándolas o “guetizándolas” en epígrafes marginales. Como señaló Robert V. Guthrie (1976) en psicología “incluso las ratas son blancas”. Desde la constatación estadística de la “creciente obsolescencia” de una psicología que no reconoce las diferencias –tanto de sus sujetos practicantes como de sus objetos de estudio-, se han elaborado varios trabajos advirtiendo sobre las consecuencias negativas de estas exclusiones y proponiendo una mayor inclusividad democrática –y una revisión de los contenidos- en la investigación, enseñanza, y práctica de/con personas de color y de otras culturas no-occidentales, personas gays, lesbianas, bisexuales y transexuales, personas con discapacidad, etc. (Hall, 1997; Hope Landrine, 1995).

La cuestión de las mujeres en la ciencia-psicología (II): Las mujeres como Objetos de conocimiento científico-psicológico

Como ha señalado Sandra Harding (1986/1996) la ciencia se ha valido de las políticas del género para su propio progreso y, a su vez, las políticas de género se han valido de la ciencia para justificar la dominación de las mujeres. La crítica feminista también ha abordado la cuestión de las mujeres en la ciencia en el sentido de la construcción científica de la “mujer” como *objeto* de estudio, así como el sexismo y el androcentrismo en

las prácticas científicas. Por un lado, el pensamiento científico y racional se ha construido sobre la base de metáforas de “mentes” y “razones” masculinas que conocían “naturalezas” femeninas (Evelyn Fox Keller, 1991; Wendy Hollway, 1989). Derivado de ello, la crítica feminista ha analizado la oposición histórica a que las mujeres pudieran ocupar el lugar del sujeto del conocimiento-razón a través de la educación o la ciencia. Esta oposición se ha asentado en un pensamiento dicotómico que construía a la mujer-emocional científica como una contradicción en sus propios términos. Las críticas feministas han denunciado a su vez el uso y abuso de teorías biológicas y sociales al servicio de proyectos sociales sexistas, racistas, homófobos y clasistas, así como los sesgos de género a lo largo del proceso de producción científica y los valores androcéntricos en las diferentes disciplinas.

En lo que a la psicología se refiere, Ellen Herman (1995) ha analizado el “curioso cortejo” de la psicología y el feminismo de la segunda ola. Por un lado, señala el recelo de las feministas frente a la psicología y los expertos psicólogos que tras la guerra habían convertido a las madres –especialmente las madres “masculinas” que trabajaban- en chivos expiatorios responsables tanto de “neurosis de soldados” como de desastres sociales. «A los ojos de muchas feministas, la psicología era poco más que sexismo disfrazado de ciencia» (Herman, 1995: 279). No obstante, la tesis de esta autora es que si bien la psicología ayudó a “construir la feminidad”, también -y en respuesta a ello- provocó en parte la nueva ola del feminismo, que a su vez se valió de herramientas psicológicas teóricas que ayudaban a explicar los aspectos psicológicos-subjetivos –no solo los materiales- de la opresión patriarcal. Este fue el caso del concepto de *identidad* derivado de las críticas de Kate Millett (1969/1995) a Erikson, enfatizando la dimensión social de la experiencia subjetiva y asociando la identidad con los procesos de socialización de género como base ideológica del poder patriarcal –recogiendo el lema de Beauvoir “la mujer no nace se hace”-. También las tesis humanistas de Betty Friedan (1963/1974) sobre el “problema que no tiene nombre” en las mujeres estadounidenses blancas de clase media, producto del sacrificio de su autorrealización al servicio de los demás; o los presupuestos psicológico-humanistas implícitos en los grupos de concienciación a partir del lema “lo personal es político” (Kate Millett, 1969/1995). Pero fundamentalmente el énfasis de psicólogas sociales feministas del momento no solo en el estudio de estereotipos sexuales y prejuicios de género, también en el análisis del *poder* y la influencia del *contexto social* (Unger, 1998). Esta convergencia de “la psicología construye la feminidad” y “la psicología construye a la feminista” se hizo patente muy especialmente en las obras de tres feministas y psicólogas sociales: Betty Friedan, Kate Millett y Naomi Weisstein.

Betty Friedan se había licenciado en psicología con *suma cum laude* en el *Smith College* en 1942 y abandonó sus estudios de doctorado en Berkeley para dedicarse a una vida doméstica. Tras una investigación que le encargó el *Smith College* sobre las contribuciones a la ciencia de las mujeres que se licenciaron en su mismo año, comenzó a tomar conciencia de lo que más tarde denominó “el problema que no tiene nombre” o la pérdida colectiva de identidad de las mujeres de su generación. Dicho estudio fue plasmado en un primer artículo “I say: Women are *People* Too!” y más tarde en el best seller *La Mística de la Femenidad*. Se trataba de una crítica enfadada y exhaustivamente documentada que denunciaba la situación de muchas mujeres blancas de clase media con estudios superiores, convertidas por la sociedad en “amas de casa” sin proyectos propios –como se encontró a ella misma respondiendo al censo de 1960-. El libro tuvo un gran impacto y muchas mujeres se vieron identificadas con las vidas vacías de mujeres educadas que abandonaban y sacrificaban sus proyectos individuales para dedicarse a la vida de los demás. No obstante, si bien el libro evidenció la necesidad de políticas liberales de reforma, también fue criticado por ser excesivamente psicológico y por generalizar la situación de mujeres blancas heterosexuales de clase media a todas las mujeres.

La obra de otra feminista psicóloga social y miembro de la NOW, Kate Millett, también es especialmente interesante a este respecto. En 1968 y desde el subcomité de educación de la NOW elaboró el panfleto *Token Learning* (Rossiter, 1995), desde donde criticaba a los *colleges* de mujeres por haber abandonado su apoyo al feminismo –contratando antes a profesores varones que a mujeres- y por contener programas de estudio diseñados para formar y convertir a mujeres en ciudadanas de segunda clase. Su libro *Política Sexual* se ha convertido en un clásico de la literatura del feminismo radical, conceptualizando el patriarcado como *política sexual* y las relaciones entre los sexos como relaciones políticas que demandan cambios no solo públicos sino también privados: “lo personal es político”. Millett señala que la política sexual del patriarcado se asienta en los procesos de socialización de ambos sexos que conforman el temperamento –o componente psicológico-, el papel social –o componente sociológico- y la posición social –o componente político-. Basándose en Beauvoir y en el concepto de “identidad genérica esencial” de Stoller y su distinción entre sexo biológico y género social en *Sex and Gender* de 1968, Millett enfatizó la construcción social del sexo y de la sexualidad en un momento de auge sociobiológico. Derivado de ello, criticó los escasos trabajos desde la psicología sobre las repercusiones psicológicas y sociales de la supremacía masculina, y al igual que Beauvoir, Friedan, Firestone, Figs o Greer dedicó no pocas críticas a la ideología sexista y

androcéntrica del psicoanálisis. No obstante, las aportaciones feministas de Millett en relación con la psicología vinieron también de su asociación con movimientos de anti-psiquiatría y de su propia experiencia de internamiento en un psiquiátrico –obligada por su familia– en la década de los 70 tras reconocer públicamente su lesbianismo. Las críticas de Millett a la psicología y psiquiatría clínica fueron reflejadas en sus autobiografías *En pleno vuelo* (1974/1990) y *The Looney Bin-Trip* (1990/2000).

La crítica al sexismo en la práctica clínica psicológica fue recogida también por diferentes académicas feministas de la segunda ola. Phyllis Chesler en la conferencia anual de la APA en 1970 sorprendió a su audiencia demandando «un millón de dólares “en reparaciones” para aquellas mujeres que nunca habían sido ayudadas por los profesionales de la salud mental pero que en cambio sí habían sido objeto de abuso: etiquetadas negativamente, sedadas, seducidas sexualmente durante tratamiento, hospitalizadas contra su voluntad, objeto de descargas eléctricas, lobotomías, y sobre todo, rechazadas como demasiado “agresivas”, “promiscuas”, “depresivas”, “feas”, “viejas”, “desagradables” o “incurables”» (Chesler, 1970 en Wilkinson, 1997). Chesler (1972) denunció en su libro *Women & Madness* cómo las mujeres eran categorizadas como mentalmente inestables tanto si se conformaban a los dictados de la feminidad como si se rebelaban a ellos, y cómo los psicólogos y psiquiatras varones habían construido la locura y la feminidad de forma “especular”. A consecuencia de ello, se oponía al tratamiento de mujeres por parte de profesionales varones y apoyaba el desarrollo de comunidades terapéuticas formadas exclusivamente por mujeres. Pauline Bart, socióloga experta en tratamientos a mujeres por depresión y tras violaciones, también sugirió en 1971 «reparaciones y compensaciones económicas de los psicoterapeutas por todos los años en los que tantas mujeres habían desperdiciado su tiempo y dinero en la psicoterapia, una psicoterapia basada en falsas asunciones sobre la naturaleza de las mujeres.» (Herman, 1995: 282). El feminismo en alianza con la anti-psiquiatría denunció la autoridad del poder médico sobre los cuerpos y vidas de las mujeres y la atribución personal e intrapsíquica de problemas sociales producto de la dominación masculina. A finales de los 60 y principios de los 70 se organizaron protestas y boicots de grupos feministas y de gays y lesbianas en convenciones de asociaciones psiquiátricas y psicológicas, denunciando la construcción social de enfermedades mentales a través de prejuicios sexistas, racistas, políticos y homófobos. Las feministas exigían el final de la culpabilización de las madres, la libertad para prisioneros políticos, gays y lesbianas internados en instituciones mentales y protección legal frente a prácticas violentas y abusivas de clínicos.

La convergencia de “la psicología construye la feminidad” y “la psicología construye a la feminista” se hará especialmente evidente en la figura de Naomi Weisstein y su polémico y radical “Kinder, Küche, Kirche as Scientific Law: Psychology Constructs the Female” presentado en 1968¹⁷. Un artículo que ya anunciaba posteriores alianzas feministas con el construccionismo social y que excepcionalmente tuvo más impacto sobre las feministas fuera de la psicología que dentro de ella (Unger, 1998). Como ha señalado Celia Kitzinger (1993) Weisstein impulsó con este texto clave para la psicología feminista una (re)construcción de la psicología desde el feminismo: la necesidad de desplazar la “psicología construye lo femenino y la mujer” al “feminismo reconstruye a la psicología”. «El argumento central de mi artículo es el siguiente. La psicología no tiene nada que decir sobre cómo son las mujeres, lo que necesitan o lo que quieren, especialmente porque la psicología no lo sabe.» (Weisstein, 1968/1993: 197). Y no lo sabe, en opinión de Weisstein, por su obsesión por los rasgos internos y su descuido del contexto social. Para explicar el comportamiento de las mujeres es necesario comprender las condiciones y expectativas sociales bajo las cuales viven las mujeres. Gran parte del artículo de Weisstein está dedicado a una exhaustiva exposición de experimentos clásicos en psicología social —presentados en oposición a las teorías biologicistas— que venían a demostrar la necesidad de analizar las influencias del contexto social en el comportamiento de las personas¹⁸. «Hasta que los psicólogos no comiencen a respetar la evidencia, hasta que no empiecen a analizar los contextos sociales en los cuales la gente se mueve, la psicología no tendrá nada sustancioso que ofrecer en la tarea del descubrimiento. (...) Lo que está claro es que hasta que las expectativas sociales hacia varones y mujeres no sean iguales, y hasta que no proporcionemos el mismo respeto a varones y mujeres, nuestra respuestas a esta cuestión [la existencia de diferencias sexuales inmutables] simplemente reflejará nuestros prejuicios.» (Weisstein, 1968/1993: 208).

A partir del texto de Weisstein algunas psicólogas se decidieron a “reconstruir” la psicología de la mujer, del género o de las diferencias sexuales, y en la década de los 70 y comienzos de los 80 se publicaron una serie de artículos revisando de forma crítica los estudios psicológicos sobre el tema. De especial interés fueron los recogidos en una de las revistas más prestigiosas de teoría feminista, *Signs*: “Review Essay: Psychology” y

¹⁷ La revista *Feminism & Psychology* ha dedicado un monográfico especial a dicho texto en su volumen 3(2) de 1993.

¹⁸ El énfasis en los aspectos sociales de la subjetividad o la influencia del contexto social en las diferencias sexuales ha sido una tónica constante en el pensamiento feminista desde las pioneras psicólogas hasta “la mujer no nace, se hace” de Beauvoir. Resulta sorprendente la escasa atención o el desconocimiento de la psicología social a estas aportaciones.

“Psychology and Women: Review Essay” de Mary Parlee (1975, 1979), “Review Essay. Psychology” de Reesa Vaughtner (1976) y “Psychology and Gender” de Nancy Henley (1985). Junto a estas revisiones, comienzan a escribirse libros sobre “psicología de las mujeres” firmados por mujeres –no en todos los casos necesariamente feministas- y recopilaciones sobre psicología de las diferencias sexuales (Eleanor Maccoby y Carol Jacklin, 1974; Julia Sherman y Florence Denmark, 1978).

De esta época son especialmente destacables dos artículos críticos de Carolyn Wood Sherif (1979, 1979/1987): “What every intelligent person should know about Psychology and Women” y “Ethnocentrism, Androcentism, and Sexist Bias in Psychology” y otro artículo de Beverly M. Walker (1981) “Psychology and Feminism –If you can’t beat them, join them”. De forma irónica en uno de estos textos Carolyn Sherif nos presentaba su particular “breve curso sobre cómo perpetuar un mito social” sobre diferencias sexuales:

«La lección para aquellos que quieran perpetuar sesgos de género en la investigación psicológica es clara: Restringe el marco de estudio a un estrecho margen de tiempo. Atiende exclusivamente a lo que decidas que es importante, ignorando el resto tanto como te sea posible. Etiqueta estos aspectos importantes en términos de “variables”, tanto para sonar objetivo como para enmascarar tu ignorancia. Organiza la situación de investigación como tú elijas. Si estás sesgado, la situación lo estará. Registra tus datos selectivamente elegidos e interprétalos como si estuvieras tratando con verdades eternas. Si alguien intenta hacer referencia a circunstancias históricas, culturales u organizacionales fuera de tu estrecho marco de estudio, o bien 1) rechaza tales afirmaciones refiriéndote a hechos y disciplinas “blandas” que a tu entender resultan de escasa relevancia para tus hallazgos y variables rigurosamente controladas; o 2) sugiere que cada cual tiene diferentes intereses, y que los tuyos están en la psicología, cualesquiera sean sus limitaciones, y no en la historia, cultura, etc.» (Sherif, 1979/1987: 50).

Las psicólogas feministas han criticado el esencialismo biologicista presente en determinadas teorías psicológicas, los sesgos sexistas o de género en el proceso de investigación y el androcentrismo teórico de la psicología al olvidar determinadas experiencias particulares de las mujeres o al mostrarlas como “deficiencias” o patologías respecto a la norma masculina considerada universal. Rachel Hare-Mustin y Jeanne Marecek (1988, 1994) han diferenciado entre “sesgos alfa” en psicología o la exageración de las diferencias y la polarización de género, y “sesgos beta” cuando las diferencias de género son minimizadas. En ese mismo sentido, Fine y Gordon (1989) han destacado cómo la psicología se ha reapropiado y ha despolitizado el feminismo precisamente mediante la

investigación de las diferencias de género y a través de la presunción de la neutralidad de género. Por su parte, Sue Wilkinson (1997) ha descrito cinco tradiciones feministas críticas con la representación en psicología de la mujer como inferior: 1) la “*falsa medida de la mujer*” o las críticas a la psicología como “mala ciencia” o “ciencia sesgada”; 2) el problema no son las mujeres, sino la *internalización de la opresión de las mujeres*; 3) podemos aprovecharnos de una perspectiva diferente *escuchando las voces de las mujeres*; 4) deberíamos *abandonar* la cuestión de las diferencias sexuales; 5) deberíamos *reconstruir* la cuestión de las diferencias sexuales.

Desde la primera tradición, “la falsa medida de la mujer”, psicólogas feministas empiristas han denunciado los “sesgos de género” que se introducen a lo largo del proceso de investigación psicológica (Janet Hyde, 1995; Borrill y Reid, 1986): (1) modelos teóricos o lenguajes sesgados; (2) sesgos en la formulación de preguntas planteando determinadas cuestiones y no otras a consecuencia de estereotipos de género –por ejemplo, hasta hace poco no se había planteado si los varones experimentaban también cambios mensuales de humor-; (3) sesgos en la selección de las muestras: o bien utilizándose con mayor frecuencia a varones que a mujeres –las teorías sobre la “motivación de logro” de McClelland, el “desarrollo moral” de Kohlberg o la “categorización social” de Tajfel se desarrollaron inicialmente a partir de estudios con muestras exclusivamente masculinas-, o bien realizando la selección en función de estereotipos –por ejemplo, los estudios sobre agresión se han realizado sobre muestras mayoritariamente masculinas-; (4) sesgos de género derivados de los efectos del experimentador o del observador –cuando se obtiene lo que se quiere conseguir-; (5) sesgos en las interpretaciones o en la publicación exclusivamente de resultados significativos –solo nos enteramos cuando difieren varones y mujeres y no cuando no lo hacen, resaltándose las diferencias de género y no las semejanzas, etc.-¹⁹. En este sentido, varios trabajos han presentado un conjunto de orientaciones guía para evitar el sexismo en la investigación psicológica (Denmark, Russo, Frieze y Sechzer, 1988; McHugh, Koeske y Frieze, 1986) y han propuesto técnicas metodológicas como el “meta-análisis” con el objetivo de contrarrestar afirmaciones sobre la diferencia-inferioridad femenina (Hyde, 1994a).

De la segunda y tercera tradiciones señaladas por Wilkinson –“el problema no son las mujeres, sino la *internalización de la opresión de las mujeres*” y la atención a las “*voces diferentes de mujeres*”-, se han generado los constructos teóricos que quizá hayan tenido más repercusión hacia fuera de la psicología: el concepto de “miedo al éxito” teorizado por

¹⁹ Para un mayor análisis sobre diferentes investigaciones empíricas indicando sesgos de género en el proceso de investigación científica, ver Squire (1989), Hyde (1995) o Unger (1998).

Martina Horner, “una voz diferente” de Carol Gilligan²⁰ o constructos psicológicos como “homofobia o lesbofobia”. No obstante, autoras como Martha Mednick (1989) o Celia Kitzinger y Rachel Perkins (1993) han incidido en el carácter político más que intelectual del éxito de estos términos psicológicos, que despolitizan problemas sociales reduciéndolos a variables intrapsíquicas o individuales -a veces reproduciendo esencialismos homogeneizadores y a veces culpabilizando a las víctimas- eludiendo análisis sobre diferencias de poder o factores socio-estructurales. Como ha señalado Katherine Hayles (1986), la “voz diferente” de Gilligan se ha construido sobre la base de suprimir la ira de las mujeres: la única voz femenina que un mundo masculino -y la psicología- autoriza es una voz de cuidado y conciliación, no aquella que expresa abiertamente su ira.

La cuarta y quinta tradiciones, el *abandono* o la *reconstrucción* del estudio sobre las diferencias sexuales, han dado pie a no pocos debates en el seno de la psicología feminista²¹. La teorización del género como diferencia y no como poder, la confusión de las diferencias sexuales con diferencias de poder, la reificación de conceptos como “masculinidad” y “feminidad” -incluida también en el concepto de “androginia”²²-, la construcción de una polarización dicotómica de los sexos con su consecuente heterosexismo y homogeneización interna, y el olvido de que el género está subjetiva y culturalmente situado, son algunas de las críticas a la “perversión de los estudios sobre el género” y la fetichización y obsesión por las diferencias (Fine y Gordon, 1989; Bem, 1993; Kitzinger, 1994; Hare-Mustin y Marecek, 1994). Los estudios sobre diferencias sexuales o psicología del género han analizado empíricamente el “sexo/género” como una variable sujeto -*rasgo*- y como una variable de estímulo social -*situación*-. Para algunas psicólogas feministas el auge de estos estudios y su aceptación dentro de la psicología dominante bajo los epígrafes de “psicología del género” o “psicología de las diferencias sexuales” puede

²⁰ En 1986 *Signs* dedicó un “forum interdisciplinario” monográfico sobre “una voz diferente” de Gilligan.

²¹ La revista *Feminism & Psychology* dedicó en 1994 un monográfico sobre “Should Psychology Study Sex Differences?” -“¿Debería la Psicología estudiar las diferencias sexuales?”-, presentando artículos de defensoras y detractoras de los estudios sobre diferencias sexuales. El mismo debate fue anteriormente planteado en las páginas de la *American Psychologist* (Alice Eagly, 1987; Roy Baumeister, 1988; Esther Rothblum, 1988; Eagly, 1990) y en la *Bulletin of the British Psychological Society* (Borrill y Reid, 1986; John Archer, 1987).

²² El concepto de “androginia” elaborado desde la psicología feminista por Sandra Bem ha sido otro de los constructos psicológicos -junto con el “miedo al éxito” y “una voz diferente”- que más ha calado en el lenguaje común y ha trascendido a la psicología dominante (Mednick, 1989). No obstante, sus principales teóricas -Sandra Bem y Bernice Lott- se han distanciado críticamente de dicho término que reproducía de nuevo la dualidad -aunque ahora bajo dos continuos- y la existencia *a priori* de lo “masculino” y lo “femenino” como algo tangible e independiente, por otro lado solo identificables por expertos psicólogos (Lott, 1994; Bem, 1993; Morawski, 1994).

explicarse en gran medida por su desvinculación de análisis de poder en el estudio de las diferencias y por su adhesión rígida a los cánones metodológicos empiristas. Desde una “psicología feminista socioconstruccionista” se sostiene que más que preguntarse sobre cuáles sean las diferencias “reales” entre varones y mujeres, la psicología debería estudiar cómo las personas –incluidos los psicólogos- *construimos* varones y mujeres como sexos diferentes (Unger, 1994; Wilkinson, 1997). «¿Qué hacemos con las diferencias entre los sexos? ¿Qué significan? ¿Por qué hay tantas? ¿Por qué hay tan pocas? Quizá deberíamos preguntarnos: ¿Qué importancia tienen las diferencias? ¿Qué hay más allá de las diferencias? Dejando a un lado la diferencia, ¿en qué otra cosa consisten los sexos? *La pregunta suprema es la que se refiere a la elección de la pregunta.*» (Hare-Mustin y Marecek, 1994: 16). Desde una posición diferente, psicólogas feministas empiristas han argumentado que no se puede negar el valor pragmático -bajo un contexto hegemónico de empirismo científico- de unos datos sobre diferencias sexuales que puedan ser *usados* políticamente en un sentido feminista, y que del mismo modo no se pueden olvidar las negativas consecuencias políticas de abandonar un campo marcado históricamente por el sexismo (Hyde, 1994b; Eagly, 1994).

Recogiendo estos debates, Erica Burman (1998a) ha diferenciado entre una *psicología de la mujer* y una *psicología feminista*. Para esta autora, la psicología de la mujer se centra exclusivamente en la mujer: su objetivo es hablar de y para las experiencias psicológicas específicas de las mujeres como objetos feminizados de la mirada masculina de la psicología. Según esta autora, los peligros que entraña esta postura son los siguientes: (1) si bien abre nuevas áreas antes desatendidas por la psicología, entra en complicidad con los métodos y técnicas de investigación elaboradas desde el positivismo, sin poner en tela de juicio el proyecto de una psicología científica con su ética de la instrumentalidad, manipulación y control; (2) es cómplice con los esfuerzos de la psicología por excluir y “guetizar” la atención a los temas sobre género en su creación de un área separada de la psicología sobre las experiencias de las mujeres; (3) Al privilegiar el género, corre el peligro de unirse con la corriente tradicional masculina en psicología, abstrayendo y reificando las identidades y categorías sociales, produciendo un relato ahistórico que trata las experiencias y las cualidades de las mujeres como inherentes o esenciales; (4) ignora otros ejes de opresión en articulación con las experiencias de género -raza, clase, sexualidad, etc.-, tratando las categorías de identidad como elementos separados estables y aditivos, y subordinando otros parámetros estructurales de la identidad al género. En contraposición, esta autora propone la psicología feminista como un espacio intermedio entre las políticas

feministas y las prácticas psicológicas. El cambio de nombre no es azaroso, pues mientras en la psicología de la mujer, la “mujer” actúa como *objeto*, en la psicología feminista, el carácter feminista remite a un *sujeto* de pensamiento. En esta psicología feminista, los temas de raza, clase y sexualidad ocupan una posición destacada en las discusiones sobre las políticas de la práctica feminista en psicología.

A este respecto resultan significativas las escasas “fertilizaciones cruzadas” entre la teoría feminista y la psicología empírica sobre las diferencias sexuales. La psicología del género asentada mayoritariamente en la distinción sexo/género ha prestado poca atención a los análisis feministas que cuestionan la teorización del sexo como un receptáculo pasivo-natural prediscursivo donde se inscribe el género-cultural. Frente a esta concepción dualista, se destaca el carácter también construido del sexo y la indisolubilidad de sexo/género/deseo (Judith Butler, 1990/2001). Es igualmente significativo que la teoría feminista haya acudido al psicoanálisis en sus teorizaciones sobre los procesos de conformación de subjetividades y salvo excepciones –el interaccionismo simbólico de Mead y Goffman por ejemplo- no haya encontrado en la psicología aportaciones relevantes.

LAS EPISTEMOLOGÍAS FEMINISTAS: “LA CUESTIÓN DE LA CIENCIA EN EL FEMINISMO”

¿Es el sistema de sexo/género/deseo epistemológicamente relevante? «¿Quién es el sujeto de conocimiento? ¿Cómo afecta la posición social del sujeto de conocimiento a la producción de conocimiento? ¿En qué medida el cuerpo sexuado del sujeto influye sobre el conocimiento y la razón? ¿Es todo conocimiento expresable en formas proposicionales? ¿Cómo se puede maximizar la objetividad si se reconoce que es imposible eliminar el perspectivismo? ¿Son las perspectivas de los oprimidos epistemológicamente privilegiadas? ¿Cómo categorías sociales como el género afectan las decisiones teóricas de los científicos? ¿Cuál es el rol de las ciencias sociales en la naturalización de la epistemología? ¿Cuál es la conexión entre conocimiento y política?» (Linda Alcoff y Elisabeth Potter, 1993: 13). Todos estos son aspectos que vienen abordando las epistemologías feministas al considerar la cuestión de la ciencia en y desde el feminismo. Si la constatación de las discriminaciones de las mujeres en las diversas disciplinas científicas –y entre ellas en la psicología- había llevado a una consideración de la posición de las mujeres como *sujetos* productores de

conocimiento científico y como *objetos* de análisis de la ciencia, con el desarrollo de las epistemologías feministas se plantea un relevante salto cualitativo. Ya no se trata de demandas de carácter metodológico que pretendan eliminar los habituales e invisibilizados sesgos sexistas en la actividad científica: se va a proponer una nueva forma de hacer ciencia.

Con el desarrollo de las epistemologías feministas al igual que con los estudios sociales del conocimiento científico, el carácter neutral, universal y autónomo de la ciencia como maquinaria de producción de saber se pone en cuestión. Pero en los estudios sociales del conocimiento científico el énfasis se va a centrar en *describir* cómo efectivamente se hace ciencia. Desde las epistemologías feministas sin embargo, la atención no se sitúa tanto en descripciones de la *ciencia en acción* –à la Latour (1992)- sino en la urgencia de promover una mejor ciencia: «Las feministas tienen que insistir en una mejor descripción del mundo; no basta con mostrar la contingencia histórica radical y los modos de construcción para todo.» (Haraway, 1995: 321). Un proyecto de “ciencia sucesora” (Harding, 1986/1996) que consciente del papel de la ciencia en la producción de realidad y su complicidad con el mantenimiento y justificación de múltiples exclusiones y jerarquizaciones sociales²³ no puede renunciar a *prescribir* y teorizar una mejor forma de conocimiento.

A partir de la segunda ola del feminismo, la crítica feminista había denunciado el sexismo y androcentrismo en diferentes prácticas culturales: la historia, la literatura, el cine, la publicidad, etc. «Pero la alarma creciente salta cuando el análisis feminista dirige su arsenal crítico hacia un producto cultural privilegiado: el conocimiento científico.» (González García, 2002: 348). El privilegio epistémico del conocimiento científico sustentado en su objetividad, universalidad, neutralidad y racionalidad se tambalearía de admitir que el sexismo y el androcentrismo impregnan la ciencia –en cuanto institución social, ocupación, prácticas científicas, lenguaje y metáforas, metodología y contenidos-. Si ya resulta blasfemo afirmar que la ciencia –no solo la *mala* ciencia, sino *toda* producción científica- es política por otros medios (Latour, 1983/1995), pretender además basarse en una ideología política para desarrollar un mejor conocimiento parece una contradicción en sus propios términos. «¿Cómo puede incrementar la objetividad de la investigación una indagación tan politizada?» (Harding, 1986/1996). ¿En qué consistiría esa “ciencia sucesora”? ¿Cómo desarrollar una doctrina de la objetividad que reconozca la parcialidad,

²³ Por ejemplo, el papel de la psicología en la justificación de la desigualdad entre los sexos y en la patologización de las sexualidades que no responden a la normatividad heterosexual, o las vinculaciones de la producción científica en el desarrollo colonial, el racismo o la industria militarista.

las diferentes diferencias y dé cuenta de las desiguales distribuciones de poder en que se conforman? En definitiva, ¿cómo generar una epistemología feminista?

Las múltiples y complejas posiciones teóricas que sobre todo a partir de los 90 han eclosionado en el ámbito de las epistemologías feministas resultan difícilmente reducibles a una única clasificación, especialmente al multiplicarse los solapamientos, conexiones y diálogos entre las distintas posiciones teóricas. No obstante, se hace necesario cierto esfuerzo clasificatorio para presentarlas²⁴. Harding (1986/1996) ofreció en *Ciencia y feminismo* la ya clásica distinción entre *empirismo feminista*, el *punto de vista feminista* y el *posmodernismo feminista*, y han sido muchas las epistemólogas feministas que han seguido y aplicado en el seno de diferentes disciplinas esta clasificación²⁵, o que han propuesto matizaciones o variaciones sobre la misma. Así por ejemplo, Marta González García y Eulalia Pérez Sedeño (2002) han introducido la distinción entre *empirismo ingenuo* y *empirismo contextual* además de añadir el que denominan *enfoque psicodinámico* –Evelyn Fox Keller y Susan Bordo-. Por su parte Alessandra Tanesini (1999) ha distinguido entre *empirismo contextual* -Helen Longino- y *empirismo naturalizado* -Lynn H. Nelson-, entre *epistemologías naturalizadas* desde el contexto de la filosofía y desde la psicología y la sociología del conocimiento -Lorraine Code, Elisabeth Potter, Lynn H. Nelson-, las *epistemologías del punto de vista* -Hilary Rose, Nancy Hartsock, Dorothy Smith, Patricia Hill Collins, Sandra Harding- y *los estudios culturales de la ciencia* -Donna Haraway-.

Empirismo feminista

Desde la corriente denominada por Sandra Harding (1986/1996) *empirismo feminista* se han proporcionado múltiples estudios que han evidenciado los sesgos sexistas en la ciencia –y en la psicología-. Harding caracteriza esta corriente como un intento de rectificar el sexismo y el androcentrismo de la ciencia al uso, partiendo del presupuesto de que éstos son sesgos sociales corregibles por una adherencia más estricta a las existentes normas metodológicas de la investigación científica. El empirismo feminista, así construido, resulta según Harding (1993) “una contradicción en sus propios términos”: se caracteriza por

²⁴ Parte de los análisis de este apartado han sido elaborados sobre la ponencia “Epistemologías feministas y democracia radical”, presentada por Carmen Romero Bachiller y Silvia García Dauder en el IV Congreso Iberoamericano de Ciencia, Tecnología y Género desarrollado en Madrid entre el 23 y el 27 de Julio de 2002.

²⁵ Discusiones sobre las categorías epistemológicas señaladas por Harding en el ámbito de la psicología, se encuentran en Stephanie Riger (1992), Morawski (1994, 1997) y en el monográfico “Theory and Method in Feminist Psychology”, publicado en *Psychology of Women Quarterly* -en el volumen 13, 1989-, donde se incluye una exhaustiva bibliografía sobre debates epistemológicos en psicología feminista.

explicar las virtudes epistémicas de una investigación informada políticamente, al tiempo que se adhiere a una metodología que requiere neutralidad de valores. De este modo, para evitar infringir el requisito de neutralidad de valores, se requiere que los valores feministas sean eliminados de la justificación del conocimiento quedando confinados al contexto de descubrimiento.

Pero dado que las modificaciones que introducen son más bien de carácter metodológico –vigilancia a la *forma* en que se desarrollan las investigaciones- sin cuestionar la epistemología tradicional de la ciencia, quizá sería más adecuado considerarlas como *feministas haciendo ciencia* que como *epistemólogas feministas*. Sin embargo, como destacan Jill G. Morawski y Betty M. Bayer (1995) al corregir los sesgos sexistas, las feministas empiristas transgreden las fronteras del empirismo, defendiendo, por ejemplo, que una ciencia no-sexista sería el resultado de una mayor incorporación de mujeres en la producción científica; o cuestionando la neutralidad axiológica al denunciar la reproducción de valores sexistas sociales en la ciencia.

Versiones sofisticadas del empirismo: El empirismo naturalizado de Lynn H. Nelson y el empirismo contextual crítico de Helen Longino.

Distanciándose de las versiones *espontáneas* (Harding, 1993) o *ingenuas* (González García y Pérez Sedeño, 2002) se vienen desarrollando *versiones más sofisticadas de empirismo* como las representadas por Helen Longino y Lynn H. Nelson, que incorporan en sus teorías la influencia inevitable e incluso positiva de los valores e intereses sociales no solo en el contexto sino en el contenido de la ciencia, cuestión “anátoma” en la versión que Harding había construido del empirismo. Si bien Longino y Nelson se reclaman empiristas al sostener que «la experiencia sensorial es la legitimadora fundamental de las afirmaciones de conocimiento» (Longino, 1997a: 72), rechazan al mismo tiempo algunos de los aspectos de ese empirismo “espontáneo”. El punto de partida que posibilita el distanciamiento de estas autoras del empirismo tradicional lo constituye la aceptación de las tesis Hanson y Duhem-Quine, según las cuales la observación está cargada de teoría y las teorías están infradeterminadas por los datos empíricos. Así por ejemplo, frente al individualismo tradicional Longino y Nelson reclaman la ciencia como una actividad social humana, y señalan que la filosofía de la ciencia debería atender a las prácticas científicas comunitarias y no solo a las teorías que se producen. Además apuntan que un análisis filosófico de la ciencia no se debería limitar al terreno de la justificación de las teorías, sino implicarse también en aspectos del contexto de descubrimiento, campo tradicionalmente vinculado a

la sociología. En este sentido, frente a la vieja visión de la ciencia como neutral y aséptica, muestran cómo los valores permean todos los aspectos del conocimiento científico: no solo no son parte de un contexto productor de “mala ciencia”, sino son elementos constitutivos que desempeñan un papel importante en lo que cuenta como evidencia para una teoría científica (Tanesini, 1999).

No obstante estas autoras difieren respecto a su consideración de los valores en la ciencia. La versión *empirista naturalizada* de Nelson atribuye objetividad a los valores y reclama el papel positivo de algunos valores y políticas en la ciencia. El elemento naturalizado de su propuesta se deriva del hecho de que los valores positivos para una comunidad serán aquellos que evaluados bajo estándares científicos se muestran más defendibles que otros (Nelson, 1993; Tanesini, 1999). Por su parte el *empirismo contextualizado crítico* de Longino sostiene que el objetivo final de las/os científicas/os no es reclamar determinados valores como positivos *per se* o porque han pasado por un escrutinio científico, sino anularlos o cancelarlos. Así para Helen Longino una mayor democratización de la comunidad científica que incorpore la máxima pluralidad de perspectivas incidirá en una ciencia más objetiva. Ahora bien, esta objetividad no surge de adoptar el punto de vista de los grupos marginalizados y oprimidos como apuntaría la perspectiva del punto de vista feminista desarrollada por Harding, sino mediante la anulación de las idiosincrasias particulares una vez garantizada la inclusión de todas las perspectivas cognitivas socialmente relevantes, lo que ella denomina *democracia cognitiva* (Longino, 1990; 1993; 2002). La incorporación de dicha pluralidad de perspectivas -con sus valores correspondientes- facilita el cuestionamiento del trasfondo de los valores hegemónicos constitutivos de la ciencia, marcando su carácter político y parcial. Esto ha llevado a Longino (1997b) a defender una serie de valores o virtudes feministas alternativas a los valores cognitivos hegemónicos establecidos por Khun, como una forma de visibilizar y anular la parcialidad androcéntrica no cuestionada de estos valores.

Su proyecto epistemológico democrático establece cuatro criterios normativos para un conocimiento social, crítico, efectivo y objetivo: 1) deben existir foros públicamente reconocidos para la crítica; 2) la comunidad debe facilitar la flexibilidad y el cambio de creencias y teorías a lo largo del tiempo; 3) deban existir criterios de evaluación públicamente reconocidos; y finalmente 4) las comunidades se deben caracterizar por una igualdad en la autoridad intelectual. Cuando exista consenso no debe ser resultado de un ejercicio de poder económico o político o de la exclusión de perspectivas disidentes; sino resultado de un diálogo crítico en el que *todas las perspectivas relevantes estén representadas*

(Longino, 1993; 2002). El problema que se le plantea a Longino es cómo manejar *pluralismo y consenso*: por un lado garantizar la inclusividad democrática de las voces disidentes, y por otro lado, temperar esa igualdad para huir del peligro relativista “cacofónico” (*sic*) de que todas las voces valgan por igual. «Lo que cuenta como conocimiento es producto del consenso de la comunidad científica. Para que el conocimiento sea genuino la comunidad debe ser adecuadamente diversa. (...) Si la objetividad requiere de pluralismo en la comunidad, entonces el conocimiento científico se convierte en elusivo, pero si se persigue el consenso, será a costa de acallar posiciones críticas antagónicas.» (1993: 113-114). Pero las diferentes posiciones no son meramente diferentes: la situación de opresión de ciertos grupos limita su capacidad para justificar la relevancia de sus perspectivas. Al considerar las diferencias más como una cuestión voluntarista de diversidad cognitiva que como resultado de relaciones de poder jerarquizadoras y excluyentes, parece olvidar las condiciones semiótico-materiales de posibilidad e imposibilidad, de lo pensable y lo impensable.

Evelyn Fox Keller: la propuesta de una “objetividad dinámica” basada en la relación sujeto-objeto

Partiendo de los planteamientos desarrollados por la teoría psicoanalítica de las relaciones objetales (Nancy Chodorow, 1978) la psicología del conocimiento científico de Evelyn Fox Keller (1991) centra sus análisis en la conformación de subjetividades de científicos y científicas por medio de procesos diferenciales de socialización de género. Para Fox Keller el sentido de identidad del científico o científica en cualesquiera disciplinas se sostiene en la internalización de la dicotomía sujeto/objeto, fundamental en el pensamiento masculino-racional-cartesiano (Susan Bordo, 1987). Keller mantiene que es posible hacer una ciencia feminista diferente, no solo en el método sino en la forma de aproximación al objeto de estudio. Propone como ejemplo paradigmático el trabajo de Barbara McClintock. En sus investigaciones, esta bióloga y premio Nóbel no establecía una diferenciación “rígida” entre sujeto/objeto de estudio, sino que sentía una cierta empatía/simpatía con y por el material investigado.

Fox Keller examina el desarrollo de la capacidad no innata de la objetividad en varones y mujeres, concluyendo que la concepción de una madurez cognitiva como *autonomía rígida* sujeto-objeto -la objetividad en sentido tradicional- carece de validez epistemológica. Su tesis principal es que la madurez emocional requiere autonomía pero también una necesaria ambigüedad en la relación yo-otros o sujeto-objeto. En este sentido, analiza cómo en el desarrollo del género a los chicos se les impone una doble

desidentificación: del yo y de género, reforzada por una cultura que valora positivamente la autonomía e independencia en los varones, lo cual puede llevar a una autonomía exagerada y rígida. Por contra, en las chicas esa necesidad de desidentificación no es tan radical, a lo que se le añade una cultura que fomenta la dependencia y la subjetividad, lo que puede llevar a una delimitación no adecuada en la relación sujeto-otros. Esta observación es fundamental en la tesis de Fox Keller que afirma que la ciencia, en su distinción radical entre sujeto-objeto, gratifica necesidades emocionales *seleccionando* a aquellas personas que tienen una ansiedad rígida y extrema por la pérdida de autonomía. «Una ciencia que se anuncia a sí misma con la promesa de una separación fría y objetiva de su objeto de estudio selecciona a un tipo de individuos para quienes esta promesa supone un consuelo emocional. De forma similar, sugiero que una ciencia que promete poder y el ejercicio del dominio sobre la naturaleza selecciona a aquellos individuos para quienes el poder y el control constituye preocupaciones centrales. Y una ciencia que concibe el conocimiento como un proceso de adversidad; selecciona a quienes tienden a sentirse en una relación de adversidad con su entorno natural» (Keller, 1991: 134).

Ahora bien, ¿por qué la objetividad lleva siempre al control y a la dominación? La respuesta de Fox Keller es inmediata: en la ciencia se ha confundido la autonomía con la independencia de los demás. Para explicar su postura distingue entre dos tipos de objetividad. La objetividad que ha manejado la ciencia hasta ahora, y que ella denomina “objetividad estática”, se basa en un conocimiento asentado en una rígida separación sujeto-objeto, percibiendo los objetos científicos primariamente como “objetos-que-se-usan”. Frente a esta objetividad estática, Keller defiende una “objetividad dinámica” cuya búsqueda de conocimiento hace uso de la experiencia subjetiva y reconoce la diferencia yo-otro/a como una oportunidad para una relación más profunda y articulada. Aboga así por un discurso científico basado en una objetividad dinámica que no suponga una separación radical entre el sujeto y el objeto, entre el yo y los otros, considerando, por lo tanto, la relación con los objetos en términos eróticos más que de confrontación y dominio.

Sandra Harding y las epistemologías del “punto de vista feminista”

Ante la pregunta aparentemente paradójica sobre cómo puede incrementar la objetividad científica el feminismo como movimiento político, Sandra Harding (1991, 1986/1996) defendió la necesidad de partir desde un *punto de vista feminista* para desarrollar una “ciencia sucesora”. Denunciando cómo la posición dominante de los varones en la sociedad se traduce en el desarrollo de una ciencia sesgada, sexista y androcéntrica, Harding

sostiene que hay que pensar en las epistemologías feministas como “teorías de transición” que tratan de acabar con la legitimidad de estas teorías epistemológicas. Así, siguiendo la línea marxista lukacsiana las autoras del punto de vista feminista sostienen que son las posiciones sociales subyugadas de las mujeres las que abren la posibilidad de un conocimiento más completo y menos perverso. Sandra Harding describe cinco tradiciones teóricas feministas que han tratado de explicar por qué «la investigación desde una perspectiva feminista puede aportar ideas sobre la naturaleza y la vida social que no son posibles desde la perspectiva de la actividad y la experiencia típica de los varones.» (1986/1996: 124): 1) La perspectiva del punto de vista feminista se opone a la división entre actividades mentales, manuales y asistenciales. Como ha señalado Hilary Rose (1985; 1987), en los trabajos artesanales de las mujeres el sujeto y el objeto de investigación son uno solo: “mano, cerebro y corazón” se confunden. 2) Como desarrolla Nancy Hartsock (1983), el tipo de “actividad sometida” de las mujeres se caracteriza por ser sensual, concreta y relacional. Esta experiencia les otorga la perspectiva de los sometidos -poder *para* los otros *versus* poder *sobre* los otros- frente a la actividad abstracta masculina dirigida a la dominación. 3) El planteamiento de Jane Flax (1983) presenta la filosofía feminista como retorno de lo reprimido: un ejercicio que crearía *yo-es recíprocos*, desgenerizados en lugar de *yo-es defensivos*, generizados, con la necesidad infantil de reprimir y dominar al otro. 4) Por otro lado, Dorothy Smith (1987) teoriza la *conciencia bifurcada* de mujeres investigadoras, alienadas de su propia experiencia que es abordada desde unos marcos analíticos masculinos para los que resulta o bien invisible o incomprensible. Frente a ello propone situar en el mismo plano epistemológico al investigador y al sujeto de investigación. 5) Finalmente Harding sostiene que las teorías feministas nacen a consecuencia de los cambios históricos y por lo tanto son un reflejo del pensamiento de estos conflictos.

En su particular elaboración del punto de vista feminista, Harding (1986/1996; 1991) considera que las nociones convencionales de objetividad resultan excesivamente *débiles* ya que solo se identifican y eliminan aquellos valores sociales diferentes a los hegemónicos en la comunidad científica, y porque el contexto de descubrimiento permanece no examinado por los métodos científicos racionales. La propuesta del punto de vista de Harding es reforzar los criterios de objetividad –y desarrollar una *objetividad fuerte*– partiendo de un relativismo histórico-cultural y rechazando un relativismo epistemológico. Esto es, si bien reconoce el carácter socio-históricamente situado de todas las creencias, no todas ellas son igualmente válidas: se requiere de «una evaluación crítica para determinar qué situaciones sociales tienden a generar los conocimientos más objetivos», es decir «una

explicación científica de las relaciones entre una creencia localizada históricamente y una creencia de máxima objetividad.» (Harding, 1991: 142).

Lo que plantea Harding es analizar qué causas sociales -tradicionalmente circunscritas al contexto de descubrimiento- constituyen la *base privilegiada* para un conocimiento más objetivo. Esto supone, por un lado, romper con la distinción entre contexto de descubrimiento y contexto de justificación; por otro, aplicar al contexto de descubrimiento la racionalidad científica -cuáles son las *causas sociales* que llevan a plantear determinadas preguntas en la ciencia-; y, finalmente, que tanto la formación como la legitimación de creencias “verdaderas” y “falsas” deben ser explicadas por el mismo tipo de causas sociales. Respecto a la sociología del conocimiento científico, Harding mantiene los principios del Programa Fuerte -*causalidad, imparcialidad, simetría y reflexividad*-, si bien considera insuficientes los análisis microprocesuales de la etnometodología de laboratorio. Principalmente porque Harding insiste en la necesidad de atender también a las “macro-tendencias” que ordenan y jerarquizan la sociedad, y por tanto la comunidad científica, en torno a ejes de opresión -género, clase, “raza” y sexualidad-. Esto le lleva a sostener la necesidad de adoptar una *reflexividad fuerte*, de modo que el sujeto conocedor -que para Harding es siempre social- sea analizado científicamente como un objeto empírico más del conocimiento, en tanto que expuesto a las mismas causas sociales involucradas en la producción de conocimiento.

Según Harding, el método científico resulta insuficiente para dar cuenta de los valores hegemónicos dominantes en la producción científica, como lo serían por ejemplo, los valores sexistas y androcéntricos en sociedades estructuradas jerárquicamente en torno al género. Siguiendo el planteamiento epistemológico marxista que privilegia la posición de conocimiento del proletariado, Harding presenta la posición de los grupos marginalizados como punto de partida privilegiado para la producción de conocimiento por su capacidad para visibilizar, y por tanto, cuestionar y eliminar los valores sexistas, racistas, etc. invisibilizados desde la perspectiva de los grupos dominantes. Particularmente privilegiadas para la producción de una ciencia menos distorsionada -ciencia sucesora- son las posiciones no unitarias, heterogéneas y incoherentes, posiciones de *outsiders within* -intrusas- (Patricia Hill Collins, 2000), *borderlands* -fronterizas- (Gloría Anzaldúa, 1987) o de “conciencia bifurcada” (Dorothy Smith, 1987), posiciones sociales múltiples y contradictorias en cuya tensión y conflicto se produce un conocimiento más reflexivo y por tanto más crítico y más objetivo.

En esta dirección va a reclamar el feminismo en particular, y cualquier movimiento político que parta del punto de vista de los grupos oprimidos en general, como lugares privilegiados para la producción de conocimiento. De hecho afirma que las revoluciones sociales gracias a las críticas que dirigen hacia los planteamientos hegemónicos han tendido a mejorar la ciencia, dando lugar a visiones menos distorsionadas y parciales. «Con esta cuestión resulta evidente que la búsqueda del conocimiento requiere de políticas democráticas y participativas. Si éste no fuera el caso, solo las élites de género, raza, sexualidad y clase que predominan en las instituciones de búsqueda de conocimiento, tendrán la oportunidad de decidir cómo plantear sus preguntas de investigación, y tenemos suficientes razones para sospechar de la localización histórica desde donde tales preguntas serán de hecho planteadas.» (Harding, 1991: 124). Una mayor democratización de la sociedad que garantice la participación de grupos oprimidos, de forma que su punto de vista se desplace “de los márgenes al centro” (hooks, 1984), repercutirá en el desarrollo de una ciencia socialmente más justa y epistemológicamente menos distorsionada y parcial.

Donna J. Haraway: estudios feministas culturales de la ciencia y epistemologías posmodernas

En su ya clásico trabajo “Conocimientos situados: la cuestión científica en el feminismo y el privilegio de la perspectiva parcial”, Donna Haraway (1995) planteó una versión feminista de la objetividad capaz de deshacerse de los polos del cinismo irresponsable de un “construccionismo social radical” y de la prepotente omnipotencia del divino positivismo: «Así, creo que mi problema y “nuestro” problema es cómo lograr *simultáneamente* una versión de la contingencia histórica radical para todas las afirmaciones del conocimiento y los sujetos concedores, una práctica crítica capaz de reconocer nuestras propias “tecnologías semióticas” para lograr significados y un compromiso con sentido que consiga versiones fidedignas de un mundo “real” que pueda ser parcialmente compartido y que sea favorable a los proyectos globales de libertad finita, de abundancia material adecuada, de modesto significado en el sufrimiento y de felicidad limitada.» (Haraway, 1995: 321).

Un deseo que coincide con el proyecto que anteriormente había planteado Harding de una “ciencia sucesora” vinculada a una sensibilidad postmoderna por las irreductibles diferencias, frente a posturas postmodernas epistemológicamente relativistas y versiones realistas del empirismo. La objetividad feminista queda definida así para ambas como *conocimientos situados y responsables*, una objetividad *encarnada* capaz de perseguir proyectos de

ciencia feminista paradójicos y críticos. Frente a la visión trascendental desde ninguna parte –el ojo de dios-, para Haraway solamente la perspectiva parcial asumida y autocrítica puede prometer una visión objetiva. La alternativa al relativismo y al totalitarismo es para Haraway «conocimientos parciales, localizables y críticos, que admiten la posibilidad de conexiones llamadas solidaridad en la política y conversaciones compartidas en la epistemología.» (1995: 329).

Haraway se une a su vez a los planteamientos que defienden que la visión es mejor desde abajo que desde las “brillantes plataformas de los poderosos”, pero a diferencia de Harding subraya el peligro de romantizar y, en un ejercicio de ventriloquia, apropiarse de la visión de los menos poderosos al mismo tiempo que se mira desde sus posiciones, no olvidando que los puntos de vista subyugados no son posiciones inocentes, y *cómo mirar* desde abajo también debe resistirse a los seductores trucos divinos. La posición privilegiada no sería la posición subyugada “llena”, saturada de múltiples marcas opositoras de identidad de género, raza, clase, sexualidad, etc., sino aquella que trata de buscar conexiones parciales y responsables entre diferentes posiciones de sujeto precarias, incompletas y en perpetua mutación. Una posición de sujeto conocedor que se reconoce *modesta*, situada, asumida, autocrítica y abierta a conexiones: Haraway (1997) hace *queer* la figura tradicional del “observador modesto” neutral y aséptico.

Haraway va a ir más allá de la “reflexividad fuerte” de Harding adoptando la simetría generalizada propuesta por la teoría del actor-red de tal forma que nos anima a hablar sobre los objetos de conocimiento en términos usualmente reservados al sujeto - rompiendo la dicotomía sujeto-humano-activo y objeto-no humano-pasivo. Reconocerá la agencia de los no-humanos tanto en la capacidad de *objetar* de los objetos, como, sobre todo, en la ironía *coyote* de la naturaleza artefactual. Por otro lado, el análisis cultural de Haraway no está comprometido con un planteamiento causal de las bases políticas del conocimiento en la línea de lo que defendería Harding. Llega incluso a romper con planteamientos representacionistas ventrílocuos e imágenes reflejas proponiendo “modelos de interferencia difractiva y articulada” (Haraway, 1999).

Como señala Baukje Prins (1997) en el concepto de conocimientos situados de Donna Haraway se pueden distinguir tres dimensiones: una descriptiva, una normativa y una visionaria. Una dimensión *descriptiva* donde a través del análisis cultural relaciona el desarrollo de la ciencia con la expansión colonial europea, capitalista, militarista, racista y sexista, criticando la instauración de la ciencia moderna occidental como universal y ahistórica. Asume así que el conocimiento científico es una poderosa narrativa de

“cuentacuentos” parcial y situada. Una segunda dimensión de carácter *normativo*, porque para Haraway no basta con mostrar la contingencia histórica radical y los modos en que todo está construido: las feministas tienen que insistir en una mejor descripción del mundo. La parcialidad de los conocimientos situados no solo hace referencia a la precariedad siempre por hacer de conocimientos que no pretenden alcanzar una totalidad mítica, sino a una parcialidad que es parte política comprometida y responsable. «En las categorías filosóficas tradicionales, se trata quizás más de ética y de política que de epistemología.» (Haraway, 1995: 321): la ciencia es política por otros medios. La tercera dimensión que apunta Prins es la *visionaria*, puesto que para Haraway un mejor conocimiento no solo implica situarse en oposición a las exclusiones y cegueras del conocimiento normativo, supone además la construcción activa de nuevas perspectivas inapropiadas/inapropiables que quiebren y con-fundan fronteras de formas blasfemas y promiscuas: «debemos asimismo buscar la perspectiva desde puntos de vista que nunca conoceremos de antemano, que prometen algo extraordinario, es decir, el poderoso conocimiento para construir mundos menos organizados en torno a ejes de dominación. (...) Lo imaginario y lo racional -la visión visionaria y objetiva- rondan juntos.» (Haraway, 1995: 329-330).

Los desplazamientos epistémico-políticos del feminismo

Considerando la diversidad y amplitud de perspectivas que se vienen produciendo en el ámbito de las epistemologías feministas —que excede con creces el repaso presentado— se puede apreciar la importancia de las mismas en la erosión de la concepción tradicional de la ciencia, y especialmente en la denuncia de su papel como mecanismo generador de conformidad, normalización y naturalización de las hegemonías socialmente establecidas. Esto ha llevado a las epistemólogas feministas no solo a cuestionar los discursos científicos sobre las mujeres, sino sobre todo -como ya se adelantó al principio del epígrafe- a proponer una nueva forma de conocimiento, una nueva forma de hacer ciencia. Si bien los posicionamientos de la epistemología feminista resultan tan diversos como los propios enfoques del feminismo se pueden inferir ciertas conexiones parciales y espacios de encuentro que marcarían sus desplazamientos y desvíos con la tradición científica *main/malestream* y también con las aportaciones y críticas de los estudios sociales del conocimiento científico.

- *Interdisciplinariedad epistemológica*. Las epistemólogas feministas parten de presupuestos epistemológicos que no resultan reductibles a una filosofía de la ciencia pero tampoco a una ciencia de la ciencia (Tanesini, 1999). Esto es, no se limitarían a una consideración

de los métodos racionales o del ordenamiento de las proposiciones lógico-inductivas, ni tampoco al simple desarrollo de estudios empíricos sobre la ciencia en acción. Además tienden a eludir formas de vasallaje disciplinar potenciando la interdisciplinariedad, lo que se vincula a una ruptura con la rígida separación entre ciencia y política. Por otro lado, esta interdisciplinariedad se evidencia en sus constantes diálogos con la sociología del conocimiento científico y la filosofía de la ciencia, si bien se trata de diálogos profundamente asimétricos ya que tanto la filosofía como la sociología *main/malestream* no suelen atender recíprocamente –salvo contadas excepciones- a las aportaciones de la epistemología feminista²⁶.

- *Cuestionamiento del individualismo epistémico.* Frente a la tradición heredada que vinculaba la producción del conocimiento al ejercicio de una mente autónoma, independiente y aislada –la posición del sujeto cartesiano capaz de afirmar “pienso, luego existo”–, las epistemólogas feministas van a incidir en el carácter social de todo conocimiento. De este modo, promueven, en primer lugar una concepción de la *ciencia como prácticas sociales*. Este aspecto incidiría no solo en el conocimiento como *producto* colectivo, sino también como *práctica* o ejercicio social, en lugar de concebirla como una institución estática de acumulación de saber. En segundo lugar, se plantea una dura crítica a la visión del científico como *sujeto autónomo independiente del contexto social, aislado y neutral*. No solo se critica la figura heroica del descubridor solitario, sino que se destaca la imposibilidad de aislarse de un contexto social en el que ineludiblemente estamos inmersos. Más aún, frente a los requerimientos de distanciamiento de la ciencia al uso determinadas teóricas van a incidir en la posibilidad de establecer otro tipo de relaciones no caracterizadas por una distancia ficticia rígidamente marcada -Keller (1991) por ejemplo aboga por el desarrollo de formas alternativas de conocimiento que potencien una objetividad relacional-. Finalmente, se va a plantear la importancia de la *comunidad científica* en la producción de conocimiento (Nelson, 1993; Longino, 1993). Algunas autoras han destacado no solo que la ciencia es un ejercicio colectivo, sino que no todas las posiciones son equivalentes y poseen diferentes condiciones de posibilidad o

²⁶ No son muchos los intentos de establecer diálogos entre las epistemologías feministas y los estudios sociales del conocimiento científico, si bien constituye una línea de trabajo con interesantes potencialidades. Nos encontramos con una situación de asimetría en los diálogos y acercamientos que reproduce la tendencia generalizada a considerar las cuestiones de género-mujeres –pero también de raza o sexualidad, etc.- como aspectos particulares. De este modo las feministas sí conocen y manejan la literatura *malestream*, pero la reciprocidad está lejos de estar asegurada. Entre los intentos de poner en relación ambas perspectivas, destacar el trabajo de Harding (1986/1996), Kenneth Gergen (1988), Keller (1994), Joseph Rouse (1996) o González García (1999).

imposibilidad para el desarrollo de un saber aceptado (Harding, 1986/1996, 1991). En este sentido, se ha defendido la incorporación de grupos no hegemónicos a las comunidades científicas como un método para evitar las complicidades de la producción científica con el mantenimiento y naturalización de las jerarquizaciones y exclusiones sociales (Longino, 1993). Por otro lado, las prácticas científicas también han sido analizadas en tanto prácticas laborales y a los científicos en tanto simples trabajadores -atendiendo a cuestiones como la precariedad, la doble presencia, etc.-.

- *Relevancia del sujeto cognoscente en la producción del conocimiento.* Vinculado al cuestionamiento del individualismo, las epistemólogas feministas destacan el papel de los sujetos empíricos -frente al modelo de sujeto lógico- en la producción de conocimiento científico. De este modo van a criticar el carácter trascendental, neutro y universal del sujeto del conocimiento en las concepciones tradicionales de la ciencia. El sujeto de la ciencia así definido se presenta como incorpóreo, de-generado, no-marcado y ahistórico. Pero tras esa pantalla invisibilizadora el sujeto-científico posee un cuerpo, un género y una sexualidad, una adscripción étnica, una posición social y habita un contexto espacio-temporal determinado. La contribución específica de las teóricas feministas al desmantelamiento del sujeto tradicional consiste precisamente en revelar su masculinidad, mostrando que la alegada universalidad-neutralidad del sujeto es una ficción. Comenzando sus análisis desde la posición de sujeto, destacan cómo la *subjetividad* siempre influye el conocimiento (Lorraine Code, 1993), y el género se muestra como un aspecto relevante ya sea debido a los procesos de socialización diferenciales (Keller, 1991), o al privilegio epistémico de una posición subordinada (Harding, 1986/1996). Sin embargo, como han desarrollado feministas lesbianas, negras, latinas y de procedencia postcolonial (Collins, 2000; Anzaldúa, 1987), el género nunca se presenta aislado, sino que siempre se entrelaza con otras diferencias significativas -marcadas o no marcadas-. Más aún, no en todos los casos el género se constituye en el eje de opresión más relevante -como por ejemplo en casos de relaciones de opresión entre mujeres-. Por otro lado, algunas epistemólogas feministas han destacado la importancia del *cuerpo* en la producción de conocimiento. El sujeto cartesiano de la ciencia al uso se desentiende del cuerpo en aras de una racionalidad descrita en términos puramente mentales. Frente a este planteamiento que refuerza dicotomías mente/cuerpo, dentro/fuera, teóricas como Elizabeth Grosz (1993) han abogado por un reconocimiento y atención al cuerpo -un cuerpo socioculturalmente

inscrita y marcada por relaciones desiguales de poder- como un método para trascender la rigidez de la lógica binaria racional.

- *Ruptura con las dualidades universalismo-relativismo, realismo-construccionismo.* Las epistemólogas feministas no solo parten de la imposibilidad de una ciencia neutral y libre de valores practicada por *un* sujeto universal y autónomo –el “ojo-de-dios” que mira desde ninguna parte- tal y como defendían los filósofos del positivismo lógico; también rechazan su reverso gemelo, el relativismo epistemológico -igualmente totalizador desde su promesa de visión desde todas las partes-. Ambos son como dirá Haraway (1995) “trucos divinos” que preservan el statu quo, ya sea desde la invisibilización naturalizadora del universalismo, ya sea desde la imposición “irresponsable” de la ley del más fuerte en el relativismo. Frente a estos gemelos divinos contruidos como dicotomías insalvables, las epistemólogas feministas pretenden abrir puentes abogando por nuevas formas de objetividad políticamente responsables. Así, la idea de una verdad única y total se pone en entredicho en beneficio de teorizaciones que abogan por el desarrollo de conocimientos situados y parciales sometidos a una revisión crítica sostenida (Haraway, 1995).
- *Carácter situado del conocimiento y crítica a la “objetividad” tradicional de la ciencia.* El rechazo de las epistemologías feministas a los criterios totalizantes del universalismo y del relativismo, hace que la localización social del sujeto conocedor resulte epistemológicamente relevante. Frente a la “mirada conquistadora desde ninguna parte” de los varones blancos invisibilizados, Donna Haraway (1995) va a defender un proyecto de ciencia feminista que abogue por un modelo de objetividad encarnada: los *conocimientos situados*. El concepto de conocimientos situados incide precisamente en que la mayor objetividad y validez de un conocimiento no se encontraría poniendo sus condiciones de producción, su situación y las relaciones en las que se inscribe bajo el paraguas de una pretendida asepsia; ni tampoco en la imposición de pretendidos universalismos que resultan particularismos socio-histórica y geo-políticamente generados; por el contrario, la mayor objetividad se produce al dar cuenta de las posiciones de partida y las relaciones en que nos inscribimos, considerando nuestra parcialidad y contingencia. Esta concepción de una objetividad feminista encarnada sitúa lo político en la misma base de la producción de conocimiento. Pero reconocer las implicaciones políticas de una posición o de un conocimiento, lejos de invalidarlo como ideología o de conducirnos a un relativismo del todo-vale, emplaza a Haraway a una producción de conocimiento socialmente comprometida y responsable. Este carácter

responsable de los conocimientos situados, presupone la aplicación de una *reflexividad fuerte* (Harding, 1986/1996) donde los sujetos de conocimiento son examinados en los mismos términos que los objetos de conocimiento. Lejos de presuponer una distancia aséptica, la reflexividad fuerte supone una participación comprometida por la cual el sujeto de conocimiento no se desvincula del proceso de investigación y los efectos que provoca.

- *Carácter prescriptivo/normativo de las epistemologías feministas: objetividad vinculada a democratización del conocimiento.* Como quedó apuntado al comienzo del epígrafe las epistemólogas «feministas tienen que insistir en una mejor descripción del mundo» (Haraway, 1995: 321), un espíritu de transformación social que incide en la responsabilidad y el compromiso como estrategias dirigidas a la producción de una mejor ciencia. De este modo y a diferencia del carácter supuestamente independiente de la “ciencia al uso” que mantienen los defensores de posturas internalistas, para las epistemólogas feministas la consecución de sus planteamientos de objetividad requieren de una organización democrática tanto de la sociedad como de la comunidad científica que supere las visiones meritocráticas tradicionales. Aunque de formas diferentes, sostienen que existen posturas desde fuera de los grupos “normativos” que son privilegiadas para poner en cuestión lo no cuestionado de la ciencia y por lo tanto necesarias para la consecución de una mayor objetividad: ya sea favoreciendo espacios de “democracia cognitiva” que garanticen la inclusión de todas las perspectivas socialmente relevantes (Longino, 1993); ya sea privilegiando epistemológicamente el punto de vista de los grupos marginalizados sistemáticamente acallados (Harding, 1986/1996; 1991); ya sea buscando las articulaciones precarias, contingentes y parciales entre las múltiples posiciones subyugadas (Haraway, 1995; 1999); o favoreciendo diferentes desarrollos subjetivos (Fox Keller, 1991). En este sentido, tanto las teorías como las prácticas políticas feministas no solo no son incompatibles con los análisis epistemológicos de la ciencia, sino que redundan en condiciones de posibilidad para una ciencia más justa socialmente y más objetiva.

I

RECONSTRUYENDO CONTEXTOS

Heroínas

(Adrienne Rich)

Excepcional

incluso marginada

arrastras tus largas faldas
por el siglo diecinueve
Tu inteligencia
arde más allá de la muerte
no como el faro del puerto
sino como una hoguera de madera flotante
en la playa
Se perdona
tu incultura
la muerte por pulmonía
los dientes que se caen solos
los ojos nublados de la costurera
la fatiga de la chica del molino
por una serie
de circunstancias
que pronto se conocen como
privilegios de clase
La ley establece que nada puedes poseer
en un mundo
donde la propiedad lo es todo
Primero perteneces a tu padre
luego a aquel que
te elige a ti
si no logras casarte
te quedas sin recursos
incapaz de ganar
un salario de trabajador
te está prohibido votar
prohibido hablar
en público
si te casas estás legalmente muerta
dice la ley
no puedes legar propiedad
excepto a tus hijos

EL LARGO DEBATE EN TORNO A LA *NATURALEZA* Y EDUCACIÓN DE LAS MUJERES

«Se dirigía una al mostrador, tomaba una hoja de papel, habría un volumen del catálogo y..... Los cinco puntos suspensivos indican cinco minutos separados de estupefacción, sorpresa y asombro. ¿Tenéis alguna noción de cuántos libros se escriben al año sobre las mujeres? ¿Tenéis alguna noción de cuántos están escritos por hombres? ¿Os dais cuenta de que sois quizás el animal más discutido del universo? (...) Era lógico que la sexualidad y su naturaleza atrajera a médicos y biólogos; pero lo sorprendente y difícil de explicar es que la sexualidad –es decir las mujeres- también atrae a agradables ensayistas, novelistas de pluma ligera, muchachos que han hecho una licencia, hombres que no han hecho ninguna licencia, hombres sin más calificación aparente que la de no ser mujeres.» (Virginia Woolf, 1928/1997: 43 y 44).

Cuando unas pocas mujeres “excepcionales” comenzaron a entrar en las universidades a mediados del siglo XIX, el debate en torno a la educación de las mujeres ya había atravesado por múltiples discursos de opresión y resistencia. Primero, filósofos y religiosos trataron de examinar a las mujeres para determinar si poseían alma o no, más tarde los científicos tomaron el relevo para analizar si era posible educarlas. No estaba muy claro si sus particulares humores lo permitirían. Avanzaron las investigaciones y se concluyó que efectivamente las féminas poseían alma y podían ser educadas, pero ¿del mismo modo que los varones? Su naturaleza especial demandaba una particular educación encaminada al cumplimiento de sus deberes naturales como madres y esposas de los ciudadanos. La posibilidad de coeducación dio pie a nuevos debates, ya no se trataba del ¿pueden? -las mujeres con su presencia en las universidades retaron discursos sobre cerebros de escaso diámetro o poco pesados, discursos de escasa variabilidad o energía cerebral absorbida por demandas reproductivas-, ahora pues el ¿pueden? fue complementado por el ¿deben las mujeres estudiar?, ¿no se les atrofiarían los órganos reproductores al dedicar demasiada energía al cerebro?, ¿no tendrían desajustes hormonales o menstruales?, ¿no perderían su feminidad, su encanto, convirtiéndose en mujeres barbudas (à la Kant) o histéricas bajo complejos de masculinidad (à la Freud)?, o lo que es peor, ¿no descuidarían sus deberes reproductivos y maternales llevando a un auténtico “suicidio de la raza”?

La filosofía occidental griega puso las bases de la todavía hoy tenaz dicotomía razón-pasión, alma-cuerpo, forma-materia asociadas indeleblemente a la dicotomía varón-mujer. Vivir virtuosa y sabiamente equivalía al control o la trascendencia de la razón sobre las emociones y las pasiones, de la forma o esencia sobre la materia, del alma sobre el cuerpo²⁷. Las mujeres por su naturaleza reproductora estaban más atadas a la tiranía de su cuerpo, de ahí su naturaleza inferior. Para Aristóteles, las mujeres al carecer del principio vital por excelencia, el calor, se convertían en “varones mal engendrados”. En la reproducción, el principio configurador de la *forma* de la especie, el principio activo, lo portaba el varón; la hembra tan solo aportaba la *materia*, el receptáculo vacío para que se desarrollara el feto²⁸. Para Galeno, la falta de calor en las mujeres que imposibilitaba una cocción completa las convertía en seres con genitales imperfectos “hacia dentro”.

Aunque en Grecia las mujeres al igual que los esclavos no eran consideradas ciudadanas y por lo tanto no gozaban del acceso a una educación elemental, dentro de las clases privilegiadas y entre las *hetairas* existían mujeres instruidas. En las escuelas filosóficas griegas, la escuela platónica –que abogaba por una instrucción igual para guardianas y guardianes en *La República*-, la escuela pitagórica y la epicúrea admitieron a mujeres. En el legado de la filosofía griega resaltan ciertos nombres de mujeres como Diótima, maestra de Sócrates –citada en *El Banquete* de Platón-, la célebre matemática y astrónoma Hipatia de Alejandría o la no menos admirada poetisa Safo de Lesbos.

La escuela escolástica –representada en la figura de Santo Tomás de Aquino– recogerá los discursos misóginos aristotélicos sobre la inferioridad intelectual y moral de las mujeres unidos a los mitos bíblicos: todas las almas son iguales en perfección, pero cada alma se manifiesta en función del cuerpo que le sirve de instrumento. Y el cuerpo de la mujer, reducido a sus funciones reproductoras por decreto divino, está más atado a la irracionalidad y amoralidad de pasiones y emociones. En el oscurantista período medieval a las mujeres se les prohíbe la lectura y la escritura fuentes de pecado y tentaciones. La única vía de escape para una formación intelectual lejos de la ignorancia y dependencia del matrimonio cristiano era la vida monástica y conventual –y no en todos los países esta

²⁷ Ver Julie K. Ward (1996), Eulalia Pérez Sedeño (1994), y Evelyn Fox Keller (1991) para un análisis más detallado sobre las posibilidades feministas en la obra de Platón, el papel de las mujeres guardianas en la *República*, el “subtexto de género” presente en el mito de origen descrito en el *Timeo* o la epistemológica platónica presentada en el *Banquete* donde la mente guiada por Eros –un amor *homo-erótico* o unión divina de esencias semejantes aunque no en edad- encuentra la verdadera esencia-forma de las cosas trascendiendo la materia y las garras de la pasión y de la carne.

²⁸ Ver Ward (1996) y Pérez Sedeño (1994) para un análisis feminista sobre la conceptualización de lo femenino en la filosofía antigua.

salida fue permitida-. De entre las religiosas famosas por su erudición destacaron las figuras de Roswitha (monja del siglo X) o Hildegarda de Bingen (abadesa del siglo XII).

En el debate sobre la naturaleza y la educación de las mujeres, los discursos sobre la *inferioridad* moral e intelectual coexistieron durante siglos con discursos sobre la *excelencia* del sexo femenino. Durante la Alta Edad Media y el Renacimiento, y bajo la sombra de la Inquisición, determinadas mujeres fundamentalmente de la clase aristocrática, de la nobleza y más tarde de la burguesía adinerada pudieron educarse y formarse culturalmente de forma excepcional, en la mayoría de los casos de forma autodidacta y en el entorno familiar, lejos de las universidades escolásticas-cristianas. Las universidades seculares italianas representaron una excepción en este sentido (Varela, 1997). La llegada del Renacimiento supuso para las mujeres italianas un período de aceptación y apogeo intelectual en los centros de saber “legítimos”. Estas excepciones proporcionaron un catálogo de mujeres ilustres que sirvieron como argumento para los defensores de la formación intelectual de las mujeres, quienes además ensalzaron sus particulares características más receptivas y moldeables para una educación. Es en este debate entre expertos varones sobre la inferioridad o excelencia de las mujeres-damas donde se encuadra la obra de Christine de Pizan (1405) *La Ciudad de las Damas*. En el contexto de las “querelles de femmes” o “memorial de agravios” (Celia Amorós, 1997), Christine de Pizan se introduce como “mujer sujeto” respondiendo a las denostaciones misóginas de Jean de Meun en el *Roman de la Rose*, ensalzando el *bon sens* de las mujeres excelentes, virtuosas, y su capacidad para los saberes librescos o científicos.

Durante la Edad Media, la Inquisición se instauró como dispositivo amedrentador y en ocasiones exterminador de mujeres inteligentes con saberes prácticos heterodoxos. Bajo la amenaza de ser acusadas de hechicería o brujería se encontraron muchas mujeres que se rebelaron contra su “destino natural”, un matrimonio que las condenaba al silencio público y a la muerte intelectual. Ya en el siglo XVI, muchos tratados humanistas reclaman el paradigma renacentista de autonomía para el *hombre*, recogiendo simultáneamente el legado misógino escolástico y aconsejando vía San Pablo que la dama “no enseñe, sino que calle y aprenda y esté sujeta a su marido”. La dama debe convertirse en *mediadora* pudorosa, tímida y modesta, acicate moral para la virtud masculina. Para ello, la mujer -salvo excepciones por gracia divina- no puede ni debe predicar ni enseñar, ya que su sexo no admite ni prudencia ni disciplina. Tratados humanistas dirigidos a mujeres –como *De Institutio Feminae Christianae* (1523) escrito por Juan Luis Vives y dedicado a Catalina de Aragón o *La Perfecto Casada*

(1583) de Fray Luis de León- las exhortaban a que adquirieran las virtudes cristianas - obediencia y sumisión al marido, docilidad y humildad- para cumplir con sus obligaciones matrimoniales y domésticas. En opinión de Vives, la única virtud que debe aprender la mujer es la pudicia, “no la queremos tan docta como honesta y buena”. Puede aprender a leer y escribir, pero para su propio bien o para la educación de los hijos, nunca para enseñar o hablar en público, “pues no es seguro su juicio” (Luis García Vega y José Moya, 1991). La inferioridad intelectual de las mujeres las inhabilitaba para el estudio de las ciencias; su inferioridad moral alertaba sobre sus vicios y costumbres perniciosas justificando su alejamiento de la vida pública. Para fray Luis de León el “oficio natural de la mujer” –por prescripción divina- es “ayudadora del marido” y “guardadora de la casa”, para lo que no necesita ser inteligente. «Así como la naturaleza hizo a las mujeres para que encerradas guardasen la casa, así las obligó a que cerrasen la boca (...) Así como a la mujer buena y honesta la naturaleza no la hizo para el estudio de las ciencias ni para los negocios de dificultades, sino para un solo oficio simple y doméstico, así les limitó el entender, y por consiguiente, les tasó las palabras y las razones.» (Fray Luis de León, 1583/1992: 175-176). Si para Luis Vives y fray Luis de León el oficio natural y la condición inferior de la mujer son por mandamiento divino, el médico de Baeza Huarte de San Juan (1575) en su *Examen de ingenios para las ciencias. Donde se muestra la diferencia de habilidades que hay en los hombres, y el género de letras que a cada uno responde en particular* tratará de demostrarlo acudiendo a argumentos de la filosofía o la ciencia natural. La mujer tiene por naturaleza un oficio, pero por su particular temperamento en función de su particular combinación de cualidades primarias. Las referencias de Huarte a un orden divino parecen más bien producto de las amenazas inquisitoriales. Recogiendo la herencia de los humores hipocrático-galénicos como base biológica para su diferenciación de ingenios, caracteriza a las mujeres como *húmedas* y *frías* –temperamento apropiado para ser fecundas y parideras- y a los varones como *cálidos* y *secos*. El entendimiento y la imaginación quedan bajo la tutela de los humores masculinos -la sequedad y el calor-; mientras que la memoria nace de la humedad –cualidad femenina que hace perder la parte racional-. De la frialdad no se saca nada, con ella “todas las potencias del hombre hacen torpemente sus obras”. Huarte caracteriza a la mujer inteligente, que se aproxima al temperamento del hombre por tener escasa humedad y frialdad, como “avisada, de mala condición, con voz abultada, de pocas carnes, verdinegra, vellosa y fea”. Si bien este tipo de mujer puede destacar en habilidad e ingenio siempre será por debajo del más frío y húmedo de los varones²⁹.

²⁹ Para un análisis más detallado sobre el papel de la mujer en la obra de Juan Huarte de San Juan en

En el plano epistemológico, el período moderno incorpora la nueva ciencia baconiana alejada ya del amor homoerótico platónico que es sustituido por un lenguaje de poder y dominación de la *Mente* –masculina- sobre la *Naturaleza* –femenina- que debe ser conquistada y sometida. En la imaginería sexual de Bacon, la conquista heterosexual del científico introduce una nueva jerarquía entre mente-materia, macho-hembra a la vez que hereda el pensamiento dicotómico griego (Keller, 1991). El legado baconiano introduce la ecuación entre conocimiento científico y poder, la ciencia encargada del control y dominio de la naturaleza para la salvación de la humanidad. Por su parte, Descartes instaaura la separación entre un mundo “interno” del yo, de la vida mental, y un mundo externo: la razón y los sentidos son posicionados en sus respectivos lugares. La cuestión epistemológica para los filósofos es ahora si los objetos de los que tengo ideas *dentro de mí* existen *fuera de mí*. Fox Keller (1991) y Susan Bordo (1987) han interpretado psicoanalíticamente este “re-nacimiento masculino” baconiano y cartesiano como reacción ante las ansiedades de separación y pérdida del *ser-uno-con-el-mundo* en el cosmos femenino orgánico medieval. “Masculino” en el sentido de un estilo cognitivo caracterizado por una autonomía e individuación rígida entre sujeto-objeto. Para la imaginación estética y filosófica medieval, las categorías del *self* y el mundo, lo interno y lo externo, lo humano y lo natural no estaban rígidamente distanciadas ni eran opuestas. Descartes elabora dos órdenes ontológicos -el humano y el natural- dentro de dos sustancias -la espiritual y la corpórea- que no comparten cualidades y son definidas por oposición. La exclusión mutua de la *res extensa* y la *res cogitans* hizo posible la conceptualización de una trascendencia intelectual completa del cuerpo, órgano de los sentidos engañosos. La ausencia de diferenciación entre el sujeto y el objeto, entre la mente y el cuerpo, entre el yo y el mundo, se construye como amenaza epistemológica. El ideal científico moderno de objetividad depende de una determinación clara y distinta de los límites entre el yo interno (cuyo imaginario sexual es masculino) y el mundo-naturaleza (metafóricamente representado como lo Otro-femenino, amenazante e incontrolado). Algunas historiadoras feministas han descrito esta huida y ansiedad del siglo XVII ante lo femenino -desordenado y misterioso- como un giro particularmente ginófobo, caracterizado por la obsesión ante el poder natural indomable de la gestación y sexualidad femenina y la necesidad de someterlo a control (Bordo, 1987). Domesticar el universo femenino se convierte en uno de los proyectos de la

el contexto cultural renacentista de los siglos XV y XVI, ver García Vega y Moya Santoyo (1991) y María Luisa Femenías (1992).

ciencia empírica y el racionalismo. La ciencia baconiana hizo esto a través de una “conquista agresiva” y una “violación de sus secretos” (Keller, 1991). La Naturaleza-Otra-Ella se convierte en amenazadora para el Yo, sus poderes siempre han sido misteriosos para los *hombres* y deben ser controlados y dominados gracias al poder científico. Pero el misterio femenino no podía ser controlado exclusivamente mediante formas filosóficas, se emplearon otros dispositivos para su neutralización: la caza de brujas inquisitorial y el más sutil control masculino de la reproducción y el nacimiento de la mano de la ciencia médica, eliminando para ello de forma progresiva a comadronas y sanadoras (Barbara Ehrenreich y Deirdre English, 1990; Varela, 1997).

El nacimiento de la mujer científica-newtoniana se confunde con la larga polémica en torno a la educación de la mujer y la existencia de “mujeres sabias”, fundamentalmente damas de la nobleza cortesana. Estos debates son suscitados también por la creación de salones y clubs literarios y políticos, algunos de los cuales regentados por mujeres, constituidos como espacios intermedios entre lo público y la esfera doméstica. La *femme savant* o la *scientific lady* son satirizadas como “preciosas ridículas” entre dramaturgos como Molière, y en los salones literarios mujeres como la marquesa de Lambert se atreven a utilizar su propia razón para contestar las acusaciones y el desprecio hacia las mujeres que cultivaban su intelecto (Alicia H. Puleo, 1992a, 1993). La popularización de las principales teorías científicas en este siglo trae consigo la divulgación de libros y revistas científicas especiales *de y para* damas. Aphra Behn, Jane Marcet o Margaret Bryan, Algarotti divulgador de las ideas de Newton y Madame de Châtelet traductora de los *Principae Mathematica* fueron producto de esta ilustración femenina³⁰. Con ello surge una “filosofía popular” que junto con la “filosofía de los salones franceses” se ofrece como alternativa al academicismo (Pérez Sedeño, 1992; Luisa Posada Kubissa, 1998). La filosofía francesa de salones, encarnada en la figura de la cortesana Ninon de Leclos, no solo reclama la educación de damas, también el placer erótico frente a la virtud racional casta y austera rousseauiana - proporcionando así el caldo de cultivo de la posterior filosofía aristocrática libertina (Posada Kubissa, 1998)-.

³⁰ A pesar de la existencia de mujeres ilustres, las nuevas academias científicas nacidas en el siglo XVII no admitieron a mujeres entre sus miembros, alejándolas de este modo de los centros de institucionalización de la ciencia. La *Royal Society* fundada en Londres en 1660 no admitirá a mujeres como miembros de pleno derecho hasta 1945.

Puente entre el pensamiento de la excelencia preciosista y la Ilustración, destaca la figura de un pensador cartesiano, Poullain de la Barre, con sus obras *La igualdad de los sexos* (1673) y *De la Educación de las Damas* (1674/1993). El dualismo cartesiano, la universalidad de la razón o sustancia pensante y la liberación de los prejuicios constituyeron las premisas filosóficas que llevaron a Poullain de la Barre a sostener que “la razón no tenía sexo”, y por lo tanto las diferencias del cuerpo no podían legitimar ningún tipo de desigualdad (Rosa Cobo, 1994a). Para este antecesor del pensamiento ilustrado, la diferencia entre los dos sexos y la inferioridad de las mujeres lejos de constituir una evidencia racional representaban el prejuicio más antiguo y universal. La pedagogía de Poullain de la Barre va destinada por igual a varones y mujeres para que utilicen la razón universal a través de la duda metódica como *el* método más eficaz contra los prejuicios que legitiman desigualdades. De la Barre reclama el acceso de las mujeres a todas las profesiones y funciones sociales, y todavía influido por un cierto “preciosismo” reivindica el privilegiado *bon sens* de las Damas de la Corte más claro y ordenado y no contaminado por los prejuicios escolásticos: «junto con la precisión, el discernimiento y la cortesía, tienen un intelecto agudo, fino y delicado que manejan con soltura; y un no sé qué grande y noble que las caracteriza.» (Poullain de la Barre, en Puleo, 1996: 148).

En el siglo XVIII, siglo de la razón y de las luces y contexto de lucha cultural y política contra el Antiguo Régimen, comienza a configurarse el ideal burgués de “mujer doméstica” - la “virtuosa”, “el alma bella”, “el ángel del hogar”, “la abnegada”- y con ello la segregación sexual de esferas entre un espacio público-masculino y un espacio doméstico-femenino. Las mujeres excepcionales del Antiguo Régimen, damas cortesananas, intelectuales de salón, “las preciosas” conforman un legado intelectual femenino que paradójicamente bajo el pretexto de la igualdad y la abolición de los estamentos será reclamado por muchos ilustrados para “equipararse a la baja” con todas las mujeres sin educación. Todas ellas igualadas como *no-ciudadanas* bajo los preceptos de la “Sofía” roussoniana: el “contrato sexual” de sujeción previo y necesario para el contrato social ilustrado entre varones (Carole Pateman, 1995). La Revolución industrial y las relaciones asalariadas instauran un nuevo modelo de producción basado en una nueva división sexual del trabajo en el seno de la familia burguesa: los varones en el espacio de lo público-productivo y las mujeres en el espacio idílico reproductivo-doméstico esperando proporcionar el “reposo del asalariado”.

Si la ciencia newtoniana había puesto orden en la naturaleza, los filósofos ilustrados intentaron aplicar el ejercicio autónomo de la razón y los derechos naturales de los ciudadanos para pactar entre iguales un contrato social libre de prejuicios y del peso de la autoridad tradicional. Pero la crítica socio-racional apoyada en los principios ilustrados se olvida de la mujer ciudadana, anclada en el espacio *natural* de *lo otro* como objeto de transacción del pacto entre *iguales* en el parricidio colectivo (Amorós, 1997). La mujer debe cumplir con el papel que por “naturaleza” se le ha asignado para el buen curso de la civilización: ser madre y esposa fiel y a lo sumo recibir una educación especial ajustada a tales tareas. El capítulo V de *El Emilio* de Rousseau, “Sofía o La Mujer”, encarna ese “lado oscuro de la Ilustración”, “la ilustración olvidada” (Puleo, 1993) donde la mujer se inscribe como *lo otro* en función del cual el varón se constituye como ciudadano bajo las premisas ilustradas de libertad, igualdad y fraternidad. Recluida en la sociedad pre-política familiar-doméstica y ajena a los principios de la sociedad civil, “la Sofía” es excluida del contrato social –de lo público– como individuo con plenos derechos. Su educación, siempre en función de la del Emilio, debe estar orientada a sus deberes conyugales y familiares y a la preservación de las costumbres morales: “ángel del hogar” y “madre republicana guardiana de la moral”. Frente a la educación crítica y autónoma de Emilio, la educación instrumental y mediadora de Sofía está marcada por la dependencia y sujeción: «La educación de las mujeres debe estar en relación con la de los hombres. Agradarles, serles útiles, hacerse amar y honrar por ellos, educarlos cuando niños, cuidarlos cuando mayores, aconsejarlos, hacerles grata y suave la vida son las obligaciones de las mujeres en todos los tiempos, y esto es lo que, desde su niñez, se les debe enseñar (...) Una marisabidilla es el azote de su marido (...) Toda joven literata se quedará soltera de por vida cuando sobre la tierra no haya más que hombres sensatos.» (Rousseau, 1762/1990: 545 y 613). El catálogo de virtudes de la mujer rousseauiana la construyen como un ser pasivo, débil y sumiso, que debe agradar al varón con pudor y vergüenza, ser casta y fiel, modesta, recatada y atenta. Rousseau teme la presencia de la mujer en lo público porque en tanto “otro de la razón”, naturaleza pura, terreno pre-contractual de caos y pasiones, puede depravar su orden socio-racional.

Pero la Ilustración también ofreció las premisas políticas para un pensamiento crítico *vindicando la igualdad sexual* más allá de los discursos sobre la inferioridad o excelencia de las mujeres: una *ciudadanía* para todas y todos que superase la *individualidad* pre-moderna. El pensamiento feminista se convierte así en el “pepito grillo” de la Ilustración, la “ilustración de la Ilustración”, “su hija no deseada” (Amorós, 1997; Amelia Valcárcel,

1997). La importancia cívica que las/los pensadores feministas otorgaron a una educación igualitaria que conduciría al progreso explica la fuerza con la que se luchó para desmontar los “prejuicios” sobre diferencias sexuales basados en la *naturaleza esencial* -y por lo tanto inmutable y universal- de varones y mujeres. Mary Wollstonecraft, maestra y miembro del “círculo de los radicales ingleses”, “ilustró” a Rousseau en 1792 en *Vindicación de los derechos de la mujer*, «el primer documento que proclamó la humanidad de la mujer y abogó insistentemente por su reconocimiento.» (Kate Millett, 1969/1995: 133). También en el capítulo V puso al descubierto las contradicciones de Rousseau —“su aristocracia masculina”— cuando el sujeto de la ciudadanía no era Emilio sino su esquema ideal de mujer doméstica llamada Sofía. Lo que para Rousseau fue *natural* en la mujer, para Wollstonecraft era producto de su socialización, de costumbres y hábitos arraigados. La pensadora inglesa criticó la “falacia naturalista” de Rousseau al construir un “deber ser” en la mujer y luego atribuirle carácter natural, una segunda naturaleza social que el pensador ginebrino confundía con la verdadera naturaleza de las mujeres. En esta obra y en otras anteriores, Wollstonecraft defendió basándose en el *iusnaturalismo contractualista* la igualdad de la especie y *por ende* entre los géneros, una ciudadanía universal en la que se incluyese a las mujeres, la lucha radical contra los prejuicios y la exigencia de una educación igualitaria -que no se limitase en el caso de las niñas a una instrucción orientada al matrimonio descuidando su formación intelectual- (Cobo, 1994b). «Para hacer el género humano más virtuoso y, por supuesto, feliz, ambos sexos deben actuar desde los mismos principios. ¿Pero cómo puede esperarse esto, cuando solo se permite a uno considerar si resultan razonables? Para hacer también realmente justo el pacto social, y para extender los principios ilustrados que solo pueden mejorar el destino del hombre, debe permitirse que las mujeres fundamenten su virtud sobre el conocimiento, lo que apenas es posible si no se las educa mediante las mismas actividades que a los hombres.» (Mary Wollstonecraft, 1792/2000: 363).

Producto del pensamiento ilustrado serán también las *Cartas de un burgués de Newbaven a un ciudadano de Virginia* (1787) y *Sobre la admisión de las mujeres al derecho de ciudadanía* (1790) donde Condorcet defendió la igualdad política entre los sexos junto con reformas igualitarias educativas y jurídicas; algunos de los *Cuadernos de quejas y reclamaciones* redactados por burguesas ilustradas para ser entregados en la reunión de los Estados Generales convocada por Luis XVI; o la *Declaración de los Derechos de la Mujer y de la Ciudadana* (1791) de Olimpia de Gouges guillotizada por los jacobinos en 1793 tras

reivindicar que las mujeres tenían igual derecho de subirse a la tribuna que al cadalso³¹. Para estos ilustrados “radicales” todos los *hombres* –incluidas las mujeres convertidas en el “Tercer Estado dentro del tercer Estado”– nacen iguales y libres en derechos: la desigualdad no es natural y provoca inmoralidad. Junto con reformas del contrato matrimonial o de los derechos de propiedad, reclamaron la educación igualitaria como vía principal para la transformación de la sociedad y el perfeccionamiento moral (Puleo, 1993). Pero en Francia corrían tiempos difíciles para las reivindicaciones feministas: el mismo año en que Olimpia de Gouges fue llevada al cadalso –1793– Robespierre ordenó prohibir los clubes y las sociedades literarias femeninas. Como el propio Napoleón señaló –y más tarde suscribió Hegel–, bajo su imperio “las mujeres no tenían categoría”: la mujer es propiedad del varón y tiene en la producción de los hijos su tarea principal.

En Alemania, las aportaciones de Immanuel Kant a los debates franceses e ingleses en torno a la Ilustración y la “querelle de femmes” son recogidas principalmente en dos de sus obras: *Observaciones sobre lo bello y lo sublime* (1764) y *Antropología desde el punto de vista pragmático* (1798). Enarblando la razón Kant presenta las mismas limitaciones ilustradas que la obra de Rousseau cuando vía universalizadora –por el interés de la humanidad– trata de legitimar la *natural* desigualdad sexual. Las mujeres quedan excluidas de los *sujetos* con razón universal, autónoma, natural y crítica. Son, por el contrario, un *objeto* de la razón práctica de los varones, excluidas del ámbito de lo público, de la ciudadanía con plenos derechos (Posada Kubissa, 1998). Para Kant las mujeres “necesitan los libros tanto como su reloj”, quieren saber por la *apariencia* de saber, como puro adorno. De esta forma ironizaba la posibilidad de una educación igualitaria para mujeres y varones. Una mujer letrada «únicamente puede en todo caso tener además barba; pues éste sería tal vez el semblante para expresar más ostensiblemente el pensamiento profundo, para el que ellas se promocionan.» (1764/1997: 68). *Sapere aude!* –¡atrévete a saber!– (sujeto emancipado y universal)... y te saldrá barba (*bello sexo*). En la obra de Kant, las relaciones jerárquicas entre lo *sublime* –el entendimiento– y lo *bello* –la sensibilidad y el gusto– tienen un natural correlato sexual³²: el *sexo noble* y el *bello sexo*. Las diferencias sexuales en entendimiento –inteligencia

³¹ Estos cuatro textos han sido reproducidos en *La Ilustración Olvidada* (Puleo, 1993).

³² En esta obra de Kant las relaciones entre lo bello y lo sublime no solo tienen un correlato sexual, sino también correlato con los caracteres raciales-nacionales: «Según mi opinión, los *italianos* y los *franceses*, entre las poblaciones de nuestro Continente, son los que se distinguen por el sentimiento de lo *bello*, pero los *alemanes*, los *ingleses* y los *españoles* son los que se distinguen entre los demás, por el sentimiento de lo *sublime*.» (Kant, 1764/1997: 89-90). El pensamiento ilustrado de Kant construye

profunda e inteligencia bella- requieren de una educación diferencial que en el caso del “bello sexo” se oriente hacia lo sentimental y sensible, alejándose de lo racional. Las mujeres no poseen conciencia ética sino la virtud *bella* del gusto, insensibles a todo lo que sea deber moral u obligación: son bellas irracionales en permanente minoría de edad que deben ser puestas bajo la tutela del sexo sublime. «Las mujeres deben evitar el mal, no porque sea injusto, sino porque es feo, y las acciones virtuosas para ellas se consideran las que son moralmente bellas. Nada de deberes, nada sobre lo que es preciso, nada de obligatoriedad. (...) Ellas lo hacen todo únicamente porque así les agrada, y el arte consiste en hacer que a ellas solo les guste lo que es bueno.» (Kant, 1764/1997: 71).

Si el dualismo cartesiano en Poullain de la Barre fue utilizado para reivindicar la igualdad sexual –“la razón no tiene sexo”-, el anticlericalismo y monismo materialista de los enciclopedistas franceses proporcionará un nuevo caldo de cultivo misógino para las teorías sobre el *intelecto o razón sexuada* en las mujeres, la *psicología del útero* o en palabras de Michel Foucault (1976/1995) “la histerización del cuerpo femenino”. Mente y cuerpo están estrechamente unidos: el cerebro *sí* tiene sexo. Como ha señalado Geneviève Fraisse (1991) la instrucción de las mujeres suscita la polémica y las consecuentes reacciones misóginas en el momento en que se inicia el proceso irrefrenable de la enseñanza *para todos*. Pero no solo se debate la capacidad intelectual del bello sexo, sobre todo la conveniencia o no –en el sentido físico y en el sentido social- de que las mujeres se eduquen si su *razón* es sexuada. En el contexto de estos debates, en el período posterior a la Revolución Francesa, Sylvain de Maréchal, redactor del célebre *Manifiesto de los iguales* de Babeuf y miembro del “Círculo de los iguales”, imagina provocadoramente en 1801 un *Proyecto de una ley que prohiba aprender a leer a las mujeres*³³. Este pensador radical, republicano y ateo, proyecta una ley ficticia apoyándose en la *naturaleza* e invocando la voz de la *razón* para impedir que las mujeres accedan a la vida pública, expresen sus ideas o posean la autonomía de una actividad individual (Fraisse, 1991). «Considerando los inconvenientes graves que resultan para los dos sexos que las mujeres sepan leer (...) la Razón *quiere* (aunque pase por bárbara) que las mujeres (chicas, casadas o viudas) no metan nunca la nariz en un libro ni pongan la mano en una pluma.(...) La razón quiere que los maridos sean los únicos libros de sus mujeres»

una “razón universal” sexista y racista definida a partir de la exclusión del *bello sexo* y también de determinados grupos raciales y nacionales que caracteriza como inferiores.

³³ La “querelle de femmes” frente al proyecto de Maréchal vino esta vez de la pluma de Madame Clément-Hémery (1801) en su obra *Las Mujeres vengadas de la estupidez de un filósofo actual...*(Fraisse, 1991).

(Marèchal en Fraisse, 1991: 21, 26 y 40). Marèchal teme que si las mujeres cultivan su intelecto “desnaturalizándose” quieran ser independientes y autónomas, rivalicen con los varones en el espacio público o reclamen su derecho a constituirse como *sujetos*-ciudadanos. No es bueno que una mujer pase de la “naturaleza” a la “cultura”, su razón debe estar bajo la tutela del varón ya que es “incapaz de controlarse”. «Por poco que sepa leer y escribir, una mujer se cree emancipada, y fuera de la tutela en que la naturaleza y la sociedad la han puesto por su propio bien.» (32). Para este miembro del “círculo de los iguales” tres son los graves peligros -físicos, sociales y morales- si la mujer adquiere saber y talento “contra natura”: 1) El estudio es un peligro para la *salud* y el cuerpo de la joven: “las letras *enervan*, cuando no corrompen”. Marèchal no desaprovecha la oportunidad para advertir de la muerte precoz de varias jóvenes “a quienes sus madres habían condenado al estudio de las lenguas y otras ciencias” incompatibles con su naturaleza. 2) La instrucción también es un peligro para la *reproducción*: las escritoras son menos fecundas y la educación de los niños se resiente a causa de las distracciones del ingenio en las madres. Producto de ello: el desorden y la infelicidad familiar. 3) Pero también existe un peligro *moral*: las letras corrompen, incitan al adulterio, a la seducción, al desenfreno sexual. En Marèchal el intelecto y el corazón tienen un sexo como el cuerpo, lo moral y lo físico se hayan unidos. De esta forma introduce ya lo que será uno de los pilares teóricos de los médicos-filósofos: el delicado equilibrio fisiológico entre sexo –femenino- y cerebro.

Filósofos políticos “ilustrados” como Marèchal servirán de complemento perfecto a las teorías de médicos-filósofos y a la filosofía romántica de autores como Schopenhauer o Kierkegaard, constituyendo así un poderoso dispositivo ideológico misógino en reacción a las vindicaciones feministas ilustradas. En reacción al pensamiento contractualista resurge un pensamiento naturalista que trata de excluir a la mujer de la génesis de las democracias actuales. En el largo debate sobre la razón de las mujeres, aparece a comienzos del XIX la figura experta de los médicos-filósofos tratando de fundamentar científicamente las determinaciones sexuales –uterinas- del cerebro femenino y las relaciones entre lo físico y lo moral en la mujer. Como ha señalado Fraisse (1991), frente a estos discursos ya no hay “querellas” puesto que poseen la autoridad científica. El objeto de estudio de obras como las de Cabanis o Virey es la diferencia entre los sexos, pero siempre centrándose en la mujer –que aparece como *ser sexuado*- y comparándola respecto al *hombre* -como genérico humano-. La mujer es el Sexo, porque su órgano sexual –el útero- es determinante en su función de reproductora de la especie. Para los médicos-filósofos la función sexual de la mujer en cuanto reproductora condiciona toda su identidad, tanto su cuerpo como su vida

moral, intelectual y social. Virey introduce las premisas de la futura “hipótesis de la variabilidad” afirmando que la mujer ligada a la naturaleza en tanto reproductora está del lado de la especie y de la *indiferenciación* individual. Por el contrario, el hombre está del lado de la civilización y la individuación. Por otro lado, las inestabilidades de la actividad uterina condicionan la aparición de alteraciones y sufrimientos a lo largo de las edades de la mujer controlables mediante técnicas de higiene. Reproducción, salud y vida doméstica es la tríada para el perfeccionamiento del sexo femenino y *por ende* del futuro de la especie. La educación de la mujer, a diferencia de la del hombre, debe estar orientada a sus deberes reproductores y el ejercicio de la facultad de la razón es contradictorio con la acción de su sexo reproductor: la fecundidad intelectual acarrea esterilidad corporal y a la inversa (Fraisie, 1991). Para Cabanis cuando la mujer privilegia la actividad cerebral o cuando sale del espacio doméstico “sale de su sexo”, no pertenece a “ningún sexo”, se viriliza, se convierte en una “hombruna”, “virago”, “mascula”.

La filosofía misógina romántica del XIX –representada en las obras de Hegel, Schopenhauer o Kierkegaard- coincidirá con los médicos filósofos en otorgar a la mujer en tanto categoría abstracta, genérica o desindividuada una existencia relativa a la del varón: la mujer es el “segundo sexo” como dirá Schopenhauer o “un ser cuya finalidad está en otro ser” en palabras de Kierkegaard. La mujer *idéntica* solo tiene la entidad que el varón –ya constituido en el “espacio de los iguales”- le otorga (Amorós, 1997). La mujer no vive para sí misma sino para la multiplicación de la especie, convirtiéndose en la filosofía de Schopenhauer en la trampa que la naturaleza vía instinto sexual pone al varón, un mero instrumento de la voluntad de vivir de la especie. Si Schopenhauer denigra a la mujer-madre como trampa y astucia de la especie, el “galante” Kierkegaard idealiza y mistifica a la dama (Puleo, 1992b; Valcárcel, 1997). En un ejercicio de seducción y juego cortés, en el plano de la ficción y el deseo irrealizable, fabrica a su dama-obra en un proceso de “pígalión” producto de la imaginería romántica, a la vez que elimina a la mujer “real” y, ahí está el quid de la cuestión, la posibilidad de que reivindique su igualdad.

INDIVIDUALIDAD Y CIUDADANÍA EN LA *NUEVA MUJER*: LOS INICIOS DEL MOVIMIENTO FEMINISTA EN EEUU

«La cuestión que quiero plantearos en esta ocasión es la individualidad de cada alma humana –nuestra idea protestante-, el derecho a la conciencia y juicio individual –y

nuestra idea republicana- la ciudadanía individual. Al discutir los derechos de la mujer debemos considerar primero lo que le es suyo como individuo, en su propio mundo, el árbitro de su propio destino, una imaginaria Robinson Crusoe con su mujer Viernes en una isla solitaria. Sus derechos bajo tales circunstancias son usar todas sus facultades para su propia seguridad y felicidad. En segundo lugar, si la consideramos como una ciudadana, como un miembro de una gran nación, debe tener los mismos derechos que los demás miembros, de acuerdo con los principios fundamentales de nuestro gobierno.» (Elizabeth Cady Stanton, citada en Cristina Sánchez Muñoz, 2001: 40).

1848. Los manuales de historia contemporánea han recogido esta fecha como hito histórico en las revoluciones del viejo continente: es el año de una de las revoluciones burguesas –bajo las reivindicaciones de libertad, derecho a la propiedad y sufragio- y el año de la publicación del *Manifiesto Comunista* motor de la revolución socialista. En EEUU 1848 fue también un año clave para el impulso de otra revolución: la revolución feminista proyectada desde la *Declaración de Sentimientos de Seneca Falls* en Nueva York (Alicia Miyares, 1994). Tras las reacciones misóginas a las vindicaciones feministas ilustradas, el feminismo europeo a mediados del XIX no había cuajado de forma colectiva y sus representantes eran más bien voces aisladas, en ocasiones ahogadas bajo las demandas “preferentes” socialistas o liberales. No ocurrió lo mismo en el “Nuevo Mundo”. En EEUU el movimiento feminista se había organizado colectivamente con una elevada participación y resonancia (Sánchez Muñoz, 2001). Pero hablar de los orígenes del feminismo en EEUU es hablar de alianzas y rupturas entre diferentes movimientos sociales, entre ellos movimientos de mujeres no necesariamente feministas: el movimiento abolicionista, el movimiento de reforma moral, movimientos religiosos como los evangelistas o cuáqueros, los movimientos de templanza, movimientos de salud popular, etc.

La participación de las mujeres en todos estos movimientos vino impulsada por la filosofía política imperante en la nueva democracia estadounidense inspirada en la *Declaración de la Independencia*. El *republicanismo* estadounidense partía del principio de la participación ciudadana en la esfera pública y el poder del pueblo. Desde sus premisas, la política dejaba de ser vista como coto exclusivo de espacios parlamentarios, extendiéndose a formas locales y comunitarias de acción colectiva -fundamentalmente en torno a espacios urbanos producto de la industrialización-. Junto con la idea republicana de ciudadanía individual, la *tradición lockeana* de afirmación de derechos individuales, el principio *utilitarista* de mayor felicidad para todos y el individualismo de la *ética protestante*, van a proporcionar el caldo de cultivo teórico y político sobre el que se sustentarán las reivindicaciones

igualitarias feministas y abolicionistas estadounidenses. Sin embargo y al igual que ocurriera con la revolución francesa, la igualdad reivindicada como principio constitucional natural y universal -“*nosotros el pueblo*”- se contradecía con la exclusión de mujeres, esclavos y nativos³⁴.

La erradicación de la esclavitud constituyó en parte la fuerza impulsora que activó la emancipación de la mujer en EEUU, proporcionando a las mujeres blancas de dicho país la oportunidad de intervenir en una acción política organizada. Como muchas historiadoras han destacado, el *sufragismo* hunde sus raíces en el *movimiento abolicionista*. Sus principales representantes -Lucretia Mott, Elizabeth Cady Stanton, Lucy Stone o Susan B. Anthony- lucharon desde el movimiento antiesclavista tratando de construir una plataforma común de reivindicación de derechos humanos para todas las personas, con independencia de su sexo o raza. Sin embargo, las sufragistas se sintieron traicionadas por los líderes abolicionistas cuando en 1840, y con motivo de la celebración en Londres de la *Convención Antiesclavista Mundial*, no se permitió la intervención de Lucretia Mott y Elizabeth Cady Stanton por ser mujeres. Lo que aprendieron estas dos militantes de su participación en el movimiento antiesclavista es que urgía la creación de un movimiento colectivo propio para reivindicar los derechos de las mujeres: de este modo surgió la *Convención sobre los Derechos de la Mujer* en Seneca Falls en 1848. Producto de dicha convención se elaboró *La Declaración de Sentimientos de Seneca Falls*, texto fundacional del feminismo estadounidense que toma como base los principios ilustrados y la *Declaración de la Independencia*. Desde una concepción *iusnaturalista* y universalista de los derechos y alegando el principio utilitarista de mayor felicidad, recoge la exposición de agravios y desigualdades sociales, civiles y religiosas de las mujeres junto con las demandas políticas de la que será futura agenda del feminismo (reformas en el matrimonio y el divorcio, el derecho a la propiedad, el acceso a la educación y a las profesiones, libertad para organizarse y hablar en público y la concesión del voto). La necesidad de un movimiento propio por el sufragio de las mujeres se hizo más evidente cuando, tras el apoyo de las feministas a la Unión en la guerra civil y ya abolida la esclavitud, se extendió el voto a los varones negros gracias a la aprobación de la Decimoquinta Enmienda de 1870, habiéndose negado previamente el sufragio femenino en la Decimocuarta Enmienda -dándoles la espalda tanto republicanos como antiesclavistas varones-. Como ha señalado Miyares (1994), la participación de las feministas en los grupos

³⁴ Al igual que Rousseau, Locke distinguió entre un *poder político* convencional y un *poder paternal* natural, permaneciendo intocable la división público-privado y su correlato sexual.

abolicionistas les sirvió para lanzarlas al espacio público como oradoras, pero también les realizó la indefensión y la falta de apoyos para la propia causa de las mujeres.

Destacadas sufragistas blancas como Lucretia Mott o Elizabeth Cady Stanton utilizaron el término de *esclavitud moral* estableciendo una analogía entre el sometimiento al varón blanco de los esclavos negros por su color de piel y el de las mujeres por su sexo. No obstante, dicha equiparación fue rechazada por activistas feministas-abolicionistas negras como Sojourner Truth –esclava liberada del estado de Nueva York- al invisibilizar las diferencias entre mujeres blancas y negras. De esta forma se advertía sobre el “falso universalismo” de la solidaridad sufragista que asumía como sujeto a la mujer blanca. Sojourner Truth exigió la extensión de la igualdad también a las mujeres negras que como ella no se sentían identificadas en los discursos que interpelaban a la Mujer. La domesticidad y el “culto a la verdadera feminidad” victoriana –objeto de alabanzas y denostaciones- se limitaban a las mujeres blancas y Sojourner Truth se preguntaba “¿Y acaso no soy yo una mujer?”. La unión negros del sur-mujeres blancas del norte se había construido a costa de silenciar e invisibilizar a las mujeres negras. En una convención sobre los derechos de la mujer celebrada en Ohio en 1851, ante las afirmaciones de un clérigo sobre la inteligencia de conceder derechos civiles a “esas criaturas físicamente desvalidas que son las mujeres”, Truth respondió: «Ese hombre dice que las mujeres necesitan ayuda para subir a los carruajes o salvar obstáculos, y que en todas partes se les ceden los mejores sitios. A mí nadie me ayuda a subir a los coches ni a saltar los charcos, ni me ofrece su asiento... y ¿acaso no soy una mujer? ¡Miren este brazo! Con él he arado, sembrado y recogido cosechas, sin ayuda de ningún hombre... Y ¿no soy acaso una mujer? He sido capaz de trabajar y –cuando podía- de comer tanto como un hombre, y ¡también de aguantar el látigo! Y ¿no soy acaso una mujer? (Sojourner Truth, citada en Kate Millet, 1969/1995: 145)³⁵.

El feminismo y sufragismo estadounidense también estuvieron influidos por los *movimientos religiosos* de la época -fundamentalmente las derivaciones *evangelistas* y *cuáqueras* del protestantismo-. La necesidad de una reforma moral de la sociedad y sus valores, el perfeccionismo mediante el trabajo y la participación comunitaria, y la interpretación individual de los textos sagrados favorecieron no solo el acceso de las mujeres a la alfabetización, también su participación activa y pública como oradoras. Estos

³⁵ La doble “asexualización” que sufrió Sojourner Truth, en cuanto feminista y en cuanto “no-mujer-negra”, le llevó en una convención sobre los derechos de las mujeres en Indiana a enseñar sus pechos públicamente, harta de que la acusaran de ser en realidad un hombre (Lillian Faderman, 1999).

movimientos religiosos a su vez se aliaron y confundieron con *movimientos de reforma* con diferentes métodos y objetivos: la templanza, la educación, la reforma carcelaria, los derechos de personas negras, la lucha contra la explotación laboral, los derechos infantiles, la higiene pública, etc. Antecedente de los movimientos sufragista y abolicionista fue el *movimiento de salud popular* desarrollado en la década de 1830 donde confluían las reivindicaciones de trabajadores y mujeres junto con un rechazo a la nueva medicina. Fanny Wright y Samuel Thomson fueron sus principales figuras aunando demandas relacionadas con el trabajo, la educación y la salud –demandaron, por ejemplo, reformas del vestido, denunciaron los lazos apretados y la obstetricia “heroica”- (Ehrenreich y English, 1990).

Otra fuente ideológica que influyó en la irrupción del feminismo y el sufragismo estadounidense fue la difusión de las ideas liberales-utilitaristas del pensador inglés John Stuart Mill y en concreto su obra *El sometimiento de la mujer* de 1869. En dicha obra Mill aplica los principios liberales –de autonomía individual, libertad e igualdad de oportunidades- a la situación de las mujeres, añadiendo el principio utilitarista de alcanzar la mayor felicidad para el mayor número de personas. Critica lo que parece la “natural subordinación de las mujeres” asentada en el prejuicio y en el ejercicio de una autoridad basada en la ley del más fuerte y no en el libre consentimiento. Denunció así mismo las leyes matrimoniales y la “muerte civil” de la mujer casada, proponiendo junto con reformas matrimoniales, reformas igualitarias en la educación, el trabajo y el derecho al sufragio, aspecto este último en el que intervino activamente como miembro del Parlamento inglés³⁶. Basándose en los principios liberales, denunció la contradicción que suponía que todavía el hecho de *nacer* mujer decidiera la situación y las posibilidades de una persona a lo largo de toda su vida. Respecto a la *naturaleza* de los dos sexos, y en respuesta a los múltiples argumentos científicos sobre el tema, argumentó que nada se podría saber sobre ello: «Lo que actualmente llamamos la naturaleza de la mujer es algo eminentemente artificial, el resultado de una represión forzada en un sentido y de una estimulación antinatural en otro» (Mill, 1869/2000: 168). Mill introduce ya la necesidad de investigaciones sobre la “influencia de las circunstancias sobre el carácter”, una llamada de atención que será recogida posteriormente por pioneras psicólogas ambientalistas-feministas: «Resulta que acerca de esta difícilísima cuestión de cuáles son las diferencias naturales entre los dos sexos –problema sobre el que en el presente estado de la sociedad es imposible obtener un conocimiento completo y correcto, mientras que todo el mundo dogmatiza sobre él-, casi

³⁶ El 7 de junio de 1866 Mill presentó al Parlamento inglés la primera petición a favor del voto femenino, proponiendo la sustitución de la palabra “hombre” –*man*- por la palabra “persona” –*person*-.

todos descuidan recurrir a la única luz que puede iluminar algo el problema: un estudio analítico de la parte más importante de la psicología, es decir, las leyes de la influencia de las circunstancias sobre el carácter. (...) Respecto a las características mentales de la mujer, sus observaciones [se refiere a las de médicos y fisiólogos] no tienen más valor que las de otro observador cualquiera. Es una materia sobre la que nada definitivo se podrá saber mientras las únicas personas que realmente pueden conocerla, las mismas mujeres, no hayan dado más que poquísimas noticias.» (Mill, 1869/2000: 170 y 171).

Las mujeres estadounidenses de mediados de siglo XIX fueron objeto de discursos contradictorios, dobles mensajes en cuanto ciudadanas universales e individuos y en cuanto “seres por naturaleza *sexuados*”. En el primer sentido, la cultura política republicana, el protestantismo y el liberalismo propugnaban la educación para todos, el éxito en el trabajo, el mérito y el perfeccionismo individual y la participación activa en la vida pública y comunitaria. En el segundo sentido, los discursos dirigidos hacia las mujeres desde la moral victoriana y el romanticismo sexual demandaban de ellas un “culto hacia la verdadera feminidad”: sumisión, piedad, abnegación, modestia, pureza y sobre todo domesticidad. Reclusión en un espacio doméstico que se presentaba como refugio puro e incontaminado de los valores competitivos y destructivos del nuevo espacio público-asalariado industrializado. Fue precisamente el énfasis en la participación y el asociacionismo republicano lo que posibilitó un espacio puente para las mujeres entre lo doméstico y lo público, reconciliando de esta forma los discursos liberales y protestantes con el culto a la “verdadera feminidad”. Participando activamente en asociaciones podían responder a sus ideales religiosos y políticos al tiempo que no renunciaban a los ideales sexuales imperantes. De esta forma, la participación de las mujeres en el ámbito público-político venía justificada por el beneficio que supondría para la república una cierta trasfusión de los valores femeninos y maternos –tan alabados por los románticos- sobre la devastadora y cruel sociedad industrial. El efecto imprevisto, y no deseado para algunos, fue que lo que se planteó como intervenciones filantrópicas y religiosas de esposas-madres en sus ratos de ocio, terminó convirtiéndose junto con los espacios académicos en otro posible espacio de profesionalización de la Nueva Mujer. Los *colleges* de mujeres y las actividades profesionales de reforma constituyeron dos de los escasos espacios posibles para que las mujeres blancas de clase media pudieran transgredir y romper con la segregación de esferas que las recluía a una desesperante ociosidad doméstico-burguesa. El feminismo aportó las condiciones ideológicas para que dicha decisión fuera posible y más importante pensable. La

segregación sexual de esferas que había recluido a la mujer burguesa en una domesticidad ociosa basándose en su superioridad moral, paradójicamente creó a la reformadora social, una “activista de la caridad” empeñada en regular los excesos y vicios de la “masculina” sociedad industrial y capitalista (Judith Walkowitz, 1995).

Gracias a las diferentes variantes de asociacionismo, las mujeres saltaron a la esfera pública y se profesionalizaron como activistas sociales, llegando incluso a colaborar en los ámbitos formales de la política y el gobierno. Es cierto que dicha participación fue mayoritariamente justificada como un *deber ético* de las mujeres –el deber de trasladar sus valores maternales y domésticos para el progreso de la sociedad- y no como un *derecho* a la igualdad desde una ética universal. Tanto las reivindicaciones de sufragio como las demandas de una educación superior para las mujeres, fueron justificadas mayoritariamente sobre la base de “argumentos maternalistas”, apelando desde una concepción esencialista a la excelencia moral de las mujeres y su papel como “madres de la república”. No obstante, no es menos cierto que dichos argumentos posibilitaron estratégicamente el acceso a la educación y profesionalización de muchas mujeres blancas de clase media y las condiciones de posibilidad para un pensamiento igualitario³⁷. En el caso de muchas mujeres científicas y reformadoras, ambos discursos –el de la excelencia moral y el de la igualdad- se confundieron y entremezclaron.

La educación superior de las mujeres se convirtió en paso imprescindible para la consecución de la reforma moral de la ciudadanía republicana. Gracias a ello se construyeron los primeros *colleges* universitarios de mujeres y se produjo la incorporación progresiva de las mujeres en las universidades –en 1833 el Oberlin *College* (Ohio) se fundó como la primera institución que ofrecía a las mujeres educación superior-. Con ello se desarrolló una clase media de mujeres educadas y profesionales, fundamentalmente solteras –la Mujer Nueva- cantera del feminismo norteamericano del XIX. Entre 1819 y 1830 los argumentos de Emma Hart Willard provocaron un progresivo cambio de actitudes en la sociedad estadounidense respecto a la educación secundaria de las mujeres. Lo paradójico del asunto es que su petición de apoyo para su proyecto de una escuela de mujeres en Nueva York estaba fundamentado en la idea conservadora de que la educación convertiría

³⁷ La segregación de esferas y el énfasis en la participación ciudadana también posibilitó una cierta independencia y autonomía activista de grupos exclusivos de mujeres, que a diferencia de sus compañeras europeas socialistas no tuvieron que soportar reprimendas de sus líderes varones por dedicarse a la causa feminista –para muestra un botón: la regañina de Lenin a Clara Zetkin por malgastar tiempo y energía en análisis sobre problemas sexuales (Ana de Miguel Álvarez, 1994b)-.

a las mujeres en mejores madres. Recogiendo de forma conjunta argumentos nacionalistas y sexistas de la época sobre la maternidad y el rol de la mujer, Willard construyó un potente argumento silogístico en favor de la educación de las mujeres: 1) es deber del gobierno promocionar la prosperidad presente y futura de la nación; 2) esta prosperidad depende del carácter de los ciudadanos; 3) el carácter es formado por las madres; 4) solo aquellas madres que sean adecuadamente educadas tendrán capacidad para formar caracteres de la calidad necesaria para asegurar el futuro de la república. Por consiguiente, la ayuda del estado para la educación de las mujeres es una medida imprescindible (Rossiter, 1992). No consiguió la financiación que solicitaba, pero sus argumentos crearon escuela para futuras peticiones, generándose una red de academias y seminarios para mujeres. No está muy claro si los argumentos conservadores de Willard fueron utilizados de forma estratégica o realmente creía en ellos, pero como ella misma aprendió al igual que muchas sufragistas, el ser o parecer personalmente discreta –y femenina- y socialmente conservadora ayudaba a la hora de demandar cambios relacionados con derechos de mujeres (Rossiter, 1992; Faderman, 1999). Aunque estos seminarios y academias instruyeron a muchas mujeres, fueron considerados inferiores respecto a los *colleges* masculinos. El siguiente paso hacia la educación superior de las mujeres era demandar un nivel más elevado de formación para estas instituciones. En esta dirección, un evento clave para la completa educación universitaria de las mujeres, y que muchas jóvenes celebraron, fue la apertura en 1865 del Vassar *College* en Poughkeepsie (Nueva York). A partir de 1870, y de forma lenta y progresiva, algunas universidades estatales como Cornell o Michigan comenzaron también a aceptar a sus primeras estudiantes mujeres. De incluso mayor importancia, ya que no solo educaban a las mujeres en la ciencia sino que las empleaban, fue el establecimiento de varios *colleges* de mujeres entre 1870 y 1880: Smith *College* (1871), Wellesley *College* (1875), Bryn Mawr y Goucher *College* (1885). Las oportunidades para aquellas mujeres que quisieran dedicarse profesionalmente a la ciencia comenzaban a ampliarse. Mujeres pioneras científicas como la astrónoma de Vassar Maria Mitchell o Emily Talbot sirvieron de ejemplo a futuras generaciones y lucharon para conseguir la aceptación de mujeres en las principales universidades. Mitchell trabajó directamente con estudiantes mujeres en Vassar tratando de infundirles la auto-confianza y experiencia que según ella resultaban imprescindibles para la integración de las mujeres en los círculos profesionales científicos. Emily Talbot, junto con su hija Marion Talbot y otras pioneras académicas, crearon en Boston la *Association of Collegiate Alumnae* (ACA) con el objetivo de facilitar psicológica y económicamente la admisión y más tarde el seguimiento profesional de mujeres

universitarias. No obstante, las reacciones en contra de estos pequeños avances no se hicieron esperar. En 1870 el médico de Harvard Edward Clarke escribía *Sex in Education; or, a Fair Chance for the Girls*, donde afirmaba a partir de ejemplos extraídos del *Vassar College* que la salud de las mujeres, y *por ende* el futuro de la “raza” y de la nación, se estaba echando a perder por la dedicación intensiva de las jóvenes al estudio. A pesar de que sus teorías fueron refutadas, su polémico libro generó opinión pública y debates sobre la conveniencia o no de la educación superior de las mujeres.

En el contexto de estos debates, algunas académicas se basaron en la propia teoría de la evolución para fundamentar la superioridad femenina. Frances Emily White, profesora de fisiología en un *College* de Medicina en Philadelphia, argumentaba que eran precisamente las cualidades morales superiores de las mujeres, y no la mera superioridad muscular e incluso el poder intelectual masculino, las fuerzas determinantes para el progreso de la civilización. Otra conocedora del trabajo de Darwin y Spencer, Antoinette Brown Blackwell, abolicionista, predicadora y graduada en teología por el *Oberlin College*, también coincidía con White en que la clave del progreso de la sociedad residía en las mujeres. Pensadoras/es feministas –fundamentalmente antropólogos, sociólogos y reformadores- partieron también de premisas evolucionistas para condenar la exclusión de las mujeres de la esfera pública, advirtiendo sobre las devastadoras consecuencias de una civilización industrial competitiva e individualista, sexualmente desequilibrada como producto de una “antinatural” restricción de la influencia femenina. Reformadores/as como Lester Frank Ward, William Isaac Thomas, Thorstein Veblen, Charlotte Perkins Gilman o Jane Addams aplaudieron la creciente presencia e influencia de las mujeres y sus valores en los ámbitos públicos –tanto en el ámbito educativo, como en el laboral y político-. No obstante, la incorporación de las mujeres a la educación universitaria, el relativo éxito de las ideas feministas y el sufragismo, junto con la emergencia de una “Nueva Mujer” profesional e independiente, antítesis de la mujer victoriana, provocaron una reacción de discursos misóginos que bajo la autoridad de la ciencia y tomando relevo a la religión tratarán de justificar la relegación de la mujer burguesa a su esfera propia con su función propia.

LA REACCIÓN ANTIFEMINISTA: MORAL VICTORIANA Y ROMANTICISMO SEXUAL EN LOS DISCURSOS CIENTÍFICOS

«La ciencia contaminada encuentra medidas a su conveniencia; el cerebro era tan pequeño que no merecía ser examinado (...) Y además, fuera lo que fuese lo que los cerebros pudiesen hacer cuando las profesiones abriesen sus puertas, siempre quedaba el cuerpo.» (Virginia Woolf, 1938/1999: 244-245).

«Lo que fue decidido entre los protozoos prehistóricos no puede ser anulado por un acto del Parlamento.» (Geddes y Thompson, 1890, citado en Miriam Lewin, 1984a: 48).

Segregación sexual de esferas y feminidad victoriana

Con el triunfo de la *economía de mercado* en el siglo XIX, los modos de producción doméstica asentados en la unidad entre vida biológica y económica, trabajo y hogar, producción y vida familiar, quedaron desquebrajados. La fábrica sustituye al hogar como ámbito de producción, y el *hogar* queda reducido a las “actividades biológicas” y a las relaciones más íntimas: la comida, el sexo, el sueño, la reproducción y el cuidado de los niños. El nuevo modo de producción que impone el capitalismo industrial reafirma y reactualiza la diferenciación sexual para sus fines, segregando sexualmente la esfera *pública* y la esfera *privada*. Por un lado, el ámbito *público* de la producción asalariada, regido por las leyes del mercado, individualista y egoísta, racional y calculador, materialista y competitivo; por otro lado, el ámbito *privado* del hogar doméstico, un ámbito “Otro” puro e incontaminado de los vicios industriales, espacio de reproducción y cuidado, de moral y espiritualidad, de ocio y consumo. Ambas esferas son representadas con su correlato *generizado* –público/masculino y privado/femenino- que se justifica sobre la base de características naturales propias de cada sexo y de una evolución natural que parece marcar las directrices de dicha diferenciación. El ámbito privado queda así definido por oposición al público, como reducto misterioso, puro e incontaminado, alejado de la frialdad e impersonalidad del mundo de afuera habitado por el *hombre económico* de Adam Smith. La mujer, asimilada a su ámbito pre-industrial y ajena a los principios básicos del mercado, se constituye así en *terra incognita* y enigmática, ligada por continuidad metonímica a lo primitivo y animal, reto para la mente científica y racional (Ehrenreich y English, 1990).

La *filosofía del romanticismo sexual* y la *moral victoriana* se constituyeron en complemento perfecto de la legitimación hegemónica de la división sexual del trabajo, definiendo –prescribiendo– a varones y mujeres como esencialmente diferentes y complementarios. El culto a la verdadera feminidad, la mistificación de la maternidad y el amor romántico exigen de la mujer-burguesa-blanca pureza, piedad, abnegación y sobre todo domesticidad, cualidades necesarias para sus funciones esenciales de reproductora, cuidadora y guardiana de la moral. El romanticismo presenta a una mujer *por naturaleza* modesta, sumisa y obediente, un ser frágil y dependiente, poseedor a su vez de una moral y religiosidad superior. Un ser inmanente –incompleto sin marido e hijos– que debe ser recluido en el seno de la familia burguesa y no rebasar los muros domésticos (Lewin, 1984a): Nora, “el pajarillo” de la casa de muñecas que tan bien retrató Ibsen en 1879. Mientras, las mujeres negras y de clase trabajadora van a la fábrica o luchan por desatarse de las cadenas de la esclavitud. La moral de la mujer victoriana no se dirige a ellas, para el ideario romántico no son mujeres.

La excelencia moral de la mujer burguesa aparece como compensación de los horrores y vicios industriales, justificando así ideológicamente su “noble vocación” como madre y educadora moral de los futuros ciudadanos republicanos. En las madres recae la responsabilidad de la moralidad –definida en términos científicos como “normalidad” o “ajuste social”– de hijos y maridos. En definitiva, la responsabilidad del futuro de la nación en cuanto reproductoras y educadoras de la vanguardia evolutiva de la “raza”. Comienza así una larga historia de consejos de expertos a madres, pero también de culpabilización materna de los males sociales, una historia donde la nueva figura del psicólogo infantil va a ocupar un lugar preeminente. En el siglo del niño, la cuestión infantil y la cuestión femenina se confunden (Ehrenreich y English, 1990; Erica Burman, 1998b).

Por otro lado, la virtud femenina viene asociada con la inocencia sexual y la moral puritana. De esta forma se responsabiliza también a las mujeres del apaciguamiento y canalización en los márgenes del matrimonio de los vicios públicos masculinos. Frente a los peligros de la agresiva sexualidad masculina, la mujer victoriana aparece como un ser pasivo, carente de deseo sexual y de sexualidad. En contraposición, la mujer negra, la mujer de clase trabajadora, la loca o la prostituta son representadas en el imaginario social como hipersexualizadas. Al igual que otras desviaciones de la moral victoriana, cualquier acto sexual no reproductivo, no coital o fuera de los márgenes del matrimonio es *contra natura* y por ende patologizado. Medicina y moral se alían en los dispositivos de patologización de la

masturbación en varones o de cualquier signo de agencia sexual –solitaria o no- por parte de mujeres. En general, cualquier voluntad de deseo propio por parte de la Nueva Mujer – desear una educación superior o una vida independiente y profesional- era susceptible de ser patologizada en tanto “inversión sexual” masculinizante.

La ciencia darwinista al servicio de la diferenciación sexual

En el siglo XIX la *ciencia* se había constituido en el nuevo dispositivo de saber legítimo, símbolo del progreso social y del espíritu crítico revolucionario, un saber desinteresado y objetivo lejos ya del autoritarismo religioso del Antiguo Régimen. Pero una vez más, con ello no se garantizaba una sensibilidad feminista: la ciencia también se alió con el romanticismo sexual y la división sexual del trabajo. Además de Mill y las primeras sufragistas –Cady Stanton y Susan B. Anthony-, pocos fueron los que siguieron el discurso igualitario racionalista y universalista de forma consecuente. En el ámbito científico solo una minoría de trabajos más bien heterodoxos -como los trabajos de las pioneras psicólogas Helen Thompson Woolley o Leta Stteter Hollingworth- trataron de demostrar científicamente las semejanzas sexuales y la importancia de las influencias ambientales sobre la construcción de las diferencias. Curiosamente estas primeras investigaciones empírico-feministas no fueron incorporadas en el repertorio político de las sufragistas, más interesadas en mantener en sus argumentos las excelencias morales de las mujeres.

De la mano del *darwinismo*, fundamentalmente vía Spencer, la ciencia será empleada para determinar biológicamente la divergencia sexual y la inferioridad intelectual de las mujeres -junto con su “superioridad” emocional-. La teoría evolutiva será empleada para explicar por qué las diferencias sexuales existen y por qué son necesarias para la supervivencia de la especie. De este modo, salvo algunas derivaciones funcionalistas fundamentalmente desde la Escuela de Chicago, la teoría evolutiva fue utilizada para apoyar científicamente la segregación sexual de esferas y la subordinación de las mujeres en provecho del progreso civilizatorio. La “selección sexual natural” de Darwin presentada en *La descendencia del hombre* de 1871 y la filosofía conservadora liberal espenceriana asentada en la “supervivencia de los más aptos”, sirvieron de artillería intelectual para naturalizar la posición socialmente superior del varón-blanco-protestante-anglosajón. El darwinismo social presentaba a mujeres, personas negras, judías o inmigrantes como evolutivamente inferiores y peor adaptadas. La fisiología reproductiva de las mujeres era la causa de su estancamiento en un estadio evolutivo anterior al de los varones: el varón mal engendrado aristotélico se convertía así en un varón involucionado darwiniano.

En el debate sobre las diferencias sexuales, los seguidores de Darwin y Spencer desarrollarán dos tesis fundamentales: una mayor divergencia y especialización sexual como producto del natural progreso evolutivo y la inferioridad de las mujeres argumentada sobre la base de una menor variabilidad. Ambas tesis serán complementadas con la teoría newtoniana de la conservación de la energía, a partir de la cual se entenderá el cuerpo como reserva limitada de energía. En concreto el cuerpo de la mujer se concebirá como campo de batalla entre las demandas inversas de útero y cerebro. En nombre de la evolución fueron empleados la mayoría de los argumentos “científicos” en contra de las reivindicaciones feministas, especialmente la (co)educación, la profesionalización y el voto. «Lo que fue decidido entre los protozoos prehistóricos no puede ser anulado por un acto del Parlamento.» (Geddes y Thompson, 1890, citado en Miriam Lewin, 1984a: 48). La igualdad sexual iba a contracorriente de la evolución natural, significaba un retroceso evolutivo y biológico. Se estaba produciendo una masculinización de las mujeres que se educaban y profesionalizaban en competición con los varones –amenazados a su vez por los trabajadores inmigrantes en la “lucha por la supervivencia laboral”-. El futuro de “la raza” estaba en peligro. De esa “raza” blanca-burguesa-anglosajona que había visto descender su natalidad tras la revolución demográfica del XIX, las influencias de las tesis malthusianas y los dispositivos victorianos de “control psíquico del nacimiento” mediante la represión sexual (Lewin, 1984a). El pánico “racial” se acrecentó ante los flujos migratorios y la mayor fertilidad de familias negras y de la clase trabajadora. El individualismo competitivo necesario para el hombre económico se convertía en egoísmo en la mujer profesional que debía sacrificarse por el bien de la “raza”.

Frenólogos y neuroanatomistas o el peso de la prueba del cerebro

Más allá de argumentos religiosos o combinaciones de humores, la ciencia en el siglo XIX debía encontrar otras explicaciones para argumentar científicamente la *inferioridad intelectual de las mujeres*³⁸. Las descripciones fisonómicas asociadas a disposiciones temperamentales o tipos de personalidad –realizadas fundamentalmente por criminólogos o alienistas- fueron sustituidas por la medición de cráneos y la localización cortical de las

³⁸ Entre 1850-1930 los argumentos de frenólogos, craneólogos, neuroanatomistas o darwinistas sociales -y más tarde las conclusiones derivadas de la aplicación de tests mentales-, esgrimidos todos ellos para argumentar la inferioridad biológica de las mujeres, seguirán un curso paralelo y entrecruzado con los argumentos destinados a demostrar la inferioridad racial. Para un análisis del racismo biológico y sus conexiones y paralelismos con el sexismo, ver Stephen Jay Gould (1997) y Carles Lalueza (2002). Una completa genealogía del racismo científico de la psicología se encuentra en los trabajos de Dennis Howitt y J. Owusu-Bempah (1994) y Graham Richards (1997).

funciones mentales. Los *frenólogos*, representados en la figura del médico austriaco Franz Joseph Gall, emergen como nuevas figuras misóginas en la cuestión de la inteligencia femenina. La frenología, imbuida por el espíritu mercantil y pragmatista de la época, se ofrece como alternativa científica popular y de utilidad práctica frente a la mentalista y especulativa filosofía moral universitaria³⁹ (Steven Shapin, 1975/1994). Gall localizó en el cerebro el órgano de la mente, midió su tamaño como índice del poder de su función y lo dividió en regiones espaciales con sus correspondientes facultades mentales. La craneoscopia proporcionaba de este modo el primer método “objetivo” para la determinación de las bases neurofisiológicas de las diferencias sexuales en inteligencia y temperamento⁴⁰ (Stephanie Shields, 1975a). Según los frenólogos, las facultades mentales y morales se localizaban en áreas específicas de la superficie del cerebro, de tal forma que era posible detectar cualquier diferencia-deficiencia mediante un examen externo del cráneo. Gall estaba convencido de que podría discriminar entre cerebros de machos y hembras de cualquier especie simplemente observándolos sumergidos en agua. Igualmente observó diferencias sexuales en el tejido nervioso: las “fibras cerebrales” de las mujeres eran más blandas, esbeltas y largas que las de los varones. Según las observaciones de Gall y su discípulo Johann Spurzheim, las facultades intelectuales estaban localizadas en los lóbulos frontales cuyo tamaño y desarrollo era menor en las mujeres: la frente pequeña y estrecha del sexo femenino era la causa de su inferioridad intelectual. Spurzheim también enumeró los “órganos” cerebrales cuya aparición difería entre varones y mujeres. Según sus observaciones, las mujeres tenían más desarrolladas las áreas dedicadas a la “amatividad” y otros rasgos de “cuidado” situadas en la parte occipital y parietal del cráneo, mientras que en los varones eran las áreas corticales de la agresividad y el dominio las que sobresalían (Shields, 1975a).

³⁹ Curiosamente, uno de los que será considerado padre de la sociología, Auguste Comte, se valdrá de los frenólogos para disuadir a Stuart Mill de su postura feminista. Argumentaba que los frenólogos habían demostrado la simplicidad de la estructura cerebral de las mujeres y por lo tanto su incapacidad para el razonamiento complejo. Siendo el feminismo según Comte un signo ineludible de la “deplorable anarquía mental de nuestro tiempo” (Ana de Miguel Álvarez, 1994a).

⁴⁰ Concepción Arenal, la primera mujer que se presentó “travestida” de hombre en las universidades españolas, tampoco se amedrentó con la autoridad científica de los argumentos de Gall, y arremetió contra su pseudo-cientificidad en la *Mujer del Porvenir* (1868). Reivindicando en todo momento una educación igualitaria, desmontó los argumentos biologicistas de Gall sobre la inferioridad intelectual femenina, afirmando que «la diferencia intelectual solo empieza donde empieza la de la educación.» (1868/1974: 110). «Si ciertas facultades solo se revelan con el ejercicio continuado, cuando este ejercicio falta, de que no se manifiestan ¿debe concluirse que no existen? ¡Extraña lógica! (...) En tratándose de las mujeres, los mayores absurdos se sientan como axiomas que no necesitan demostración.» (112).

A partir de la frenología, el argumento de la inferioridad mental de la mujer tomó dos variantes *neuroanatómicas*: por un lado, las tesis que sostenían que la calidad del intelecto era proporcional al *tamaño* -absoluto o relativo- del cerebro; por otro lado, las tesis defensoras de la *localización cortical de las funciones* que afirmaban que la presencia de ciertas cualidades mentales era dependiente del desarrollo de los correspondientes centros corticales (Shields, 1975a). Ante los problemas de una medición absoluta del tamaño del cerebro para demostrar diferencias sexuales en inteligencia⁴¹, el debate fue desplazado hacia los tamaños y pesos relativos de cerebros. No obstante, los resultados fueron más bien confusos: si el peso del cerebro se relacionaba con el peso del cuerpo, las mujeres poseían un cerebro proporcionadamente mayor que el de los varones; si lo que se consideraba era la relación entre la superficie-tamaño del cerebro y la superficie corporal, entonces los resultados se inclinaban a favor de los varones (Shields, 1975a).

Cuando hubo un cierto acuerdo en que la región *frontal* del cortex estaba asociada con las funciones mentales superiores –sobre todo a partir de las investigaciones de Hughlings Jackson-, los neuroanatomistas se pusieron manos a la obra para demostrar el mayor desarrollo en los varones de los lóbulos frontales: la mujer era *homo parietalis* y el varón *homo frontalis* (Hischke, 1854 en Shields, 1975a). Con el cambio de siglo, el protagonismo cerebral se desplazó hacia los lóbulos *parietales*, ahora observados como áreas del intelecto. Este cambio en la jerarquía cerebral implicaba un ligero revisionismo, pero como era previsible, la demostración neuroanatómica de la superioridad de los varones en el desarrollo parietal no se hizo esperar. Paul Broca estaba entre los nuevos defensores de la predominancia del área parietal en varones (Shields, 1975a). Junto con el tamaño de los lóbulos frontales y parietales, se encontraron otras “deficiencias” cerebrales en las mujeres para justificar su inferioridad, entre otras por ejemplo el tamaño del cuerpo calloso o la complejidad de las circunvoluciones.

Tiranías instintivo-emocionales y complementariedad sexual

En la mayoría de los argumentos neuroanatómicos, la inferioridad intelectual de las mujeres venía “compensada” por una *superioridad emocional* –en algunos teóricos teorizada sin ambages como *debilidad emocional*-. Al carecer de los controles superiores, la mujer se convertía en un ser más atado a sus instintos primarios –entre ellos el maternal-. La debilidad afectiva de la mujer no era sino una manifestación de las predisposiciones

⁴¹ El principal problema fue el descubrimiento de hombres eminentes con cerebros pequeños, entre otros, el propio Gall con un “esmirriado” órgano mental de 1.198 gramos.

primitivas instintivas y emocionales que en el caso de los varones se encontraban bajo el control del intelecto-superior. A partir de las tesis de la localización cortical de funciones, se llega a proponer una teoría neurológica de la emocionalidad de las mujeres. El tálamo se presenta como el centro de la expresión natural de las emociones, mientras que el control de los movimientos y la asociación de ideas se localizan en el cortex. La vida mental del varón es predominantemente cortical; la de la mujer, fundamentalmente talámica (Burt y Moore, 1912 en Shields, 1975a). La tiranía de los instintos en la mujer la hace más vulnerable a la influencia emocional frente a la razón, por lo tanto más dependiente del varón en la toma de decisiones importantes. La incapacidad mental producida por desequilibrios emocionales fue argumento de autores misóginos de gran relevancia como el fisiólogo alemán Paul Moebius. En su obra *La inferioridad mental de la mujer* (1903) corrobora la relación directa entre tamaño de la cabeza y facultades mentales y sostiene que la mujer, al igual que las bestias, se guía por sus instintos y no por su débil cerebro. El argumento instintivo darwinista es intercambiable con el argumento uterino de los médicos filósofos: si el varón se guía por su cerebro; en la mujer, los instintos o sus órganos sexuales determinan su vida mental, física y moral.

En un giro donde introduce la *tesis de la bisexualidad* presente en todo individuo – contemporáneamente utilizada por Freud- Otto Weininger arguye en *Sexo y Carácter* (1903) que la superioridad intelectual se encuentra únicamente en lo que hay de masculino en cada individuo. Si existen mujeres de inteligencia superior, ello se debe al elemento masculino que llevan dentro. Por el contrario, lo que impide la perfección de un varón es el elemento femenino oculto en su naturaleza. Para este filósofo austriaco, el progreso de la humanidad depende de la exterminación de los elementos femeninos.

Estas tesis rivalizaron en antifeminismo con la popular teoría de la *complementariedad biológica de los sexos* de Patrick Geddes y Arthur Thomson, según la cual los varones eran principalmente “catabólicos” y las mujeres “anabólicas”. Bajo esta teoría metabólica de las diferencias sexuales se presenta el más sutil argumento de que la mujer no era inferior al varón, simplemente era por naturaleza diferente y *complementaria*⁴². Las diferencias sexuales

⁴² La teoría de la *diferenciación y complementariedad* sexual –la mujer no es inferior, solo es diferente al varón y complementaria- será especialmente difundida a partir de los años 20 por el médico español Gregorio Marañón (1931), fundamentalmente en *Tres ensayos sobre la vida sexual*. Parte de su obra, con una considerable repercusión internacional, será publicada en la *Revista de Occidente*, revista especializada en artículos antifeministas “intelectualmente respetables” y dirigida por otro prestigioso intelectual misógino-romántico, José Ortega y Gasset (Geraldine M. Scanlon, 1986). En España, las tesis de Marañón serán rebatidas entre otras por la cofundadora de Mujeres Libres Lucía Sánchez Saornil (1935/1976, 1935/1983) que criticará el camuflaje misógino de este cambio de la “inferioridad” a la “diferenciación sexual” exaltadora de la madre eugenésica: «Frente al dogma

mentales y de temperamento son explicadas sobre la base de diferencias en las células reproductivas de ambos sexos: los ovarios son grandes e inertes; los espermatozoides son pequeños y activos. La pasividad “anabólica” de la mujer se expresa en una mayor paciencia, conservadurismo y sumisión, receptividad y comprensión, una mayor apreciación por los detalles sutiles, y en general, una mayor intuición. La actividad “catabólica” masculina impulsa a los varones al esfuerzo máximo, al ímpetu, la imaginación y la búsqueda científica, la capacidad de abstracción y de generalización, al tiempo que los convierte en descuidados e impacientes con detalles minuciosos y concretos. Tanto la debilidad emocional como el “carácter anabólico” de las mujeres serán utilizados para argumentar su incapacidad mental para las habilidades objetivas y de pensamiento abstracto requeridas en las profesiones científicas y en la academia.

La ironía de la variabilidad o la superioridad de los extremos de la “curva”

Otro argumento utilizado para demostrar biológicamente la mediocridad mental de las mujeres, y por tanto la conveniencia o no de invertir en su educación superior, fue la *hipótesis de la variabilidad* (Shields, 1975a, 1987). Sus orígenes se remontan a la teoría evolutiva de Darwin y al laboratorio antropométrico de su adinerado primo Francis Galton. Con Darwin, la supervivencia viene asociada a la transmisión de variaciones adaptativas. La variación o desviación de la norma adquiere repentinamente un valor positivo como mecanismo de progreso evolutivo. A partir de ahora, la hipótesis de una mayor variabilidad masculina –tanto en rasgos físicos como en mentales- adquiere una relevancia que hasta entonces nunca había merecido: se vuelve imperante demostrar que el varón es el elemento progresivo de la especie. Con Galton, el investigador del “genio hereditario” y acuñador de la “eugenesia”, la investigación sobre las diferencias intelectuales adquiere “rigurosidad” empírica gracias a su obsesión por la cuantificación. De su laboratorio fabricante de medidas innatas y hereditarias concluye que las mujeres son inferiores en todas sus capacidades a los varones y que los rasgos femeninos son defectos sin propósito adaptativo. La experiencia común –las mujeres no han sobresalido, por lo tanto no pueden sobresalir- es la base de su confirmación. Este argumento “la menor representación de

de la *inferioridad intelectual se ha levantado el de la diferenciación sexual*. Ya no se discute, como en el siglo pasado, si la mujer es superior o inferior; se afirma que es *distinta*. (...) Por la teoría de la diferenciación la mujer no es más que una matriz tiránica que ejerce sus oscuras influencias hasta los últimos repliegues del cerebro. Toda la vida psíquica de la mujer supeditada a un proceso biológico, y tal proceso biológico no es otro que el de la gestación.(...) “Nacer, gestar, morir”. Y he ahí todo el horizonte femenino. (...) El concepto de madre absorbiendo al de mujer; *la función anulando al individuo*.» (1935/1976: 54-56).

mujeres en posiciones de eminencia” será empleado también como “evidencia” del menor rango de habilidad femenina. El eminente sexólogo y filósofo social Havelock Ellis defenderá en *Man and Woman* (1894) la hipótesis de la mayor variabilidad masculina basándose en sus observaciones sobre mayores índices de varones en instituciones para deficientes mentales y en posiciones de eminencia. El mismo argumento será recogido por los psicólogos de la Universidad de Columbia, James McKeen Cattell y Edward Thorndike. Ambos se aprovecharán de los nuevos avances en estadística y tests mentales para demostrar la hipótesis de la variabilidad, pretendiendo con ello disuadir a las autoridades académicas de futuras inversiones en unos seres que solo alcanzarán niveles moderados o mediocres de capacidad mental. Con la inevitable presencia de las mujeres en las universidades, los argumentos de incapacidad mental quedaban obsoletos. Ahora era necesario canalizarlas hacia sus particulares tareas en función de su particular mente. La mente de la mujer deja de presentarse como inferior en término medio a la del varón, simplemente es invariable en los rangos mediocres, incapaz de ser eminente y por tanto afrontar profesiones o puestos de alta cualificación. «Cuando, por fin, se dio el correspondiente permiso para abrir estas puertas a estos cerebros, los cerebros pasaron los exámenes. Una larga y horrenda lista de estos estériles –aunque necesarios- triunfos reposa, según cabe presumir, en los archivos universitarios y acosadas directoras todavía los consultan cuando quieren esgrimir pruebas de impecable mediocridad. De todas maneras, la naturaleza sigue en sus trece. El cerebro que podía aprobar exámenes no era un cerebro creador, no era el cerebro que puede asumir responsabilidades y ganar los sueldos más altos. Se trataba de un cerebro práctico, un cerebro de enaguas, un cerebro solo capaz de trabajos rutinarios bajo el mando de un superior.» (Virginia Woolf, 1938/1999: 244).

Ginecólogos y neurólogos como disciplinadores de cuerpos y mentes femeninas: la inversión útero-cerebro

Estos argumentos “científicos” antifeministas se basaban en la premisa de que la incapacidad o mediocridad mental de las mujeres les incapacitaba para entrar tanto en las universidades como en las profesiones cualificadas. No obstante, las mujeres progresivamente se iban incorporando tanto a la educación superior como a las diferentes esferas del ámbito público, y no sin éxito. El argumento del “no pueden” fue a partir de ahora simultaneado por todo un dispositivo de argumentos científicos centrados en el “no deben”. Resultaba imperativo “demostrar” los desastres inminentes que suponían las influencias del feminismo en las mujeres. La intensa actividad cerebral de la Nueva Mujer

venía acompañada de una pérdida de las características sexuales: corría el riesgo de masculinizarse, de convertirse en una *virago* o *invertida* sexual y producir una descendencia degenerada. Por si eso fuera poco, la (co)educación y la profesionalización destruían la salud –física y mental- de las mujeres y, lo que es peor, sus órganos reproductores. La baja fecundidad de las mujeres universitarias –fundamentalmente blancas, protestantes y de clase media- amenazaba con el peor desastre: el “suicidio de la raza”.

A partir de una concepción newtoniana del cuerpo como reserva de energía limitada, Herbert Spencer será el principal divulgador de la *teoría sobre la inversión útero-cerebro*. La actividad intelectual-cerebral resulta incompatible con la procreación: la *individualidad* de la mujer es irreconciliable con la *generación* de la raza. El camino de la individualidad en la mujer –la opción de una educación superior- pone en peligro no solo su salud, sino la salud de toda la especie humana. Bajo estas premisas, los argumentos de frenólogos y neurofisiólogos sobre la inferioridad intelectual de la mujer encontrarán refuerzo científico en las tesis de ginecólogos, psiquiatras-neurólogos, psicólogos, sexólogos y psicoanalistas mediante un implacable dispositivo de saber/poder antifeminista que “histeriza” el cuerpo de las mujeres (Foucault, 1976/1995).

En el contexto de la sociedad burguesa y el capitalismo industrial del siglo XIX, los mecanismos “disciplinadores” de control y vigilancia de cuerpos individuales -enfermos o criminales- en instituciones de higiene mental y prisiones, coexistirán con los nuevos dispositivos estatales “biopolíticos” de control y regulación de poblaciones –una *biopolítica* de la *especie* humana- (Foucault, 1975-6/1992). La *Norma* científico-médico-estadística establecida como regla natural que se desplaza de lo disciplinario a lo regulador se convertirá en el nuevo instrumento ideológico de control social de cuerpos y poblaciones, sustituyendo y al mismo tiempo conservando la moral religiosa victoriana. Medicina y sexualidad se vinculan en una *acción científica* sobre procesos orgánicos y biológicos -sobre cuerpos y poblaciones- y en una *técnica política de intervención* con sus efectos específicos de poder (Foucault, 1975-6/1992)⁴³. Medicina y legalidad se alían como controladores sociales legítimos -“científicos” y “estatales”-, sustitutos burgueses del autoritarismo religioso y moral del Antiguo Régimen. Los comportamientos “pecaminosos” o “viciosos” se convierten en “patologías” reguladas por normas y nosologías médicas, y en ocasiones, en conductas delictivas sancionadas por el Estado-nación. Surgen tratados de medicina legal como los de Morel, Magnan, Tardieu o Lombroso extendiendo el determinismo biológico a

⁴³ Para un análisis de las políticas sexuales en la medicina española del XIX, incluida una selección de textos médicos originales de la época, ver Catherine Jagoe, Alda Blanco y Cristina Enríquez de Salamanca (1998).

través de la “teoría de la degeneración”. La etiología de comportamientos que atentan contra la moral o el pudor es localizada en rasgos degenerativos hereditarios, aunque paradójicamente se utiliza el aislamiento como medida preventiva ante la amenaza de contagio. Pero en la gran familia de los degenerados, junto al obrero borracho, la prostituta sifilítica y el niño delincuente, dos anomalías van a saltar las barreras clasistas: la “histeria” y la “inversión sexual”. Empieza a demandarse una alternativa al internamiento para las y los enfermos burgueses.

A lo largo del siglo XIX se puede hablar de la existencia de una epidemia de *histeria* que asoló a la población femenina-blanca-de clase media (Ehrenreich y English, 1990). Se trataba de un impreciso síndrome que paralizaba a la paciente sin ningún fundamento orgánico discernible y desesperadamente resistente a los tratamientos médicos. Como han señalado Barbara Ehrenreich y Deirdre English (1990), la histeria fue el epítome del culto a la invalidez en la mujer, la prolongación de un modo de vida morboso prescrito como estética romántica. Los fracasos médicos en su tratamiento no eran más que una respuesta a la circularidad derivada de la política sexual de la enfermedad y su regulación: un modo de vida que predisponía a la enfermedad, y una enfermedad que se pretendía curar prescribiendo el exceso de dicho régimen vital. La mujer histérica estaba a un paso de la mujer ideal romántica: un ser que debía ser frágil, dependiente, pasivo, sin deseo sexual, públicamente inválido, doméstico y ocioso. Para algunas mujeres, la histeria se convirtió en una forma de llenar su tiempo, para otras, en una expresión de rabia y desesperación ante los “corsés” –físicos, psicológicos y sociales- del rol femenino victoriano. Algunas, como Jane Addams o Charlotte Perkins Gilman, transformaron su histeria en militancia, otras, como Alice James, describieron su sufrimiento e impotencia desde la cama y entre las paredes de una habitación.

Los médicos, para quienes el cuerpo femenino libraba una lucha constante entre útero y cerebro, enfocaron la “curación” de la histeria mediante dos tratamientos diferentes: (1) los que situaban la etiología de la enfermedad en el útero intervinieron quirúrgicamente extrayendo los órganos reproductores “enfermos” o bien fortalecieron el útero con dosis de nitrato de plata, inyecciones, cauterizaciones, sangrados, sanguijuelas, etc.; (2) los que pensaban que era una enfermedad de los nervios intervinieron mediante “curas de reposo”, obligando al cerebro a rendirse no ante el bisturí sino ante la autoridad terapéutica del médico (Ehrenreich y English, 1990). Como intervenciones alternativas no faltaron la hidroterapia, la electroterapia, el mesmerismo o la hipnosis. No obstante, serán los *ginecólogos cirujanos* -una vez eliminadas las comadronas de la competencia profesional

con los cirujanos obstetras- y sobre todo los *psiquiatras-neurólogos* –la alternativa “científica” a doctores de asilos y alienistas- los principales disciplinadores y reguladores de cuerpos y mentes de mujeres histéricas hasta la llegada y consagración del psicoanálisis en EEUU.

Para los médicos *ginecólogos*, cualquier afección del útero podía dañar las condiciones mentales de una mujer. Concebían al “bello sexo” como un ser precario y desequilibrado sometido a la tiranía constante de los caprichos uterinos. La histeria -cuyo nombre deriva del griego *husterá*-útero- era descrita en sus tratados como irritación del útero. Bajo esta concepción, durante la segunda mitad de siglo XIX utilizaron técnicas ginecológicas de cirugía cuyo objetivo era dominar los trastornos mentales femeninos. La extirpación del clítoris, la extirpación de los ovarios o las cauterizaciones fueron ejemplos de “soluciones” quirúrgicas ante casos de histeria, masturbación o ninfomanía. «Se consideraba que la operación tenía éxito si la mujer pasaba a una plácida resignación en el desempeño de sus funciones domésticas. La aplastante mayoría de las mujeres a quienes se había aplicado sanguijuelas o hierros candentes en el cuello del útero, o a quienes se había extraído el clítoris o los ovarios, eran mujeres de clase media o alta, puesto que, al fin y al cabo, estas técnicas costaban bastante dinero. (...) De modo que, si bien las burguesas sufrieron en mayor medida las técnicas de los cirujanos, las mujeres pobres y negras padecieron el brutal período de experimentación.» (Ehrenreich y English, 1990: 144-145).

Entre 1860-1870 los *neurólogos* se consolidan como los científicos del sistema nervioso -en oposición a doctores de asilos o alienistas-, cuantificando y diagnosticando enfermedades de los nervios a partir de sofisticadas nosologías (Lynn Gamwell y Nancy Tomes, 1995). Los tratamientos neurológicos, aplicados en la mayoría de los casos en la propia casa del paciente, se centraron fundamentalmente en desórdenes nerviosos leves – las neurosis- y en un tipo de población –familias blancas y ricas y especialmente mujeres- que nunca hubiera ingresado en un hospital mental. Los médicos de los nervios no podían usar en el cerebro las mismas técnicas quirúrgicas que los ginecólogos en los ovarios o en el útero, por lo que se aplicaron métodos más sutiles. Entre ellos, el más famoso fue “la cura de reposo” o “la técnica de curación por autoridad” del doctor Weir Mitchell (Ehrenreich y English, 1990; Gamwell y Tomes, 1995). Se trataba de regresar a la enferma a un estado infantil, totalmente receptivo y dependiente de la figura de autoridad médica, para a partir de ahí reeducarla en una “conducta autodisciplinada y madura”, esto es, reconducirla al rol materno doméstico. En el proceso de curación, la enferma era despojada de toda agencia, responsabilidad o elección. El “vaciado mental” requerido para ello implicaba un estado de reposo total en la cama mediante el aislamiento y la privación sensorial, donde se prohibía

tajantemente cualquier conato de trabajo intelectual. Rara vez los médicos de los nervios malgastaban su tiempo en mujeres pobres: solo las mujeres ricas podían permitirse largos tratamientos y curas de reposo.

En la década de 1870 los médicos arropados por su prestigio social entrarán también en el debate político sobre la educación femenina (Rosalind Rosenberg, 1982; Ehrenreich y English, 1990; Rossiter, 1992). En el contexto de presiones feministas por la coeducación en la Universidad de Harvard, el doctor Edward H. Clarke publica *Sex in Education, or a Fair Chance for the Girls*. En este libro de reivindicación de la “mujer uterina” versus la “mujer mental”, Clarke alertaba contra los riesgos de la salud que implicaba el estudio intensivo en las mujeres universitarias. La educación superior atrofiaba la salud y sobre todo los órganos reproductores de las jóvenes, lo cual se traducía en bajos índices de fecundidad. Al igual que Spencer, Clarke pensaba que la divergencia entre los sexos era un signo de la civilización, por lo tanto un programa político que fomentara la educación superior para las mujeres no solo produciría irreparables daños en su salud, amenazaría irremisiblemente el progreso de la especie y de la nación. La mujer que favorecía su mente a expensas de sus ovarios –especialmente la adolescente en centros educativos mixtos- corría el riesgo de alterar su delicado equilibrio fisiológico convirtiéndose en un ser “monstruoso” físico y moral. Como mujer-mental-no fecunda, corría el riesgo de masculinizarse, convertirse en una “invertida sexual”.

Los sexólogos y la Nueva Mujer como “invertida sexual”

El siglo XIX es también el siglo de los expertos *sexólogos* y con ellos sus vástagos: la “invertida sexual”, la “hermafrodita”, “el tercer sexo”, monstruos mitad mujeres, mitad varones (Esther Newton, 1989; Carroll Smith-Rosenberg, 1989). Los médicos consideran la agresividad masculina y la pasividad femenina biológicamente determinadas, naturales e inmutables. De tal forma que comportamientos que no encajaban con los roles sexuales victorianos –por ejemplo, las demandas agresivas de las sufragistas- fueron interpretados como producto de una inversión sexual –una excesiva masculinidad-. En el dispositivo científico antifeminista, los médicos-sexólogos se encargaron de acusar al movimiento de emancipación de las mujeres de alentar la criminalidad y la locura femeninas, y con ello la inversión sexual y la homosexualidad (Rosanna Fiocchetto, 1993). Richard Kraft-Ebing en *Psicopatía sexualis* (1886) llevó la teoría de la degeneración hereditaria al terreno de las “perversiones sexuales” o “prácticas sexuales contra natura”, es decir, manifestaciones del instinto sexual que no tuvieran como fin la procreación dentro del matrimonio. Tanto

Kraft-Ebing como Havelock Ellis o Edward Carpenter confundieron dentro de la misma etiqueta patológica –la “invertida sexual”- a mujeres que rechazaban sus roles convencionales femeninos y reivindicaban sus derechos –la Nueva Mujer o las Feministas-; las mujeres “racionales o cerebrales” que pensaban como varones; las mujeres que tenían una apariencia física y vestimenta masculina; las mujeres con órganos fisiológicos masculinos o hermafroditas; y las mujeres que sentían atracción sexual por su mismo sexo. Para los sexólogos, la Nueva Mujer reunía las características de una invertida sexual: era soltera, rechazaba el matrimonio y la maternidad, deseaba los mismos derechos que los varones blancos, ¡quería ser como ellos!, era ambiciosa, aspiraba a una educación superior e incluso a una profesionalización, en definitiva, estaba fuera de los márgenes de la normalidad.

La cruzada de los sexólogos contra la “inversión sexual” irá particularmente dirigida a mujeres educadas en *colleges* o a mujeres activistas en organizaciones feministas o en centros de reforma social (Smith-Rosenberg, 1989). Mujeres que se estaban atreviendo a violar las normas sexuales victorianas, utilizando la educación superior y la profesionalización como vía de escape a su “destino sexual”. Para la Nueva Mujer, la educación superior significó mucho más que una oportunidad para su desarrollo intelectual personal, representaba sobre todo la oportunidad de sobrevivir más allá de las ataduras del matrimonio y del claustrofóbico rol doméstico femenino.

Curiosamente, las mujeres pertenecientes a lo que se ha denominado “la primera generación de la Nueva Mujer”⁴⁴ -antes del cambio de siglo- no se sintieron interpeladas por los discursos patologizadores de los sexólogos (Smith-Rosenberg, 1989; Newton, 1989). Entre otras cosas porque no renunciaron a la imagen victoriana de la mujer-madre-asexual. Tanto las mujeres de los *colleges* como las mujeres en centros sociales de reforma representaron figuras liminales entre dos mundos: si bien se rebelaron frente a la segregación sexual de esferas y la domesticidad femenina, crearon micromundos femeninos asentados en los valores del amor materno asexualizado. Con una voluntad de reforma asentada en su rol femenino, reivindicaron la necesidad de incorporar valores maternos y de cuidado en la fábrica y en el agresivo nuevo mundo industrial y capitalista. No se produjo el “matricidio colectivo” –la desvinculación con el rol materno-asexual victoriano- hasta la segunda generación de la Nueva Mujer que se reapropió de las imágenes de los

⁴⁴ Newton (1989) y Smith-Rosenberg (1989) han establecido una separación entre la situación de las mujeres de la “primera generación” de la Nueva Mujer nacidas en las décadas de 1850 y 1860 y cuyas carreras maduraron hacia 1890; y lo que denominan “la segunda generación” nacidas en las décadas de 1870 y 1880 cuyas carreras se desarrollaron en el nuevo siglo.

sexólogos en sus reivindicaciones. Paradójicamente la reivindicación de una sexualidad propia fue estratégicamente menos eficiente a nivel político (Smith-Rosenberg, 1989), aunque también es cierto que coincidió con una etapa más conservadora en EEUU en vísperas de una guerra mundial.

El miedo a la masculinización e inversión sexual en las mujeres fue simultaneado con un nuevo miedo: la feminización de los varones blancos de clase media. Un miedo heteropatriarcal que no dejaba de estar entreverado con miedos imperialistas, racistas y nacionalistas. Por otro lado, con el progresivo reconocimiento social de deseos y agencia sexual en las mujeres a comienzos del siglo XX, el protagonismo de la *inversión sexual* – inversión de atributos masculinos y femeninos- fue sustituido por el de la *homosexualidad* – desviación de la elección del objeto sexual-. Esto podría explicar la emigración de mujeres intelectuales feministas o lesbianas a círculos europeos más abiertos en el período conservador de principios del siglo XX en EEUU. El vanguardista “París de la Rive Gauche” acogió a las expatriadas Gertrude Stein –que curiosamente fue alumna de William James-, Natalie Barney, Edith Wharton o Djuna Barnes (Shari Benstock, 1992).

Freud: de histéricas emancipadas y sus complejos de masculinidad

A lo largo del siglo XX, *psicoanalistas* y *psicólogos* sustituirán a los médicos como principales expertos en las vidas femeninas. Para sorpresa del propio Freud, en 1909 la sociedad norteamericana le recibió con un entusiasmo inesperado (Philip Cushman, 1995). Los sexólogos habían allanado el terreno rompiendo con tabúes victorianos y la sociedad estadounidense parecía estar preparada para una teoría sexual sobre la naturaleza masculina y femenina. Nombrando lo innombrable de la época victoriana -la sexualidad- la teoría psicoanalítica proporcionaba la primera explicación teórica comprehensiva de las diferencias entre varones y mujeres. La aceptación de un discurso explícitamente sexual en una sociedad conservadora como la de EEUU a comienzos de siglo se comprende por el esfuerzo psicoanalista de consolidar los roles sexuales victorianos y la familia burguesa. Con Freud, la mujer vuelve a situarse como “lo Otro” –diferente e inferior- del sujeto del discurso (Beauvoir, 1949/1998), esta vez, como un “varón castrado imperfecto”, una criatura sin pene.

Es cierto que Freud proponía una alternativa clínica físicamente menos traumática que las curas de histeria de ginecólogos y neurólogos, basando su terapia en la conversación psicoanalista-paciente. No obstante, volvía a convertirse en un diálogo asimétrico donde se anulaba toda capacidad de juicio “imparcial” de las pacientes y sus relatos eran torturados

bajo la autoritaria y retorcida interpretación del psicoanalista. Cualquier cuestionamiento por parte de las pacientes histéricas hacia lo que Freud deducía que eran pensamientos reprimidos era interpretado como ratificación de tal represión. También es cierto que las tesis freudianas escandalizaron por sus referentes explícitamente sexuales liberando a la sociedad norteamericana de una enquistada represión sexual. No obstante, en relación con la segregación de esferas, el culto romántico a la feminidad doméstica y los ataques implacables a las mujeres emancipadas, el psicoanálisis proyectaba un conservadurismo rancio. Mujeres como Dora o la anónima joven de *Psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina*, mujeres resentidas con el “destino” que la sociedad les asignaba, rebeldes e inconformistas con los roles sexuales y el matrimonio burgués, mujeres emancipadas con inquietudes intelectuales, eran reducidas a casos clínicos de “insociabilidad histérica con *taedium vitae*” (Freud, 1905/1997: 22) o de perversión regresiva (Freud, 1920/1997).

Con la introducción del psicoanálisis, la mujer burguesa profesional o intelectual volvía a ser interpelada por nuevos ataques de expertos antifeministas. Esta vez su rechazo hacia las ataduras de la feminidad y sus ambiciones profesionales eran una y otra vez traducidas psicoanalíticamente como fascinantes casos clínicos de “envidia de pene” o “complejos de masculinidad”. En el diván psicoanalista la Nueva Mujer se transformaba en una mujer inmadura cuyo complejo de masculinidad estancaba su natural desarrollo hacia una feminidad madura, esto es, pasiva, masoquista y narcisista. Cuando la niña pequeña descubría su “inferioridad orgánica”, “el efecto del complejo de castración sobre la criatura sin pene” podía derivar en tres posibles orientaciones de desarrollo: «la suspensión de toda vida sexual; la porfiada hiperinsistencia en la virilidad, y los esbozos de la feminidad definitiva.» (Freud, 1931/1997: 233). Tanto la represión sexual del primer caso, como “la protesta masculina” o “la fantasía de ser a pesar de todo un varón” del segundo, eran interpretadas como anomalías de mujeres incompletas, inmaduras o regresivas. De esta forma, la capacidad para desempeñar una profesión intelectual o las exigencias de justicia social de las feministas eran reducidas psicológicamente a modificaciones sublimadas del deseo de pene. Cualquier reivindicación feminista se descargaba políticamente al traducirse en ansiedades reprimidas e inconscientes. La inútil insistencia en un irrealizable deseo de superar la castración y su manifestación a través de demandas sociales de educación y trabajo para las mujeres, debía canalizarse bajo prescripción médica en un deseo de tener hijos y en el amor heterosexual.

En varios de sus escritos Freud tomó como interlocutoras a las feministas desacreditándolas y adelantándose a sus posibles críticas (Freud, 1925/1993, 1931/1997,

1933/1993). «La diferencia de sexos ha prestado a la discusión del mismo un atractivo particular, pues cada vez que una comparación resultaba desfavorable a su sexo, nuestras analíticas se apresuraban a expresar sus sospechas de que nosotros, sus colegas masculinos, no habíamos superado prejuicios profundamente arraigados contra la feminidad, prejuicios que por parciales invalidaban nuestras investigaciones. En cambio, a nosotros, la tesis de la bisexualidad nos hacía facilísimo evitar toda descortesía, pues llegado el caso salíamos del apuro diciendo a nuestras antagonistas: “eso no va con usted; usted es una excepción, pues en este punto concreto es usted más masculina que femenina.» (Freud, 1933/1993: 520). Para Freud, las réplicas o protestas a sus tesis sexistas ratificaban aún más la sintomatología histórica –el complejo de masculinidad- de aquellas que vindicaban sus derechos y no se resignaban a su inferioridad. Tampoco los feministas varones se libraron de sus diatribas. En concreto Freud respondió a la obra de Stuart Mill alegando que los sexos diferían por naturaleza en temperamento y resultaba deplorable cualquier cambio educativo que tendiese a eliminar dichas diferencias. Sus alegatos contra las reivindicaciones de emancipación de las mujeres se complementaban con una caballerosa defensa del ideal de feminidad que proyectó en la figura de su novia. Ridiculizando *El sometimiento de la mujer* de Mill alegó: «no cabe descubrir en él ninguna humanidad (...) Le faltan muchas cualidades, como es, por ejemplo, la capacidad de discernir lo absurdo de la emancipación femenina y del problema general de las mujeres. (...) Si yo viese en mi dulce niña a una competidora, le diría –como ya hice hace diecisiete meses- que la amo, y le imploraría que se retirase de la lucha para refugiarse en la tranquila competencia de mi hogar.» (Freud en Ernest Jones, 1953: 175 y 176).

“LA MÁS NUEVA DE TODAS LAS CIENCIAS...”

En el EEUU de finales del siglo XIX, todavía con la resaca de la guerra de secesión, la ciencia se erige en nuevo valor sagrado sinónimo de reforma y progreso. Los expertos científicos se presentan como los nuevos profetas que trabajan en los templos de la objetividad -los laboratorios- para resolver los problemas de la sociedad (Ehreinreich y English, 1990). Frente a la religión u otros saberes tradicionales, el conocimiento científico se muestra racional y calculador en aras de alcanzar una verdad desinteresada que no sirve a ningún grupo privilegiado ni tampoco al mercado. A diferencia de los filósofos cada vez más deslegitimados por su alejamiento de la realidad y su dedicación a oscuras

especulaciones metafísicas, el científico experimental comenzaba a ser percibido positivamente por su pragmatismo intelectual. Cualquier nueva ciencia que quisiera hacerse un hueco institucional en la sociedad norteamericana tendría que responder no solo a las expectativas académicas de objetividad y rigor, también a las expectativas sociales de utilidad práctica. Por otro lado, la institucionalización de la ciencia como saber legítimo requería de centros para la formación y socialización de futuros científicos. La educación superior se extiende principalmente a sectores de la clase media y las universidades estadounidenses -modeladas en el ya consagrado sistema universitario alemán- comienzan a abrir sus puertas de forma progresiva. Los saberes se compartimentan en diferentes disciplinas y surge la figura del profesor-investigador al servicio de la verdad y de su propagación.

Los estudiantes adinerados que se graduaban en EEUU solían viajar a las prestigiosas universidades alemanas para volver con unas credenciales académicas que les permitieran situarse en los nuevos puestos académicos que se estaban creando. En el laboratorio de la Universidad de Leipzig en Alemania, Wilhelm Wundt recibió a varios de estos estudiantes formándoles en un nuevo “híbrido” experimental producto de su formación en fisiología y su carrera como filósofo: la psicología fisiológica (Danziger, 1979). Wundt definió a esta nueva ciencia como el estudio objetivo de los elementos universales de la conciencia mediante un método de auto-observación llamado introspección. A Europa viajaron los que serán considerados pioneros de la psicología norteamericana: William James, Stanley Hall, Edward B. Titchener y James McKeen Cattell. Todos ellos contribuyeron a la institucionalización de la psicología como disciplina autónoma en EEUU fundando laboratorios experimentales, abriendo los primeros departamentos y doctorados de psicología y creando la *American Psychological Association* (APA). Pero alejada del viejo continente, al otro lado del Atlántico, la psicología iba adquiriendo un estatus y unas características particulares. La sociedad tecnocrática norteamericana con sus exigencias de pragmatismo inmediato convertía en estéril e inútil un programa de ciencia introspectiva todavía dependiente de su lazo umbilical filosófico y ocupada en extraer los elementos universales de la conciencia. El optimismo sobre el progreso y la utilidad de las ciencias, junto con la demanda de soluciones tecnocientíficas a los nuevos problemas sociales que se estaban produciendo en una sociedad en transformación, proporcionaron el caldo de cultivo para la legitimación social de esta nueva ciencia en EEUU. A ello contribuyó un joven contexto académico desde el cual la psicología se pudo desarrollar como disciplina autónoma prácticamente desde los

comienzos de la organización del sistema universitario –y no como un apéndice subordinado de la consagrada y prestigiosa filosofía como fue el caso en las universidades alemanas-.

El filtro pragmatista estadounidense desplazó al estructuralismo universal –a pesar de Titchener- y se centró vía funcionalista en los procesos mentales de adaptación al ambiente y en las diferencias individuales. Frente al modelo alemán wundtiano, el modelo inglés galtoniano de aplicaciones colectivas y métodos cuantitativos resultaba un referente más ajustado para una ciencia pura y de utilidad práctica, desligado de la filosofía y de la fisiología, y preparado para resolver los problemas generados por las grandes poblaciones urbanas e industriales (Danziger, 1985, 1990). La “más nueva de todas las ciencias” como la presentó Cattell se puso al servicio del biopoder midiendo y clasificando poblaciones en función de características psicológicas –intelectuales y temperamentales- para su mejor predicción, control y regulación. La psicología ofrecía rigor y objetividad pero también resultados prácticos y útiles para la nueva sociedad corporativa, estratificada y meritocrática (González García, 1994). A finales del siglo XIX prestigiosos psicólogos experimentales se dedicaron a medir diferencias sexuales en capacidad y temperamento, no dudando en utilizar las conclusiones de sus investigaciones en una campaña implacable contra la coeducación en las universidades. No obstante, su reacción fue acicate para que el laboratorio feminista se pusiese a trabajar y mujeres eminentes de la primera generación de psicólogas se dedicasen al estudio sobre las semejanzas sexuales y la importancia de la influencia ambiental y del hábito en la construcción de las diferencias. Hasta que no se consiguiera construir el “experimento perfecto” que anulase toda posible influencia del contexto, era imposible sostener cualquier afirmación sobre diferencias sexuales naturales e inmutables. Pero el experimento perfecto implicaba una reforma social no deseada (Jill Morawski, 1985, 1988).

La aplicación masiva de tests mentales durante la Primera Guerra Mundial cambió los métodos y el interés en el estudio sobre las diferencias sexuales (Morawski, 1985, 1988). En las primeras décadas del siglo XX las mujeres se habían incorporado progresivamente a la educación superior y las diferencias sexuales en inteligencia ya no estaban tan claras. No solo eso, en algunas aplicaciones las mujeres por término medio daban puntuaciones ligeramente más altas que los varones. Las diferentes respuestas al respecto fueron o bien desprestigiar los tests mentales –al estilo Jastrow, apelando a una psicología sexual profunda inaprensible por esas artificiales y parciales tecnologías de medición-; obviar los

resultados experimentales al más puro estilo watsoniano, o dejar de hablar de diferencias sexuales; o bien sostener vía Darwin que lo importante no eran los promedios sino los extremos de la curva, es decir, la variabilidad: las mujeres eran mediocres y nunca alcanzarían la eminencia.

A partir de la segunda década del siglo XX, la retórica científica y pragmática del *determinismo biologicista* que subyacía a la aplicación de tests mentales y del *determinismo ambientalista watsoniano* que sustentaba el conductismo, convivirán en una disciplina al servicio de la medición, clasificación y selección de individuos en el primer caso y al servicio de su entrenamiento para un ajuste social adecuado en el segundo. Para los psicólogos liberales la igualdad consistía en el derecho de todo el mundo a ocupar su lugar natural determinado por una ciencia desinteresada (Haraway, 1995). Tanto el fatalismo hereditario como el automatismo que eliminaba la conciencia dejaban al individuo en un estado de indefensión sin control sobre su destino, a expensas de tecnólogos e ingenieros de la conducta humana capaces de clasificar a cada uno en la sociedad y de modificar su conducta para su adaptación. La psicología había encontrado su lugar como disciplina del control social en una sociedad capitalista, estratificada y tecnocrática que demandaba orden y concierto (González García, 1993).

Ya en los años 30, en un período conservador y económicamente crítico y con el psicoanálisis ya cómodamente asentado hasta en las agencias de publicidad, se daban las condiciones de posibilidad para la construcción de un test que fuera capaz de medir la masculinidad y la femineidad como dimensiones reales de personalidad (Lewin, 1984b; Joseph Pleck, 1984; Morawski, 1985). La “anarquía sexual” amenazaba con la ruina de la nación: las mujeres se masculinizaban y los varones se feminizaban. Era el momento adecuado para una tecnología de regulación y normalización sexual que detectara precozmente posibles desajustes sexuales adultos. En 1936 Lewis Terman y Catherin Cox Miles construyeron el *Cuestionario de Análisis de Actitudes e Intereses -Attitude Interest Analysis Survey (ALAS)*. Un ambiguo título para una nueva tecnología de control sexual y sus disidencias.

Los constructos psicológicos de masculinidad y femineidad medidos con los nuevos tests de personalidad venían avalados por las investigaciones sobre la vida socio-sexual de primates de otro psicólogo clave durante la guerra: Robert Yerkes. “El laboratorio de primates como planta piloto de ingeniería humana” (Haraway, 1995) se puso a trabajar para determinar el origen pre-cultural, pre-racional, y por lo tanto inevitable y natural, de determinados comportamientos de grupos humanos, entre ellos la dominación del macho

primate y la subordinación de la hembra. La financiación de la Fundación Rockefeller se puso en manos de Yerkes al servicio de la gestión científica de la raza, el sexo y la clase social basada en la herencia, en impulsos, en aprendizajes y en el medio ambiente. Su proyecto formaba parte de un amplio dispositivo de ingeniería bioconductual al servicio del diseño y control de material humano para el perfeccionamiento racional y eficiente de una sociedad capitalista y heteropatriarcal organizada científicamente (Haraway, 1987, 1989, 1995).

II

LA SITUACIÓN DE LAS MUJERES EN LA PSICOLOGÍA (EEUU 1879-1930)

«Vine a explorar el naufragio.
Las palabras son propósitos.
Las palabras son mapas.
Vine a verificar el daño
y a ver los tesoros que permanecen.

.....

Somos, soy yo, tú eres
por cobardía o por coraje
las descubridoras de nuestra ruta
de regreso a esta escena
llevando un cuchillo, una cámara
un libro de mitos
donde
nuestros nombres no aparecen.»

(Adrienne Rich, 1972, *Buceando hacia el naufragio*)

«El grito
de una voz ilegítima

Ha cesado de escucharse a sí mismo, luego
se pregunta

¿Cómo es que existo?»

(Adrienne Rich, 1975, *Cartografías del silencio*)

LA MAYORÍA RECUPERA SU MEMORIA: LA HISTORIA OLVIDADA DE LAS MUJERES EN LA PSICOLOGÍA

“El olvido está lleno de memoria”

Mario Benedetti

«Situados ahí donde lo visible y lo invisible se entrecruzan, los historiadores han podido aparecer como maestros de la verdad o (...) funcionarios del olvido» (Jorge Lozano, 1994: 179-180).

Resulta sorprendente descubrir hasta qué punto las mujeres psicólogas han sido sistemáticamente borradas de las narraciones históricas de la disciplina, perpetuándose de generación en generación el mito de “una historia de la psicología *sin* mujeres”. Mucho más cuando se constata que desde los comienzos de la institucionalización de la psicología como ciencia a finales del XIX y a pesar de las barreras y exclusiones de género, las mujeres estuvieron presentes y no precisamente de forma invisible. No solo sus nombres, sus contribuciones -desde el ámbito académico y en mayor medida desde contextos aplicados- han perdido con el paso del tiempo, ignoradas o despreciadas como consecuencia de las políticas hegemónicas de género y de conocimiento dentro de la psicología. «A pesar de su presencia en el pasado histórico, *las mujeres psicólogas han sido un secreto muy bien guardado en la historia de la disciplina*» (Scarborough y Furumoto, 1987: 1. Énfasis añadido). Como ha señalado Janis Bohan (1992), las mujeres en la psicología con frecuencia han sido invisibilizadas, también con frecuencia se han tenido que enfrentar a prácticas y estructuras que las excluían, se les ha denegado reconocimiento y en muchas ocasiones sus actividades han sido infravaloradas, pero *lo que no se puede afirmar es la ausencia de mujeres en la psicología*. Se trata de un ejemplo más de la exclusión y el olvido de las mujeres en las meta-narrativas históricas en general. Pero con la agravante de que las mujeres en la psicología, y muy especialmente en su fase de instauración con el cambio de siglo, se introdujeron como estudiantes y como profesionales en mayores proporciones que en la mayoría de las ciencias (Rossiter, 1992). La pretensión de este trabajo no es explicar el porqué de esta negligencia histórica, tampoco analizar sus mecanismos, pero sí recuperar parte de esa historia -*herstory*, en el sentido de memoria situada y crítica- perdida y silenciada de la primera y segunda generación de mujeres psicólogas: analizando los factores psicosociales

que afectaron a sus carreras, a sus trabajos y a su situación personal, y la influencia que el sistema de sexo/género/deseo tuvo en ello. En definitiva, “hacer hablar a los silencios de la historia”, e inevitablemente silenciando a su vez en este proceso de fijación otras “memorias inapropiadas/bles” «porque todos tenemos detrás de la cabeza un punto del tamaño de un chelín que nosotros mismos no podemos ver» (Woolf, 1928/1997: 150).

Como ha señalado Gerda Lerner (1992) “re-situar” a las mujeres en la historia de la psicología no debe limitarse a una *historia compensatoria* resucitando nombres olvidados de fantasmas amordazados, ni tampoco a una *historia de contribuciones* o aportaciones de las mujeres en función de los parámetros “male-stream”. Buscar en el pasado para recuperar a mujeres perdidas o ignoradas y “rellenar nichos vacíos en la historia tradicional” (Furumoto, 1992b) es un buen punto de partida pero no es suficiente. Muy necesario, aunque igualmente insuficiente, es recuperar las contribuciones de estas mujeres al “progreso” científico –continuo y lineal- de la disciplina, tal como ha sido construido y delimitado en los manuales de historia de los grandes [h/n]ombres, las grandes fechas y las grandes teorías (Khun, 1962/1995). En este sentido, para recolocar a las mujeres dentro de la psicología es importante regenerar memoria y recordar que las mujeres participaron en esta disciplina científica desde sus comienzos. Su presencia aunque hoy olvidada, sí fue recogida por sus contemporáneos.

En 1906, el psicólogo James McKeen Cattell publicó la primera edición del *American Men of Science (AMS)*: el primer directorio biográfico de científicos en Norte América. De entre los más de 4.000 individuos implicados en la investigación científica o miembros de sociedades científicas, la primera edición de dicho volumen listaba 186 que se reconocían a sí mismos como psicólogos. De esos 186 científicos identificados con el área de la Psicología, 22 eran mujeres -el 12% de los psicólogos listados-. Veintidós mujeres que compartieron con sus compañeros la experiencia de ser pioneras en “la más nueva de las ciencias” en palabras del propio Cattell (Furumoto y Scarborough, 1986; Furumoto, 1987). Al grupo de mujeres pioneras identificado por Cattell, Furumoto y Scarborough (1986) han añadido cinco mujeres no incluidas en el directorio del *AMS* pero que constaban como miembros de la APA en esa fecha: Elizabeth Kemper Adams, Margaret S. Prichard, Frances H. Rousmaniere, Eleanor Harris Rowland y Ellen Bliss Talbot. Por otro lado, Eells (1957) en su investigación sobre tesis doctorales realizadas por mujeres en el siglo XIX, identificó a 20 mujeres que obtuvieron sus doctorados en psicología en EEUU antes de 1901. En la segunda edición de la *AMS* publicada en 1910, Cattell informaba que las

mujeres psicólogas representaban el 9,8% de los profesionales psicólogos identificados. Los porcentajes aumentaron en las sucesivas ediciones de 1921 y 1938 del 20,4% (60 mujeres profesionalmente identificadas como psicólogas) al 21,7% (277 psicólogas) (Rossiter, 1992). Pero lo más impactante era el contraste de los porcentajes de mujeres dentro de la psicología respecto al resto de disciplinas científicas, incluyendo ciencias mucho más “maduras” como la física o la química. Según los análisis estadísticos de Margaret Rossiter (1992) la proporción de mujeres solo fue superada en la disciplina científica de la “nutrición”.

De entre las pioneras, Mary Calkins, Christine Ladd-Franklin, Lillian Martín y Margaret Washburn fueron consideradas por la comunidad científica como psicólogas eminentes y de reconocido prestigio. También gozaron de cierta popularidad, sobre todo entre sus compañeros de disciplina, las contribuciones de Kate Gordon, Milicent Shinn y Helen Thompson. Las mujeres psicólogas se afiliaron a la APA y fueron aceptadas como miembros prácticamente desde su fundación en 1892, presentando ponencias y comunicaciones en sus mítines anuales (Furumoto y Scarborough, 1986; Furumoto, 1987). En la segunda reunión anual, en 1893, Ladd-Franklin y Mary Calkins fueron propuestas como miembros, y Margaret Washburn se sumó a ellas al año siguiente. Quizá la novedad de la disciplina y la consiguiente necesidad de “adeptos” explique parcialmente esta primera aceptación de mujeres durante los primeros años de la asociación que contrastaba con la ausencia de mujeres en otras asociaciones científicas (Rossiter, 1992). Cuando la APA celebró su 25 aniversario en 1917, las mujeres constituían el 13% de sus miembros, y James McKeen Cattell aprovechó para anunciar que según sus estadísticas el porcentaje de mujeres en el campo superaba al de cualquier otra ciencia (Furumoto, 1987). Las psicólogas pioneras también publicaron regularmente en las revistas psicológicas que comenzaban a editarse, contribuyendo con artículos, investigaciones experimentales, comentarios, revisiones y colaborando también en sus equipos editoriales (Scarborough y Furumoto, 1987). Es significativo a este respecto que el primer número editado por la *American Journal of Psychology* en 1887 ya contaba entre sus páginas con un artículo de Ladd-Franklin.

**CARACTERÍSTICAS DEL GRUPO DE MUJERES PSICÓLOGAS IDENTIFICADAS
EN EL *AMERICAN MEN OF SCIENCE* EN 1906**

Nombre	Año de nacimiento	Intereses de investigación en 1906	Licenciadas	Doctoradas
Florence Winger Bagley	1874	Anillos de color de Fechner	Nebraska 1895	Cornell 1901-solo estudios doctorales
Mary Whiton Calkins.	1863	Asociación de	Smith 1885	Harvard 1895-No

		ideas		reconocido
Mary Sophia Case	1854	No dado	Michigan 1884	No estudios de doctorado
Christine Ladd-Franklin	1847	Lógica, visión del color	Vassar 1869	Hopkins 1882- No reconocido
Eleanor Acheson McCullough Gamble	1868	Intensidades de olores	Wellesley 1889	Cornell 1898
Kate Gordon	1878	Memoria atención	y Chicago 1900	Chicago 1903
Julia Henrietta Gulliver	1856	Sueños, subconsciente	Smith 1879	Smith 1888
Alice Hamlin Hinman	1869	Atención distracción	y Wellesley 1893	Cornell 1897
Lillian Jane Martin	1851	Psicofísica	Vassar 1880	Gottingen 1898-solo estudios de doctorado
Anna Jane McKeag	1864	Sensación de dolor	Wilson 1895	Pennsylvania 1900
J. Percy (Kathleen Carter) Moore	1866	Desarrollo mental Metafísica	Pennsylvania 1890-diplomatura	Pennsylvania 1896
Vida Frank Moore	1867	Habilidades del niño	Wesleyan 1893	Cornell 1900
Naomi Norsworthy	1877	Sensación de la piel	Columbia 1901	Columbia 1904
Celestia Sussannah Parrish	1853	Estética	Cornell 1896	No estudios de doctorado
Ethel Dench Puffer	1872	Desarrollo del niño	Smith 1891	Radcliffe 1902
Milicent Washburn Shinn	1858	Ritmo y trabajo	California 1880	California 1898
Margaret Keiver Smith	1856	Memoria muscular	Oswego Normal 1883-diplomatura	Zurich 1900
Theodate (Louise) Smith	1860	Ritmo	Smith 1882	Yale 1896
Carrie Ranson Squire	1869	Rasgos mentales de los sexos	Hamline 1889	Cornell 1901
Helen Bradford Thompson	1874	Percepción espacial de la piel	Chicago 1897	Chicago 1900
Margaret Floy Washburn	1871	Ilusiones visuales	Vassar 1891	Cornell 1894
Mabel Clare Williams	1878		Iowa 1899	Iowa 1903

Fuente: Furumoto y Scarborough, 1986: 36.

Estas aportaciones de las mujeres a *la* psicología, tal como la ve el historiador tradicional, son importantes por cuanto construyen modelos y visibilizan una presencia silenciada de mujeres: ¿quiénes fueron las mujeres olvidadas por la psicología y cuáles fueron sus contribuciones a la disciplina? Pero mantienen intacta la definición de *la* disciplina, sumando contribuciones a *un* progreso que se presenta como único, neutro y universal, pero que ha sido definido y construido en términos y con valores androcéntricos, olvidándose y desvalorizando el punto de vista de las mujeres con sus diferentes situaciones, actividades y experiencias. Que las/los estudiantes de psicología conozcan el nombre de la que fuera presidenta de la *American Psychological Association* y de la *American Philosophical Association* Mary Calkins con la misma familiaridad con la que conocen los nombres de los dos únicos académicos que consiguieron ambas presidencias, William James y John Dewey, ya representa un logro para la historia de las mujeres. Si además conocen sus aportaciones a la “psicología del *self*” de la misma forma que conocen la obra de ambos autores, supondría un logro todavía mayor. Sin embargo, para la historiadora Gerda Lerner (1992), junto con estas historias “compensatorias” y de “contribuciones”, es necesario construir y regenerar una historia de las mujeres en la psicología “en sus propios términos”. Una historia, parcial y crítica, dentro de un espacio abierto de multiplicidades narrativas y memorias sociales responsables y situadas, donde lo que se han denominado factores “internos” o cognitivos y factores “externos” o sociales se diluyan y confundan. «La marginalidad culturalmente determinada y psicológicamente internalizada de las mujeres, convierte su experiencia histórica en *diferente* a la de los varones. Lerner describe el pasado como *generado*. Por consiguiente, si se quiere conocer la experiencia de las mujeres, los académicos deben preguntarse ¿cómo sería la historia si fuera vista a través de los ojos de estas mujeres y organizada por valores que definieran ellas?» (Furumoto, 1992b: 20). Se trata de *reconstruir sus experiencias*, cómo vivieron sus vidas y cómo trabajaron y lucharon para establecer sus identidades profesionales, en la medida de lo posible a través de sus propios escritos –cartas, autobiografías, artículos o libros- y no exclusivamente a través de la mirada –o la indiferencia- de los historiadores varones. Analizar esta tensión entre diferentes versiones situadas de un pasado histórico percibido y experimentado desde posiciones muy diferentes.

En este sentido, recuperar las situaciones y experiencias de las mujeres en la psicología desde finales del siglo XIX hasta 1930 en EEUU, supone contextualizarlas en un período donde la educación superior para las mujeres estaba sometiéndose a debate, al

mismo tiempo que se estaban “infiltrando” en las aulas universitarias y el éxito de su presencia contestaba a sus detractores. Relacionado con ello, muchas mujeres de clase media -impulsadas por los movimientos de reforma social, y movimientos sufragistas y feministas- comenzaban a rebelarse contra un “destino sexual” que las recluía en el ámbito doméstico con los roles exclusivos de esposas y madres, de “reproductoras de trabajadores asalariados”. De forma progresiva, la llamada “Mujer Nueva” se fue introduciendo – “invadiendo” a los ojos de muchos varones de la época- en el ámbito profesional. Esta incorporación de las mujeres al ámbito público coincidía con la institucionalización y profesionalización de la ciencia y la instauración del modelo universitario alemán en EEUU. De este modo, la psicología se institucionalizaba como disciplina científica moderna con estudios universitarios, laboratorios, revistas, congresos, asociaciones oficiales, etc. Y simultáneamente algunas mujeres de clase media-alta vieron en la posibilidad de una formación universitaria en esta incipiente disciplina una forma de romper con las ataduras y restricciones que imponía el rol femenino victoriano y su reclusión en la esfera doméstica.

Volviendo al grupo de las 22 mujeres identificadas por Cattell en 1906 como pioneras psicólogas, las historiadoras Elizabeth Scarborough y Laurel Furumoto han analizado en qué medida sus situaciones y experiencias fueron comparables con las de sus compañeros de disciplina (Furumoto y Scarborough, 1986; Scarborough y Furumoto, 1987; Furumoto, 1987). De sus análisis se puede concluir que el primer grupo de mujeres psicólogas fue similar al de sus compañeros pioneros en orígenes, edad, y logros educativos. Curiosamente, la semejanza también se extendió a las áreas de especialización e intereses de investigación, centrándose la mayoría de ellas en la psicología experimental de laboratorio, una orientación que fue cambiando a partir de la segunda generación. Coincidían con sus compañeros en lo referente a sus grupos de pertenencia: fueron en su mayoría mujeres blancas protestantes de una privilegiada clase media-intelectual. La edad media de finalización de sus estudios de licenciatura –22 años- también fue similar a la de sus compañeros. Diez de ellas consiguieron sus títulos en cuatro *colleges* de mujeres -Smith, Vassar, Wellesley y Wilson-, instituciones que se convirtieron para muchas en una oportunidad para la educación superior hasta entonces cerrada para las mujeres. Las doce restantes estudiaron en las escasas instituciones *coeducativas* –públicas y privadas- que impartían estudios superiores y permitían la entrada a mujeres en la década de 1890, experimentando algunas de ellas la experiencia de ser la *única* mujer en el aula. A excepción de dos de ellas, el resto hizo estudios de doctorado. Al igual que sus compañeros, un tercio

también viajó a Europa formándose en la psicología alemana durante una temporada. Salvo cuatro, el resto de pioneras completaron todos los requisitos para un PhD y seis de ellas recibieron el reconocimiento oficial del título de doctoras por la Universidad de Cornell. Para los psicólogos varones Cornell ocupaba un quinto puesto en preferencias para realizar estudios de doctorado, después de Clark, Columbia, Leipzig y Harvard (Rossiter, 1992). Ninguna de estas prestigiosas universidades permitía en 1890 el acceso a mujeres para formación doctoral. En esa década pocas instituciones ofrecían formación doctoral en psicología y todavía menos eran las que además admitían a mujeres oficialmente. Cornell representó una excepción posibilitando a las estudiantes una formación universitaria completa en psicología.

Es significativo que las tres mujeres psicólogas que recibieron en la primera edición de la *American Men of Science* la categoría de “estrellas” o de eminentes, Calkins, Ladd-Franklin y Washburn, compartieron las experiencias comunes de estudiar en *colleges* de mujeres, de comenzar sus estudios doctorales en calidad de “estudiantes especiales” no reconocidas oficialmente –en Harvard, Johns Hopkins, y Columbia respectivamente- y que las tres, habiendo cumplido todos los requisitos para conseguir el título de doctoras, se tuvieron que enfrentar a diferentes barreras de cara a su reconocimiento oficial. Los dos años de retraso con que el grupo de mujeres pioneras psicólogas completaron sus estudios de doctorado respecto a sus colegas varones –a los 31 y 29 años respectivamente-, probablemente puedan ser explicados atendiendo a estas dificultades para encontrar universidades que admitieran a mujeres para formación doctoral, las esperas de trámites burocráticos para permisos especiales y las dudas respecto a embarcarse o no en una carrera profesional alejada del ideal femenino victoriano.

Las limitadas y restringidas oportunidades de empleo accesibles para estas mujeres fueron probablemente la diferencia más importante respecto de sus compañeros de disciplina, especialmente en la academia y especialmente si estaban casadas. Salvo excepciones, sus únicas salidas laborales para desarrollar una carrera profesional académica fueron los *colleges* de mujeres y las *normal schools*, y esto a condición de permanecer solteras. La mayoría de mujeres casadas trataron de encontrar o inventar empleos donde poder aplicar sus conocimientos fuera del espacio académico que se negaba a contratarlas, especialmente en las llamadas “profesiones de ayuda” o de reforma social.

A diferencia de sus compañeros varones, este grupo de pioneras y su siguiente generación tuvieron que enfrentarse al “dilema vital matrimonio *versus* carrera”. El desarrollo de una carrera profesional “a tiempo completo” y la vida conyugal de esposa y

de madre se convirtió para estas mujeres en una “antinomía”, una incompatibilidad difícilmente negociable. La mitad de ellas resolvieron el dilema optando por permanecer solteras, si bien como en el caso de Calkins o de Millicent Shinn, eso no las liberó de las ataduras del “imperativo” familiar al recaer en ellas –como hijas solteras- las obligaciones de cuidar de sus padres mayores o enfermos. Trabajos de cuidado o trabajos reproductivos asignados socialmente a las mujeres, de los que estuvieron exentos sus compañeros de disciplina. No solo eso, para aquellos que disfrutaron del cuidado de esposas, madres o hermanas, contribuyeron por el contrario al fomento de sus carreras al liberarles de preocupaciones “cotidianas”.

Pero no solo experimentaron severas restricciones en sus oportunidades de empleo, también fueron sujetas y sujetadas por poderosas normas sociales que convertían en contradictorias sus identidades generizadas y sus identidades profesionales como científicas. Además de ser pioneras en el campo de la psicología, estas mujeres estuvieron en la vanguardia buscando y consiguiendo una educación universitaria en la segunda mitad del siglo XIX. Eso suponía enfrentarse no solo a un fuerte escepticismo social –y en muchos casos interiorizado- sobre su capacidad, también a hostilidades y fuertes sanciones sociales por traspasar los límites más allá de lo permitido y considerado como propio para una mujer. Muchas experimentaron un intenso conflicto entre la angustia claustrofóbica de los muros domésticos que imponía la esfera de las mujeres y el riesgo de ser consideradas como “monstruos” no-mujeres, traidoras a su sexo e intrusas en el mundo masculino de la profesionalización y de la ciencia. Las que decidían romper con los “muros generizados” y conseguían adentrarse en el hostil y competitivo mundo académico y científico, experimentaron otra contradicción: ser *mujer* y responder a las normas y valores asociados con lo femenino y ser *científica* y responder a las “masculinizadas” normas y valores de la ciencia.

El pasado de mujeres y varones en la psicología está atravesado por la diferenciación de sexo/género, y la narración de su historia por sujetos sexuados/generizados también. En la medida en que la ciencia, y la historia de la ciencia, no pueden entenderse únicamente en términos ahistóricos e “internos”, de acumulación progresiva de productos teóricos o reconstrucciones racionales presentistas, es necesario situar a la psicología y sus particulares narraciones históricas en su contexto epistémico-social. Analizar la psicología en acción o mejor dicho *haciéndose*, las *prácticas* científicas dentro de una comunidad y sus inscripciones sociales, y en ese sentido analizar también

cómo el sistema de sexo/género/deseo atraviesa los contextos y las prácticas científicas – incluyendo sus productos teóricos- y a los/as sujetos y comunidades que hacen ciencia y nos narran su historia. De ahí que re-situar a las mujeres en las historias de la psicología requiera recuperar sus nombres y sus contribuciones, pero también tratar de reconstruir sus experiencias y analizar desde un punto de vista feminista la presencia de situaciones recurrentes marcadas por la división sexual. De tal forma, que si queremos regenerar una *particular* historia –o psicología social- feminista de la psicología, sensible a la construcción social de la diferencia sexual como desigualdad y a las situaciones específicas de las mujeres, será necesario incluir también determinados análisis psicosociales no incluidos hasta ahora ni en los libros de texto ni en el proceso de socialización de la disciplina. Ello supone analizar los diferentes mecanismos de exclusión y discriminación que marcaron sus experiencias diferenciales respecto a sus compañeros, pero teniendo cuidado en no caer en un victimismo que las sitúe como víctimas pasivas de diferentes opresiones (Lerner, 1992). Es fundamental recuperar las historias de luchas y resistencias de estas mujeres desplazándolas “de los márgenes al centro” (hooks, 1984), o al menos de los márgenes a los centros. La historia de la psicología y la psicología en general han perdido en su camino de construcción de lógicas y meta-narrativas cerradas e idénticas no solo la presencia de mujeres y sus nombres, sobre todo la riqueza de sus contribuciones al conocimiento y la centralidad de sus “memorias sociales y críticas”. «La total comprensión solo podría conseguirse mediante una transfusión de sangre y una transfusión de recuerdos, milagro que aún no está al alcance de la ciencia.» (Woolf, 1938/1999: 14).

MECANISMOS DE EXCLUSIÓN

«La historia de la oposición de los hombres a la emancipación de las mujeres es más interesante quizá que el relato de la emancipación misma.» (Virginia Woolf, 1928/1997: 93).

MECANISMOS IDEOLÓGICOS DE EXCLUSIÓN: EL LEGADO ANTIFEMINISTA Y REACCIONARIO DE LOS PSICÓLOGOS

DE LA COEDUCACIÓN AL SUICIDIO DE LA RAZA

«Aquellos que se sienten contrarios a permitir que las mujeres tengan una plena oportunidad de desarrollo mental han cambiado el énfasis de su argumento desde un punto de vista personal a uno social. La queja ya no es que la mujer se perjudicará a sí misma por el excesivo esfuerzo mental y físico que supone la formación intelectual superior, sino que perjudicará a la sociedad reduciendo su propia actividad reproductiva (matrimonios tardíos, menores tasas de matrimonios, menor número de hijos, oposición entre las funciones intelectuales y sexuales) (...). La conclusión parece ser que el deber superior de la mujer es frenar voluntariamente el desarrollo de sus propias capacidades mentales ante la amenaza de perjudicar a la sociedad –una forma de ascetismo un tanto difícil de suscribir.» (Helen Thompson Woolley, 1910: 342).

Granville Stanley Hall ha sido recordado en los manuales de historia de la psicología como uno de los principales impulsores, junto con William James, de la institucionalización de la psicología como disciplina científica en EEUU. De él se recuerda que fue el primer alumno norteamericano en el laboratorio de Wundt, fundador en la década de 1880 del primer laboratorio psicológico en funcionamiento en EEUU y de la primera revista norteamericana de psicología -la *American Journal of Psychology*-, presidente “carismático” de la Universidad de Clark y organizador de la primera visita de Freud a EEUU en 1909. Curiosamente la preocupación principal de este antiguo estudiante de teología fue convertir a la incipiente psicología en una ciencia tan rigurosa y cuantificable como la física. Bajo la

influencia de Hall una ola de laboratorios se extendió por las universidades norteamericanas, convirtiéndose en la “marca de la fábrica” de la psicología. A pesar de su prestigio institucional en el empirismo de laboratorio, Hall se centró fundamentalmente en el estudio de la educación desde el punto de vista de la teoría funcionalista, ello implicaba analizar el mundo infantil y adolescente pero también el mundo de las mujeres. Pocos manuales de historia recogen este interés suyo por las diferencias sexuales y la naturaleza de la mujer, así como su papel como líder antifeminista del movimiento opositor a la coeducación de principios del siglo XX (Lesley Diehl, 1986; Lewin, 1984a; Ehrenreich y English, 1990)⁴⁵. El legado antifeminista de Hall fue considerable, no solo a través de sus textos y conferencias, también por la huella que su ideario dejó en sus discípulos que ejercerían como docentes tanto en Clark como en las universidades de Wisconsin e Iowa.

El impacto de los principios evolutivos de Darwin sobre la teoría de Hall se comprende si se atiende a sus afirmaciones de que la evolución más que la física debería sustentar la ciencia y la génesis de la democracia y el gobierno (Hall, 1923). Hall va a trasponer la teoría de la evolución de las especies al desarrollo ontogenético, y a partir de ahí justificar sus tesis sobre las diferencias sexuales. Para ello utilizó la teoría de la recapitulación del desarrollo filogenético de las razas en el desarrollo ontogenético en un individuo, y defendió –al igual que muchos funcionalistas- las tesis diferenciales que señalaban a los varones como el sexo más activo (catabólico) y variable, y a las mujeres como el sexo pasivo (anabólico) y genérico. Igualmente, estuvo influido por las tesis spencerianas que concebían el organismo como una reserva limitada de energía –y como consecuencia, la relación distributiva entre útero y cerebro en las mujeres- y la teoría de que la evolución y el progreso de la civilización implicaban una tendencia natural hacia la división o especialización entre los sexos. Hall puso a lo largo de sus escritos y especialmente en *Adolescence* esta artillería teórica al servicio de su campaña contra la coeducación, fundamentalmente en el período evolutivo que daba nombre a su libro. El movimiento por la coeducación significaba para Hall un obstáculo artificial al desarrollo evolutivo natural y al progreso de la civilización, lo cual implicaba desastrosas consecuencias, entre ellas el “suicidio de la raza”. Con la autoridad que le otorgaba su prestigio como psicólogo y

⁴⁵ Una excepción, a parte de las referencias mencionadas, es el trabajo de Jill Morawski (1982, 1984b) que ha recuperado un interesante texto utópico de Hall, “The Fall of Atlantis” escrito en 1920, donde recrea sus ideas sobre la educación de los niños, el papel de la mujeres-madres, los desastres del individualismo y su defensa de la psicología como instrumento para el perfeccionamiento del orden social.

educador consagrado, Hall se convirtió en el detractor más público y reconocido de la coeducación en el cambio de siglo.

Mientras teóricos funcionalistas como Dewey, Ward o Thomas defendieron la intervención humana en el proceso evolutivo y en concreto a favor de una mayor igualdad sexual, el ideario de reforma social de Hall asumía las fatalistas tesis espencerianas e interpretaba la diferenciación sexual como un signo de la especialización y del avance evolutivo natural: «A medida que subimos [en la escala evolutiva] los sexos difieren, no solo en cuanto a características sexuales primarias y secundarias, sino en cuanto a funciones no unidas al sexo.» (Hall, 1904: 578). En 1906 en las páginas del *New York Independent* expertos varones debatían sobre el tema de la inteligencia femenina (Rosenberg, 1982). Entre ellos, Lester Frank Ward representaba la traducción liberal de las teorías evolutivas tradicionales en un artículo titulado “The Past and Future of the Sexes”. Stanley Hall como representante conservador escribió “The Feminist in Science”, donde aceptaba la premisa evolutiva de Ward pero ridiculizaba su fe lamarckiana en el carácter adquirido y por lo tanto modificable de las características femeninas. Para Hall no se podía obviar la tendencia biológica hacia una agudización mayor aún de las diferencias sexuales: la desigualdad entre los sexos aumentaba “naturalmente” con el progreso de la civilización. Pero, ¿en qué consistía esta diferenciación sexual progresiva? Para Hall, el varón es el agente de la variación y tiende a la “pericia” y a la “especialización”, mientras la mujer «es por naturaleza más típica y mejor representante de la raza y menos propensa a la especialización.» (Hall, 1904: 561). A pesar de que la mujer está evolutivamente más próxima al niño debido a una temprana fijación en los niveles más bajos, es superior al varón moralmente y en su sensibilidad, comparte la divinidad infantil: «Es más intuitiva, menos discursiva, posee con diferencia una vida emocional más rica. Si el varón es un animal político, ella es un animal religioso; más conservadora, menos radical.» (1904: 539).

Sin embargo, el antifeminismo de Hall tuvo sus paradojas. El comienzo del capítulo “Adolescent Girls and Their Education” de *Adolescence* nos ayuda a comprender por qué Hall además de ser duramente criticado por las feministas fue igualmente adorado por el movimiento de madres⁴⁶:

⁴⁶ «El movimiento de madres lo adoraba. En realidad, en la larga relación entre la madre norteamericana y el experto en educación infantil, fue Hall quien empezó los coqueteos. Su presencia en las reuniones en el Congreso Nacional de Madres, llevando consigo, al parecer, un ligero olor a las sustancias químicas de su laboratorio, era la promesa de una gloriosa unión entre la ciencia y la maternidad. Tanto si describía sus trabajos como si daba consejos prácticos (por

«La psicología biológica ya sueña con una nueva filosofía del sexo que sitúe a la esposa y a la madre en el centro de un nuevo mundo y la convierta en el centro de una nueva religión y casi de un nuevo culto, que la exima con reverencia de la competencia entre sexos y vuelva a *consagrarla a las más altas responsabilidades de la raza humana, en cuyo pasado y cuyo futuro penetran las raíces de su esencia*, donde el ciego culto a la simple iluminación mental no tenga sitio; y donde su superioridad real respecto al varón se desarrollará con libertad y será glorificada y los ideales de las antiguas matriarcas otra vez encontrarán personificación.» (Hall, 1904: 562. Énfasis añadido).

Hall solicitó la ayuda de las madres como observadoras y recolectoras de datos en el estudio del niño, de hecho les aconsejaba llevar siempre consigo un cuaderno de notas (Ehrenreich y English, 1990; Susan Contratto, 1984). Le preocupaba el daño que las escuelas podían provocar en el normal desarrollo infantil y alertó a las madres para que estuviesen atentas de cualquier signo de perjuicio o deterioro a consecuencia de una inadecuada educación. Hall abogó por la necesidad de un desarrollo infantil espontáneo, “laissez-faire”, que diera rienda suelta a las urgencias instintivas de los niños. En dicho desarrollo, la adolescencia constituía un período crítico durante el cual el niño pasaba de un estado preconsciente salvaje y animal a una humanidad consciente. En las tesis evolutivas de Hall la muchacha adolescente constituía el trampolín para la evolución futura de las especies, situándose «en la parte más álgida de la curva humana desde la cual el super hombre del futuro tenía que evolucionar, mientras que el varón era filogenéticamente por comparación un desperdicio senil si no decadente.» (Hall, 1904: 561). A partir de estos halagos a la adolescente, Hall recalca la importancia del período crítico entre los 14 y los 25 años en el progreso de la civilización, un período que preparaba a la mujer para su función natural de la maternidad. Por el contrario, el chico adolescente necesitaba libertad para la expresión catártica de sus impulsos salvajes y agresivos. En la asimilación de la mujer como madre –un principio que para Hall era tan científico como religioso- recaía el peso del progreso de la civilización, de la nación y de la raza. Ante tamaña trascendencia, era fundamental mantener separados a los sexos durante el período de la pubertad, cuando los órganos reproductivos de las mujeres eran más susceptibles de padecer anomalías o deterioros. Especialmente vulnerable era la “normalización” del período menstrual:

ejemplo que los niños necesitaban hacer ejercicio), como si solamente exhortaba a las madres a ser más “científicas”, las mujeres del movimiento lo consideraban una fuente de inspiración.» (Ehrenreich y English, 1990: 225).

«En un momento en el que su vida futura entera depende de la normalización del mes lunar, no es algo no solo contra natura y anti-higiénico, sino un tanto monstruoso, en relaciones diarias con los chicos en la escuela, donde debe suprimir y ocultar sus instintos y sentimientos, en esos momentos donde sus propios impulsos sugieren abstinencia o pasar de lado para dejar a Lord Naturaleza que haga su magnífico trabajo de eflorescencia.» (Hall, 1906: 590).

Ante la progresiva incorporación de mujeres en escuelas y universidades a finales del XIX, los médicos lanzaron una campaña que alertaba de los efectos nocivos de la educación en la salud de las mujeres. Para los médicos una actividad simultánea del útero y del cerebro era un imposible según las leyes básicas de la fisiología, que concebían el cuerpo como un sistema económico en miniatura en el que las diversas partes luchaban por recursos limitados. En el duelo cerebro-órganos reproductores se aconsejaba a las mujeres que se pusieran de parte del útero y resistieran las tentaciones del cerebro (Ehrenreich y English, 1990). En sus textos Hall apeló a estas autoridades médicas –entre ellas a Edward Clarke y al doctor Weir Mitchell- para refrendar las tesis que advertían de los daños en la salud de las mujeres producidos por demasiada actividad intelectual, especialmente si se producía en competencia con los varones. Compartir aula con jóvenes adolescentes podía implicar alteraciones menstruales, pérdida de las funciones mamarias, ausencia de interés por la maternidad, disminución de la fertilidad y más tarde reproducción de pocos niños, si alguno, y enfermos (Hall, 1904).

Pero el testimonio médico tenía que ser apoyado por datos empíricos y Hall trató de evaluar la salud de las mujeres mediante cuestionarios. Ante unos resultados que no parecían corroborar sus hipótesis, rechazó el cuestionario como un método fiable para analizar la salud de las mujeres estudiantes ya que éstas con frecuencia podían mentir (Diehl, 1986). Para Hall las estadísticas sobre matrimonios y fertilidad en universitarias representaban la prueba más evidente de los catastróficos efectos de la educación sobre los órganos reproductivos de las mujeres (Hall, 1904; Hall y Smith, 1903). La coeducación tenía como efecto la virilización de las mujeres y la feminización de los varones, y dicha convergencia era evolutivamente regresiva (Hall, 1904). Con sarcasmo opinaba que «si estos *colleges* como las estadísticas indican se dedican principalmente a la formación de aquéllas que no se casan, y si están para educar para el celibato, entonces está bien. Estas instituciones pueden convertirse quizá en organismos que formen un tipo nuevo-viejo, la mujer agámica o agénica [estéril], como la tía, la religiosa seglar (joven o vieja), la maestra o

la mujer soltera.» (Hall, 1904: 632). La mujer universitaria y soltera, frente a la natural-mujer-madre-uterina, se convertía para Hall en una mujer anormal en el sentido médico, en el sentido sexual, y también en el sentido moral: «Habría asumido y empleado en su propia vida todo lo que estaba destinado a sus descendientes. (...) Es la apoteosis del egoísmo desde el punto de vista de cualquier ética biológica.» (1904: 633). De esta forma, la mujer soltera se convertía en el paradigma del individualismo que supeditaba los intereses de la raza a los intereses individuales y en cuya esterilidad recaía la responsabilidad del suicidio de la raza. El deterioro de la sociedad norteamericana de cambio de siglo tenía su vástago: la mujer universitaria que rechazaba el matrimonio y la maternidad.

No es de extrañar que Martha Carey Thomas, presidenta del Bryn Mawr *College*, confesara que de joven se había “aterrorizado” leyendo los capítulos relativos a las mujeres en *Adolescence*, convencida de que cualquier mujer con educación estaba “condenada a vivir como una inválida patológica” (Ehrenreich y English, 1990). Tampoco es de extrañar que una de las pioneras psicólogas, Kate Gordon, dedicara estas palabras respecto a la adoración y reverencia religiosa de Stanley Hall a las mujeres madres y esposas: «Es ciertamente todo un caballero de hecho, pero adorar a este ser ingenuo, rendir culto apasionadamente a una divinidad inconsciente (las raíces de cuya esencia son tan penetrantes), ¿no es ciertamente la apoteosis de una vida vegetal? Esta actitud hacia las mujeres encajó muy bien en la Edad Media, pero a decir verdad a la mujer moderna le pone un poquito enferma el incienso. Desea aire fresco y sentido común, y no desea convertirse en una estúpida por la gracia de ser llamada una deidad.» (Gordon, 1905: 790).

“PORQUE UNA MUJER NUNCA LLEGARÁ A SER PAPA...”

Si hubo una teoría ampliamente suscrita por psicólogos opositores a la educación y profesionalización de las mujeres, esa fue la hipótesis darwinista de una mayor variabilidad entre los machos de las especies, explicativa de su superioridad adaptativa: siendo más variables los machos se adaptan más fácilmente a ambientes cambiantes que las hembras. Junto con Havelock Ellis, el psicólogo James McKeen Cattell y posteriormente su discípulo Edward Thorndike, fueron probablemente sus principales abanderados en relación con las diferencias sexuales en rasgos mentales⁴⁷. Hall que en *Adolescence* pareció recopilar todo tipo

⁴⁷ El estadístico inglés Karl Pearson tiene el mérito de ser uno de los pocos teóricos que criticó dicha teoría –un mérito más valorado si se tiene en cuenta que fue discípulo de Galton. Algunas

de argumentos que le sirvieran para sustentar su postura contraria a la coeducación, no olvidó incluir esta célebre hipótesis evolutiva. Otros prestigiosos psicólogos como Joseph Jastrow o Hugo Münsterberg tampoco dudaron en recurrir a ella (Shields, 1987). En términos estadísticos, la mayor variabilidad del sexo masculino en rasgos mentales se reflejaba en porcentajes mayores de varones en los dos extremos de la curva normal. Las mujeres, por el contrario, se desviaban menos de la norma que los varones –eran más “mediocres”- y su distribución en rasgos mentales se representaba por una campana de Gauss más estrecha. La justificación empírica de esta hipótesis se remitía al mayor número de varones tanto en instituciones para deficientes mentales como en genios o personas eminentes.

Con la teoría darwinista de fondo y la evidencia de datos cuantitativos y objetivos sobre diferencias sexuales, estos psicólogos trataron de aportar material científico para legitimar sus resistencias a la igualdad de las mujeres en el terreno académico y educativo. En la medida en que las mujeres eran incapaces por naturaleza de alcanzar altos rangos de eminencia, estaba justificado que las autoridades educativas no invirtieran ni promovieran su educación superior. El mayor recolector de esta evidencia fue James McKeen Cattell, profesor de Columbia y editor de *Science*, y desde 1900 un especialista en amplios estudios estadísticos sobre diversas élites. En uno de tales estudios, “A Statistical Study of Eminent Men” de 1903, elaborado a partir de la frecuencia de apariciones en ciertos directorios biográficos, Cattell no dudaba en afirmar:

«He hablado todo el rato de hombres eminentes ya que en inglés carecemos de una palabra que incluya tanto a varones como a mujeres, pero como una cuestión de hecho las mujeres no tienen un lugar importante en la lista. Tienen 32 representantes de las mil personas en la lista. De ellas once pertenecen a la realeza por herencia y ocho son eminentes gracias a infortunios, a su belleza o a otras circunstancias. La literatura y la ficción –el único campo donde la mujer ha conseguido algo- aportan diez nombres (de los cuales tres están en los primeros 500) en comparación con los 72 varones. Safo y Juana de Arco son las únicas otras mujeres en la lista. Es reseñable que a excepción de Safo –un nombre asociado con fragmentos elegantes ciertamente- las mujeres no han logrado excelencia en poesía o en arte. Estos han sido los campos menos dependientes del entorno y al mismo tiempo aquellos en los cuales el entorno ha sido quizá tan favorable para las mujeres como para los varones. Las mujeres se alejan menos de la norma que el varón –un

históricas han asociado dicho mérito con la influencia de la feminista surafricana Olive Schreiner y con la rivalidad personal con Havelock Ellis (Lewin, 1984a; Shields, 1975a, 1987).

hecho que generalmente se aplica a todas las hembras de las especies animales; en muchas especies próximamente relacionadas solo los machos pueden ser fácilmente distinguidos.» (Cattell citado en Thorndike, 1906: 213).

Cattell, como científico eminente que era, no dudó en ningún momento en la justicia de la meritocracia en las instituciones sociales, ni en la validez de fundamentar diferencias sexuales en clasificaciones o rankings de eminencia basados en logros o posiciones alcanzadas. No se le pasó por la mente la posibilidad de que alguna forma de discriminación sistemática pudiera tener lugar y mucho menos que estuviera contribuyendo a ella. Ni siquiera la “sorprendente” ausencia de mujeres en áreas aparentemente “femeninas” como el arte o la poesía le hizo sospechar de sus tesis innatas, al contrario parecía confirmar su teoría de la variabilidad.

En 1910 Cattell publicó la segunda edición de su célebre directorio biográfico, *American Men of Science*. Su recuento de mujeres “contribuyendo a la ciencia” se había incrementado en un tercio en cuatro años: desde 149 en 1906 a 204 en 1910. Pero Cattell no pareció interesado en este crecimiento que ni siquiera fue mencionado en el prefacio ni en artículos relacionados en *Science* (Rossiter, 1992). En cambio, sí estaba interesado en las élites, en el “top-1000” de “estrellas” científicas. Aunque en la primera edición de 1906 las 19 mujeres (el 1,9%) incluidas entre estas élites le habían pasado desapercibidas, en 1910 se interesó por ellas: solo 18 mujeres, un 1,8%, se situaban entre los 1000 primeros. Cattell no se explicaba estos resultados ya que en su opinión las mujeres ya estaban disfrutando de oportunidades tanto para la educación científica como para el empleo. Lo que no mencionó es que había excluido de su directorio el campo entonces científico de la economía doméstica, lo cual disminuía considerablemente la contribución de mujeres. Tampoco se apercibió de que la mayoría de las recopilaciones biográficas que consideró estaban escritas por varones, los cuales a diferencia de autoras mujeres tendían a no incluir a mujeres en sus biografías. Cattell tomó de nuevo sus estadísticas como evidencia de la inferioridad biológica del sexo femenino y no se le ocurrió pensar en la posibilidad de discriminaciones o injusticias en la ciencia con las mujeres:

«Hoy en día existen casi tantas mujeres como varones que reciben un título universitario; tienen en promedio más ocio; hay cuatro veces más mujeres que varones en el profesorado. *No parece haber ningún prejuicio social contra la incorporación de las mujeres en el trabajo científico, y es difícil evitar la conclusión de que existe una descalificación sexual innata.* Las mujeres no parecen ser apreciablemente mejores en este país que en otros, ni respecto a

períodos en los cuales la inferioridad podría ser atribuida a una ausencia de oportunidades. Sin embargo, es posible que la ausencia de motivación y empeño sea mayor de lo que parece a simple primera vista, y que en el futuro las mujeres sean capaces de contribuir al futuro de la ciencia.» (Cattell, 1909 en Rossiter, 1992: 107. Énfasis añadido).

Que no parecía haber ningún prejuicio social contra la educación y profesionalización de las mujeres en la ciencia y en la educación lo “corroboraron” sus afirmaciones en ese mismo año en un artículo en el *Popular Science Monthly* titulado “The School and the Family”:

«No es probablemente una exageración afirmar que al coste promedio de la educación de cada chica en la escuela superior debe añadirse un niño no nacido. (...) Existen en los EEUU alrededor de 400.000 mujeres empleadas como profesoras, y las cantidades están continuamente creciendo. (...) Esta vasta borda de mujeres profesoras en los EEUU tiende a subvertir tanto la escuela como la familia. El vacío de iniciativa y vitalidad en nuestro sistema educativo es preocupante. La influencia de nuestro medio millón de profesores sobre los problemas de la democracia y la civilización es completamente insignificante. Las chicas atractivas y normales, y los pocos varones aptos tienden a desligarse, dejando la escuela elemental, reducida y arbitraria, y la solterona, desvitalizada y asexual, como sus elementos dominantes. (...) Las mujeres son buenas profesoras, especialmente las mujeres jóvenes con su intuitiva comprensión con los niños y las madres que han cuidado a sus propios hijos, y las mujeres son más baratas que los varones de igual educación y habilidad. Pero el resultado final de dejar a la mujer célibe como la principal profesora ha sido tal como para plantearse la pregunta de si no sería una ventaja para el país descartar a toda la plantilla del sistema educativo.» (Cattell, 1909: 91-93. Énfasis añadido).

La ansiedad y hostilidad de Cattell ante la feminización del profesorado le cegaba e insensibilizaba a los múltiples problemas a los que se enfrentaban las mujeres profesoras: no solo tenían que soportar diatribas como las suyas, recibían salarios menores que los varones por el mismo trabajo, tenían escasas alternativas laborales más allá del profesorado y casarse les bloqueaba incluso dicha opción.

Edward Thorndike, estudiante de Cattell en Columbia y designado por él para dirigir el área de psicología educativa en el *Teachers College*, fue menos virulento respecto a las mujeres profesoras y académicas. Gran parte del trabajo pionero en el movimiento de los tests mentales fue realizado en la Universidad de Columbia y Thorndike se aprovechó de ello para demostrar la hipótesis de la variabilidad y su aplicación al campo educativo. Sus principales ideas fueron expresadas en “Sex in Education”, un artículo escrito en 1906 en la

revista *The bookman* que reflejaba una vez más las contradicciones internas en las que caían muchos psicólogos de renombre cuando trataban el tema de las diferencias sexuales. “Sex in Education” comenzaba sorprendentemente como cualquier psicóloga feminista de la época hubiera deseado. Thorndike alertaba a la comunidad científica de dos falacias fundamentales en el pensamiento sobre las diferencias sexuales: la primera, aceptar las diferencias como “inherentes” a los sexos y no como producto de las condiciones sociales e industriales, y la segunda, una selección sesgada de representantes de ambos sexos cuando se hablaba de diferencias. Respecto a la primera, afirmaba: «una y otra vez se encuentra evidencia de que las cualidades [diferentes] en cuestión no están desde el nacimiento en las mujeres sino que son aprendidas a través de las convenciones de nuestro actual modo de vida.» (1906: 212). Sin embargo, el posible argumento ambientalista de Thorndike se derrumbaba en las líneas siguientes: «de hecho, a excepción de los instintos específicos de cada sexo y la maternidad, uno no puede estar seguro de ninguna diferencia clara y amplia en instintos que no sea la fuerza del instinto de lucha en los machos, y del instinto de crianza en las hembras.» (212). Más tarde señalaba que el instinto de lucha era “la causa de gran parte del esfuerzo intelectual en los varones”, mientras que el instinto de cuidado explicaba la superioridad moral de las mujeres. Estos “impulsos originales” eran la causa de que las mujeres sobresalieran en determinados campos y no en otros como la investigación científica.

Una vez dejada sujeta a la mujer a sus “impulsos originales” hacia la maternidad y el cuidado, Thorndike abordaba su segunda falacia. La medida de las diferencias sexuales en promedios no era válida para Thorndike, lo que realmente tenía relevancia eran las diferencias en rangos de variabilidad. Y en rasgos intelectuales al menos, el sexo masculino era el grupo más variable. «Porque incluso si la media de la capacidad de los varones es algo menor que la de las mujeres, todavía la superioridad en la variabilidad masculina significaría que de los cien individuos más aptos en este país, ni siquiera dos serán mujeres. (...) No solo la probabilidad y deseabilidad del matrimonio y cuidado de los niños como un rasgo esencial de la carrera de la mujer, también la restricción de las mujeres a los grados mediocres de habilidad y logro debería ser considerada por nuestro sistema educativo» (1906: 213). A partir de una “evidencia” que no parecía necesitar prueba empírica alguna, los instintos maternales y de cuidado, y una menor variabilidad mental entre las mujeres a la que no se le buscaba explicación, Thorndike recomendaba su particular división y selección sexual del trabajo. Puesto que el rango de habilidad entre las mujeres era más estrecho y nunca alcanzarían la eminencia, sus talentos debían canalizarse en campos que exigieran

solo un nivel promedio de inteligencia, tales como la enfermería, la enseñanza, la medicina o la arquitectura. La educación de las mujeres para profesiones tales como la administración, la política, la filosofía o la investigación científica sería una imprudencia y una inversión sin futuro. A diferencia de Cattell, Thorndike sí veía cierta utilidad en contratar a unas pocas mujeres profesoras tanto en la educación básica como en la educación universitaria. De hecho en 1902 convenció a Cattell para contratar a la primera mujer docente en el *Teachers College* de Columbia, Naomi Norsworthy. Aunque sí podían ser útiles para aligerar las cargas docentes de académicos prestigiosos, Thorndike seguía creyendo que las mujeres nunca alcanzarían posiciones eminentes, por lo que resultaba escasamente recomendable invertir en formación doctoral a mujeres o que el sexo femenino se dedicara a la investigación científica. Thorndike reproducía de este modo la primera falacia frente a la cual alertaba a la comunidad científica, y al igual que Cattell, permaneció ciego a las constricciones sociales que restringían las oportunidades para que las mujeres alcanzaran puestos de eminencia: «incluso aunque todas las mujeres voten, desempeñarían una pequeña parte en el Senado; una mujer clérigo es una posibilidad psicológica pero una mujer papa no lo es.» (1906: 213).

LA INMUNIDAD CIENTÍFICA DEL INSTINTO MATERNAL

«Y cuando advertimos hasta qué punto la conducta de la madre humana se parece tanto a la de la madre animal en tantas formas, ¿podemos dudar que (...) si la madre animal es movida por el impulso de un instinto maternal, no lo será también la mujer? Rechazar esta visión como infundada me parecería la mayor ceguera y estupidez, como es la estupidez de numerosos psicólogos que se enorgullecen de ser estrictamente “científicos”». (William McDougall, 1923 en Shields, 1975a: 750).

«Ser una verdadera mujer significa ser más madre incluso que esposa. La madona concepción expresa la comprensión suprema del hombre de la real naturaleza de la mujer.» (G. Stanley Hall, 1918, citado en Shields, 1984: 266).

El concepto de instinto maternal estuvo firmemente arraigado en la “psicología” norteamericana antes de que la propia psicología existiera como entidad disciplinaria. A consecuencia de ello, mientras la hipótesis de la variabilidad luchaba por una legitimidad teórica a través de controversias, el concepto de instinto maternal se filtró sin conflicto alguno en la incipiente ciencia psicológica (Shields, 1975a). Para justificar las diferencias en

variabilidad entre varones y mujeres era preciso aportar datos estadísticos, empíricos, y apelar a todo tipo de fuentes de autoridad científica. El instinto maternal se daba por hecho, no hacía falta prueba científica alguna, ya que hubiera significado fundamentar el sentido común, lo obvio. En un momento en que la psicología norteamericana trataba de distanciarse de la filosofía para adquirir el estatus de “ciencia dura” al estilo de la física, rechazando para ello cualquier concepto teórico que remitiera a sustancias metafísicas o religiosas, muchos psicólogos no dudaron en utilizar el instinto maternal como realidad inmune a los criterios científicos de evidencia.

La incorporación del instinto maternal a la psicología norteamericana provino de la discusión inglesa sobre la evolución social vía Darwin y Spencer (Shields, 1975a, 1984). En *El origen del hombre y la selección en relación al sexo* de 1871, Darwin colocaba a la mujer en un estadio evolutivo inferior al varón. En un continuo desde lo animal a lo humano, la mujer se situaba más próxima a lo animal compartiendo propiedades de las razas primitivas. Estas diferencias evolutivas entre los sexos se traducían en diferencias mentales insoslayables: las mujeres a consecuencia de su instinto maternal poseían una disposición natural hacia la ternura y el cariño, siendo menos egoístas que el varón que por naturaleza disfrutaba compitiendo. Los atributos de las mujeres que las hermanaban con las hembras animales eran adaptativos en la esfera doméstica, pero no en la pública donde regía la ley del más fuerte. Para Herbert Spencer la naturaleza emocional de las mujeres, incluyendo su tendencia al cuidado, era consecuencia directa de su fisiología reproductiva. Como explicó en *The Study of Sociology* de 1874, las energías de las mujeres estaban naturalmente dirigidas hacia la preparación para el embarazo y la lactancia, reduciendo la energía disponible para el desarrollo de otras habilidades. El resultado de ello, el cese de su evolución individual: las mujeres eran en esencia un varón no evolucionado, con resonancias del varón mal engendrado aristotélico. Su menor grado de desarrollo se evidenciaba en su inferioridad mental y en la expresión resultante del instinto maternal.

La “instintiva” herencia de la noción de instinto maternal entre los psicólogos clásicos estuvo bastante extendida y se resistió a un examen crítico hasta la propagación de los principios conductistas. William James, considerado junto con Stanley Hall el padre de la psicología científica norteamericana, incluyó el “amor paterno” entre los instintos humanos. Pero en especial se mostró impresionado por la intensidad del instinto maternal en las mujeres, capaces incluso de sacrificar su propia vida por sus hijos. El principal difusor de una teoría psicológica sobre los instintos, William McDougall, defendió a

ultranza frente a los conductistas la obvia existencia de un poderoso instinto primario maternal responsable del mantenimiento de las especies, y cuyo rechazo en su opinión no podía realizarse desde un sano juicio:

«El estadio más alto es alcanzado por aquellas especies en las cuales la hembra produce solamente una o dos crías, y las protege tan eficientemente que alcanzan la madurez; el mantenimiento de las especies se convierte en el principal trabajo del instinto maternal. En tales especies la protección y cuidado de la cría es la ocupación constante y totalmente absorbente de la madre, a la cual entrega toda su energía, y en el curso de la cual [la madre] sufrirá en cualquier momento privación, pena y muerte. El instinto [maternal] se convierte en más poderoso que cualquier otro, y puede anular cualquier otro, incluso al propio miedo.» (McDougall, 1908 en *An Introduction of Social Psychology*, citado en Hollingworth, 1910: 22).

Incluso el que fuera considerado antecesor del conductismo, Edward Thorndike, también se refirió en varias ocasiones al instinto maternal. No obstante, sus constantes contradicciones tanto entre sus diferentes escritos como al interior de cada escrito, reflejaban una tensión entre el sentido común de la época sobre el carácter innato del instinto maternal y una tendencia cientificista que no podía asumir su naturalidad. Mientras en 1906 en “Sex in Education” se refería a dicho instinto como una cualidad del carácter fruto de la especialización vital de las mujeres como esposas y madres. Más tarde en 1914, defendió la existencia de instintos innatos particulares de cada sexo, que incluso en idénticas condiciones ambientales producirían diferencias sexuales insoslayables tanto morales como mentales. Fuera como fuese, sus argumentos circulares, a veces en forma de falacia naturalista, no dejaban a las mujeres un mayor margen de escapatoria de las ataduras instintivas. Según Thorndike (1906) todavía no se había insistido suficientemente en la importancia del instinto maternal o de cuidado en las mujeres, o del instinto de lucha en los varones, como agentes causales de diferencias sexuales en actividades generales. Así por ejemplo, en opinión del teórico del ensayo-error, el instinto de lucha era la causa de la motivación intelectual en los varones, y el instinto maternal la principal fuente de la superioridad moral de la mujer y de sus tendencias irracionales hacia las mascotas, los mimos y el “hacer por los otros” (Thorndike, 1906). Igualmente, “la sumisión al dominio” constituía otra tendencia instintiva en la mujer, que como tal convertía la norma social de la servidumbre y la dependencia a los varones más que en un deber desagradable en una fuente incluso de satisfacción (Thorndike, 1914). Thorndike no obstante era consciente de lo que él mismo denominó la «ridícula falacia “no lo deseamos, por consiguiente las

mujeres no pueden”» (1906: 214), y afirmó que aunque las mujeres estuvieran especializadas en el cuidado materno y aunque en su opinión ello fuera deseable, no se podría afirmar que “por naturaleza” las mujeres serían incapaces de aprender otro tipo de actividades como las de “abogado, editor o ingeniero” renunciando a los deberes maternos.

En definitiva, el instinto maternal heredado del evolucionismo, junto con sus instintos asociados de cuidado, dependencia o sumisión, ataba de forma incuestionada a las mujeres a su biología reproductiva, a su herencia animal, a su naturaleza. Y lo natural seguía siendo para las mujeres deber, no solo eso su “razón de ser” (Shields, 1984). Naturaleza, moral y ciencia confluían en esta “ficción reguladora” al servicio del progreso de la raza y de la nación. Se convertía así en el complemento perfecto para apoyar cualquier teoría científica que defendiera la relegación de las mujeres a “su” esfera doméstica y por lo tanto rechazara su educación superior y profesionalización: «no solo la probabilidad y deseabilidad del matrimonio y cuidado de los niños como *un rasgo esencial de la carrera de la mujer*, también la restricción de las mujeres a los grados mediocres de habilidad y logro debería ser considerada por nuestro sistema educativo» (Thorndike, 1906: 213. Énfasis añadido). La “llamada” del instinto maternal se constituyó en uno de los principales recursos retóricos para fundamentar la separación de esferas sexuales y la división sexual del trabajo. Su influencia y causalidad sobre otros atributos de la personalidad convertía a la mujer científica –objetiva, asertiva e incluso ambiciosa- en una contradicción en sus propios términos. Sirvió de justificación para no promover la educación superior de las mujeres que tarde o temprano sucumbirían a su destino biológico –o al menos eso deberían-. Las que se resistían al imperativo no dejaron de verse como mujeres egoístas y asexuadas contrarias a los dictados de la biología y la evolución. Pero fue especialmente implacable con aquellas mujeres académicas que optaron por la maternidad, convirtiéndolas en auténticos monstruos de la naturaleza si decidían sustituir o incluso compaginar sus deberes naturales maternos con su profesión.

Con el tiempo el instinto fue convertido en *drive* o en motivación, conceptos más en sintonía con la teoría conductista que por otro lado no veía con muy buenos ojos un excesivo amor materno que comenzaba a “feminizar” al futuro soldado o al futuro trabajador estadounidense. Igualmente, el interés sobre el instinto maternal en mujeres humanas se camufló bajo diferentes estudios sobre la conducta maternal en ratas o posteriormente en los “antropomorfizados” chimpancés de Yerkes o Harlow (Haraway,

1989). El concepto de instinto maternal tuvo su lugar también en la teoría psicoanalítica, pero esta vez no con las connotaciones de ternura y cuidado que la primera generación de psicólogos le habían adscrito, sino “morbosamente” observado como básicamente sexual⁴⁸, masoquista e incluso destructivo en naturaleza (Shields, 1975a).

DE LA PSICOLOGÍA “*MALE-STREAM*” A UN MUNDO FELIZ CONDUCTISTA

La “ansiedad masculina” del pensamiento cartesiano (Bordo, 1987) y del pensamiento baconiano (Keller, 1991) también estuvo presente en los procesos de institucionalización de la psicología estadounidense (Henry Minton, 2000). En el cambio de siglo “la vasta horda” de mujeres célibes que comenzaba a “invadir” el sistema educativo y profesional (Cattell, 1909), al igual que la “vasta horda” de inmigrantes que comenzaba a “invadir” EEUU, despertó todo tipo de ansiedades heteropatriarcales, nacionalistas y racistas en el varón heterosexual blanco de clase media estadounidense. La primera generación de psicólogos también participó de estas ansiedades, y tras la primera guerra mundial la segunda generación colocó a la psicología en el “mapa” de los guardianes del control social de EEUU y del resto del mundo. El conductismo, la psicología diferencial de los tests mentales y de la personalidad, junto con un psicoanálisis perfectamente integrado en la mentalidad pragmatista estadounidense, se complementaron con los estudios de tiempos y movimientos del hombre-máquina-buey de Taylor, como perfectos garantes de control social y como tecnologías moldeadoras de conductas, de medición y clasificación de poblaciones, y de detección y ajuste de conductas desviadas. Todo ello al servicio de una entreverada ideología heteropatriarcal, capitalista y militarista que ayudó a la consagración de la psicología en el mundo de las ciencias y en la sociedad norteamericana, y que a su vez fue normalizada por medio de los dispositivos de saber/poder.

A excepción de Titchener, la mayor parte de los discípulos estadounidenses de Wundt se distanciaron de la psicología filosófica alemana que se tornaba vacua al otro lado del Atlántico. La contemplación introspectiva de la conciencia no encajaba bien con el pragmatismo norteamericano, y reclamar un hueco entre las ciencias en EEUU implicaba

⁴⁸ Curiosamente en esto el psicoanálisis coincidía con las ideas conductistas de Watson que describió el afecto materno como producto de respuestas sexuales en la madre, por ejemplo durante la lactancia. El incipiente reconocimiento de la sexualidad en las mujeres a partir de la primera década del siglo XX, permitió este tipo de explicaciones, ya lejos de la definición “angelical” de la mujer victoriana interiorizada por la primera generación de psicólogos.

responder no solo a los ideales de rigor y objetividad también a los de utilidad práctica (González García, 1994). La figura del académico aislado, ambicioso e individualista característica del modelo estadounidense, se alejaba bastante de la cultura colaboradora y comunitaria de la investigación alemana, donde por otro lado los roles de sujeto -fuente de datos- y experimentador eran intercambiables, no estaban rígidamente separados ni implicaban diferencias de estatus (Danziger, 1985, 1990). Por último una sociedad estratificada en la que imperaban los ideales meritocráticos demandaba no tanto la contemplación de estructuras mentales universales, cuanto la clasificación y medición de poblaciones en diferencias individuales –al estilo inglés galtoniano-.

La emergencia de la psicología norteamericana coincidió también con la rígida separación de esferas sexuales y simultáneamente con la aparición de la “mujer nueva” y de un “nuevo varón”. El varón de clase media no solo sintió la amenaza de la mujer de clase media, la mujer nueva que comenzaba a profesionalizarse, también del varón de clase obrera que basaba su masculinidad en su trabajo físico y de los inmigrantes que amenazaban con aniquilar *su* raza y *su* trabajo. «Como consecuencia de esta desestabilización el ideal de masculinidad cambió desde la veneración victoriana del carácter y la represión emocional a la expresión de una “hombría apasionada” a través de instintos primitivos desinhibidos (ej. lujuria, codicia, asertividad), deportes competitivos y el militarismo.» (Minton, 2000: 613). La figura del valiente y un poco bruto *boy scout*, el contrapunto perfecto del ángel del hogar, se convirtió en el paradigma de la nueva masculinidad.

Los valores y la ideología de género de la época impregnaron también una psicología masculinizada –estadísticamente- y androcéntrica –simbólicamente- que aspiraba a independizarse como nueva ciencia natural, liberándose de sus raíces filosóficas, con el megalómano objetivo de controlar y predecir la naturaleza humana. La psicología “male-stream” se hacía patente cada vez que la mujer y su “oscura naturaleza” –casi siempre asociada al mundo infantil- se convertían en objetos reificados de un masculinamente neutro discurso psicológico, al tiempo que se excluía a las mujeres como sujetos científicos. Pero los valores androcéntricos de la época también se filtraron en los procesos de definición de lo que se iba a constituir como la nueva ciencia de la psicología. El rechazo de la introspección subjetiva en favor de una psicología basada en mediciones impersonales objetivas y en la cuantificación ha sido interpretado por algunas historiadoras como reflejo de una nueva asertividad masculina que pretendía desplazar al modelo contemplativo del “gentleman” victoriano (Furumoto, 1998; Minton, 2000). El legado baconiano de control y

dominio sobre la naturaleza (Keller, 1991) fue perfectamente recogido por los pioneros psicólogos norteamericanos, que en palabras de Cattell (1904) se debían ocupar de la «aplicación del conocimiento sistematizado al control de la naturaleza humana» (186) y para ello conquistar y expandir nuevos territorios: «Si [el estudiante de psicología] es un imperialista que pretende plantar su bandera en cada esquina de la Tierra, no derribará otra bandera y recibirá bien la invasión de su propio territorio por cualquier ciencia.» (182). Acción y dominio constituían las nuevas marcas del “varón nuevo” ejemplificadas en la figura de Cattell: «Los hombres científicos deberían ocupar el lugar que les corresponde como dominadores del mundo moderno.» (Cattell, 1926 citado en Morawski, 1982). La consagración del espíritu baconiano en la psicología se plasmó en los primeros renglones del “manifiesto conductista” de John B. Watson en 1913: «La psicología tal como la ve el conductista es una rama experimental puramente objetiva de la ciencia natural. Su objetivo teórico es la *predicción* y el *control* de la conducta.» (Watson, 1913: 158). El filtro óptico de Watson veía la psicología como una ciencia natural cuyo objetivo era el control del comportamiento y el ajuste del individuo a su entorno. La definición de la psicología desde una comunidad de psicólogos mayoritariamente masculina y en estos términos consonantes con el nuevo ideal de masculinidad, ayuda a comprender porqué algunas mujeres inicialmente atraídas por la idea de una carrera en psicología, se sintieron desilusionadas con el nuevo campo científico que se había creado (Furumoto, 1998).

La obra de Watson constituye quizá el mejor ejemplo de la construcción de una psicología androcéntrica al servicio del mantenimiento de una sociedad heteropatriarcal y capitalista basada en la división sexual y en la división de clases: tanto en el contenido antifeminista de sus teorías sobre la educación infantil y el papel de la mujer en la sociedad; como en la epistemología y onto-política que se derivan de su propuesta conductista; como por último en su filosofía política sobre la sociedad utópica y el papel de la ciencia psicológica en ella⁴⁹. Si el ideal victoriano de feminidad, a cuya definición y ficción contribuyeron los propios psicólogos –lo cual no significaba que las mujeres “reales” fueran así–, se caracterizó por su carácter emocional, sumiso, relacional, por el gusto por lo concreto y por la vida contemplativa y ociosa; el ideario conductista se definió a partir del rechazo de dichos atributos: la práctica de la psicología conductista implicaba objetividad y

⁴⁹ Interesantes análisis de la obra de Watson en este sentido se pueden encontrar en Ben Harris (1984) o en González García (1994). Sobre un mayor desarrollo de la utopía de Watson, ver Jill Morawski (1982, 1984b).

control -social y experimental-, distanciamiento emocional, impersonalidad y neutralidad, defensa de leyes universales y de una sociedad activa para ser feliz.

En el “siglo del niño” y en el “siglo de los expertos científicos en educación de niños”, el desarrollo de una educación infantil ajustada a la sociedad capitalista y patriarcal logró su legitimación científica en el conductismo de la década de los 20 (Ehrenreich y English, 1990). Para el ingeniero conductista todo niño era potencialmente programable para cualquier cosa. Lo que le preocupaba a Watson era el problema práctico de cómo ajustar “niños falderos” a la cultura competitiva e industrial en la que habían nacido. Para moldear desde el momento crítico de la infancia al futuro hombre trabajador, disciplinado, eficiente y exacto, era preciso eliminar de forma radical los métodos excesivamente emocionales y complacientes de las madres con sus hijos. El futuro de la raza y de la nación no podía dejarse en manos de unas madres que «empleaban su tiempo [ocioso] en destrozarse la felicidad de sus hijos.» (Watson, 1929: 31). Además, la espontaneidad en el desarrollo infantil defendida por Hall debía ser bloqueada desde el principio y sustituida por una regularidad ajustada a los ritmos industriales que instaurara ya desde la infancia hábitos estables en el trabajo (Ehrenreich y English, 1990). Watson desarrolló estas ideas en *The Psychological Care of the Infant and Child*, escrito en 1928 en colaboración con Rosalie Rayner y dedicado a “los padres que quieren educar a un niño con éxito para que sea feliz”. La amenaza de feminización de la educación de los niños, y en general de la sociedad, ponía especialmente nervioso a Watson que veía cómo el cariño irracional de las madres estaba echando a perder la futura generación de niños trabajadores y quizá soldados: «Si se quiere que un perro crezca para servir de perro guardián, cazador o raposero, para que sea algo más útil que un perrito faldero, no se osa tratarlo del modo que se trata a los niños. Cuando oigo a una madre decir “bendito sea su corazoncito” cada vez que se ha caído o se ha tropezado, o cuando le pasa alguna otra cosa, tengo que alejarme una o dos manzanas para tranquilizarme.» (1928: 82).

Un año después, en 1929, Watson escribió en la revista *Liberty* su utopía conductista “Should a Child Have More than One Mother?” con el subtítulo “La noción de un psicólogo sobre una mejor forma de crecer”. En dicha utopía la excesiva emocionalidad de las madres y la infelicidad conyugal eran eliminadas en una sociedad exclusivamente gobernada por expertos conductistas, donde los niños iban rotando cada cuatro semanas de casa en casa –constituidas por dos niños más, una pareja heterosexual monógama y una instructora científicamente formada- previniendo así la formación de lazos de dependencia afectiva o debilidades emocionales improductivas. «La completa absorción en actividad es

la clave para la felicidad de nuestros hijos. Es nuestra definición de felicidad conductista» (35). Pero dicha felicidad dependía también de una educación perfectamente programada conforme a una división sexual del trabajo. A los 16 años la educación de chicos y chicas se segregaba, de tal forma que a los chicos les esperaba la industria y la ciencia –las auténticas escuelas donde aprenden sin necesidad de pasar por *colleges* o universidades-, y a las chicas el aprendizaje de la ciencia doméstica, la cocina y la dietética:

«No hay mujeres en la industria como tal. Allí no son necesarias. Donde se necesitan es en los hogares. En ellos, las mujeres son felices. Los trabajos de mantenerse jóvenes y bonitas, útiles, y de aprender la ciencia del hogar, les proporcionan toda la actividad que necesitan. (...) Su vida es tan seria y rica en logros y esfuerzos como la de los varones.» (34). «Tienen una especial formación en el arte de interesar y manejarse con los varones. Se les da instrucciones en el arte y la técnica de ser esposadas. Ocupan una gran parte de su tiempo en la técnica del sexo» (35).

En el mundo utópico de Watson, las mujeres –al igual que los varones- actuaban y se sentían libres, poseían un alto respeto por el arte y la ciencia de ser auténticas mujeres, y la presión social las mantenía fuera de la competición con los varones. Pero Watson sabía que su mujer utópica contrastaba ampliamente con la “mujer nueva” a la cual le había dedicado dos años antes, en 1927, un artículo en *The Nation*, “The Weakness of Women”. En su opinión «estas mujeres son demasiado modernas para buscar la felicidad; ¿qué están buscando? Libertad» (1927: 10). Pero la libertad para Watson, que según señalaba se basaba en cuidadosas observaciones de su conducta, tenía un precio: el desajuste sexual. La mujer sufragista, la militante que defendía sus derechos o la profesional no se encontraban entre el escaso 20% de mujeres que afirmaban tener matrimonios “ajustados”. «La mayoría de las terribles mujeres que uno puede encontrar, mujeres con visiones y voces descaradas, mujeres que se tienen que hacer notar, que se echan sobre la espalda de uno, que no se pueden tomar la vida tranquilamente, pertenecen a este amplio porcentaje de mujeres que nunca han tenido un ajuste sexual.» (1927: 10). Para Watson estaba confirmado que una vez la mujer encontraba -mediante procesos de ensayo y error- el ansiado ajuste (hetero)sexual, la militancia desaparecía de su vida, dejaría de luchar por su libertad y de malgastar su vida en un trabajo. Si la felicidad conductista consistía en la completa absorción en la actividad, para la mujer ésta no era precisamente la militante o la profesional, consistía más bien en «lavar la ropa de los niños o dejarse arrastrar por la fuerza de la pasión» (10). La gran “debilidad de las mujeres” para Watson era que nunca habían estado condicionadas para el trabajo como los varones, y por lo tanto nunca serían felices trabajando:

«La moral conductista –y nosotros debemos tener una moral- es la siguiente: a las mujeres no les gusta el trabajo (tampoco a los varones). No existe un “instinto” natural hacia el trabajo. (...) Los hábitos de trabajo son resultado de la civilización y de la competición. Si quieres que tus hijos ejerzan una profesión, sean chicos o chicas, enséñales desde la infancia hábitos de manipulación, técnicas expertas y resistencia. El trabajo debe convertirse en la “primera naturaleza” –la “segunda naturaleza” no es suficiente-. Y junto a esto enséñales qué esperar en el terreno del sexo.» (1927: 10).

Las mujeres académicas podrían tener libertad pero nunca serían felices -a pesar de su actividad- porque desde su infancia no se las había condicionado para ejercer una profesión. El “determinismo ambientalista-infantil” de Watson no parecía dar mucho margen de flexibilidad en la vida adulta. De todos modos tampoco serían muy felices aquellas mujeres condicionadas desde la infancia para el ejercicio de una profesión, ya que a ellas Watson auguraba un aparentemente insoslayable desajuste sexual.

En la década de los 20 ni el ambientalismo ni el reconocimiento de una sexualidad independiente en la segunda generación de la “mujer nueva” habían cambiado mucho las cosas para las mujeres profesionales, entre ellas las académicas. El determinismo biológico cohabitaba sin problemas con un nuevo determinismo ambiental, y los argumentos sobre deterioros de salud en órganos reproductores, baja fertilidad o celibato se sustituyeron por infelicidad por falta de condicionamiento o por desajustes sexuales. La tecnología conductista que condicionaba comportamientos desde la infancia ajustados al orden social funcionó perfectamente como instrumento reaccionario de control social al servicio de una sociedad estratificada en clases, en sexos, en razas y en sexualidades.

MECANISMOS INSTITUCIONALES DE EXCLUSIÓN

ESTUDIANTES “ESPECIALES” Y SIN SENTAR PRECEDENTES

El modelo universitario ya consagrado en Alemania fue reproducido por las principales universidades estadounidenses que comenzaban a abrir sus puertas en la segunda mitad del siglo XIX. Ello implicó no solo una estructuración promocional y departamental tal como la conocemos hoy en día, también la exclusión de las mujeres o en el mejor de los casos políticas discriminatorias. La primera generación de mujeres

psicólogas se “infiltró” en el sistema universitario gracias a la progresiva apertura de *colleges* de mujeres –especialmente Vassar (1865), Smith (1871) y Wellesley College (1875)- y a los problemas de financiación de las universidades del oeste que vieron en la coeducación una medida que aunque no deseada era necesaria para su instauración y mantenimiento. Conseguida la licenciatura comenzaba una auténtica carrera de obstáculos para aquellas mujeres que osaban subvertir su “destino sexual” lanzándose a la esfera pública de la profesionalización académica en psicología.

Siguiendo el modelo alemán, una vez conseguida la graduación, el siguiente paso era abandonar la hospitalidad de los *colleges* de mujeres para adentrarse en el hostil y cerrado mundo académico de las prestigiosas universidades que ofrecían estudios de doctorado. Para la mayoría de las pioneras psicólogas que buscaron formación doctoral antes del cambio de siglo, “luchar” por el título de doctoras implicó dos etapas (Rossiter, 1992). El *primer objetivo* era el menos difícil, aunque dependía mucho del “orgullo masculino” de cada universidad: se trataba de colarse informalmente y acceder a los cursos de doctorado en universidades que cerraban sus aulas a mujeres. Para ello necesitaban el permiso de un profesor influyente que además tendría que convencer a las autoridades universitarias para que permitiesen la entrada excepcional de una mujer, asegurando que sería en calidad de “estudiante especial” y sin sentar un incómodo precedente oficial que manchara el prestigio de la universidad y sirviera como reclamo para posteriores admisiones. Como el resto de estudiantes varones, estas mujeres preferían determinadas universidades para su formación doctoral por la presencia de un profesor de renombre y prestigio en su especialidad. Primero consultaban directamente con él la posibilidad de poder asistir a sus clases, y si accedía, después venía el trámite de conseguir el permiso de la universidad. El papel de “mediador” de estos profesores fue de bastante ayuda para la introducción de mujeres en estudios avanzados de psicología.

Pero una vez recibida la formación doctoral gracias a las “generosas” concesiones de profesores, y no sin agotadores trámites y cartas de recomendación y solicitud, las pioneras psicólogas “osaron” demandar también el reconocimiento oficial de un título conseguido con los mismos méritos que sus compañeros –probablemente mayores aunque solo fuera por el desgaste físico y psíquico de tener que convencer a las autoridades universitarias para que las admitieran-. Pero este *segundo objetivo*, el reconocimiento oficial de un título, era mucho más político. Se trataba de un procedimiento formal y legal, que implicaba no solo a profesores y departamentos, también a los propios presidentes y gestores –*trustees*- de las universidades, que en la mayoría de los casos mantenían posiciones

conservadoras ya no solo sobre el reconocimiento de un PhD sino incluso sobre la presencia de mujeres en los campus universitarios.

A comienzos de 1890, las principales universidades preferidas por los estudiantes en psicología para hacer sus doctorados –fundamentalmente porque poseían laboratorios– eran Harvard donde impartía enseñanza William James, la Johns Hopkins o la Universidad de Clark donde dejó su legado Stanley Hall, la Universidad de Columbia donde enseñaba Cattell, así como todas las universidades alemanas. Pero estas universidades estaban todavía en la etapa de “tolerar” a mujeres en sus aulas en calidad de estudiantes especiales evitando precedentes. Ladd-Franklin, Calkins y Washburn, que después de graduarse en *colleges* de mujeres quisieron formarse en las principales universidades que impartían formación doctoral, fueron admitidas como “estudiantes especiales” y en calidad de “oyentes”, gracias a las recomendaciones de prestigiosos profesores, en la Johns Hopkins, Harvard y Columbia respectivamente. Tanto Ladd como Calkins completaron todos los requisitos y a las dos se les negó el doctorado. Washburn habría corrido probablemente la misma suerte si hubiera permanecido en Columbia.

Universidades como Cornell, Chicago, Pennsylvania, California o Yale, y algunas no sin reticencias, fueron las únicas universidades coeducativas que se “dignaron” a reconocer oficialmente doctorados a mujeres psicólogas antes del cambio de siglo. La primera clínica psicológica establecida en 1896 por Lightner Witmer en la Universidad de Pennsylvania, fundada para el estudio y tratamiento de niños “mental y moralmente retardados”, doctoró a varias estudiantes mujeres (Russo y Denmark, 1987). Sin embargo, la Universidad de Pennsylvania, al igual que la de Yale, simultaneó políticas de aceptación a mujeres en estudios de doctorado con el rechazo de admisión de mujeres en estudios de licenciatura (Rossiter, 1992). Universidades como las de Cornell, Chicago, California, Stanford o Michigan admitieron y reconocieron títulos a mujeres estudiantes en todos los niveles. La Universidad de Cornell, fundada como una institución privada coeducativa en 1865, constituyó un solicitado resquicio de entre las universidades del este, admitiendo, reconociendo e incluso promocionando con becas a sus estudiantes mujeres para una formación académica completa y oficial. Pero el hecho de que fuera la universidad que más doctorados reconoció a mujeres en el cambio de siglo, no eximió a sus estudiantes de tener que enfrentarse a fuertes resistencias tanto por parte del profesorado como por parte de las propias asociaciones de alumnos. De hecho, un grupo de doctorandos de psicología en Cornell hizo circular un memorándum demandando una revisión de las políticas departamentales de admisión, teniendo en cuenta la alta proporción de mujeres aceptadas

para estudios posgraduados en psicología. «Después de todo», señalaban, “las mujeres dejan de asistir o renuncian en cuanto se casan y malgastan su educación. *Además, ¿a qué han contribuido las mujeres en la psicología?* (Bernstein y Russo, 1974: 130).

En 1891, los gerentes de la Universidad de Columbia comenzaron a flexibilizar su obstinada oposición a admitir a mujeres en estudios posgraduados, delegando en los profesores individuales la potestad de incluir en sus clases a mujeres en calidad de oyentes. Incluso esta débil relajación de las normas tradicionales supuso un ultraje para la facultad de ciencia política donde se votó excluir a las mujeres de todas las clases. La facultad de filosofía, donde se ofrecía trabajo en psicología, adoptó una visión más abierta y estuvo de acuerdo en aceptar a mujeres como oyentes, eso sí con el consentimiento de sus instructores individuales (Rosenberg, 1982). Bajo esta condición Margaret Washburn visitó el laboratorio de James McKeen Cattell en el curso 1891-92. Pero dándose cuenta que la universidad no estaba dispuesta a concederle una titulación oficial, después de un año abandonó Columbia y se marchó a la Universidad de Cornell para continuar con su trabajo. En la Universidad de Columbia, las mujeres no pudieron convertirse en estudiantes oficiales de doctorado hasta 1898 cuando se incorporó el *Teachers College* que proporcionaba formación doctoral en psicología educativa. Y en 1900 cuando las estudiantes graduadas de Barnard –el *college* de mujeres creado en 1889 asociado a dicha universidad- pudieron continuar sus estudios de doctorado en Columbia. No obstante entre 1899 y 1906 la universidad reconoció el PhD solo a dos mujeres –en la División de Filosofía, Psicología y Antropología- (Rosenberg, 1982). A partir de la segunda década del nuevo siglo, el panorama cambió y Columbia junto con la Universidad de Chicago sustituyeron a Cornell como las universidades que mayor número de doctorados reconocieron a mujeres. No obstante, este entusiasmo de mujeres estudiantes por estudios posgraduados no dejó de verse por muchos profesores y administradores como una “vasta horda” que traía consigo el desprestigio de sus instituciones.

La Universidad de Clark, administrada desde 1888 hasta 1920 por Stanley Hall, constituyó el ejemplo perfecto sobre cómo en la mayoría de las universidades la necesidad de financiación, junto con los debates suscitados por las feministas en torno a la coeducación, funcionaron como medidas de presión para que las mujeres fueran admitidas principalmente en estudios posgraduados. En 1896, los gerentes de Clark decidieron que las mujeres podían asistir a los cursos de doctorado como estudiantes especiales. Pero en

ningún caso en estudios de licenciatura. A partir de 1909 Hall se tuvo que replantear sus políticas sobre la admisión de mujeres y de forma progresiva la Universidad de Clark comenzó a reconocer oficialmente doctorados a mujeres. La Cámara de Comercio de Boston supeditaba la exención de impuestos a la promoción de la co-educación en Clark, y lo mismo ocurría con la financiación de la fundación Rockefeller. La necesidad de financiación y evitar llamar la atención de la opinión pública y de las feministas a consecuencia de las políticas discriminatorias, llevaron a Hall a promover de forma estratégica la construcción de un Departamento de Educación desde el *Child Bureau* que aunque excepcionalmente reconocía el título oficial de master a las mujeres, lo hacía desde los confines de un área que les era “natural” (Diehl, 1986): «Soy totalmente contrario a conceder a las mujeres el mínimo paso en el *College*... Por otro lado, en referencia al título de Doctor, del cual hemos otorgado una media de uno en diez años, me inclino a pensar que, si continuamos dejándolo abierto, nos libraré bastante de ser triturados por las feministas; y si lo cerramos nos privaría innecesariamente de posibles donaciones de mujeres que han sostenido en gran medida a la financiación de las universidades.» (Hall, 1909 en Diehl, 1986: 874).

En 1892 varios profesores del Departamento de Filosofía en Harvard - posteriormente dividido en psicología y filosofía-, incluyendo a William James, Hugo Münsterberg, Josiah Royce y George Herbert Palmer ya habían recibido informalmente a mujeres como estudiantes de doctorado. Habían admitido su asistencia no solo en sus clases, incluso en sus laboratorios, un privilegio del que se les había excluido hasta entonces. La primera en abrir camino fue Mary Whiton Calkins, que necesitaba formación en psicología experimental para posteriormente abrir un laboratorio en el *Wellesley College*. Calkins cubrió brillantemente todos los requisitos por los que tenían que pasar sus compañeros, pero a ella se le denegó el reconocimiento oficial del título de doctora por Harvard. Más tarde, en 1898, Ethel Puffer también pasó todos los exámenes “inusualmente bien calificada” para un Harvard PhD, pero la corporación una vez más se negó a concedérselo. El departamento le concedió un puesto de profesora ayudante -*teacher assistant*-, el primero concedido a una mujer y del que no debían estar precisamente orgullosos, ya que a las autoridades se les debió “olvidar” incluirlo en el catálogo oficial ante el miedo de que creara un peligroso precedente (Scarborough y Furumoto, 1987). Unos años más tarde, en 1902, la Corporación de Harvard decidió resolver la incómoda cuestión de la concesión de un PhD a mujeres constituyendo la *Radcliffe Graduate School*. Se

“solucionaba” así el problema ofreciendo el reconocimiento del título de doctoras a Calkins y a Puffer pero por Radcliffe, no por Harvard. De esta forma, el renombre y la reputación de la Universidad de Harvard permanecían intactos sin el desprestigio de nombres femeninos en sus catálogos. Puffer aceptó este “parche” burocrático. Calkins lo rechazó. Pocos manuales de historia de la psicología incluyen la injusta paradoja de que la que fuera elegida presidenta tanto de la *American Psychological Association* (1905) como de la *American Philosophical Association* (1918) –un mérito que solo consiguieron junto con ella William James y John Dewey- nunca llegara a conseguir su merecido título de doctora, muriendo mucho antes de que las políticas obstinadamente machistas de Harvard cambiaran en 1963 (Furumoto, 1979; Scarborough y Furumoto, 1987; Rossiter, 1992).

En 1878 la Universidad de Johns Hopkins, abierta en 1876, admitió a la brillante Christine Ladd -graduada en el *Vassar College* en ciencia y matemáticas- también en calidad de “estudiante especial” cuyo nombre no aparecería en el catálogo y cuyo caso no sentaría ningún precedente de cara a acciones futuras. Ni los gerentes ni su presidente, Daniel C. Gilman, estaban por la labor de admitir oficialmente a mujeres en estudios de doctorado. Pero a pesar de las políticas oficiales de exclusión, y al igual que en la Universidad de Harvard, a finales de 1870 y 1880 unas pocas mujeres consiguieron “colarse” en sus aulas, siempre admitidas como “estudiantes especiales”. También al igual que en Harvard a ninguna se le reconoció de forma oficial un doctorado a pesar de sus brillantes trabajos. No fue hasta 1907, 31 años después de que abriera la universidad, que el sucesor de Daniel C. Gilman, Ira Remsen –defensor público del sufragismo- reconoció oficialmente la admisión de mujeres. En la celebración del 50 aniversario de la Johns Hopkins se produjo un triste y al mismo tiempo deseado acontecimiento: después de muchos y agotadores enfrentamientos, en 1926, la universidad se “dignaba” a conceder el doctorado a Christine Ladd Franklin. Lo recibía a los 79 años, 44 años más tarde de haberlo obtenido al igual que el resto de sus compañeros varones (Scarborough y Furumoto, 1987; Rossiter, 1991; Furumoto, 1992a). Un año después, trece graduados por la Universidad de Harvard, la mayoría de ellos profesores de psicología en universidades de prestigio, presentaban una petición firmada a su presidente Abbott Lawrence Lowell, solicitando que la Corporación de Harvard se adaptara a los nuevos tiempos y reconociera a Mary Calkins el ya retrasado doctorado. La solicitud recibió la escueta respuesta de que “no existían razones suficientes” para la concesión oficial de su doctorado en Harvard (Scarborough y Furumoto, 1987; Rossiter, 1992).

MARY CALKINS Y LAS TOZUDAS POLÍTICAS DE LA UNIVERSIDAD DE HARVARD

Recorrer brevemente el proceso de formación de una de las pioneras psicólogas más eminentes, Mary Whiton Calkins, nos da una idea de las diferentes experiencias, situaciones, conflictos y decisiones por las que tuvieron que pasar aquellas mujeres que se atrevieron a ser pioneras profesionales de la ciencia. También nos permite conocer las resistencias históricas de algunas universidades hacia la incorporación plena de las mujeres a los estudios superiores, y el sistemático recurso de aceptar mujeres en calidad de “estudiantes especiales” para evitar precedentes oficiales.

Como la mayoría de las pioneras psicólogas, la carrera de Calkins está asociada a un *college* de mujeres, en este caso a Wellesley, que en 1875 recibía a su primera estudiante. Su fundador, Henry Fowle Durant, quiso que este *college* de mujeres se caracterizara por su compromiso con la ciencia experimental y sobre esa base en 1888 introdujo el nuevo campo de la psicología científica en su currículum. Teniendo en cuenta que el “mito de origen” de la institucionalización de la psicología data de 1875 en Alemania, se comprende la dificultad de poder encontrar en EEUU a 30 mujeres formadas en la incipiente disciplina para ocupar las posiciones que demandaba el Wellesley *College*. Se recurrió a una estrategia bastante innovadora: primero identificar a la persona adecuada, una buena profesora, y luego preocuparse por su formación para la docencia de determinadas materias. Solo así se explica que la persona “adecuada” a la que se ofreció la construcción y dirección del primer laboratorio de psicología en un *college* de mujeres, fuera una profesora de griego en Wellesley interesada en la filosofía.

Tras muchas dudas, Calkins aceptó la posición pero con el compromiso de pasar previamente un año entero de estudio en psicología. Ahora las dudas se centraban en dónde y cómo formarse para optimizar al máximo su año de preparación. En 1890 si un norteamericano quería estudiar la naciente disciplina de la psicología lo más probable es que se dirigiera a las prestigiosas universidades alemanas donde existían varios laboratorios psicológicos en activo. Pero como mujer, Calkins también tenía que preguntarse en qué universidades norteamericanas o europeas se permitiría su presencia para formarse. Calkins sabía que mujeres norteamericanas que habían hecho intentos de estudiar en universidades alemanas en el siglo XIX, habían experimentado exclusiones y situaciones frustrantes y

hostiles. Las cartas de compañeros describiendo la situación de las mujeres en Alemania tampoco ofrecían muchas esperanzas o indicios de cambio.

Además, como muchas mujeres de la época, Calkins siempre tuvo presente el “imperativo familiar”. Hermana mayor de cinco hermanos había asumido como su preocupación principal la responsabilidad y las obligaciones tanto del funcionamiento de la casa como del cuidado de sus padres, especialmente de su madre enferma. De ahí que la posibilidad de formarse cerca de su casa y de su familia prevaleciese sobre cualquier otra, por muy sugerente que fuera -parece haber evidencia de que al final recibió permiso para asistir a las clases de Wundt en Leipzig (Scarborough y Furumoto, 1987)-.

Enseñar “Psicología” en Wellesley implicaba establecer un laboratorio e impartir clases de psicología fisiológica. En EEUU antes de 1887 solo las universidades de Harvard y Johns Hopkins disfrutaban del privilegio de tener laboratorios psicológicos en funcionamiento –más tarde, en 1889, Clark y Pennsylvania construirían los suyos-. Pero no solo se trataba de la escasez de laboratorios, los propios estudios de doctorado en psicología todavía estaban en proceso de emergencia en los EEUU en la década de los 80. Michigan y Yale ofrecían alguna formación posgraduada en psicología, pero ninguna de las dos instituciones contaba con un laboratorio, con la agravante en el caso de Yale de negar la admisión de mujeres en los cursos de licenciatura *-undergraduate-*, uno de los cuales “Psicología fisiológica” impartido por George T. Ladd era imprescindible para la formación de Calkins.

En 1890 solo la Universidad de Harvard y la Universidad de Clark reunían las condiciones que buscaba Calkins, tenían laboratorios en funcionamiento, impartían estudios posgraduados en psicología y además estaban lo suficientemente cerca de su casa como para no tener que abandonar a su familia mientras se formaba. Solo existía un “pequeño” problema: ninguna de las dos permitía la presencia de mujeres. Harvard adoptó desde el principio una oposición inflexible ante la idea de la coeducación, aceptar a mujeres suponía un signo de desprestigio para la universidad. Ante las presiones y la inevitable presencia de mujeres que demandaban estudios superiores se creó en 1879 el “Anexo de Harvard”, un arreglo que evitaba la coeducación al mismo tiempo que complementaba el escaso salario de los profesores de Harvard. El Anexo no tenía una relación oficial con Harvard, se trataba de un sistema de enseñanza informal gracias al cual parte del profesorado repetía sus cursos y clases pero de forma privada a mujeres estudiantes. La primera vez que Calkins se aproximó a Harvard fue a través del Anexo, contactando con Josiah Royce, profesor del Departamento de Filosofía, para que le informara sobre los

cursos que planeaba ofrecer en el Anexo y pedirle una entrevista. En dicha entrevista, Josiah Royce propuso a Calkins no solo asistir a sus cursos en el Anexo, también participar formalmente en los seminarios de doctorado de filosofía y psicología impartidos por él y por William James en Harvard.

Royce y James apoyaron en todo momento que una futura profesora de psicología en un *college* de mujeres estudiara en su universidad. Pero cuando ambos consultaron su iniciativa a Charles W. Eliot, presidente por entonces de Harvard y defensor de la educación segregada por sexos, la propuesta fue firmemente rechazada: las políticas oficiales prohibían tajantemente la admisión de mujeres en cualquier curso. James se lo comunicó a Calkins tratando de justificar la rígida negativa de Eliot: «Parece muy fuerte. Pero se tiene que mantener firmemente en guardia, y supongo que la flexibilidad rápidamente produciría una ocupación no pretendida ni deseada de muchos de estos cursos superiores por mujeres... Cree en mi más sincero pesar por esta medida de nuestras autoridades.» (Carta a Calkins de 24 de Mayo de 1890, en Scarborough y Furumoto, 1987: 29).

Pero ni James ni Royce estaban dispuestos a ceder. James intentó de nuevo persuadir a Eliot, pero volvió a recibir una negativa: «He estado insistiendo al Presidente sobre el tema que tú ya sabes. Me ha dicho que los inspectores [*overseers*] están tan sensibles con el tema que no se atreve a tomar libertades. Recibió tal “tremenda bronca” de ellos hace no pocos años por pasar por alto un caso parecido, que ahora se siente presionado y tiene que ser estricto...Creo que en justicia para con él debes conocer estos hechos.» (Carta a Calkins de 29 de Mayo de 1890, en Furumoto, 1979: 350).

Finalmente fue el padre de Calkins -el reverendo Wolcott Calkins, un ministro evangélico de renombre- quien se presentó personalmente ante el presidente Eliot explicándole el caso particular de su hija solicitándole una excepción para con ella. La petición de su padre, con fecha de 1 de julio de 1890, fue presentada a la Corporación acompañada de una carta de apoyo de la presidenta del Wellesley *College*, Alice Freeman. En la carta se describía el caso particular de Calkins, minimizando el aspecto coeducativo y planteándolo en términos de una institución (Wellesley) solicitando un favor a otra (la Universidad de Harvard). Se trataba ante todo de convencer a las autoridades que conceder la petición no proporcionaría un precedente embarazoso que pudiera ser usado como argumento para la coeducación. Lo que se pedía era instrucción posgraduada y profesional para alguien que ya era miembro del profesorado de un *college*. En la petición se detallaba que no existía ninguna universidad donde pudiera encontrar formación ajustada a sus

necesidades especiales, donde pudiera estar cerca de su casa y asistir a cursos de formación en psicología.

Durante el verano, recibió cartas tanto de James como de Royce animándola y apoyándola. En una de ellas, James expresó más claramente su indignación con las políticas de exclusión a mujeres en Harvard: «Es abominable que se te excluya. –Suficiente para hacer de ti y de todas las mujeres terroristas dinamiteras. Espero y confío que tu solicitud rompa la barrera.» (30 de Julio de 1890, en Scarborough y Furumoto, 1987: 33). Aunque la petición de Wolcott Calkins, refrendada por el Wellesley *College*, no consiguió romper la barrera, al menos fue lo suficientemente persuasiva como para permitir una entrada “informal” de Calkins en Harvard en calidad de “estudiante especial”. El 1 de octubre de 1890 la Corporación votó la autorización para que Mary Calkins pudiera asistir gratuitamente durante ese año académico a un seminario sobre psicología fisiológica impartido por William James y a un seminario sobre Hegel con Royce. Para que no hubiera malos entendidos respecto al tema de la coeducación, la Corporación especificó que aceptando este privilegio Calkins no se convertiría en una estudiante oficial de la Universidad. Dos días después de la aceptación, James ya había escrito de nuevo a Calkins dándole la bienvenida a su seminario y explicándole el programa y horarios.

William James acababa de publicar *Los Principios de Psicología* y esos dos magnos tomos, explicados por su autor “cara a cara”, constituyeron la introducción de Calkins a la psicología. Los cuatro estudiantes que en principio se matricularon en el seminario de James lo abandonaron, no es muy arriesgado decir que probablemente la presencia de una mujer influyera en la decisión. Sea como fuere, el caso es que finalmente y a pesar de los obstáculos, Calkins se introdujo en la psicología de forma bastante impresionante, tutorizada por un hombre considerado por muchos como uno de los fundadores de la psicología:

«Empecé el estudio serio en psicología con William James. Desgraciadamente para ellos y afortunadamente para mí los otros miembros de su seminario en psicología abandonaron el curso en las primeras semanas de finales de 1890; y James y yo fuimos dejados... a ambos lados de una luz de biblioteca. *Los Principios de Psicología* estaban aún calientes de la imprenta; y mi estudio absorbo de esos brillantes, eruditos y provocativos volúmenes, interpretados por su escritor, fue mi introducción a la psicología.» (Calkins, 1930 en Scarborough y Furumoto, 1987: 36).

Pero a parte de los seminarios de James y Royce en Harvard, Calkins solicitó trabajar en el laboratorio de la Universidad de Clark presidida por G. Stanley Hall. Esta universidad que a finales de 1890 solo llevaba un año abierta, no comenzó a admitir oficialmente a mujeres hasta comienzos del nuevo siglo. Su benefactor y fundador Jonas Clark se oponía a la admisión de mujeres, y tras su muerte Stanley Hall se encargó de que se preservara su voluntad en este sentido. No obstante, a partir de 1896 comenzó a aceptarse de forma frecuente la presencia de mujeres en estudios posgraduados en calidad de estudiantes especiales y con instructores individuales. En 1890 Calkins ya había abierto el camino convirtiéndose en alumna privada del profesor en Clark Edmund C. Sanford, formándose con él en psicología de laboratorio. El apoyo y consejo de Sanford –primo de otra pionera psicóloga Milicent Shinn– no se limitó a su estancia en Clark, más tarde le ayudó a establecer el laboratorio en Wellesley. Tanto Sanford como James se convirtieron en instructores y consejeros en varios momentos de su vida, y los dos le animaron a publicar sus primeros trabajos. A finales de 1891 Calkins volvió a Wellesley para comenzar su nueva docencia en psicología y establecer el primer laboratorio en un *college* de mujeres.

Durante ese duro año en el que tuvo que enseñar por primera vez psicología fisiológica y dirigir el laboratorio, Calkins continuó buscando un lugar donde pudiera continuar perfeccionando su formación. Royce le aconsejó que solicitara admisión en la Universidad de Cornell donde recientemente se había abierto un laboratorio y donde no tendría problemas de exclusión por ser mujer. Sanford, por otro lado, le animó a pensar en la posibilidad de estudiar en Europa, insistiendo en que las oportunidades para las mujeres estaban creciendo y un PhD europeo era más prestigioso que en EEUU: «También vi el otro día en Harvard una fotografía de Münsterberg y su seminario –entre todos ¡había una mujer! Supongo que sería una estudiante, hay razones para pensar en ello... Están comenzando a despertar por allí, a mayor vergüenza de Johns Hopkins y Clark –es una vergüenza inefable que no puedas conseguir formación en nuestro propio país en instituciones que imparten estudios superiores.» (Sanford, Febrero de 1892, en Furumoto, 1979: 351). Pero misteriosamente James insistió en que retrasara su decisión sobre dónde estudiar al año siguiente. La explicación llegó pronto: a finales de 1892 Münsterberg había sido “fichado” por James firmando un contrato de tres años para llevar el laboratorio de Harvard. Calkins tuvo que sufrir de nuevo los trámites humillantes de Harvard y presentar por segunda vez una petición a las autoridades solicitando poder trabajar con Münsterberg en el laboratorio psicológico. Describió el trabajo que ya había realizado con Sanford y James y explicó la necesidad de continuar con su formación especialmente en un

laboratorio con amplios recursos. Münsterberg envió una carta suscribiendo su petición, y tomando especial cuidado en indicar que cuando trabajase en el laboratorio bajo su supervisión sería adecuadamente segregada de los estudiantes varones. Se trataba de evitar cualquier tipo de ansiedad por parte de las autoridades de Harvard respecto a la coeducación. Una vez más la Corporación decidió que podría asistir en calidad de “invitada” a las clases de laboratorio, pero no como una estudiante registrada oficialmente en la universidad. Durante 1893 y parte de 1894 Calkins simultaneó su trabajo en el laboratorio de Münsterberg con la docencia en Wellesley, y el siguiente curso académico 94-95 lo dedicó por entero a su formación en Harvard.

Münsterberg se convirtió así en profesor, mentor y consejero de Calkins durante muchos años. En octubre de 1894 envió una carta a las autoridades de Harvard preguntando si existía alguna posibilidad para que fuera admitida como candidata oficial para un PhD. Münsterberg no escatimó elogios sobre Calkins en dicha carta: «Respecto a su habilidad, puedo decir que es la mejor estudiante de todos los que han trabajado en el laboratorio en estos tres años. Sus publicaciones y su trabajo aquí no me dejan ninguna duda de que es superior también a todos los candidatos a un PhD de filosofía en los últimos años. Más que eso: es seguramente una de las mejores profesoras de psicología en este país... La asociación de un PhD de Harvard con el nombre de Calkins significaría no solo un honor merecido para ella, sobre todo un honor para el departamento de filosofía de la Universidad.» (Furumoto, 1979: 352). La Corporación no pareció opinar lo mismo y rechazó su propuesta. En la primavera de 1895, Calkins presentó su tesis en el departamento de filosofía de Harvard: *An Experimental Research on the Association of Ideas*. La tesis fue aprobada por los miembros del departamento, y tras un examen no oficial ni autorizado, pero equivalente en su naturaleza y método a los exámenes oficiales para el reconocimiento del título de doctor, enviaron un comunicado al presidente de Harvard donde señalaban por unanimidad que Calkins había satisfecho todos los requisitos para el título. No se le reconoció formalmente. James más tarde reconocería que fue el examen más brillante para un PhD que jamás habían tenido en Harvard.

Carta del Departamento de Filosofía de la Universidad de Harvard, comunicando a su Presidente los resultados del examen doctoral de Mary Whiton Calkins.

Universidad de Harvard, 29 de Mayo de 1895

A la atención de

El Presidente y los Gestores del Harvard *College*,

Por la presente el departamento de filosofía les hace saber que ha examinado informalmente a la Señorita Mary Whiton Calkins para el título de PhD.

Las razones para esta irregular medida son las siguientes. Durante un período más largo del requerido la Señorita Calkins, con el permiso de la Corporación, ha estado estudiando filosofía en Harvard, y ahora está preparada para presentarse al título de doctora. La única razón por la que no se ha presentado ha sido el hecho de que los trámites burocráticos para la concesión del título, o bien por Harvard o por Radcliffe, no están todavía completos. Probablemente en un año o dos algunos de estos trámites estarán terminados. Mientras tanto el profesor catedrático Münsterberg –con quien la Señorita Calkins ha conducido su investigación principal, la analizada en su tesis- nos deja. Obligarla a aplazar su examen la dejaría sin la presencia de su examinador más importante. En estas circunstancias al departamento le pareció razonable ofrecerle un examen informal y no autorizado –pero del mismo carácter y severidad que los regulares- para comunicarle el resultado a la Corporación, y dejar en sus manos decidir qué uso, si alguno, se debiera hacer de él en éste o en posteriores años.

De acuerdo con ello el departamento comunica que la Señorita Calkins presentó para su tesis “Una Investigación Experimental sobre la Asociación de Ideas”, un trabajo donde incorporaba los resultados de las investigaciones llevadas a cabo parcialmente en la Universidad de Clark, y durante dos años consecutivos en el Laboratorio de Psicología de Harvard. La comunicación contenía, además, una revisión de lo que ya se ha logrado en el mismo campo por otros investigadores. En el examen, que tuvo lugar el 28 de Mayo de 1895, ante la presencia de los Catedráticos Palmer, James, Royce, Münsterberg, Hanus y el Doctor Santayana, se votó por unanimidad que la Señorita Calkins satisfizo todos los requisitos habituales para el título.

El comité además votó incluir en el informe que a su juicio la inteligencia académica mostrada por la Señorita Calkins era excepcionalmente alta, en comparación con prácticamente todos los candidatos examinados hasta el momento para la graduación doctoral en este departamento.

Muy respetuosamente,

(Firmado) Josiah Royce, Director.
G. H. Palmer
Wm. James
G. Santayana
Hugo Münsterberg

Completados sus estudios, Calkins vuelve a Wellesley a finales de 1895 en calidad de profesora asociada de psicología y filosofía. Allí continuó enseñando, dirigiendo el laboratorio y publicando. En 1898 fue promocionada al rango de *professor* –catedrática-, mientras el reconocimiento oficial de su título permanecía sin resolver. Radcliffe *College* sustituyó en 1894 al antiguo Anexo de Harvard, constituyendo un nuevo ejemplo de *college* creado sobre la base de la discriminación sexual. Fue una forma de responder a la incesante demanda de mujeres que reclamaban oportunidades educativas en Harvard, mientras al mismo tiempo se evitaba la coeducación. A las estudiantes mujeres se les ofrecía una educación en Harvard, por profesores de Harvard pero en el Radcliffe *College* y reconocida con títulos de Radcliffe. A Calkins también se le ofreció el reconocimiento oficial de su doctorado pero por Radcliffe. Münsterberg escribió a Calkins tratando de convencerla para que lo aceptase y diera como causa perdida la posibilidad de un tratamiento justo para una mujer en Harvard. Calkins rechazó la oferta y escribió una carta a la decana de Radcliffe explicando sus razones. Deseaba aceptar el título porque sinceramente admiraba la profesionalidad de las otras compañeras recomendadas para el título y le gustaría compartirlo con ellas; porque pensaba que un título de Radcliffe sería percibido como equivalente a un título en Harvard; porque existía un vacío de oportunidades y Radcliffe se las ofrecía y dudaba que el reconocimiento de un doctorado por Harvard se abriría alguna vez para las mujeres. Sin embargo Calkins también tenía muy buenas razones para rechazar la propuesta del PhD por Radcliffe. Aceptarlo supondría reforzar la terca negación de Harvard a reconocer oficialmente los logros de mujeres que como ella habían realizado estudios de doctorado en sus departamentos desde 1890. No estaba dispuesta a participar en un engaño tan flagrante y decidió renunciar al PhD definitivamente.

Parece que la falta de un reconocimiento oficial del PhD no tuvo implicaciones o dificultades para su crecimiento profesional y sus logros académicos. Continuó enseñando en Wellesley hasta que se jubiló en 1929, publicando prolíficamente en filosofía y psicología -cuatro libros y cientos de artículos-. Su trabajo en psicología se concentró en la primera mitad de su carrera inventando la técnica de pares asociados; más adelante, liberada de la dirección del laboratorio psicológico de Wellesley, la filosofía se convertiría en su interés dominante. La mayor contribución de Calkins a la psicología fue una serie de estudios

sobre la “psicología del yo” (*self-psychology*) que desarrolló y defendió durante 30 años. Calkins se convirtió en la primera mujer elegida presidenta en dos sociedades profesionales nacionales: la APA en 1905 –la decimocuarta de ambos sexos- y la APhA en 1918. Murió sin que se le reconociera su título de doctora. En 1963, aproximadamente 75 años después de la incorporación de mujeres a las aulas de Harvard, las estudiantes graduadas se convertían por primera vez en posibles candidatas oficiales para un PhD por Harvard.

RESPUESTAS A LA AMENAZA DE FEMINIZACIÓN: SEGREGACIÓN SEXUAL Y DISCIPLINAR EN LA UNIVERSIDAD DE CHICAGO

En 1900 para los jóvenes –varones- de clase media los negocios representaban en general una oportunidad más atractiva que la educación superior. Para las mujeres blancas de clase media, en cambio, el mundo de la empresa permanecía cerrado y la universidad representaba una de las pocas instituciones abiertas que conducía a un empleo respetable: la enseñanza. En la medida en que diversas universidades coeducativas -sobre todo del oeste de EEUU- fueron abriendo y aceptando a mujeres generalmente por motivos de financiación, muchas jóvenes se lanzaron a la aventura de una carrera universitaria hasta entonces impensable para ellas. Pero las universidades no anticiparon el entusiasmo femenino por la educación superior y pronto “cundió el pánico” de la amenaza de feminización, el miedo de que sus prestigiosas universidades se convirtieran en “escuelas de mujeres”. Cuando la Universidad de Chicago abrió sus puertas en 1892, las mujeres comprendían el 40% de su alumnado de licenciatura. En 1902 el número sobrepasaba al de varones. La Universidad de Stanford, que había abierto sus puertas en el mismo tiempo que Chicago, experimentó la misma “avalancha” de matriculaciones femeninas. Su medida de contención fue congelar permanentemente en 500 el número de mujeres admitidas. En la Universidad de Wisconsin se encontraron con el mismo “problema” y hubo una fuerte reacción contra la coeducación. En el cambio de siglo, en universidades coeducativas como California, Illinois, Iowa, Michigan, Minnesota o Wisconsin el número de estudiantes mujeres igualaba o incluso a veces superaba al de varones. La coeducación que había salvado a muchas universidades de la insolvencia, ahora amenazaba con la inesperada condena del desprestigio y el estigma que representaba la feminización.

Solo este pánico a la feminización puede explicar que tras diez años de exitosa coeducación, en 1902 William Rainey Harper, entonces presidente de la Universidad de Chicago, construyera un *college junior* solo para mujeres, segregando así la educación universitaria en función del sexo. En opinión de Harper, solo la segregación podría contener esa indeseada “ola” de feminización. Los defensores de la medida de Harper enfatizaron que la coeducación tenía su justificación exclusivamente en las necesidades económicas. Resuelto este problema, ya no era necesaria la presencia de mujeres, o al menos no compartiendo enseñanza y profesorado con los estudiantes varones. Muchos de los profesores pro-segregación afirmaban además que la coeducación desanimaba a muchos estudiantes varones a ingresar en la Universidad de Chicago y el creciente número de mujeres empezaba a destruir sus esfuerzos en crear un prestigioso centro de investigación. Aunque defendían la educación de las mujeres y aplaudían su trabajo en la reforma social, pensaban que las “particularidades especiales” de las mujeres imponían una instrucción única y segregada de los varones (Rosenberg, 1982).

Pero los años de coeducación no fueron en vano y para una minoría de profesores en Chicago –entre ellos John Dewey, George H. Mead o Jane Addams- la medida de segregación constituía un error. De todos los jóvenes sociólogos y psicólogos que se opusieron a la segregación, la más combativa fue Marion Talbot, que movilizó una campaña para que fracasara la proposición de Harper. Aunque gran parte de su vida y de su trabajo se había desarrollado en un mundo de mujeres, Talbot dedicó muchos esfuerzos desde la *Association of Collegiate Alumnae* (ACA) y la Universidad en romper divisiones artificiales entre los sexos luchando por la igualdad de derechos para las estudiantes mujeres. Pero finalmente, en 1902 las fuerzas pro-segregación ganaron la batalla y se construyó un *college* separado para mujeres.

Una medida más sutil pero que también contribuyó al propósito de segregación sexual de Harper fue la segregación disciplinar a través de la especialización. La escasez de recursos en las universidades que abrieron en la década de 1890 imponía que disciplinas hoy consideradas independientes estuvieran organizadas en un único departamento. La Sociología incluía la Ciencia Sanitaria, y el departamento de Filosofía englobaba dentro de su área la Psicología y la Pedagogía. Durante una década, las fronteras disciplinarias permanecieron poco definidas, filósofos, psicólogos y antropólogos colaboraban y publicaban indistintamente en revistas procedentes de diferentes especialidades. Pero a medida que la Universidad de Chicago fue creciendo, la ambición profesional combinada

con la creencia de que la especialización era necesaria para el avance científico, llevó a una ruptura de los originales departamentos interdisciplinarios, colaborando a su vez con los defensores de la segregación sexual dentro de la universidad.

La especialización, y sobre todo la profesionalización, funcionaron perfectamente contrarrestando la “invasión” femenina de las universidades en el cambio de siglo. El presidente William Rainey Harper escindió de la Sociología las actividades de reforma y creó la escuela de Trabajo Social. Su fundación condujo a un progresivo distanciamiento entre mujeres reformadoras y académicos que desde la teoría social apoyaban su trabajo, estableciendo una distinción institucional entre una masculinizada sociología teórica, y su cara práctica, feminizada y desprestigiada. Una vez construida la distinción, *las* estudiantes, socializadas en la “ética del cuidado” e impelidas a las actividades de reforma, tendían a interesarse más por el trabajo social que por la sociología teórica.

EXCLUSIONES, FALTA DE RECONOCIMIENTO Y BARRERAS PROFESIONALES

«De particular importancia es conocer qué hacen las mujeres con un PhD en psicología. ¿Lo usan? ¿Está justificado el dinero invertido en su formación?» (Alice Bryan y Edwin Boring, 1947: 3).

En respuesta a Bryan y Boring se podría decir que las mujeres con un PhD hacían lo que podían, lo que las instituciones les permitían. Lo que no se preguntó Boring –a parte de “qué hacen los varones con un PhD, ¿lo utilizan?”- es por qué desperdiciar tanto talento de mujeres preparadas, y siguiendo su argumentación derrochar dinero invertido, negándoles la opción a una carrera profesional académica en casi todas las universidades. Lo que nos podríamos preguntar es qué opciones de carrera profesional estaban abiertas para las dos primeras generaciones de mujeres psicólogas, y con qué barreras psicosociales y concretamente institucionales se encontraron.

Cuando finalizaban su formación doctoral, algunas sin ni siquiera haber recibido un reconocimiento oficial, las pioneras psicólogas de nuevo experimentaban cómo se restringían sus oportunidades laborales en el ámbito académico, donde los *colleges* de mujeres y las *Normal Schools* -instituciones para la formación de profesores, de más bajo prestigio que el *college* o la universidad y cuyo alumnado era mayoritariamente femenino- constituían las únicas instituciones que empleaban a mujeres. Mujeres que como Washburn o Calkins alcanzaron la máxima distinción que un psicólogo puede lograr –ser presidentas de la *APA*- desarrollaron su carrera profesional dentro de *colleges* de mujeres –Vassar y Wellesley respectivamente-. Trabajar en estas instituciones implicaba importantes

limitaciones en la carrera profesional de psicólogas académicas: no solo la falta de reconocimiento y el desprestigio hacia lo que la “masculinizada” comunidad científica percibía como “escuelas femeninas”, también altas cargas docentes y “relacionales”, ausencia de estudios de doctorado, ausencia o escasez de recursos de laboratorio y falta de intercambio profesional y redes de apoyo –los colegios invisibles- con psicólogos varones.

Las principales universidades coeducativas y por supuesto las segregadas masculinas se negaron a contratar a mujeres como docentes. A veces empleaban a mujeres en calidad de *teacher assistant* evitando que se formalizara oficialmente su contrato, como fue el caso de Ethel Puffer en Harvard, o incluso sin pagarlas como la docencia de Ladd-Franklin en Columbia. Hubo excepciones como fue la de Naomi Norsworthy contratada como profesora ayudante en 1904 por la Universidad de Columbia; Kate Gordon que ejerció como profesora asociada en diferentes universidades hasta establecerse en la Universidad de California, donde a la edad de 56 años fue promocionada al grado de *professor*; o Lillian Jane Martín contratada en 1898 por la Universidad de Stanford, convirtiéndose en 1915 en la primera mujer psicóloga que dirigía un departamento en una universidad coeducativa. Las tres tuvieron la difícil experiencia de enseñar a alumnos en universidades coeducativas, Ladd-Franklin tuvo la “surrealista” experiencia de enseñar en una institución que no admitía a mujeres en sus clases, la Johns Hopkins: «Yo misma he tenido probablemente la experiencia única de enseñar durante tres años en una universidad donde se prohibía a mi propio sexo que atendiera a mis clases.» (Ladd Franklin, 1908: 144). Pero la presencia de *una* mujer como docente en universidades cuyo profesorado era exclusivamente masculino, no era siempre bien recibida y la labor de enseñanza no resultaba precisamente fácil o placentera. Naomi Norsworthy fue contratada como la primera mujer profesora ayudante en el *Teachers College* de Columbia, enseñando gran parte de las asignaturas impartidas en psicología, tanto de licenciatura como de doctorado, desempeñando además funciones de tutora-consejera de mujeres estudiantes y no pocas suplencias de su jefe de departamento, Edward Thorndike. Cuando esto ocurría tenía que soportar comentarios de estudiantes como: «¿Dónde está el profesor hoy? y ¿qué es esto en su lugar?. Yo no vine al *Teachers College* para ser enseñado por una niñaata.» (Scarborough y Furumoto, 1987: 193). Enseñar a estudiantes varones se convertía a veces en una experiencia tan desesperante y agotadora para esta tímida profesora, que como escribió en una carta a veces le entraban ganas de marcharse a enseñar a una escuela rural de algún pueblo perdido con tal de no encontrarse con estudiantes que una y otra vez se negaban a ser enseñados por una mujer (Scarborough y Furumoto, 1987).

Las psicólogas pioneras, a diferencia de sus compañeros varones, también tuvieron que enfrentarse al imperativo doméstico y familiar y sobre todo al “dilema carrera *versus* matrimonio”, ya que prácticamente ningún espacio académico –ni siquiera los *colleges* de mujeres- fue receptivo a contratar a mujeres casadas. La mayoría de las que optaron por el matrimonio terminaron ejerciendo en áreas de servicios sociales u otros ámbitos de la psicología aplicada, manteniendo en mayor o menor medida algún tipo de afiliación con las instituciones académicas. Con puestos marginales en la academia o nada reconocidos por la psicología “male-stream” –en los *colleges* de mujeres o en la psicología aplicada-, las contribuciones de mujeres pioneras no fueron reconocidas en la mayoría de los casos como merecedoras de formar parte del corpus psicológico. Tanto los *colleges* de mujeres, aislados de las influencias de colegios invisibles y redes de apoyo entre psicólogos, como las áreas de la psicología aplicada, restringían y alejaban a las mujeres profesionales del acceso a las formas normativas y canónicas de reconocimiento. Unos canales definidos y limitados fundamentalmente desde el entorno académico desde donde se definían los campos que eran y no eran psicológicos, susceptibles de admisión de publicaciones o financiación, o por último, de formar parte de la historia de la psicología.

¿DESPRESTIGIO DEL TRABAJO PRÁCTICO, DEL TRABAJO FEMENINO O DEL TRABAJO REALIZADO POR MUJERES? LAS MUJERES EN LA PSICOLOGÍA APLICADA

Bajo el título “Women in American Psychology”, Edwin G. Boring y Alice I. Bryan analizaron la situación de las mujeres en la psicología norteamericana y los factores que afectaban a sus carreras profesionales en varios artículos publicados en la década de los 40 en la *Psychological Bulletin* y en la *American Psychologist*. En 1951 Boring de nuevo, pero esta vez en solitario⁵⁰, escribió “The Woman Problem”, un artículo publicado en la *American*

⁵⁰ Los primeros trabajos históricos de Boring sobre la situación de las mujeres en la psicología norteamericana fueron escritos y publicados junto con Alice I. Bryan, psicóloga de la Universidad de Columbia, feminista y fundadora de la *Nacional Council of Women Psychologists* (Bryan y Boring, 1944 y 1947). Más tarde, Alice Bryan abandonaría su colaboración con Boring al no estar de acuerdo con muchas de sus interpretaciones sexistas sobre las discriminaciones que sufrían las mujeres en la academia (Rossiter, 1995). En su autobiografía describió su experiencia “subjetiva” no visible en el texto “objetivo”: «Como el propio Boring dice, no hubo desacuerdo respecto de los hallazgos de nuestras encuestas. Sin embargo, algunas de las conclusiones que Boring quería que señalásemos,

Psychologist donde abandonaba los análisis sobre factores situacionales para pasar a hablar del “problema de la mujer”, un problema que en opinión de Boring era la causa de que *la mujer* no alcanzara eminencia y prestigio en la psicología. En todos estos artículos se evidenciaba una idea constante: la división dentro de la psicología entre un grupo de prestigiosos *científicos* académicos dedicados a teorizar sobre generalidades y los profesionales aplicados o practicantes cuyo reconocimiento según los autores siempre sería local al concentrarse en lo personal e individual. Asociado con ello, la situación de las mujeres en la psicología parecía diferir entre un grupo y otro: las mujeres ocupaban la mayoría de los trabajos aplicados y muy pocos empleos en la academia; y el trabajo de las mujeres en estos ámbitos prácticos no había alcanzado el mismo grado de prestigio –ni de salarios– que el de los varones en la academia:

«Por término medio, las mujeres [psicólogas], casadas o solteras, cuando tienen un trabajo a tiempo completo, ganan de un 20% a un 40% menos que los varones (...) Es posible, sin embargo, que una buena parte de esta diferencia derive, no del hecho de que se paga menos a *mujeres* que a varones por el trabajo psicológico, sino del hecho de que el *trabajo de las mujeres* en psicología está peor pagado que el de los varones. El trabajo individual-personal, que las mujeres saben hacer bien y parece que les gusta hacer, no conduce inmediatamente al renombre, sin embargo los varones que generalmente consiguen eminencia investigando y escribiendo tratan con mayores generalizaciones y no con historias sobre casos individuales.» (Bryan y Boring, 1947: 11).

«El hecho es que, tomadas en su conjunto, las actividades de las mujeres en la psicología americana nunca han sido tan notables como las actividades de los varones» (Bryan y Boring, 1944: 448). Para Bryan y Boring esta situación estaba relacionada con el significado positivista de la *ciencia* –«esa bendita palabra *ciencia*, por el avance de la cual se fundó la APA» (1944: 448)– que la psicología recogió primariamente de la física y de la química y secundariamente de la biología. Para Boring, la palabra *ciencia* estaba necesariamente asociada con la teorización de generalidades, de leyes universales, y no con análisis particulares y situados. No solo eso, en la medida en que un psicólogo o psicóloga quisiera adquirir prestigio debía concentrarse en teorizaciones amplias: «el prestigio brota

especialmente sobre la naturaleza “admonitoria”, eran en mi opinión juicios de valor personales no justificados por nuestros hallazgos. Me alegró que Boring consecuentemente publicara su propio artículo porque ofrecía una oportunidad para cualquier lector interesado de comparar las visiones expresadas como su “verdad” con los datos de nuestros estudios.» (citado en Jill Morawski y Gail Agronick, 1991: 572). Por su parte, Boring escribiría en su autobiografía, *Psychologist at Large*, que debido a sus “sesgos feministas” Bryan no quiso suscribir los juicios personales de Boring como conclusiones conjuntas. Boring se lamentaba que el “equipo” se tuvo que retraer y presentar solo datos (Morawski y Agronick, 1991).

del poder y conduce a más poder, pero ningún tipo de poder es requerido para tratar con las pequeñas cosas» (Boring, 1951: 680). En su opinión, por muy prestigioso que fuera un psicólogo aplicado solo alcanzaría reconocimiento local y nunca sería incluido en los diccionarios de psicología⁵¹. El “problema de la mujer” para Boring consistía en que se concentraba en profesiones que se ocupan de lo particular y lo individual, con lo cual nunca alcanzaría prestigio. Más aún, en su opinión «las mujeres como grupo *prefieren* la clase de trabajos que de hecho tienen» (Bryan y Boring, 1947: 3. Énfasis añadido). Que eso fuera por naturaleza o por influencia cultural no se aventuraba a afirmarlo.

Lo que más llama la atención en estos artículos de Boring –en colaboración con Alice Bryan o en solitario- sobre la situación de las mujeres en la psicología, es la naturalización y el no cuestionamiento tanto de la definición de la ciencia psicológica desde la academia, como de las sistemáticas exclusiones de las mujeres en dicho ámbito. Boring era consciente del rechazo y las barreras que sufrían las mujeres en la academia y de las mayores facilidades que encontraban en los ámbitos aplicados, también reconoció que los comités de la APA no consideraban actividades relacionadas con los intereses “femeninos”. No obstante siguió sosteniendo que las mujeres tenían las profesiones que preferían –en un proceso de ajuste a su rol- y no se cuestionó la posibilidad de que el menor prestigio se pudiera deber a una desigualdad de oportunidades o al desprestigio, desvalorización y omisión de las actividades de las mujeres en la psicología, catalogadas como no científicas al realizarse fuera de una academia que las excluía.

Estando los puestos docentes y académicos ocupados casi totalmente por varones –salvo los *colleges* de mujeres, donde por otro lado las mujeres casadas veían restringida su entrada profesional-, muchas psicólogas ejercieron en trabajos profesionales prácticos (Scarborough y Furumoto, 1987). Los ámbitos aplicados donde encontraron trabajo las mujeres de la primera y segunda generación de psicólogas estaban mayoritariamente relacionados con el desarrollo y el bienestar infantil, la educación y la inteligencia –ese fue el caso de Thompson Woolley, Leta Stteter Hollingworth, Theodate Smith, Margaret Smith o las mujeres que estudiaron en la clínica psicológica de la Universidad de Pennsylvania establecida en 1896 por Lightner Witmer-. También consiguieron empleos como psicólogas en establecimientos penitenciarios y reformatorios –como fue el caso de Jessie Taft y Eleanor Rowland- o en el área de la psicología “vocacional” –entre ellas, Marion

⁵¹ La definición de la psicología desde la academia y exclusivamente como “ciencia pura” provocó que en 1937 un grupo de psicólogos aplicados reivindicara un lugar dentro de la psicología estableciendo la *American Association for Applied Psychology*. En esta reivindicación las voces de las mujeres fueron claramente discernibles.

Almira Bills, Elsie Oschirin Bregman, Lillian Moller Gilbreth y Mary Holmes Stevens Hayes (Laura L. Koppes, 1997)-. La persona de Mary Parker Follet merece una especial atención a este respecto. El carácter interdisciplinar del pensamiento de esta discípula de William James –y de otros profesores del Anexo de Harvard y de Radcliffe donde se graduó con *summa cum laude*- imposibilita clasificarla como psicóloga, si bien lo que ella denominó “la nueva psicología” fue una constante en sus escritos y conferencias. En 1896, a sus 28 años y como extensión de su tesis, Parker Follet publicó *The Speaker of the House of Representatives – El Orador del Congreso*- una obra donde utilizando documentos históricos y entrevistas analizó las estrategias retóricas más usuales y eficaces en el Congreso y que fue alabada por el propio Theodore Roosevelt. Tras el éxito de su libro abandonó la academia y tras veinte años de trabajo comunitario en centros sociales y vecinales en Boston, de cuya experiencia elaboró sus innovadoras tesis sobre la democracia, Mary Parker Follet se convirtió en una prestigiosa y solicitada asesora, primero de centros sociales y más tarde de economistas, políticos y hombres de negocios. Escribió dos nuevos libros, *The New State: Group Organization the Solution of Popular Government* en 1918 y *Creative experience* en 1924, junto con una serie de artículos que serán recopilados en *Dynamic Administration*. Sus teorías dinámicas, relacionales y situacionales sobre el liderazgo, sobre “el poder *con* versus el poder *sobre*”, la participación y los grupos, el enfoque integrativo para la negociación –de cuya enunciación fue pionera-, así como sus tesis sobre la democracia, fueron en su día alabadas y aplicadas en los ámbitos de la administración de empresas (Pauline Graham, 1995).

Muchas de las actividades de estas mujeres no han sido recogidas en los anales de la psicología, ni incluidas en directorios ampliamente utilizados como el *American Men of Science*. Por otro lado, probablemente solo una pequeña minoría de las “psicólogas” que trabajaban en ámbitos aplicados pertenecía a la APA, sobre todo si carecían de conexiones con el mundo académico –especialmente psicólogas casadas- o manejaban conocimientos interdisciplinarios lejos de las rigideces fronterizas de las disciplinas académicas. De esta forma, las principales fuentes de información seleccionadas habitualmente por los historiadores para identificar a varones y mujeres psicólogos/as recogían selectivamente la presencia de profesionales académicos pero suponían solo la punta del iceberg de las y los practicantes.

De este modo, la sobre-representación de mujeres en el ámbito de la psicología aplicada supuso la emergencia de una segregación de género en la psicología en la medida en que muchas mujeres encontraron empleos más fácilmente en estos ámbitos y sin la

hostilidad y el rechazo que experimentaron en la academia (Russo y Denmark, 1987; Furumoto, 1987). Este proceso de segregación –que se asemejaba a la segregación sexual producida como consecuencia de la división entre trabajo social y sociología- vino acompañado también de procesos de discriminación y desvalorización desde la academia de estos campos “feminizados”. Ello implicaba no solo el desprestigio, incluso la marginalización o la exclusión de los límites que demarcaban lo que era la psicología, también escasa financiación y menores salarios. Resulta difícil determinar si el desprestigio y la falta de reconocimiento de lo “particular” y lo “práctico” se debió a la definición de la psicología como ciencia pura sobre generalidades, o a la mayoritaria presencia “desprestigiadora” de mujeres ejerciendo en dichos ámbitos –o a la minoritaria presencia de varones-. En este sentido, la administración de tests de inteligencia que hasta la primera guerra mundial era percibida como una actividad feminizada y sin ningún reconocimiento, tras la contienda bélica y la actuación de los psicólogos varones en ella seleccionando reclutas, se convirtió en la “práctica psicológica” que de repente colocó a la psicología dentro del mapa de las ciencias en los EEUU. Antes de la guerra, pocos psicólogos varones se ganaban la vida en ámbitos aplicados fuera de las universidades. Recelosos de mantener el estatus de la psicología como disciplina académica y científica, estudiaban desde el santuario del laboratorio el funcionamiento de la mente o la conducta animal y humana. Mientras, mujeres brillantes doctoradas en psicología se alejaban parcial o totalmente de una academia que se negaba a contratarlas, y conseguían empleos como administradoras de tests mentales. Ese fue el caso de Leta Stetter Hollingworth que vio en su trabajo en la *Clearing House for Mental Defectives* una de las escasas oportunidades para desarrollar una carrera profesional a tiempo completo como mujer casada. Así, se convirtió en 1914 en la primera persona que ocupaba un puesto de psicología en la administración pública de Nueva York y en 1916 fue nombrada directora-jefa de psicología en el *Bellevue Hospital*. Cuando EEUU entró en guerra en 1916 pocos eran los psicólogos académicos con formación en la aplicación de tests mentales, sin embargo mujeres psicólogas como Hollingworth ya estaban familiarizadas con su uso y aplicación, fundamentalmente en contextos relacionados con el desarrollo infantil. No se acudió a ellas como posibles candidatas con experiencia para la aplicación de tests de inteligencia en la selección de reclutas. Psicólogos varones hasta entonces especializados en el comportamiento de chimpancés (Yerkes), de pollos y gatos (Thorndike) y ratas (Watson) ocuparon estos puestos. Después de la guerra, se instauraría de nuevo una división sexual entre creadoras de tests desde la academia y administradoras de tests en ámbitos educativos aplicados (Furumoto, 1987).

Tras la aplicación masiva de tests mentales durante la primera guerra mundial, la psicología aplicada se convirtió repentinamente en un campo prometedor. En 1917, en el 25 aniversario de la APA, Joseph Jastrow y Stanley Hall predijeron que el momento de la psicología práctica estaba llegando. Psicólogos como Cattell, Terman o Yerkes también anticiparon y apoyaron esta tendencia. Entre 1916 y 1938, el número de miembros de la APA en trabajos aplicados se multiplicó por veinte, de 24 a 694. Los psicólogos se encontraban aplicando sus saberes en el sistema educativo, en el ámbito industrial y colaborando en las políticas de restricción de la inmigración (Samelson, 1979). Por otro lado, Watson (1913) desde el conductismo se encargó de distinguir y marcar la hendidura entre una psicología *aplicada* hasta entonces desarrollada mayoritariamente por mujeres y la nueva psicología “*aplicable*” distanciada a su vez de la improductiva ciencia *pura* titcheneriana (González García, 1994). La psicología tal como la veía el conductista no podía ser “práctica” o “aplicada”, debía ser una psicología “aplicable” entendida como la conjunción entre una ciencia rigurosa y objetiva y un ciencia de utilidad práctica al servicio del control social (Watson, 1913). De esta forma, posiciones aparentemente opuestas hereditarias y conductistas convivieron dentro de la psicología como tecnologías de medición y ajuste del individuo al entorno, clasificando, seleccionando y modificando poblaciones de individuos. Complemento perfecto de lo que Foucault (1976/1995) denominaría poder disciplinario de cuerpos en instituciones y biopolítica de regulación y control de poblaciones. La psicología había encontrado su lugar en la sociedad al servicio del control social, el sueño de Cattell. De este modo, los servicios ofrecidos por los psicólogos se justificaban y legitimaban frente a la sociedad y sobre todo frente al estado y las entidades que ofrecían financiación, al ajustar individuos a las condiciones de vida impuestas por un nuevo modelo social militarizado e industrial que precisaba disciplina, orden, planificación y optimización de todos sus recursos, incluidos los humanos. El reconocimiento y financiación que obtuvieron estos programas “aplicables” después del “éxito” del *army testing program* –tanto desde posiciones hereditaristas y diferencialistas como desde posiciones conductistas- contrastaba con las dificultades de financiación que muchas mujeres psicólogas encontraron de cara a realizar sus investigaciones en ámbitos aplicados (Rossiter, 1992). Leta Stteter Hollingworth, por ejemplo, tuvo que hacer frente a la escasez de fondos institucionales aportando dinero personal en sus investigaciones sobre niños superdotados (Albert Poffenberger, 1940). Mientras, cuantiosos fondos estatales se invertían para seleccionar reclutas que fueran a la guerra y más tarde para políticas racistas de restricción de inmigración.

SOBRE CÓMO LA I GUERRA MUNDIAL BORRÓ A LAS MUJERES PSICÓLOGAS DEL MAPA DE LOS EEUU

En 1915 la etnóloga y feminista Elsie Clews Parsons había anticipado en un artículo en el *Scientific Monthly* titulado “Anti-Suffragists and the War” que en la guerra, al igual que en cualquier otra esfera de actividad pública, los varones no admitirían la “interferencia” o competición de las mujeres como trabajadoras oficiales, si bien aceptarían su asistencia como asistentes civiles. El análisis de Parsons resultó revelador del posterior olvido de mujeres psicólogas altamente cualificadas como posibles candidatas profesionales para los programas de aplicación masiva de tests mentales durante la I Guerra Mundial. Prácticamente todos los empleos en el *Army Psychological Testing Program* se destinaron a oficiales-académicos varones. La especialidad y la experiencia previa de la mayoría de estos improvisados oficiales-psicólogos, incluido el director del programa Robert Yerkes de la Universidad de Yale, estaban lejos de relacionarse con los tests mentales, una especialidad que en tiempos de paz se había convertido en una subdisciplina altamente feminizada y escasamente valorada.

Solo dos mujeres fueron empleadas en la amplia plantilla de psicólogos que trabajó en el Programa: Mabel Fernald y Margaret Cobb, ambas psicólogas del prestigioso y muy conservador Laboratorio de Higiene Social del *Bedford Hills Reformatory* en el Estado de Nueva York. Las dos fueron contratadas solamente en calidad de “assistants” o ayudantes. A ninguna del resto de 59 mujeres psicólogas listadas en la edición del *American Men of Science* de 1921, incluyendo a las ya eminentes Mary Calkins, Margaret Washburn, Helen Thompson Woolley, Leta S. Hollingworth o Grace Fernald -hermana de Mabel y directora durante casi una década del laboratorio psicológico en el *California State Normal College* (UCLA)-, se le solicitó colaboración en este proyecto que en palabras de Cattell “colocó a la psicología en el mapa de los EEUU” (Rossiter, 1992).

Queda la duda de si mujeres psicólogas como Woolley o Hollingworth hubieran aceptado participar en la contienda bélica y en qué términos lo hubieran hecho. Pero lo que sí se puede afirmar es que la exclusión de estas mujeres tuvo serias consecuencias, no solo para posteriores mujeres en la psicología, también para las políticas sociales del gobierno en el período conservador posbélico de los años 20 (Rossiter, 1992; Furumoto, 1987). Las repercusiones para las mujeres psicólogas de esta exclusión se comprenden en la medida en que los líderes científicos en el período posbélico, la mayoría de psicólogos del *National Research Council* por ejemplo, alcanzaron altos cargos profesionales a través de contactos en

Washington durante la guerra. Según la historiadora Margaret Rossiter (1992), la política del gobierno y la sociedad estadounidense también sufrieron la ausencia de cuidadosas aplicaciones de tests de inteligencia y de profesionales con conciencia social de la situación de grupos oprimidos como Woolley o Hollingworth. Resulta difícil pensar que tras años de experiencia hubieran cometido los mismos errores que se cometieron o que hubieran llegado a las mismas conclusiones racistas a las que llegaron Yerkes, Thorndike, Terman o Boring. Los hallazgos de estos profesionales contribuyeron a las políticas racistas y de restricción de la inmigración en EEUU y a otras políticas sociales conservadoras durante la siguiente década.

El historiador Franz Samelson (1979) ha analizado hasta qué punto la primera guerra mundial constituyó a la psicología como una ciencia empírica legítima a los ojos del resto de científicos y de la sociedad estadounidense en general. Samelson describe a su vez cómo la experiencia de guerra creó una red de contactos interpersonales entre los psicólogos que más tarde ocuparían posiciones claves en la APA y direcciones en prestigiosas universidades. A pesar de sus análisis ideológicos, obvia mencionar lo que significó la guerra para las mujeres que hasta entonces habían conseguido llegar a altos cargos, pero que tras la guerra se las marginó de las redes profesionales masculinas establecidas seleccionando y entrenando a reclutas (Furumoto, 1987).

BARRERAS INFORMALES: LOS *FACULTY CLUBS* Y LOS “EXPERIMENTALISTAS” DE TITCHENER

«Así fue como me encontré andando con extrema rapidez por un cuadro de hierba. Irguióse en el acto la silueta de un hombre para interceptarme el paso. Y al principio no comprendí que las gesticulaciones de un objeto de aspecto curioso, vestido de chaqué y camisa de etiqueta, iban dirigidas a mí. Su cara expresaba horror e indignación. El instinto más que la razón acudió en mi ayuda: era un bedel; yo era una mujer. Esto era el césped; allí estaba el sendero. Solo los “fellows” y los “scholars” pueden pisar el césped; la grava era el lugar que me correspondía (...).

Pero me encontraba ya ante la puerta que conduce a la biblioteca misma. Sin duda la abrí, pues instantáneamente surgió, como un ángel guardián, cortándome el paso con un revoloteo de ropajes negros en lugar de alas blancas, un caballero disgustado, plateado, amable, que en voz queda sintió comunicarme, haciéndome señal de retroceder, que no se admite a las señoras en la biblioteca más que acompañadas de un

“fellow” o provistas de una carta de presentación. (...) [Y pensé] en las puertas cerradas de la biblioteca; y pensé en lo desagradable que era que la dejaran a una fuera; y pensé que quizás es peor que la encerraran a una dentro; (...) y [pensé] en el efecto en la mente del escritor de la tradición y la falta de tradición.» (Virginia Woolf, 1928/1997: 9-10, 13 y 40).

Las diferentes exclusiones que desde el ámbito académico se ejercieron sobre las mujeres no se limitaron a barreras formales u oficiales. A veces las situaciones más humillantes por las que tenían que pasar tanto estudiantes como profesoras consagradas provenían de la reproducción de la segregación de esferas en los espacios informales. Un ejemplo de ello fueron los *faculty clubs*, entidades que se presentaban como representantes de toda la facultad pero que prohibían la entrada a mujeres. La exclusión de mujeres de estos *clubs* era importante ya que constituían los espacios donde se realizaban las principales actividades socio-académicas: mítines, cenas, recepciones a visitantes, etc. La obstinación segregacionista de estas organizaciones llegaba hasta tal absurdo que a veces se prohibía la entrada a las propias mujeres invitadas a dar conferencias (Rossiter, 1992). Pocas mujeres protestaron ante estas indignantes convenciones sociales a las que “no les quedaba más remedio que acostumbrarse” si no querían sufrir el rechazo de la comunidad académica y de los compañeros profesionales –como fue el caso de la siempre inconformista y militante Ladd-Franklin-. A este respecto, Margaret Rossiter (1992) narra un curioso incidente en el que la ya consagrada Margaret Washburn –a sus 63 años y con una presidencia de la APA en su currículum- se introdujo ¿por equivocación? ni más ni menos que en el *Harvard Faculty Club* con la consiguiente reprimenda de Boring:

«Edwin G. Boring nunca olvidó el hecho de que en 1934 Margaret Washburn de Vassar había insistido en cenar en el comedor solo para varones del *Harvard Faculty Club* en lugar de dirigirse, como él hubiera preferido, al reservado para mujeres. Era típico en aquel tiempo que se dedicaran varias cartas entre ellos para comentar el suceso. Finalmente Washburn explicó su conducta no como una explosión de protesta feminista sino como un simple error -se había perdido (...) y no se había sentido capaz de abandonar el lugar y marcharse. Boring, evidentemente aliviado, replicó con otra carta de respuesta: “Te he absuelto completamente del feminismo agresivo que momentáneamente te había atribuido”. Aunque Boring recordaría el incidente años después y lo volvería a mencionar a otras mujeres psicólogas, nunca pareció pensar que las reglas del club deberían ser cambiadas.» (Rossiter, 1992: 215).

El club informal de psicólogos experimentales creado por Titchener en 1904 fue quizá el ejemplo más flagrante de exclusión a mujeres y el que a largo plazo tuvo mayores repercusiones desfavorables para las futuras generaciones de mujeres psicólogas. Sus obstinadas políticas de exclusión alejaron durante 25 años a las mujeres de un recurso muy importante para avanzar en sus carreras como científicas. «Titchener ambicionaba crear un club informal de psicólogos experimentales, una reunión anual con los jefes de los laboratorios, que llevaran consigo a los estudiantes de doctorado más prometedores. Quería comunicaciones orales que pudieran ser interrumpidas, que se pudieran discutir y criticar, en una sala para fumadores y sin mujeres presentes –ya que en 1904, cuando se fundó el club de los Experimentalistas, se consideraba a las mujeres demasiado puras para fumar.» (Boring, 1967: 315). En la medida en que el grupo de Titchener discutía y criticaba las últimas investigaciones en el campo experimental y desarrollaba e intercambiaba ideas sobre posteriores trabajos, participar en sus mítines era considerado como una experiencia muy beneficiosa así como un honor. Pero parece que a Titchener le resultaba “visceralmente” imposible ver a las mujeres como colegas genuinas o disfrutar libremente de la compañía de sus colegas ante la presencia femenina:

«Durante muchos años quería un club experimental –sin oficialismos, los hombres moviéndose de un lado a otro, portando [aparatos], el laboratorio anfitrión para trabajar, sin mujeres, que se pudiera fumar, lleno de críticas y discusiones totalmente francas, la atmósfera experimental perfecta, los jóvenes considerados en igualdad con los veteranos.» (Carta de Titchener a Münsterberg en 1904, en Boring, 1967: 317).

Se han aportado diferentes razones por las que Titchener quería una asociación informal alternativa a la APA. Boring (1967) explica que estaba resentido con la APA por no haber castigado suficientemente a E. W. Scripture tras un incidente en el que éste le plagió unas traducciones de Wundt. Según Boring, Titchener quería una sociedad informal en la que «no tuviera que encontrarse con E. W. Scripture, su fuente de vejación.» (1967:316). Rossiter (1992) nos habla de razones menos personales relacionadas con los contenidos y con el formato de los mítines anuales de la APA. Para Titchener la verdadera psicología era la introspección pura y en ese sentido la APA se había convertido en una asociación poco experimental. A su juicio, la asociación oficial de psicólogos se estaba “perdiendo” incluyendo temas filosóficos, tests mentales, estudios sobre el desarrollo infantil, la psicología anormal o la psicología animal. Temas que hasta su muerte serían tan rígidamente vetados en “los Experimentalistas” como la presencia de mujeres. Un hecho que Boring describió a su manera poniendo en un mismo plano a animales y a mujeres para

referirse a dos cuestiones diferentes, la exclusión de la psicología animal como contenido u objeto de conocimiento y la exclusión de mujeres como sujetos de conocimiento. Al final, se admitiría antes la psicología animal como contenido experimental que la presencia de mujeres:

«En este sentido podemos ver cuándo y por qué tanto mujeres como animales fueron excluidos de la atención del club. (...) Las comunicaciones sobre el comportamiento animal fueron tabú, y cuando Los Experimentalistas se reorganizaron en 1929 en la Sociedad de Psicólogos Experimentales, *se dio explícitamente libertad de entrada tanto a animales como a mujeres, primero a los animales, pero luego enseguida a las mujeres*. El cambio cultural parece tan persistentemente resistente a la impaciencia individual que es tranquilizador comparar 1904, cuando se suponía que las mujeres no estaban a prueba de humos de cigarrillos y los animales, en el caso de ser conscientes, eran incapaces de mostrarlo, con 1929 cuando estos dos cambios estaban ya asumidos, y con 1967, cuando ratas, palomas y primates ocupaban, se puede decir, la atención principal de los experimentalistas, y cuando las mujeres se habían infiltrado completamente en la psicología, evitando el laboratorio muchas de ellas, debido simplemente a que la naturaleza les ha dado los genes sociotrópicos [*genes of the sociotrope*].» (Boring, 1967: 321. Énfasis añadido).

¿Cuáles fueron las respuestas tanto de psicólogos como de psicólogas a la concepción de una asociación informal de élite de psicólogos experimentales que negaba la presencia a mujeres eminentes en dicho campo? Se podría decir que la actitud general de los psicólogos fue “la callada por respuesta”. Aunque algunos estaban personalmente en desacuerdo con las políticas de exclusión a mujeres, en general estas prácticas -como en el caso de los *faculty clubs* que prohibían la entrada a mujeres- estaban ampliamente toleradas, y no existía una concienciación suficientemente politizada sobre el tema como para protestar o enfrentarse a Titchener. De hecho, de los artículos de Boring, miembro constante del club, se deduce más bien lo contrario, que los experimentalistas pusieron bastante esfuerzo en impedir los intentos de mujeres de participar en el grupo. El “espíritu de Harvard” y el orgullo masculino asociado al prestigio de una asociación, camuflados con excusas de humo de cigarrillos, impidieron de nuevo que las mujeres participaran en un espacio que aunque informal era crucial para su integración en la psicología experimental. De las escasas referencias a la exclusión de mujeres, existe una carta a Titchener de E.C.Sanford, primo de Millicent Shinn y amigo y colaborador de Calkins, donde argumentaba que las mujeres se podían sentir heridas, y respecto a la excusa de fumar contestaba que se les podía dar la opción de elegir si asistir o no siempre y cuando supieran que estarían en una atmósfera

cargada de humo. No obstante, Sanford también hacía referencia a la mayor libertad de espacios puramente masculinos (Rossiter, 1992). Boring (1938, 1967) también recoge dos incidentes relacionados con la prohibición de la presencia de mujeres. El primer episodio implicó a James Rowland Angell, profesor de la Universidad de Chicago y defensor público de la igualdad de oportunidades para las mujeres. Aunque Angell fue invitado a la primera reunión del club en 1904, no asistió y en su lugar envió una comunicación escrita por una mujer, su estudiante de doctorado Matilde Castro. En la reunión simplemente se leyó el título de la comunicación: «se pensó que una comunicación escrita por una mujer no podía ser rigurosamente comunicada en una sala de fumadores.» (Boring, 1967: 318). En otro incidente, un profesor invitado de un *college* de mujeres llevó por error a varias de sus estudiantes a asistir a una reunión: «Leuba vino con varias chicas [de Bryn Mawr], a quienes enseguida les hicimos salir; fue un claro malentendido.» (Carta de Titchener a Münsterberg, 1908, en Boring, 1967: 319).

Mientras los psicólogos varones expresaron pocas objeciones y ofrecieron más bien nula resistencia a la política excluyente de Titchener, las respuestas de las mujeres variaron, pero en general, salvo Ladd-Franklin y algunos intentos de jóvenes estudiantes de doctorado, se resignaron a la situación. Boring describe el episodio en el mitin de 1911 cuando dos estudiantes, una de ellas su futura mujer Lucy Day Boring entonces PhD de Cornell, se atrevieron a escuchar a escondidas: «La que se convertiría en mi esposa y Mabel Goudge a escondidas y en una habitación continua con la puerta entornada intentaron oír a qué se parecía la psicología masculina íntegra [*unexpurgated*]. (...) La historia de que en una ocasión dos mujeres estudiantes graduadas ocultas debajo de una mesa (...) se escondieron mientras los Experimentalistas estaban allí, nunca ha sido verificada. Debe representar más un deseo no conseguido.» (Boring, 1967: 322).

Pero si jóvenes todavía estudiantes podían haber utilizado estas tácticas, psicólogas ya consagradas como Calkins, Washburn o Ladd-Franklin no tenían ya edad y les sobraba experiencia profesional como para tener que esconderse. De las tres, la única que se enfrentó públicamente con las políticas sexistas de Titchener fue Ladd-Franklin. Cuando se creó la asociación en 1904 Ladd-Franklin, mayor que Calkins y Washburn y 20 años mayor que Titchener, era ya una autoridad internacionalmente reconocida en el campo de la visión⁵². De las tres, fue con diferencia la más militante y la mayor defensora pública de los derechos de las mujeres, más asertiva en sus comportamientos y menos pegada a los ideales

⁵² Es significativo a este respecto que en el primer número de la *American Journal of Psychology* ya estuviera presente un artículo de Ladd-Franklin con sus investigaciones sobre psicología experimental.

de comportamiento femenino victoriano. Margaret Washburn tenía quizá mayores razones para sentirse ofendida por las políticas de exclusión de Titchener. No solo fue su primera estudiante doctorada y posteriormente una científica reconocida en el campo de la psicología experimental, sino que llegó a convertirse en la segunda mujer elegida para la prestigiosa *National Academy of Sciences*. Pero aparentemente Washburn no protestó públicamente por las discriminaciones del que fue su mentor, quizá porque estaba acostumbrada a sus formas. Es significativo, sin embargo, que tras la muerte de Titchener, rechazase una propuesta para escribir un obituario en su memoria argumentando que no sentía ni admiración ni simpatía por su persona (Rossiter, 1992). La postura de Calkins, que hacia 1904 estaba más preocupada por temas filosóficos que por la psicología experimental, fue también de resignación. Se sentía incapaz de juntarse con el resto de mujeres psicólogas para una cruzada pública contra Titchener. En el verano de 1912 después del mitin en Clark, expresó su postura a Ladd-Franklin:

«Respecto a los psicólogos experimentales: estoy de acuerdo contigo en cuanto a su actitud hacia las mujeres. De hecho, he hablado sobre el tema en varias ocasiones con Dr. Titchener y Dr. Münsterberg (este último creo que estaría a favor de nuestra entrada). Me siento más libre para hablar porque no me considero ya una experimentalista: pero tú, Miss Gamble, Miss Washburn, Miss Cook, y otras deberían por supuesto ser invitadas. Al mismo tiempo dudo de la sabiduría de una protesta pública por parte de aquéllas que han sido excluidas. Parece ser una cuestión secundaria suficientemente para ser dejada al paso del tiempo o a protestas desde dentro.» (en Scarborough y Furumoto, 1987: 128).

Pero para Ladd-Franklin, feminista y dedicada por entero a la psicología experimental, no se trataba de una cuestión secundaria, ni mucho menos que debiera dejarse al paso del tiempo o a la espera de que defensores de las mujeres dentro de los experimentalistas cambiaran las cosas. Ladd-Franklin intentó en varias ocasiones ser admitida en las reuniones con diferentes tácticas y hasta tal punto que sus propuestas llegaron a percibirse con un cierto pánico entre los miembros del club. En 1912 comenzó su correspondencia con Titchener proponiéndole su asistencia para aportar al club sus investigaciones. Ante la negativa, Ladd-Franklin le escribió una carta de incredulidad ante semejante vejación para con las mujeres: «Me asombra saber que -en estos tiempos- estás todavía excluyendo a las mujeres de tus reuniones de los psicólogos experimentales. ¡Es una postura tan primitiva!» (en Scarborough y Furumoto, 1987: 124). Pero el enfado de Ladd-Franklin fue mucho mayor en 1914 cuando se enteró que los experimentalistas iban a

reunirse en la Universidad de Columbia, donde ella impartía clases, y probablemente se hablaría de su especialidad: la teoría del color. De nuevo escribió a Titchener:

«Ten a tus fumadores separados si quieres (aunque yo siempre fumo cuando estoy en una sociedad elegante) pero una reunión científica (aunque personal) es un asunto público necesariamente y... y no tienes derecho a dejar fuera una clase de trabajadoras sin un extra de descortesía. Suponte que fueras a excluir a judíos o japoneses porque te fueran personalmente desagradables. ¿No serías considerado despreciable + *bonne?* ~~Tales cosas no pueden ser tratadas como asuntos personales privados.~~» (en Rossiter, 1992: 280). Ante el silencio de Titchener, Ladd-Franklin le envió una segunda carta reiterando de nuevo sus críticas y su enfado:

«¿Es este un buen momento, mi querido profesor Titchener, para sostener la actitud medieval de no admitirme a la próxima conferencia psicológica en Nueva York —a las puertas de mi casa? ¡Tan inconsciente, tan inmoral, -peor que eso-, tan acientífico. (Tengo un buen artículo en marcha sobre el tema para *Nation*). Tanto la APA como la APhA llevan admitiendo desde hace tiempo a mujeres en salas de fumadores y en cualquier cosa. (Yo fumo —estaría pasada de moda si no lo hiciera. Ya no es necesaria ninguna separación entre los sexos por este motivo). Solo su pequeña organización de agudo pensamiento y discusión (¡que parece estar tan tristemente dominada por usted!) que todavía promete. ¡Tan medieval! -¡Tal indignidad!» (en Rossiter, 1992: 280).

Pero tampoco esta segunda reprimenda tuvo éxito. Al final Ladd-Franklin intentó otra táctica sugerida por Mary Calkins: solicitar a James McKeen Cattell, el anfitrión de la reunión, que la invitara como su huésped. Cattell aceptó, y aunque se consideró que había invadido el sagrado espacio de las sesiones masculinas, ningún miembro de los experimentalistas se atrevió a decirle nada mientras se discutía sobre las teorías del color, la especialidad en la cual era una autoridad internacional (Boring, 1967). Sin embargo, no dejó de ser un incidente anecdótico, nunca más Titchener permitió entrar a otra mujer en sus reuniones.

No se puede decir que las amenazas de Ladd-Franklin no afectaran a Titchener, que antes del mitin en Columbia escribió a Yerkes su temor a que consiguiera disolver el grupo: «¡Quizá lo mejor sea desintegrarse! He sido acosado por los abusos de Ladd-Franklin por no tener mujeres en las reuniones, y amenaza con hacer varias escenas en persona y en prensa. Posiblemente consiga deshacer el grupo, y nos obligue a encontrarnos -como conejos- en algún oscuro lugar clandestino.» (Scarborough y Furumoto, 1987: 126). Quizá sea Boring quien mejor describió el pánico y el odio que las actuaciones asertivas de Ladd-

Franklin suscitaban entre los experimentalistas: «Durante muchos años Mrs. Ladd-Franklin, armada con su teoría del color, invadió laboratorios, se apoderó del despacho del director, tenía a las estudiantes de doctorado haciéndose la manicura de las uñas, e insistía que todo el mundo conocería sus argumentos sobre su teoría genética del color. Los directores huían, resguardados en sus casas hasta que oían que la costa estaba despejada otra vez, pero en Columbia consiguió entrar dentro de una sesión de los Experimentalistas y la historia es que se la mantuvo fuera de las reuniones en otra ocasión siendo cuidadosamente encerrada en una habitación diferente junto con Poffenberger, su audiencia cautiva para la ocasión.» (Boring, 1967: 322).

Después de la muerte de Titchener en 1928 el grupo se reorganizó y en 1929 eligió a sus dos primeras mujeres miembros: June Etta Downey de la Universidad de Wyoming y Margaret Floy Washburn de Vassar, ambas de reconocido prestigio en la psicología experimental y sobre todo ambas sin antecedentes conflictivos en la historia del club de Titchener. Calkins no estaba incluida posiblemente porque en ese momento sus intereses se concentraron en la filosofía y la psicología del *self*, alejada ya de la psicología experimental de laboratorio. Los motivos por los que no se eligió a Ladd-Franklin, aunque mayor de edad todavía incansablemente activa en la psicología, parecen evidentes: demasiados años de protestas. En 1931, Washburn consiguió lo impensable: tras 25 años de exclusión de mujeres la Sociedad de Psicólogos Experimentales visitaba y hacía su mitin anual en un *college* de mujeres, Vassar. ¡Si Titchener levantara la cabeza!

Pero el daño ya estaba hecho. Las consecuencias de la sistemática exclusión de mujeres experimentalistas del club de Titchener les privó durante un cuarto de siglo de contactos y redes informales con psicólogos prestigiosos en el campo, de cuya presencia sí se aprovecharon los jóvenes estudiantes que fueron introducidos en las reuniones. Fue precisamente en estos mítines informales que el entonces joven estudiante J.B.Watson llamó la atención a Titchener y a otros psicólogos ya consagrados (Scarborough y Furumoto, 1987). Ninguna prometedora estudiante experimentalista pudo darse a conocer –y dar a conocer su trabajo– en estas reuniones. En lo sucesivo la presencia de mujeres estaría infra-representada en la Sociedad de Psicólogos Experimentales. A pesar de la pequeña “victoria” de Washburn en Vassar, durante toda la década de los 30 no se volvió a elegir a ninguna mujer como miembro del club. En 1947, 20 años después de la muerte de Titchener, la foto de la Sociedad mostraba un grupo de 39 psicólogos, todos ellos varones, manteniendo así perfectamente la idea original de su fundador (Scarborough y Furumoto, 1987). Las mujeres estudiantes de psicología –cuya presencia aumentaba progresivamente

en las universidades- terminaban desplazándose a empleos relacionados con la psicología clínica, poco dispuestas a emprender una carrera académica dedicada a la investigación experimental. La explicación de la ausencia de mujeres en la Sociedad de Psicólogos Experimentales va más allá de los “genes sociotrópicos” postulados por Boring (1967). Aparte de las barreras formales e informales con las que muchas mujeres se encontraban si querían ejercer una carrera académica, también pudieron influir sesgos en el procedimiento de elección, o bien que las mujeres psicólogas no se sintieran atraídas por una Sociedad altamente masculinizada con una historia de vejaciones a mujeres, o bien que años de exclusión hubieran de hecho paralizado los avances y logros de mujeres en la psicología experimental.

El éxito de la primera generación de mujeres experimentales con Washburn, Ladd-Franklin o Calkins a la cabeza no encontró sucesión y fue bloqueado en parte como consecuencia de su sistemática exclusión del club de Titchener y más tarde de los programas de participación de psicólogos durante la guerra. De hecho, no es casual que en plena sesión de los Experimentalistas -en 1917, coincidiendo con el día que EEUU entró en guerra con Alemania- se decidiera a propuesta de Yerkes la implicación de *los* psicólogos en el esfuerzo bélico (Boring, 1967).

BARRERAS INTERPERSONALES Y SUBJETIVAS

LA ANTINOMIA “MATRIMONIO O CARRERA”

«Y la inhibición fundamental que todavía funciona para suprimir el poder de las mujeres es la persistente alternativa viciosa, matrimonio *o* carrera –vida personal completa *versus* el camino de la realización.» (Ethel Puffer Howes, 1922: 444).

La introducción del sistema de producción industrial y capitalista imponía para su reproducción una división de esferas entre el ámbito doméstico –fundamentalmente la familia con sus funciones de reproducción, consumo y cuidado de relaciones personales- y el mundo laboral asalariado y público. Esta división estuvo atravesada por la división sexual naturalizando y por lo tanto prescribiendo de forma hegemónica los espacios apropiados para varones –los espacios públicos- y los espacios apropiados para mujeres –el ámbito doméstico con sus funciones “naturales” –inexorablemente atadas a su biología reproductora- de esposas y de madres. Los diferentes dispositivos de “naturalización” de la división sexual del trabajo fueron también interiorizados por mujeres que fueron pioneras en tener una formación universitaria completa y deseaban emprender una carrera profesional en la psicología. De este modo, a parte de tener que enfrentarse a barreras institucionales y a expectativas y sanciones sociales sobre el “pueden” o “deben”, otro factor diferenció su situación respecto a la de sus compañeros psicólogos varones: los conflictos subjetivos e interpersonales a los que muchas se tuvieron que enfrentar derivados de la encrucijada o dilema vital “matrimonio *versus* carrera”, la “elección intolerable”, la “persistente alternativa viciosa” (Howes, 1922).

Si para los varones psicólogos el matrimonio representaba un estado vital que contribuía a su éxito profesional, para las mujeres representaba todo lo contrario, llegando a convertirse en una incompatibilidad, en una “antinomia” (Howes, 1922). El matrimonio significó para muchas mujeres que habían luchado frente a todo tipo de barreras para conseguir su PhD y ansiaban una carrera profesional académica, claudicar y ver cómo sus oportunidades se veían truncadas de cuajo. De repente tenían que enfrentarse a un nuevo estilo de vida centrado en las actividades domésticas, compatibilizadas en mayor o menor medida con otros empleos temporales fuera de la academia. Las mujeres psicólogas que

optaron por casarse se tuvieron que enfrentar a una doble discriminación, lo que Ethel Puffer Howes denominó una conspiración del silencio que las obligaba a abandonar sus carreras profesionales. La incompatibilidad que convertía a matrimonio y carrera en una contradicción derivaba de múltiples resistencias: por un lado, de políticas institucionales académicas que se negaban a contratar a mujeres casadas, incluso desde los *colleges* de mujeres⁵³; por otro lado, las propias normas sociales que naturalizaban las responsabilidades domésticas y maternas de la mujer casada como un *hecho* incuestionable y que eran interiorizadas tanto por maridos como por las propias mujeres; derivado de ello, la supeditación tras el matrimonio de la propia profesión a la carrera de sus maridos, que se convertía en prioritaria obligando en muchos casos a traslados y dificultades de continuidad laboral; por último, y quizá más importante, la imposibilidad de concentración plena y la falta de tiempo para una dedicación completa a la psicología que implicaba la doble jornada laboral. Como señaló Virginia Woolf, la ausencia de una habitación propia sin interrupciones ni preocupaciones domésticas: «Una mujer que escribía tenía que hacerlo en la sala de estar común. Y como lamentó con tanta vehemencia Miss Nightingale, “las mujeres nunca disponían de media hora... que pudieran llamar suya”. Siempre las interrumpían.» (Woolf, 1928/1997: 111). Ethel Puffer Howes, pionera psicóloga que vio cómo su brillante carrera se truncó tras su matrimonio, subrayó la falta de concentración necesaria para una dedicación profesional como una de las principales causas de la antinomia carrera-matrimonio:

«Es verdad que se han reducido horas de trabajo y fatiga física del ama de casa; pero la *cantidad* de trabajo en la casa no es el problema de la mujer que, estamos suponiendo, va a entrar en una carrera profesional. *Es la posibilidad de concentración mental, de dedicación intensiva constante, de libertad de cuidados irrelevantes e interrupciones*, lo cual, y cualquier varón profesional lo sabe, es una necesidad fundamental si se quiere alcanzar el éxito. No necesitamos *Cándida* para explicar lo que toda mujer conoce, la cantidad de disposiciones, protecciones, defensas subterráneas, que requiere la carrera ordinaria –para hombres. Esto, el derecho a concentrarse como una necesidad, ninguna mujer joven casada, que comparte una casa con su marido, puede hoy en día comandar.» (Howes, 1922: 446. Énfasis añadido).

Boring (1947, 1951) recogió en varias ocasiones la situación de las mujeres casadas en la psicología, describiendo lo que a su juicio era un conflicto inevitable entre el éxito profesional y el éxito como una mujer de familia: las madres profesionales tienen el agravio

⁵³ Una excepción fueron las políticas del Bryn Mawr *College* cuya presidenta Martha Carey Thomas estaba concienciada con el problema de las mujeres casadas y ofreció ayudas para que pudieran continuar con su profesión después del matrimonio (Howes, 1922).

respecto a sus compañeros de que la tradición les confiere mayor responsabilidad de los cuidados domésticos y maternales. Y el tiempo limitado es uno de los factores que previenen el éxito profesional. «Si elige menor concentración en el trabajo de cara a ser una persona más completa, una mejor esposa o una mejor madre, quizá entonces esté eligiendo sabiamente pero no está eligiendo el éxito profesional máximo del cual sería capaz. Está en competición con fanáticos –la gente 168 horas- y mejor sería que aceptara ese trozo de realismo sobre la concentración en el trabajo.» (Boring, 1951: 681). La dedicación “fanática” a la profesión parecía estar solo a disposición de varones casados o solteros y de mujeres solteras: no es casual que Calkins y Washburn, las dos únicas mujeres que consiguieron la presidencia de la APA hasta 1970, no dependieron de ataduras conyugales o maternales.

Boring analizó en sus artículos la diferencia que marcaba el matrimonio para varones y mujeres en la academia. Mientras la vida conyugal ayudaba a los varones profesionalmente, las carreras de las mujeres se veían frenadas por las responsabilidades de un matrimonio sin hijos y mucho más con la maternidad (Boring, 1947). A diferencia de las mujeres, la mayoría de psicólogos académicos estaban casados y como él mismo reconoció «un hombre casado generalmente trata que su matrimonio contribuya a su éxito y prestigio. La mayoría de las mujeres casadas no reciben el mismo apoyo profesional de sus maridos (...) En general, el matrimonio no es una ventaja para la mayoría de las mujeres psicólogas ambiciosas en el ámbito profesional.» (Boring, 1951: 681-682). Pero mientras el historiador percibía esta situación como inevitable, como el “natural” ajuste que las mujeres hacían a la vida (Boring, 1947), las pioneras psicólogas que experimentaron las dificultades de simultanear el matrimonio y la maternidad con una carrera profesional se esforzaron por romper la antinomia.

Las trayectorias profesionales que tras el cambio de estatus siguieron las pioneras psicólogas que optaron por el matrimonio fueron diferentes. Mientras que para Ethel Puffer significó una ruptura total con la continuidad de su carrera académica; Thompson Woolley y Leta Stetter Hollingworth buscaron la salida profesional en los ámbitos aplicados y de reforma, e incluso de forma temporal y parcial consiguieron no perder contacto con la academia; en el caso de Ladd-Franklin cuya especialidad, la teoría del color, era eminentemente experimental y dependía de los recursos de laboratorio que disponían las universidades, nunca renunció a su carrera investigadora, manteniéndose estoicamente y a duras penas –a veces en situaciones muy precarias- en contacto con diversas instituciones universitarias –la Johns Hopkins y Columbia-.

La trayectoria profesional de Helen Thompson Woolley resulta paradigmática de los desplazamientos de muchas psicólogas después del matrimonio desde la academia a ámbitos aplicados o de reforma (Rosenberg, 1982). La que fuera la estudiante favorita de James Angell y John Dewey, después de que se le reconociera el doctorado por la Universidad de Chicago con *summa cum laude* pasó su año posdoctoral en París y Berlín como becaria europea de la ACA. Tras rechazar una propuesta de empleo de Marion Talbot como decana de una residencia para mujeres en Chicago, en 1901 fue contratada en el Mount Holyoke College donde estableció un laboratorio de psicología y preparó la publicación de su tesis. Pero en 1905 se casó con Paul Woolley -un estudiante de medicina que había conocido en Chicago-, y se trasladó con él a Filipinas. En los cinco años siguientes, las oportunidades y demandas de la carrera médica de su marido le impidieron continuar con la investigación en psicología. El matrimonio se trasladó tres veces más hasta asentarse finalmente en Cincinnati. Los traslados numerosos y las responsabilidades domésticas -tuvo dos hijas- no consiguieron desalentar las ambiciones profesionales de Woolley que empezó de nuevo en Cincinnati la búsqueda de un empleo como docente en psicología. No lo pudo encontrar, pero con la ayuda de amigas implicadas en actividades de reforma, construyó su nueva vida como profesional especialista en el desarrollo infantil, y como reformadora social y líder sufragista. Ejerció como psicóloga clínica y vocacional en escuelas públicas y dirigió el *Bureau for the Investigation of Working Children*. Compatibilizó ciencia con trabajo de reforma, organizó grupos sufragistas y sus estudios pioneros sobre el problema de los niños trabajadores impulsaron revisiones de las leyes estatales sobre trabajo infantil. En 1925 se trasladó a Nueva York donde ejerció como profesora de educación en el Teachers College de la Universidad de Columbia y como directora del *Institute of Child Welfare Research*.

Woolley que tras haber recibido un alto reconocimiento por sus investigaciones en el estudio de las diferencias —más bien semejanzas- sexuales, se había visto excluida de la academia tras su matrimonio, encontró su continuidad profesional gracias a los esfuerzos organizados de amigas que vieron en sus habilidades una posibilidad de contribuir a los intereses de la reforma social. «Mrs. Woolley» nunca volvería a recuperar el prestigio y la reputación que «Miss Thompson» había alcanzado en su investigación sobre las diferencias sexuales.» (Rossiter, 1992: 102). No obstante, tuvo el mérito de compatibilizar matrimonio y carrera profesional, no solo eso, academia y trabajo de reforma y todo ello sin olvidar su militancia sufragista, feminista y su lucha contra la explotación infantil.

Pero quizá sea el ejemplo de Ethel Puffer Howes el más paradigmático por el cambio radical que significó el matrimonio en su carrera, y porque ya en su madurez convirtió lo que ella consideró como una realidad flagrantemente ignorada, el conflicto “intolerable” de mujeres casadas profesionales, en una causa por la que luchar y a la que dedicó varios artículos en el *Atlantic Monthly* (Scarborough y Furumoto, 1987).

Ethel Dench Puffer -después Howes- tras licenciarse en 1891 en el *Smith College*, y al igual que muchos de sus contemporáneos psicólogos, intentó la aventura europea viajando en 1895 a Alemania, en concreto a Berlín. Pero por ser mujer, entrar en la universidad requería no solo del permiso del rector, también del propio gobierno por lo que tuvo que solicitar autorización incluso al ministro de educación. Unos agotadores trámites burocráticos que por otro lado le supusieron momentos de crisis de lo que hoy llamaríamos ansiedad y estrés. Finalmente consiguió permiso para asistir a la universidad de Berlín, pero a medida que el año académico avanzaba se sentía infeliz con su vida en esa ciudad, y mucho tenía que ver con ello las expectativas de la sociedad alemana, y en concreto de los profesores, respecto a lo que se consideraba apropiado o escandaloso de la conducta femenina. Consiguió una entrevista con Münsterberg, que impartía clases por entonces en la Universidad de Freiburg, consiguiendo que aceptara dirigirle su investigación y asombrosamente que le permitiera trabajar en su laboratorio privado. De esta forma Puffer se trasladó en 1896 a Freiburg, donde a la vez que recibía clases en su universidad – la única mujer que lo hacía- trabajó en el laboratorio de Münsterberg desarrollando lo que sería su tema de tesis: la psicología de la estética y la belleza. Puffer consiguió que la ACA le subvencionara su siguiente año de doctorado –bajo la recomendación de Münsterberg y gracias a sus credenciales que según el comité de selección resultaron ser brillantes-, y se trasladó junto con su mentor a Harvard donde completó los requisitos para el PhD. Al igual que Calkins, recibió por parte de la universidad la negativa de su reconocimiento oficial, pero Puffer sí aceptó la propuesta del *Radcliffe College* para que se le concediera el título de doctora por el *college* de mujeres adscrito a Harvard. Tras doctorarse, llegó a ejercer como docente en Radcliffe, Wellesley y *Simmons College* y publicó un libro, *The Psychology of Beauty* (1905) basado en sus investigaciones experimentales sobre estética. En agosto de 1908, en la mitad de los treinta Ethel Puffer se casó con Benjamín Howes.

Con el cambio de estatus civil, de repente se vio enfrentándose a diversos factores conspirando contra su prometedor carrera, no solo las prácticas discriminatorias de empleo académico a las mujeres casadas, sino también las propias circunstancias y

responsabilidades que implicaba la vida conyugal. La mera noticia de su compromiso fue suficiente para acabar con sus oportunidades para una posición académica en el *Barnard College*, en Nueva York, donde planeaba vivir su nueva vida. Tras conocer sus planes de matrimonio, el presidente del *Smith College*, L.Clark Seelye, que había propuesto a Puffer como candidata para dicha posición, le escribió: «me temo que el rumor que me ha llegado respecto a tu compromiso puede haber afectado la recomendación que envié..., y que un candidato ya ha sido seleccionado para presentarse a los gestores de Columbia.» (en Scarborough y Furumoto, 1987: 82). Ethel Puffer Howes nunca volvió a ocupar una posición académica en psicología. Pero el matrimonio cambió las circunstancias de su existencia diaria más allá de la pérdida de una posición profesional. Se encontró a sí misma teniendo que hacer frente a las responsabilidades domésticas tradicionales de las esposas de clase media. Puffer comenzó a percibir que la vida de casada y las cargas de trabajo derivadas de las actividades domésticas eran antinómicas con las demandas intelectuales. Una opinión que se le afianzó en 1911 cuando tuvo que trasladarse a consecuencia del trabajo de su marido a una comunidad rural aislada en Mississippi, teniendo que responder en calidad de “señora de” a las demandas sociales –invitaciones, recepciones, cenas- que implicaba el trabajo de su marido. Volvieron de nuevo a Nueva York, pero esta vez la maternidad –tuvo dos hijos en 1915 y 1917- le privó de implicarse de nuevo en algún tipo de actividad académica –aunque sí continuó trabajando para el movimiento sufragista-.

Durante muchos años Puffer luchó de forma privada contra el conflicto interno que suponía haberse formado y luchado para tener una educación superior y una carrera profesional y tener que renunciar a ello por una vida de casada. En 1922, ya con 50 años y con sus dos hijos en edad escolar, sintió la necesidad de sacar al debate público la situación conflictiva de muchas mujeres que como ella se tuvieron que enfrentar a la «persistente alternativa viciosa, matrimonio o carrera –vida personal completa *versus* el camino de la realización.» (Howes, 1922: 444). Publicó dos artículos sobre el tema en el *Atlantic Monthly*, “Accepting the Universe” y “Continuity for Women”, describiendo las incompatibilidades entre las demandas de una carrera profesional con las de ser esposa y madre y sugiriendo vías de reconciliación entre ambas esferas. En el primero de ellos, Puffer reclamó el derecho de toda mujer a casarse y continuar con su trabajo y en ese sentido criticó las sanciones sociales y profesionales hacia las mujeres que pretendían “un trabajo remunerado después del matrimonio”. Al igual que Boring, Puffer consideraba poco realistas las aspiraciones de mujeres profesionales casadas que aspiraran a conservar su carrera con una dedicación completa. En la medida en que la cultura definiera las profesiones como

totalmente absorbentes, y en la medida en que a las mujeres se les asignara toda la responsabilidad del cuidado de los hijos, no podría haber solución al dilema irreconciliable. Puffer aconsejaba que las mujeres renunciaran a la noción tradicional de carrera «con sus connotaciones de competición, éxito, reconocimiento, honores y títulos» (1922: 452-53), a favor de empleos con horarios flexibles que permitieran compatibilizar la responsabilidad materna. En ambos artículos, Puffer trató de resolver el dilema a través de una redefinición de la carrera profesional para las mujeres casadas, pero no sugirió redefinir el matrimonio o la maternidad, ni mucho menos cuestionar la propia división sexual y su correlato en el trabajo. En 1925, la *Laura Spelman Rockefeller Foundation* financió con una beca al *Institute for the Coordination of Women's Interests* del *Smith College* que contrató a Puffer como directora. Dentro de los diversos proyectos se había planeado una encuesta a 500 ex-alumnas del *Smith College* identificadas por el instituto como mujeres profesionales que habían conseguido combinar con éxito las responsabilidades familiares y laborales. Otro proyecto incluía desarrollar una guardería y un servicio de comidas calientes distribuidas a las familias con madres trabajadoras. Las propuestas reformistas de Puffer estaban diseñadas sobre todo para reducir las responsabilidades domésticas de las mujeres liberándolas de diferentes trabajos. No obstante sus proyectos se vieron abortados cuando la Fundación no les renovó la beca.

Resulta inevitable comparar el desarrollo de la carrera de Puffer con la de Calkins para entender la diferencia que marcaba casarse para estas mujeres y para comprender también por qué muchas optaron por la soltería o por los llamados “matrimonios de Wellesley”. Ambas mujeres pertenecían a familias de clase media intelectual, recibieron su educación superior en el *Smith College*, y realizaron su prometedor y brillante trabajo doctoral en el departamento de filosofía de Harvard bajo la supervisión del psicólogo Hugo Münsterberg quien no dejó de alabar sus trabajos. También las dos continuaron su trayectoria académica obteniendo un puesto profesional en el *Wellesley College*, donde Calkins fundó un laboratorio psicológico e introdujo la nueva psicología científica en 1890, y en 1901 Puffer se unió a la plantilla enseñando cursos de filosofía y estética, sus áreas de especialización en psicología. Colegas durante varios años en el departamento de filosofía, sus vidas divergieron radicalmente después de 1908 cuando Puffer se casó. Calkins se convertiría en la primera mujer en alcanzar el puesto de presidenta de la APA y de la Apha

y Puffer a sus cincuenta años se encontró escribiendo “Accepting the Universe” – Aceptando el Universo-⁵⁴.

EL IMPERATIVO FAMILIAR Y LAS ATADURAS DEL CUIDADO

La segregación de esferas sexuales, y la consecuente división sexual del trabajo, imponían no solo que las mujeres casadas se quedaran en sus casas responsabilizándose de las actividades domésticas y del cuidado de hijos y maridos –la *reproducción* de los trabajadores asalariados-, también que cuidaran de sus familias antes de haberse casado. La ética del cuidado característica del ideario femenino victoriano convertía en una obligación social que las mujeres abandonaran sus ambiciones profesionales en favor de re-producir y cuidar, ya fuera casadas o solteras. La historia de otra de las pioneras psicólogas, Milicent Shinn, ejemplifica el impacto y la influencia de la interiorización del “imperativo familiar” sobre la continuidad de la carrera académica de algunas mujeres de finales del XIX (Scarborough y Furumoto, 1987). Los resistentes lazos que vinculaban a las hijas a sus familias, especialmente si eran solteras y si sus padres eran mayores o estaban enfermos, influyeron en las decisiones sobre dónde estudiar o trabajar –como fue el caso de Calkins- e incluso a veces si continuar o no con una carrera o simplemente pensar en una carrera como posible alternativa vital para las mujeres. En el caso de Shinn, su sentido de responsabilidad para con su familia que necesitaba y demandaba sus cuidados influyó en su abandono de la psicología. Para analizar la diferenciación “generizada” habría que preguntarse cuántos ejemplos existen de psicólogos varones que abandonaran una prometedora carrera profesional tras casarse o para ocuparse de sus padres enfermos. La identidad profesional en las mujeres no estaba tan interiorizada y sí su identidad en cuanto cuidadoras de sus familias. Jane Addams llamó a este poderosos vínculo familiar el “family claim”, el imperativo familiar que provocó no pocos conflictos internos en mujeres con inquietudes más allá de los confines domésticos, en una tensión constante entre su deseo

⁵⁴ A pesar de que nunca se casó y tuvo una larga vida académica, la propia Calkins admitió que si hubiera encontrado un marido habría abandonado su carrera profesional. No entendía la idea de que una mujer pudiera rechazar un matrimonio para continuar con su carrera y durante una entrevista para un periódico rechazó explícitamente la etiqueta de “feminista” –aunque admitió ser sufragista- ya que mantenía ideas conservadoras sobre la familia tradicional. Se podría decir que nunca se vio en la necesidad de elegir entre la oferta de un matrimonio deseable y su carrera académica (Scarborough y Furumoto, 1987).

por una vida profesional independiente y las demandas familiares que tiraban de ellas para que renunciaran a sus ambiciones públicas más allá de sus hogares.

La corta y singular carrera académica de Milicent Shinn comienza en 1874 cuando entra en la Universidad de California, en Berkeley, solo un año después de que la universidad comenzara a admitir a mujeres –la única mujer de entre unos 80 estudiantes varones-. En 1880 se convierte en editora de una revista literaria en San Francisco, *Overland Monthly*, un trabajo por el que no recibe ningún salario y que le supone constantes viajes desde el pueblo rural donde reside –Niles- hasta San Francisco. No obstante, Shinn se entregó completamente a la misión de mantener la revista en activo luchando frente a condiciones precarias muy adversas. De hecho, no fue hasta 1894, en la mitad de los 30 años, que abandonó sus compromisos con la revista y se concentró en su formación para el PhD, convirtiéndose en 1898 en la primera mujer que conseguía el título de doctora por la Universidad de California. La trayectoria académica de Shinn estuvo más bien poco planificada, se podría decir que se implicó en un proyecto que acabó imbuyéndola en un doctorado. En 1890 nació su sobrina Ruth y desde su nacimiento “tía” Shinn se dedicó a observar su crecimiento y recoger en un cuaderno de notas cada cambio en su desarrollo físico, en sus habilidades mentales, sensoriales, reflejos, intereses, etc. La amplitud y la originalidad del proyecto, que constituía una de las primeras descripciones sistemáticas del crecimiento mental y físico de una niña, llamaron la atención y Shinn recibió la invitación de hacer públicas sus “investigaciones” en la *World’s Columbian Exposition*, un evento internacional que se celebró en Chicago en 1893. Dentro del programa de conferencias, se dedicó una parte al ámbito de la educación, y junto con diferentes comunicaciones al más puro estilo de la psicología experimental, Milicent Shinn expuso el fruto de sus observaciones: “The First two Years of the Child”. Shinn se quedó un tanto sorprendida cuando vio que lo que había comenzado para ella como una recolección de datos motivada simplemente por intereses personales y no científicos, para su propio placer y conocimiento, de repente se convirtió en un estudio sistemático sobre el desarrollo infantil hasta entonces no elaborado (Scarborough y Furumoto, 1987). Convencida por sus compañeros de que su estudio representaba una contribución fundamental para la psicología infantil, renunció como editora en la *Overland Monthly* y sin haberlo planificado se vio envuelta en 1894 en una formación doctoral para conseguir el PhD. En 1898 se le reconoció oficialmente el título de doctora y en su tesis *Notes on the Development of a Child* continuó desarrollando sus observaciones cuidadosas y sistemáticas sobre el desarrollo de

su sobrina hasta los siete años. Su tesis fue publicada en una versión “popular” en 1900 bajo el título de *The Biography of a Baby* y sus observaciones todavía hoy en día son reconocidas y recogidas como pioneras en el campo en textos comprensivos de psicología evolutiva e infantil.

Pero Milicent Shinn estuvo “de paso” por la psicología y su estancia, a pesar del reconocimiento que recibió sobre su trabajo, fue breve. Después de completar su PhD, abandonó la academia y la actividad profesional y se retiró a su pueblo natal dedicándose por entero al cuidado de su familia. Como mujer socializada en la segregación de esferas sexuales a finales del XIX, no se creyó a sí misma ni se sintió cómoda con una identidad profesional, y prefirió dedicarse a lo que se esperaba socialmente de ella: una vida doméstica dedicada al cuidado de los demás. Milicent Shinn era la única mujer de cuatro hermanos, su madre siempre tuvo una salud muy débil y su padre ya era mayor. Ya en 1879 había renunciado a su deseo de desplazarse al este para estudiar en el Anexo de Harvard debido a sus obligaciones familiares. Respecto a sus hermanos, ella misma reconocía que no podían ejercer el “rol de hija”, se tenía que encargar ella. Se sintió necesitada en Niles y eso fue prioritario a Harvard, no podía abandonar a su madre y percibió sus responsabilidades familiares como prioritarias a sus ambiciones personales. De nuevo en 1898, después de haber conseguido su PhD, decidió abandonar su trabajo académico y responder al imperativo familiar que demandaba sus cuidados. Durante el resto de su vida se dedicó por entero al cuidado de su madre inválida y enferma que requería de sus atenciones constantes, a las funciones domésticas y a las actividades que exigía el rancho donde vivía su familia. En un aislamiento auto-impuesto y al mismo tiempo obligado reconoció en una carta que no recomendaría a nadie la opción de vida que había “elegido” (Scarborough y Furumoto, 1987). Ya en la mitad de los cincuenta se encargó de otra responsabilidad familiar, tutorizar a los cuatro niños de su hermano menor. Desde 1898 hasta el resto de su vida, Shinn “eligió” o se vio impelida a construir su identidad exclusivamente en términos de relaciones familiares y una vida doméstica.

LAS HORMAS DE LOS “CORSÉS” GENERIZADOS

«Dejadme imaginar, puesto que los datos son tan difíciles de obtener, lo que hubiera ocurrido si Shakespeare hubiera tenido una hermana maravillosamente dotada, llamada Judith, pongamos.» (Virginia Woolf, 1928/1997: 78).

Podríamos tratar de imaginar, siguiendo a Virginia Woolf, lo que hubiera ocurrido si William James hubiera tenido una hermana tan maravillosamente dotada como él o como su hermano Henry James. Aunque en este caso no hace falta imaginar, podemos saber lo que ocurrió con la que de hecho fue su hermana, Alice James. Una mujer que entraría dentro de lo que Virginia Woolf denominó “las hijas –y las hermanas- de los hombres con educación” (1938/1999). Mujeres que al igual que la mayoría de pioneras psicólogas partían del punto de partida privilegiado de una clase social media-alta y de un entorno familiar intelectual. Ni las mujeres de clases bajas ni la mayoría de las mujeres negras de finales del XIX en EEUU tuvieron estas ventajas de una vida acomodada a nivel económico, de una educación básica o de la posibilidad de viajar. No obstante, pocas personas conocen a Alice James y muchas a William o a Henry James, el curso tan diferente de sus vidas reflejó una segregación de esferas sexuales que marcó los proyectos vitales de muchas mujeres y varones de la época. Las que conocen a Alice probablemente la asocien con una mujer que estuvo enferma e inválida durante toda su vida y que dejó en sus *Diarios* el reflejo de una vida desde la cama en un ambiente claustrofóbico muy próximo al del *Papel de pared amarillo* de Charlotte Perkins (Alice James, 1890/1998).

El caso de Alice no fue aislado, muchas mujeres intelectuales, “hijas y hermanas de los hombres con educación”, cuyos nombres no han dejado “marcas” en la historia olvidada de las mujeres, sufrieron crisis nerviosas a lo largo de sus vidas sometándose a las curas de reposo e inmovilización que según los médicos necesitaba el cuerpo femenino. Como Alice, para muchas su principal “profesión” fue la de enfermas domésticas. Se trataba de una epidemia de invalidez misteriosa que asoló a la población femenina de clase media-alta en EEUU e Inglaterra. Pero como han señalado las historiadoras Ehrenreich y English (1990), el impreciso síndrome que atenazó a las mujeres en la segunda mitad del siglo XIX más que una enfermedad representó un modo de vida. El ideal romántico y victoriano femenino proyectaba una dama frágil, acomodada, totalmente dependiente de su marido, una inválida doméstica cuya única función era simplemente no hacer nada –y la reproducción-. Una mujer ociosa que como señaló Veblen sirviera de adorno perfecto al varón de éxito capitalista y que viviera despreocupadamente como Nora en la “casa de muñecas” tan bien reflejada por Ibsen. Un mórbido estilo de vida que predisponía a la enfermedad, y que a su vez obligaba por prescripción médica seguir viviendo como se esperaba de las mujeres: reposo físico pero sobre todo mental. La mujer enferma no era más que el exceso de la mujer ideal romántica, pero un exceso cuyo límite estaba próximo.

La estética morbosa de la belleza femenina diseñaba una moda –corsés ajustados y hasta 16 kilos de ropa- para que el cuerpo de la mujer fuera tan frágil y débil como se pretendía y esperaba. El espíritu romántico de la separación de esferas sexuales situaba a la mujer en un pedestal y le atribuía todas las virtudes ausentes del mercado: un “ángel del hogar”, refugio de emociones, sumisión y ternura. Pero la exigencia de que la mujer fuera el contrapunto perfecto del mundo masculino económico, llevada hasta el extremo, no dejaba que la mujer fuera nada en realidad (Ehrenreich y English, 1990).

Esta atmósfera sofocante del romanticismo sexual produjo una especie de hipocondría nerviosa. Nunca se supo si la enfermedad de Alice James tuvo un origen orgánico, pero sí se sabe que al contrario que a sus hermanos, su padre nunca le animó a ir a la universidad o a que desarrollara sus dotes de escritora (Ehrenreich y English, 1990). Observó desde los 19 años hasta su muerte, como espectadora privilegiada y con un distanciamiento que sorprende, cómo su cuerpo inválido reproducía excesivamente los cánones pasivos, frágiles y sumisos femeninos, mientras su mente seguía reflexionando fríamente sobre su situación en un ejercicio de resistencia. La enfermedad fue quizá su única retirada honorable de un mundo de realizaciones y deseos negados, de frustración de vidas posibles y a la vez simbólicamente invivibles para las mujeres de aquella época. Otras mujeres usaron probablemente también la condición de enfermas como un modo de escapar o como respuesta inconformista al restringido destino reproductor y doméstico de la mujer. Una minoría consiguió transformar su parálisis en activismo social o político, pero muchas permanecieron recluidas en la domesticidad con permanentes curas de reposo.

El cuerpo de la mujer como una batalla por recursos escasos entre útero y cerebro llevó a dos posibles enfoques terapéuticos: uno era intervenir en el área reproductora mediante operaciones quirúrgicas, el otro se centraba en atacar directamente al cerebro hasta desactivarlo. Las curas de reposo mediante aislamiento total, privación sensorial, inmovilidad y descanso físico y psicológico se utilizaron preferentemente frente a cerebros inquietos (Ehrenreich y English, 1990). Tanto Jane Addams –reformadora social y fundadora de la *Hull House*- como Charlotte Perkins –escritora y teórica feminista- sufrieron las famosas curas de reposo del doctor Weir Mitchell, las dos a una edad parecida, a principios de los veinte -en la década de 1880-. Jane Addams se sometió a la cura de reposo durante la cual estuvo literalmente atada a una cama en casa de su hermana. Como reconocería más tarde, simplemente estaba harta de ella misma, de no saber qué hacer con su vida, con su energía de mujer joven educada de clase media-alta, en una indecisión

paralizante entre lo que ella misma denominaría más tarde como el “family claim”, la exigencia de una vida familiar dedicada al culto de la domesticidad, o sus anhelos de una vida autónoma e independiente dedicada al activismo social. Las curas del doctor Mitchell no fueron precisamente lo que sacaron a Addams de su enfermedad, sino la decisión de fundar junto con Ellen Gate Starr la *Hull House*.

Esa misma tensión entre perseguir los propios deseos y la necesidad de aprobación social que determinaba que las mujeres no debían tener agencia ni deseos propios, fue lo que llevó a Charlotte Perkins en 1887 después del nacimiento de su hijo a visitar al mayor especialista en nervios del país. Perkins más tarde describiría así las prescripciones que estuvieron peligrosamente cerca de llevarla a perder la razón:

«Lleve una vida lo más hogareña posible. Tenga a su hija con usted todo el tiempo.» (Hay que hacer notar que el simple hecho de vestir a la niña me estremecía y me hacía llorar; no se puede decir que fuera una compañía muy saludable para ella, por no hablar del efecto que a mí me causaba). «Échese durante una hora después de cada comida. No tenga más que dos horas de vida intelectual al día. Y no vuelva a tocar nunca una pluma, un pincel ni un lápiz en lo que le quede de vida”». (en Ehrenreich y English, 1990: 120).

Al igual que Addams, Perkins tuvo la suficiente lucidez como para darse cuenta que lo que realmente le estaba ahogando era su vida recluida de esposa y madre, atrapada en la domesticidad, y lo que necesitaba era continuar con su actividad y trabajo. Salió de su enfermedad precisamente desobedeciendo las órdenes del doctor Mitchell: llegó a un acuerdo con su marido para divorciarse, se fue a California con su niña y se dedicó a escribir y al activismo social. Pero Charlotte Perkins no se olvidó ni mucho menos de Mitchell ni de sus curas y en 1892 escribió *The Yellow Wallpaper* un relato donde magníficamente describió el ambiente angustioso y claustrofóbico que experimentó con las curas y que casi le llevó a la completa locura:

«Obedecí estas indicaciones durante tres meses, y llegué tan cerca de los límites de la completa ruina mental que pude ver el otro lado. Entonces, usando los restos de inteligencia que me quedaban... lancé al viento los consejos del especialista y volví al trabajo de nuevo –trabajo, la vida normal de cualquier ser humano... al fin recuperando alguna medida de poder.» (Elaine Showalter, 2000: 141).

Como ya había reflejado Florence Nightingale en *Cassandra* cuatro décadas antes, e Ibsen en *Casa de muñecas*, Charlotte Perkins mostró en el *Papel de pared amarillo* cómo el confinamiento doméstico, protegido por las buenas intenciones de un marido, puede

conducir a la angustia y a la locura. La atrofia mental de muchas mujeres atrapadas en una vida de dependencia económica y restricciones intelectuales, privadas de esferas significantes de acción más allá del hogar y forzadas a definirse solo en términos de relaciones personales, las volvía más (de)pendientes de sus vidas internas y más susceptibles de enfermedades nerviosas. Muchas de estas mujeres se sintieron como “monstruos”. Su obsesión de que no eran como las demás estaba relacionada con la frustración y el descontento con las limitaciones del rol femenino, y con la necesidad de esconder sus deseos de independencia, trabajo y poder. Experimentaron la tensión entre la imagen pública aceptable de la hija y la esposa obediente y sumisa y el secreto y el silencio de un “yo monstruoso” con deseos y agencia (Showalter, 2000).

El imperativo social de no salirse de las esferas sexuales debió resultar angustioso para aquellas mujeres que no se resignaban a sus limitadas fronteras. Las pioneras científicas que optaron por una profesión también fueron “monstruos” en ese sentido, rompiendo con las expectativas sociales del confinamiento doméstico de las mujeres. «Eran legión los hombres que opinaban que, intelectualmente, no podía esperarse nada de las mujeres. Y aunque su padre no le leyera en voz alta esas opiniones, cualquier chica podía leerlas por su propia cuenta; y esta lectura, aun en el siglo diecinueve, debió mermar su vitalidad y tener un profundo efecto sobre su trabajo. Siempre estaría oyendo esta afirmación: “No puedes hacer esto, eres incapaz de lo otro”, contra la que tenía que protestar, que debía refutar.» (Woolf, 1928/1997: 90). No podemos saber cuál fue el efecto en la mente y en el trabajo de estas mujeres del constante desaliento, desconfianza y reprobación respecto a lo que *podían* o *debían* hacer. Pero por de pronto y en ausencia de modelos, su propia presencia y sus éxitos académicos sirvieron de respuesta al escepticismo constante sobre su capacidad. Tampoco podemos averiguar hasta qué punto influyó en ellas la amenaza que se lanzaba desde los discursos médicos o psicológicos de atrofas de órganos reproductivos en mujeres universitarias o más adelante la amenaza de perder la oportunidad de casarse o tener hijos. Ni si se sintieron interpeladas por las acusaciones de ser responsables del “suicidio de la raza”. A finales del XIX y principios del XX, optar por una educación superior —y ya no digamos implicarse en una carrera profesional académica— suponía para una mujer arriesgarse a serias sanciones sociales: como *científicas* eran mujeres atípicas; como *mujeres* eran científicos poco corrientes (Rossiter, 1992). “Monstruos” cuasi-mujeres por renunciar a la piedad, la pureza, la sumisión y la domesticidad y lanzarse al ámbito público masculino. Pero también “monstruos” por cuanto las características

psicológicas de la mujer-científica constituían una contradicción en sus propios términos (Rossiter, 1992). El imaginario científico se había construido en oposición al imaginario femenino: rígido, riguroso, racional, objetivo, impersonal, competitivo y no emocional. Racional-emocional, dominio-sumisión, competitivo-relacional, impersonal-cuidado, dicotomías que convertían en conflictiva o fragmentada la subjetividad de la mujer científica en caso de responder a ambos idearios. Las reformadoras sociales hicieron el ajuste llevando y reclamando los valores “femeninos” en la esfera pública, pero las mujeres científicas no podían basarse en un romanticismo sexual que se contradecía con los ideales de objetividad de la ciencia y que muchas no creían ni defendían, no les quedó más remedio que defender un racionalismo sexual igualitario negociando en cada situación su identidad generizada con su identidad científica.

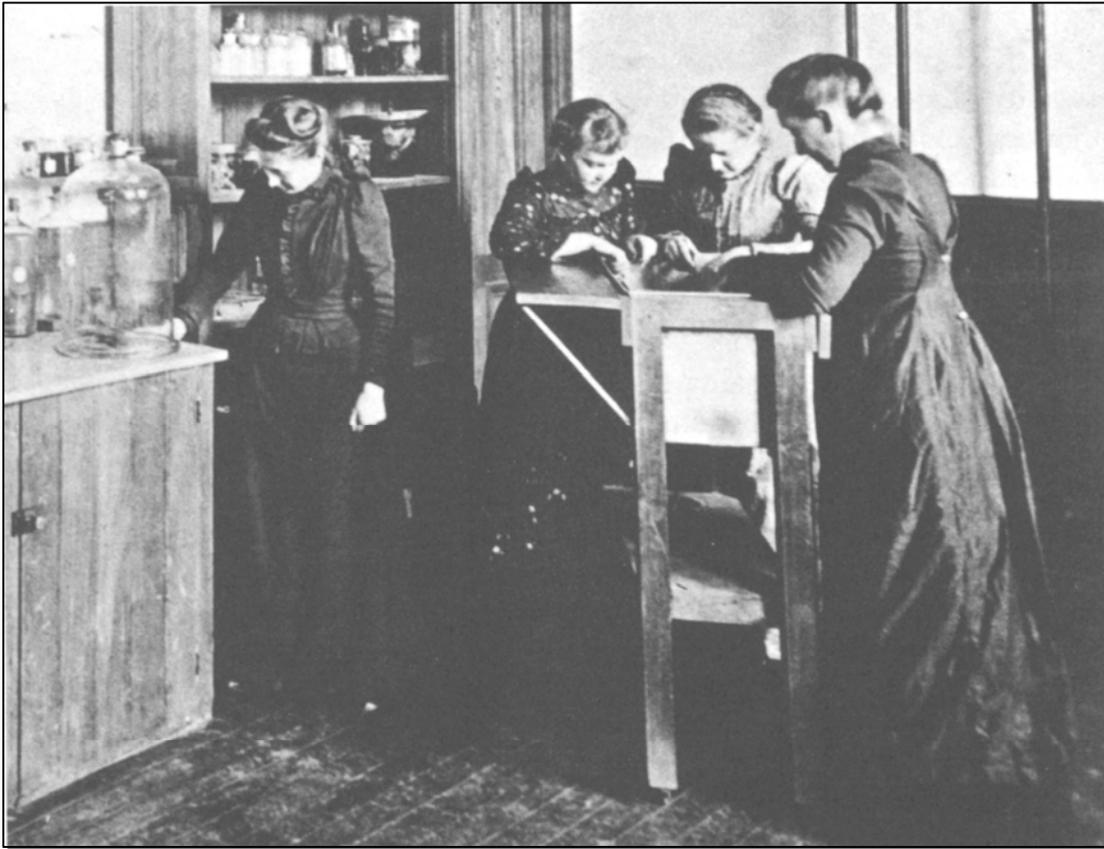


Figura 1.

Mujeres en el laboratorio.

En universidades como Harvard el laboratorio fue por mucho tiempo un espacio vedado a la presencia femenina. Cuando Calkins y Washburn crearon laboratorios psicológicos en colleges de mujeres, se abrió una oportunidad para los estudios experimentales por parte de mujeres.

Fuente:

Margaret Rossiter (1992)



Margaret Rossiter (1992)

Figura 2.

Christine Ladd-Franklin.

Feminista, sufragista y psicóloga experta en lógica y teoría de la visión de color. En 1893 se convirtió (junto con Mary W. Calkins) en la primera mujer miembro de la APA. A los 79 años recibió oficialmente su PhD por la Johns Hopkins University, 44 años después de haberlo obtenido. Miembro activa de la ACA luchó por eliminar las diferentes barreras institucionales con las que se encontraban las mujeres universitarias.

Fuente:



Figura 3:
Mary Whiton Calkins.
Presidenta de la American Psychological Association (1905) y
Presidenta de la American Philosophical Association (1918).
A lo largo de la historia sólo John Dewey y William James
tienen el mérito de haber ostentado ambos cargos.
Fuente: Scarborough y Furumoto (1987)



Figura 4:
Margaret Washburn.
Presidenta de la American Psychological Association (1921) y
segunda mujer miembro de la prestigiosa National Academy of
Sciences (1931).
Fuente: Rossiter (1992).



Figura 5:
Margaret Washburn
entre los primeros
presidentes de la APA.
Entre ellos Joseph Jastrow
(primero por la izquierda
fila de abajo), Harry
Hollignworth (segundo por
la derecha fila de atrás) y
Lewis Terman (primero
por la derecha fila de
atrás).
Fuente: Scarborough y
Furumoto (1987)



Figura 6.
Leta Stetter Hollingworth.
Fuente: Rosenberg (1982)



Figura 7.
Helen Thompson Woolley.
Fuente: Rosenberg (1982)



Figura 8.
Jessie Taft.
Fuente: Rosenberg (1982)

Psicólogas, feministas y reformadoras sociales.
Helen Woolley y Leta Hollingworth fueron pioneras en el feminismo científico desmontando mitos sobre las diferencias sexuales y la inferioridad de las mujeres. Sus trabajos impulsaron la corriente ambientalista en la psicología. Jessie Taft, discípula de Mead y de Isaac Thomas, analizó «El movimiento de la mujer desde el punto de vista de la conciencia social», y destacó el conflicto psicológico de las mujeres científicas situadas entre dos mundos como motor de progreso social.



Figura 9:
Frances Kellor (al volante).
Activista social y feminista, abogada y socióloga,
miembro de la Hull House e investigadora de la Escuela
de Mujeres de Chicago. Miembro activa del partido
progresista fue asesora de Theodore Roosevelt.
Fuente: Faderman (1999)

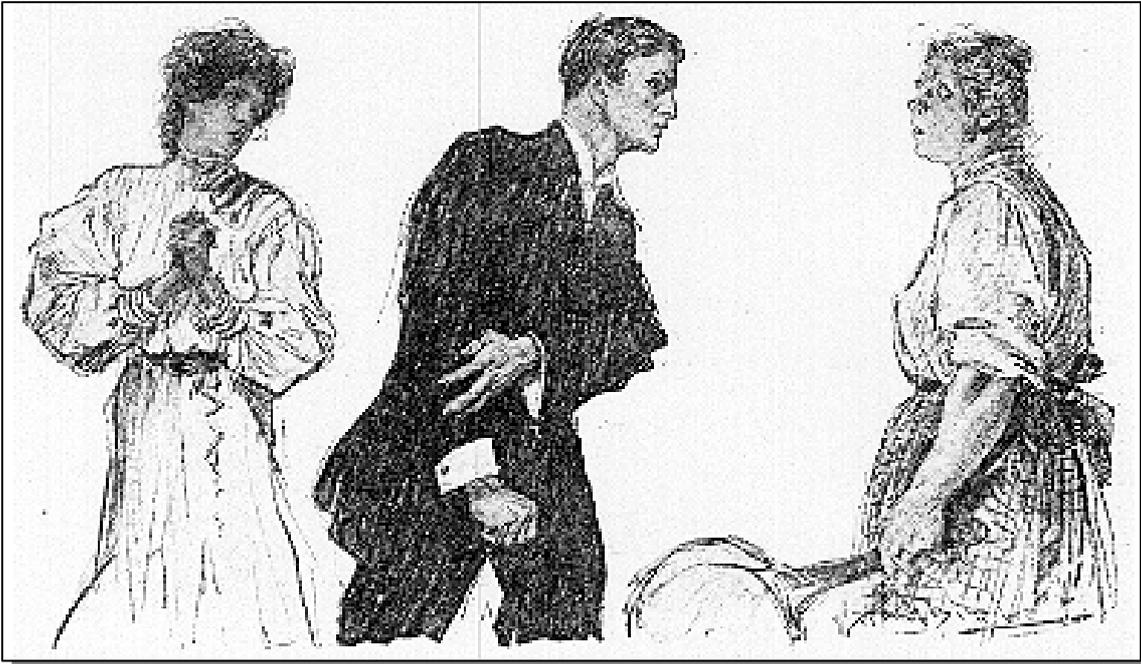
Figura 10:
Jane Addams.
Activista social y feminista, socióloga e investigadora de
la Escuela de Mujeres de Chicago, profesora asociada en
la Universidad de Chicago, fundadora de la Hull House
(1889), premio Nobel de la Paz (1931), miembro
activa del partido progresista y asesora de Theodore
Roosevelt. Publicó numerosos artículos y nueve libros de
teoría y análisis social

Fuente: Faderman (1999)

Frances Kellor y Jane Addams pertenecieron a la
primera generación de la Nueva Mujer (finales del XIX
y principios del XX). Transgredieron la victoriana
segregación sexual de esferas como profesionales
reformadoras sociales y ensayaron nuevas formas de
investigación al servicio del activismo. Ambas escaparon
al “family claim” conviviendo con otras mujeres en
“matrimonios de Wellesley”.



Figura 11.
La psicología del vestido de la mujer científica



Fuente de texto e ilustración:
William Isaac Thomas (1908:72)

«Las ridículas y poco respetuosas costumbres de la cortesía que los varones practican hacia las mujeres son también un producto de la vestimenta de la mujer, que tiende a preservar su invalidez mental y corporal. La invalidez que incorporan encorsetados encajes, elevados tacones, faldas de una pieza, y otros incómodos accesorios de la mujer tienen un cierto encanto para los ojos del varón. Esta invalidez permite al varón hacer libremente ostentación de sus instintos protectores y dominantes. Es su heroica oportunidad desde la desaparición del gran juego y en los “rutilantes tiempos de la paz”. Para halagar esta disposición del varón, la mujer asume consecuentemente incluso una mayor invalidez de la que posee, y los periodos más románticos de la historia son aquellos caracterizados por apretados encajes y desmayos intencionados.»

William Isaac Thomas, 1908. “Psychology of Woman’s Dress”

MECANISMOS DE RESISTENCIA FEMINISTA

RESISTENCIAS INDIVIDUALES

“SALIDA, VOZ Y LEALTAD”: ESTRATEGIAS DE MUJERES PIONERAS EN PSICOLOGÍA

Podemos describir en términos de “salida, voz y lealtad” (Albert Hirschman, 1977) algunos de los mecanismos de resistencia individual con los que la primera y segunda generación de mujeres psicólogas afrontaron las sistemáticas barreras institucionales y el constante bombardeo ideológico que las convertía en seres contradictorios: científicas y mujeres. Algunas se apoyaron en la conciencia y resistencia colectiva feminista, pero también procedieron como individuos autónomos: a veces optando por abandonar la disciplina de la psicología para trabajar en otros campos más receptivos a las mujeres; otras veces, tratando de sobrevivir en un mundo académico masculino y hostil haciéndose oír mediante enfrentamientos directos con compañeros o con instituciones sexistas; o bien procediendo mediante el estoicismo y la sobrecualificación luchando por hacerse un hueco entre *los* grandes como si el “sexo” no marcara ninguna diferencia.

Discriminaciones y exclusiones institucionales, pero también la construcción androcéntrica de la disciplina, favorecieron la *salida* y renuncia de no pocas mujeres tanto a una carrera académica en las universidades coeducativas como a la psicología en general. Mary Calkins rechazó una oferta de la prestigiosa Universidad de Columbia y decidió permanecer en el Wellesley *College* porque temía verse atrapada enseñando psicología básica de laboratorio en un mundo totalmente masculino (Patricia Palmieri, 1983). Otras mujeres renunciaron al mundo académico de la psicología, bien porque la propia disciplina recurrentemente las excluía -principalmente si contraían matrimonio-, bien porque se sentían más cómodas en el mundo menos hostil, individualista y competitivo de la reforma social. Las reformadoras sociales parecían hablar en un lenguaje “generizado” que interpelaba mucho más a las mujeres que una psicología académica cortada por un patrón “masculino”. Miriam Van Waters después de doctorarse con Stanley Hall en la Universidad de Clark en 1913 y decepcionada por el tipo de psicología que se estaba haciendo, se

decantó por el servicio social tras conocer los inspiradores trabajos de la fundadora de la *Hull House* Jane Addams (Furumoto, 1998). Admitida en 1910 como una de las primeras mujeres candidatas a un doctorado por la Universidad de Clark, pronto se sintió desilusionada tanto por las exigencias de conformidad intelectual de Hall como por la lealtad ciega de sus estudiantes. En diferentes cartas a su madre se quejaba de que Hall utilizaba a «sus dóciles estudiantes para recoger datos de todo tipo, que después combinaba a su modo» (Furumoto, 1998: 74). Pero no eran solo las formas autoritarias de Hall lo que incomodaba a Van Waters, encontraba alienante la nueva psicología científica con su énfasis en la objetividad –y en cerebros diseccionados- y añoraba la escuela filosófica tradicional con una aproximación más humanista: «Van Waters acabó convenciéndose de que hacer una tesis en psicología dependía demasiado “de la habilidad de una para diseccionar una pulgada de realidad” (Freedman, 1996, p.46-47). Más aún se cuestionaba la inteligencia de esforzarse en trabajar con “algún tipo de cacahuete mental [refiriéndose a los trocitos de cerebro analizados en el laboratorio], y con mucho asco y sufrimiento tener que levantarlo del suelo” (Freedman, 1996, p.47).» (Furumoto, 1998: 74-75). Nada atraída por esa labor de diseccionar la realidad en experimentos de laboratorio, en 1913 se “emancipó” de Clark para trabajar durante 20 años en el tribunal tutelar de menores y después en un reformatorio de mujeres. Amy Tanner, una brillante estudiante de la Universidad de Chicago y más tarde estudiante de doctorado en Clark, también abandonó la universidad en 1918 para trabajar en un centro social en un distrito italiano de Worcester, insatisfecha por el escaso reconocimiento que la universidad de Hall mostraba por las mujeres (Diehl, 1986).

Pero para mujeres pioneras como Ladd-Franklin o Washburn, cuya motivación principal era la investigación científica tal como había sido definida por la incipiente comunidad de psicólogos, renunciar a la academia y a la universidad constituía su última opción. Ladd-Franklin afrontó la “lucha por la supervivencia” en el reaccionario mundo académico mediante su voz, una voz feminista que ya desde pequeña había aprendido a utilizar. Al parecer Washburn nunca alzó su voz frente a las políticas sexistas, sobrecualificación y una contención más bien estoica fueron en cambio sus armas de resistencia. Para Ladd-Franklin, la expresión pública de sentimientos feministas constituía un hábito ya arraigado desde la infancia y al que no renunció en su madurez. Hija de una militante feminista, a los cinco años ya asistía con su madre a mítines en defensa de los derechos de las mujeres. En el *Vassar College* estudió con la astrónoma María Mitchell,

probablemente la mujer científica más importante en EEUU en el siglo XIX. Para esta prestigiosa astrónoma y feminista, la incorporación de las mujeres en los círculos profesionales necesitaba de cambios sociales e institucionales, pero también de más experiencia y auto-confianza por parte de las mujeres (Furumoto, 1992a). Ladd-Franklin aprendió en Vassar ambas cualidades que forjaron un carácter asertivo que no se callaba ante las injusticias y que puso nervioso a más de un psicólogo acostumbrado a la aquiescencia femenina. Defendió públicamente sus ideas feministas sobre la igualdad sexual en la educación y en la profesionalización científica, tanto en sus interacciones cotidianas con colegas, como en sus pequeños artículos y comentarios en las páginas de la revista semanal *The Nation*. Aunque de forma individual consiguió burlar las políticas discriminatorias de las universidades alemanas, fue consciente y experimentó las dificultades de conseguir el reconocimiento de un PhD tanto en Alemania como en EEUU. Dicha conciencia colectiva más allá de sus logros personales le llevó a colaborar con la *Association of Collegiate Alumnae* (ACA) promoviendo inteligentes medidas que facilitaron la situación de la siguiente generación de mujeres universitarias. Cuando la sociedad de psicólogos experimentalistas fue fundada por Titchener prohibiendo la entrada a mujeres, de entre las psicólogas más prestigiosas solo Ladd-Franklin protestó ante tal flagrante y “medieval” política sexista. Tras su matrimonio tuvo que enfrentarse al rechazo de la academia a contratar a mujeres casadas. Pero ante esta nueva situación adversa, Ladd-Franklin no abandonó ni su resistencia feminista –individual y colectiva-, ni sus investigaciones científicas cuya presencia no dejó de ser regular en los mítines anuales de la APA. Para conseguir una afiliación académica y materiales de experimentación que le permitieran continuar investigando, luchó por conseguir un puesto docente a tiempo parcial en lógica y en psicología primero en la Johns Hopkins y después en Columbia, donde tuvo de nuevo enfrentamientos al no recibir ningún salario por su trabajo. Su investigación científica no fue inmune ni a las discriminaciones que experimentó ni a sus estrategias de afrontamiento. Ante las dificultades que las mujeres tenían para acceder a los laboratorios, desplazó sus tempranos intereses por la física a las matemáticas. Ya especializada en la teoría de la visión, otra maniobra de supervivencia profesional fue su posterior transición desde sus investigaciones experimentales en 1890 a trabajos más teóricos posteriormente al carecer de una universidad de investigación que la avalase y le proporcionara medios (Furumoto, 1992a). Ladd-Franklin tiene el mérito de ser una de las pocas pioneras psicólogas que no solo supo sobrevivir individualmente en el mundo académico, se enfrentó directamente con sus compañeros y con las políticas institucionales

cuando se marginaba a las mujeres, y se preocupó por la situación colectiva de las mujeres en la ciencia.

A diferencia de Ladd-Franklin, Margaret Floy Washburn afrontó su carrera hacia el prestigio profesional mediante “trabajo duro” y estoicismo, mostrando su *lealtad* a los cánones establecidos y evitando la confrontación directa con sus colegas varones y con las instituciones. Al igual que Washburn, otras pioneras científicas se esforzaron por pasar desapercibidas en cuanto seres “sexuados” desvinculándose de cualquier tipo de organización que las identificara con su “sexo”⁵⁵ –incluido el movimiento sufragista u organizaciones como la ACA- y demostrando su valía profesional concentrándose de forma exclusiva en su trabajo. Pero la sobrevisibilización del “sexo-mujer” en la academia, marcado como “lo otro” diferente e inferior respecto a lo neutro-invisible-masculino, inevitablemente las situaba en una posición *a priori* bajo sospecha donde tenían que demostrar doblemente su valía profesional, como *mujeres-psicólogas* y como *buenas-psicólogas*. Por mucho que se esforzaran para que su “sexo” pasara desapercibido, ni los raseros ni las atribuciones iban a ser las mismas. Muy pocas veces el comportamiento de sus colegas varones blancos fue explicado por las particularidades de su “sexo” ni de su “raza”. No ocurrió lo mismo con ellas. Que una mujer sobreviviera individualmente en el mundo académico, «en competición con fanáticos –individuos 168 horas-» que diría Boring (1951: 681), y que además lo hiciera con estilo y con eminencia –y sin acudir al doctor Weir Mitchell-, merece la más profunda admiración. Es indudable que con su ejemplo pioneras psicólogas que como Washburn optaron por la competencia individual sentaron precedentes, pero no está muy claro que contribuyeran a derrumbar mitos y resistencias sobre su “sexo”. En muchos casos se las percibió como “mujeres-excepción-a-la-regla” o como “no-mujeres”⁵⁶. Si bien rechazaron cualquier tipo de organización de mujeres que

⁵⁵ Una excepción fueron los *colleges* de mujeres. A pesar de las resistencias que mujeres como Washburn mostraron hacia todo tipo de instituciones “segregacionistas”, no les quedó más remedio que acudir a ellos ya que constituían uno de los escasos lugares donde podían encontrar una salida profesional.

⁵⁶ En 1902 Naomi Norsworthy fue contratada como primera mujer profesora –“ayudante”- en Teachers College de la Universidad de Columbia. Thorndike consiguió la promoción de Norsworthy persuadiendo a sus superiores –entre ellos a Cattell- de que el empleo de una mujer no socavaría la visión convencional de la feminidad celosamente defendida por la mayoría de los académicos. En una ocasión, un estudiante que se había matriculado en su asignatura aconsejado por sus compañeros, se sintió defraudado cuando descubrió que el profesor era en realidad una profesora – a quien definió como “una cuasi-mujer”-. Cuando fue al decano para quejarse y pedir un cambio, éste le aconsejó que fuera a alguna de sus clases y luego decidiera: «Encontrarás que es uno de nuestros mejores *hombres* en la facultad». Más tarde el propio alumno volvería al decano para darle la razón en esta afirmación (Scarborough y Furumoto, 1987: 193-194).

amortiguara las discriminaciones sexistas, y confiaron en los ideales meritocráticos, paradójicamente su propia experiencia personal se convirtió en evidencia incontrovertible de que la noción de meritocracia en psicología era para las mujeres poco más que un mito. Quizá sea Margaret Floy Washburn, la mujer que más logros obtuvo en psicología, el ejemplo más significativo del funcionamiento y efecto de este tipo de estrategias individuales de lealtad y el referente más obvio para examinar el mito de la meritocracia (Scarborough y Furumoto, 1987).

REQUISITOS ADICIONALES DE LA MERITOCRACIA PARA LAS MUJERES: ESTOICISMO Y SOBRECUALIFICACIÓN

«Parece probable que no faltarán oportunidades para las mujeres psicólogas que se tomen en serio su profesión, que estén dispuestas a competir con los varones en iguales condiciones sin pedir consideraciones especiales (...). Las mujeres deben dejar de racionalizar sobre la escasez de oportunidades laborales y demostrar su competencia mediante sus logros. Las oportunidades se expandirán para aquéllas que ejerzan la necesaria fuerza propulsora.» (Florence L. Goodenough, 1944: 712).

En 1951, Edwin Boring escribió “The Woman Problem”, un artículo en la *American Psychologist* donde describía los procedimientos estándar que debían seguir los psicólogos varones si querían adquirir prestigio: «Primero obtienes un PhD. Luego conduces una buena investigación y la publicas. De esa forma, consigues algún reconocimiento. Continúas investigando, pero ahora aceptando también alguna responsabilidad administrativa...» (1951: 680). Se trataba de los estándares que habían seguido la mayoría de *los* presidentes de la APA. Pero ¿qué debería hacer una mujer que quisiera convertirse en presidenta de la APA? Se trataba o bien de escribir un libro, eso sí sobre un tema general porque los psicólogos aplicados solo recibían reconocimiento local, o bien implicarse en responsabilidades administrativas: convertirse en decana o presidenta de un *college* (Boring, 1951). Esto último resultaba para las mujeres cuanto menos “surrealista” teniendo en cuenta que todavía continuaban suplicando para que se las admitiera como estudiantes especiales en muchas de las principales universidades. Bloqueados los puestos administrativos, el mejor consejo que daba Boring para que una mujer consiguiera prestigio era «escribir en un libro una discusión definitiva sobre un tema importante» (682). Pero además de dedicarse al desarrollo de una teoría general, para Boring era necesaria la

concentración y dedicación compulsiva al trabajo, “el fanatismo profesional”. «¿Puede una mujer convertirse en una fanática en su profesión y todavía permanecer *casable* [*marriageable*]? Sí, puede, porque conozco algunas, pero creo que *una mujer debe ser anormalmente brillante para combinar encanto y concentración*. Estas mujeres hacen la síntesis siendo encantadoramente entusiastas.» (Boring, 1951, 681. Énfasis añadido). Esta fue quizá “la fuerza propulsora necesaria” -que diría Florence L. Goodenough- que llevó a dos mujeres como Calkins y Washburn a convertirse en presidentas de la *APA* y formar parte del directorio del *American Men of Science*.

Si Boring no tuvo en cuenta, por de pronto, lo que costaba para una mujer simplemente llegar al primer paso que él estableció -conseguir un PhD-, mucho menos señaló qué condiciones eran necesarias y qué patrones debía seguir una mujer que quisiera adquirir prestigio dadas las sucesivas exclusiones, y a veces humillaciones, con las que se encontraban. Seguir la carrera y vida de Margaret Floy Washburn puede ayudar a comprender esta cuestión.

A parte de trabajo duro, varios factores explican el éxito de Washburn⁵⁷ en alcanzar una inusual eminencia entre los primeros psicólogos norteamericanos: el apoyo familiar, elecciones educativas y de empleo inteligentes y pragmáticas, cualidades personales entre las que se incluía una alta motivación y una imagen positiva de sí misma, y por último una excepcional habilidad para confraternizar con sus colegas (Scarborough y Furumoto, 1987). A esto último ayudó -y la “rebelde y contestataria” Ladd-Franklin lo sabía muy bien- el hecho de que Washburn afrontó las discriminaciones y exclusiones que experimentó como mujer mediante una estratégica contención estoica, evitando enfrentarse directamente con sus compañeros y sin cuestionar -al menos no de forma pública- las políticas institucionales sexistas.

Hija única de una familia acomodada de clase media, tuvo como referentes a mujeres excepcionalmente educadas para la época, entre ellas su madre. Viajó y estudió en escuelas privadas música, francés y alemán. Fue admitida en el Vassar *College* y allí estudió psicología y ética. En su último año ya tenía claro dónde iba a dirigir su formación: «Tenía dos intereses intelectuales principales, ciencia y filosofía. Ambas parecían estar combinadas

⁵⁷ Aspectos de la vida y obra de Margaret Floy Washburn han sido recogidos en Scarborough y Furumoto (1987) en el capítulo “Meritocracy in Science: Margaret Floy Washburn’s Use of the Mith”. La *American Journal of Psychology* le dedicó un número conmemorativo a su obra y a su persona en 1927 (el número 39) y dos artículos necrológicos en esa misma revista junto con una bibliografía -Karl M. Dallenbach (1940) y Mabel F. Martín (1940)-. La *Psychological Review* también le dedicó una necrológica escrita por W.B.Pillsbury (1940).

en lo que había oído de la maravillosa nueva ciencia de la psicología experimental» (Scarborough y Furumoto, 1987: 96). Inmediatamente después de graduarse en Vassar en 1891, Washburn decidió estudiar esta “maravillosa” disciplina en la Universidad de Columbia bajo la guía de James McKeen Cattell.

Su procedencia de clase acomodada e intelectual, con referentes de mujeres inusualmente educadas, sin el “estigma” de pertenecer a ningún grupo racial o religioso minoritario –era blanca y metodista-, y su educación superior en un *college* de mujeres, probablemente ayudaron a que Washburn creyera en el sistema meritocrático y no experimentara hasta ese momento discriminaciones flagrantes. Pero salir del resguardo de un *college* de mujeres y “atreverse” a solicitar estudios de doctorado en una universidad de prestigio como la Universidad de Columbia suponía transgredir la línea de lo permisible para una mujer.

En 1891, las políticas sexistas de Columbia no admitían mujeres en sus aulas, o al menos no hasta que sus gerentes (*trustees*) se reunieran para considerar su caso especial. Eso suponía esperar tres meses. Un retraso discriminatorio al que Washburn respondió a su manera: resignación y trabajo duro. Mientras esperaba una respuesta, leyó y tradujo del alemán al inglés un artículo de Wundt sobre los métodos científicos, curiosamente a petición del decano del Departamento de Filosofía. Al final, la Universidad de Columbia permitió a Washburn asistir a las clases de Cattell, por supuesto en calidad de “oyente”, aceptarla formalmente como una estudiante de doctorado habría sentado un incómodo precedente. Queda la duda sobre qué hubiera sucedido si Washburn hubiera seguido en Columbia, si hubiese corrido la misma suerte que Calkins en Harvard o Ladd-Franklin en la Johns Hopkins.

Pero las decisiones y elecciones de Washburn contaron con los privilegiados y pragmáticos consejos de Cattell. Además de aconsejarle formación complementaria en Barnard, el *college* de mujeres asociado a Columbia, le recomendó que solicitara la admisión en Cornell que sí estaba reconociendo formalmente doctorados a mujeres. Allí completó su formación doctoral en dos años, supervisada por el único psicólogo experimental en ese momento en Cornell, E. B. Titchener, e influida y apoyada por los profesores de filosofía. En junio de 1894 Washburn obtuvo su PhD, convirtiéndose así en la primera mujer a la que se le reconocía oficialmente el título de doctora en psicología. Pero no fue ni mucho menos su único mérito. El mismo Titchener que más tarde crearía el club de los “Experimentalistas” excluyendo sistemáticamente a mujeres psicólogas, tomó la iniciativa de enviar a Wundt la tesis de Washburn -*The Effect of Visualization upon Judgments of Tactual*

Distance and Direction- como posible publicación en su revista *Philosophische Studien*. Se trataba de un inusual honor para cualquier estudiante norteamericano, tanto por la extraordinaria recomendación de Titchener, como por la aceptación de Wundt que raramente publicaba trabajos de otras personas que no fueran sus estudiantes⁵⁸.

El mismo año en que recibió su PhD, Washburn fue elegida miembro de la recientemente formada, en 1892, *American Psychological Association*. Se unía así a Christine Ladd-Franklin y Mary W. Calkins elegidas en 1893. Comenzaba de este modo una carrera hacia el prestigio y el reconocimiento académico que parecía seguir perfectamente los pasos indicados por Boring. Había conseguido su doctorado esquivando las universidades con políticas sexistas, y su tesis había sido publicada en alemán en una de las revistas europeas más prestigiosas. El dilema matrimonio *versus* carrera lo había resuelto sin ningún trauma a favor de la dedicación “168 horas” a la psicología. En 1908 publicó *The Animal Mind* un compendio de psicología animal, que no solo se convirtió en un clásico del campo y gozó de una amplia difusión, también constituyó un precedente que facilitó la posterior emergencia del conductismo.

Solo le quedaba adquirir responsabilidades administrativas en una universidad principal. Pero eso implicaba un paso previo aún cerrado para las mujeres: la mayoría de las universidades en EEUU –sobre todo del este- se negaban a contratar a mujeres doctoras como docentes, salvo en los *colleges* adscritos de mujeres. Ninguna de las principales universidades coeducativas se dignó a contratar a la que fuera presidenta de la *APA* y miembro de la *National Academy of Science*. La carrera profesional de Washburn comprende 34 años de enseñanza en *colleges* de mujeres, y en gran parte gracias a que no se casó. Washburn sí adquirió responsabilidades administrativas en estos centros, pero en los *colleges* de mujeres esto suponía más que un signo de prestigio, una sobrecarga y demanda social y emocional para la que el carácter y las aspiraciones de Washburn no estaban preparados.

El primer *college* de mujeres por el que pasó Washburn fue el *Wells College* donde enseñó filosofía y psicología. Estaba a 25 millas de Cornell, con lo que podía hacer frecuentes visitas a dicha universidad y no perder las relaciones que había entablado con sus compañeros⁵⁹. Tras varios años en Wells, en 1900 Washburn aceptó convertirse en directora del *Sage College*, la residencia para mujeres de la Universidad de Cornell. Se trataba de un puesto comparable al de decana de mujeres en otras instituciones coeducativas.

⁵⁸ En 1897 Washburn tradujo también *Ethical Systems* de Wundt.

⁵⁹ En una ocasión, estando enferma Washburn, recibió el apoyo de sus compañeros de Cornell que la sustituyeron dando clases en Wells. Un hecho insólito que mostraba las buenas relaciones que Washburn mantuvo en la comunidad académica (Scarborough y Furumoto, 1987).

Durante su estancia en el Sage *College*, Washburn compaginó como pudo sus deberes administrativos con la docencia en psicología social y psicología animal y la supervisión adicional de la vida personal de las estudiantes bajo su tutela. Pero ni sus aspiraciones ni su temperamento distante -“objetivo y científico”- encajaban bien con las demandas emocionales que exigía su puesto, y en 1902 decidió trasladarse a una universidad municipal en Cincinnati –con un 80% de mujeres en su alumnado- donde era la única mujer docente. De esta forma, Washburn escapaba de un puesto, el de decana de mujeres, dedicado a la tutela y supervisión de las estudiantes. Un destino “trampa” en el que cayeron, en ausencia de otras salidas profesionales, muchas mujeres con talento. En 1903, Washburn aceptó un puesto de profesora asociada de filosofía en el Vassar *College*, volvía a su *alma mater*. Allí compaginó por muchos años la enseñanza y la supervisión del trabajo de sus estudiantes con su interés personal primario: la investigación.

Boring no consideró en sus orientaciones sobre cómo adquirir prestigio las limitaciones que implicaba hacer carrera en un *college* de mujeres: bajos salarios, bajo prestigio, escasos recursos para la investigación, altas cargas de enseñanza, ausencia de estudios de doctorado, escasas oportunidades de intercambio con colegas varones de la especialidad, y en el caso de Vassar la ausencia de un programa de licenciatura en psicología –que más tarde se crearía con el impulso de Washburn-. Para Washburn, las posibilidades de elegir otra opción fuera de Vassar, o de cualquier otro *college* de mujeres, fueron más bien escasas.

A pesar de ello, Washburn supo rentabilizar Vassar y convertirse en una de las psicólogas –varones o mujeres- más respetadas y prolíficas. Combinando investigación con enseñanza, se las ingenió para publicar en la *American Journal of Psychology* entre 1905 y 1938 - junto con sus estudiantes y desde el laboratorio de Vassar- una serie de 68 artículos bajo el título “Minor Studies from the Psychological Laboratory at Vassar College”. Incluyendo estos informes de Vassar, escribió más de 130 artículos y unas 70 revisiones. También publicó dos libros, el primero *The Animal Mind*⁶⁰, fue reeditado tres veces y traducido al japonés. A ello hay que añadir sus colaboraciones editoriales en cinco revistas de

⁶⁰ *The Animal Mind* fue un libro de gran popularidad entre los psicólogos contemporáneos de Washburn, ampliamente reseñado y citado (Scarborough y Furumoto, 1987). Reconocido en su momento como la base de la psicología animal sobre la que más tarde se asentaría el conductismo, hoy la historia “de los grandes hombres” se ha encargado de olvidarlo.

reconocido prestigio en psicología: *The American Journal of Psychology*, *Psychological Bulletin*, *Journal of Animal Behavior*, *Psychological Review* y *Journal of Comparative Psychology*.

Pero Washburn no solo supo ganarse el respeto por su trabajo experimental, también manejó perfectamente el arte de “los colegios invisibles” y las “afinidades electivas”. Mantuvo contactos con psicólogos influyentes tanto en Columbia como en Cornell, y relaciones con colegas en otros centros dentro de la psicología académica. Sus impresionantes logros y el apoyo y recomendación de sus compañeros, contribuyeron a que Washburn alcanzara las mayores distinciones y reconocimientos posibles en psicología. En 1921 se convirtió en una de las dos únicas mujeres elegidas hasta ese momento presidentas de la APA⁶¹. En 1927 la *American Journal of Psychology* le dedicó un número especial conmemorativo. Pero su logro más alto fue sin duda su elección en 1931 para la *National Academy of Sciences*, se convertía así en la segunda mujer admitida por la sociedad científica más prestigiosa de EEUU.

“UNA MUJER DEBE SER ANORMALMENTE BRILLANTE PARA COMBINAR ENCANTO Y CONCENTRACIÓN...”

Mujeres como Washburn estuvieron presentes en la disciplina de la psicología desde el principio y en números relativamente amplios si se compara con otras disciplinas. Si bien en algunos aspectos la situación de la primera generación de mujeres psicólogas fue comparable con la de sus compañeros, adquirir prestigio y reconocimiento en psicología implicaba caminos muy diferentes para varones y mujeres. En el “mejor” de los casos posibles, el de una mujer blanca, soltera, de clase acomodada y con referentes intelectuales femeninos –como fue el caso de Washburn-, la decisión de optar por la educación superior no resultaba ni tan extraordinaria ni tan conflictiva con las expectativas de su posición social. Pero una vez tomada esta decisión –que implicaba no pocas condiciones de

⁶¹ Su predecesora, Mary W. Calkins, fue elegida presidenta en 1905. Desde su fundación en 1892 hasta 1970 ¡solo dos mujeres! –Calkins y Washburn- ocuparon el puesto de presidentas de la APA. Parece existir dentro de las sociedades profesionales una barrera crítica o techo de cristal que impide la existencia de una presidenta mujer una vez la sociedad llega a un tamaño particular. Cuando la APA era un grupo relativamente pequeño (menos de 400 miembros), desde 1893 a 1921, hubo dos mujeres presidentas. Pero en la medida en que la sociedad fue creciendo, se fueron limitando las oportunidades de cualquier mujer para alcanzar el puesto. Lewis Terman reconoció en varias ocasiones que mujeres psicólogas como Leta S. Hollingworth o Florence Goodenough debieron haber sido elegidas presidentas de la APA e incluso miembros de la *National Academy of Sciences*, lo cual a su entender obligaba a una reflexión sobre los hábitos de voto de los psicólogos (Rossiter, 1992).

posibilidad-, las mujeres experimentaban cómo se iban restringiendo y bloqueando los caminos disponibles para una carrera profesional académica.

Antes de 1900 las principales universidades –sobre todo en el este de EEUU- no querían mujeres en sus aulas, y salvo excepciones los *colleges* de mujeres se convirtieron en la única opción. Una vez conseguido un título universitario, las que se proponían continuar con sus estudios ya no podían acudir a los socorridos *colleges* femeninos. Su futuro académico se planteaba más bien incierto. Solo las “grandes” universidades –en su gran mayoría con políticas de exclusión a mujeres- proporcionaban estudios de doctorado en psicología. Aquellas que como Washburn contaron con un buen consejero y una residencia cercana a universidades como Cornell, Pennsylvania, Yale, Michigan, California o Chicago - o la posibilidad de traslado, lo que implicaba soltería y desprenderse del “family claim”-, pudieron optar al reconocimiento oficial de un PhD. Pero si esas condiciones no se daban, la opción para estas estudiantes era buscarse un profesor eminente “afín a la causa” que intercediera por ellas, y tratara de convencer a los gestores para que estudiaran sus “casos especiales” y las admitieran como “excepción que no sienta precedente”. Tras agotadores trámites burocráticos, esperas discriminatorias y no pocas frustraciones, lo que conseguían las mujeres que llegaban a este punto, era formación doctoral en calidad de “oyentes” en una gran universidad y con “los grandes” de la psicología. Pero demandar “ingenuamente” el reconocimiento oficial de un PhD conseguido con iguales méritos que sus compañeros - como lo hicieron Calkins en Harvard o Ladd-Franklin en la Johns Hopkins-, era pedir lo impensable para la mentalidad machista de los rectores de las universidades.

Con los estudios de doctorado y las tesis terminadas, paradójicamente con menciones especiales pero sin reconocimiento oficial en muchos casos, estas psicólogas pioneras experimentaron una vez más cómo sus oportunidades de empleo en la academia se restringían a los *colleges* de mujeres, y a condición de renunciar al matrimonio. Sin poder escapar de sus *alma mater*, debían programar sus carreras profesionales desde la escasez de recursos y las altas cargas de enseñanza, condiciones que dificultaban una concentración en la investigación de la que disfrutaban sus compañeros. Muchas mujeres psicólogas aceptaron y se resignaron a la desigualdad en el empleo científico y la suplieron mediante trabajo duro. Enfrentarse con las políticas sexistas de las instituciones hubiera implicado no solo un mayor desgaste de energía también una distracción más de su principal motivación personal: la investigación. Un esfuerzo adicional por el que no tenían que pasar sus compañeros varones y que no estaban dispuestas a sacrificar.

Por otro lado, los colegios invisibles que otorgaban el necesario apoyo y reconocimiento académico, exigían en el caso de las mujeres esa “combinación entre concentración y encanto” a la que hacía referencia Boring. Encanto significaba principalmente contención y no-beligerancia feminista. Significaba no confrontar ni cuestionar las políticas sexistas que excluían y humillaban cotidianamente a muchas mujeres: «Te he absuelto completamente del feminismo agresivo que momentáneamente te había atribuido» (Carta de Boring a Washburn en Rossiter, 1992: 215). A las mujeres psicólogas que ya habían conseguido cierto estatus, se les pedía resignación cuando se les negaba la entrada a los clubes exclusivos de varones donde se realizaban cenas y actos de recepción, incluso cuando ellas eran las conferenciantes invitadas (Rossiter, 1992). Washburn obtuvo el apoyo y reconocimiento de sus compañeros de disciplina, no solo a costa de una concentración absoluta en su trabajo, sino a condición de pasar por alto y permanecer aparentemente inmune a las discriminaciones sexistas de las que era objeto. Su carácter no controvertido contribuyó en gran medida a que en 1928 se convirtiera en una de las dos primeras mujeres admitidas por el club de “los Experimentalistas”, después de 25 años de exclusión a mujeres y tras la muerte de Titchener su fundador. A diferencia de Ladd-Franklin a la que nunca admitieron, Washburn nunca protestó por las políticas sexistas del club⁶².

La sobrecualificación estoica y los “colegios invisibles” permitieron que mujeres como Washburn y Calkins fueran presidentas de la APA, lo que no evitaron es que se les negara un puesto académico en una de las principales universidades de investigación, ni que se las excluyera durante años de grupos informales de psicólogos como “Los

⁶² No es que Washburn no fuera consciente de las marginalizaciones que experimentaban las mujeres en psicología, simplemente trató que le afectaran lo menos posible minimizándolas o ignorándolas cuando pudo. John B. Watson tiene el “mérito” de ser uno de los pocos que consiguió crispar su carácter calmado y contenido. Fue en una ocasión en que Washburn tuvo que contar con su colaboración para un número especial en la *Journal of Animal Behavior*. En una carta a Robert M. Yerkes de 1911, comentaba de forma sarcástica el comportamiento irresponsable de Watson, y hacía una referencia explícita a la marginalización que sufrían mujeres y negros en psicología: «Mr. Watson me ha dado muchos problemas, aunque no hace falta que se lo digas; ya lo he tratado con él más con pena que con enfado... Mr. W. me dice ahora que simplemente se olvidó de responder a mis cartas... Gente inferior, como Turner, que es negro, y yo, que soy mujer, nos esforzamos por hacer este trabajo de rutina lo mejor que podemos. Gente realmente superior, como Wheeler, si por casualidad consienten en hacerlo, lo hacen estupendamente como lo hacen todo. De la gente entre medias, mejor no hablar.» (en Scarborough y Furumoto, 1987: 106). «Aunque las revisiones [de Watson] son completas y valiosas, me ha dado más problemas por su dejadez que todos los demás juntos... Me río al pensar qué comentarios sobre la mente femenina habría hecho yo si fuera un varón y mis colaboradores mujeres.» (Washburn, 1911 en Scarborough y Furumoto, 1987: 106).

Experimentalistas”. Psicólogos varones blancos con sus mismos méritos -y con menores- no tuvieron tantos problemas para ser admitidos.

RESISTENCIAS IDEOLÓGICAS

DE LAS CONDICIONES DEL FEMINISMO CIENTÍFICO

En un contexto social que las convertía en *aliens*, monstruos mitad mujeres mitad científicas, un contexto paradigmático que las abocaba a la inferioridad intelectual y las sujetaba a su naturaleza biológica, y en un contexto académico-universitario que les cerraba sus puertas y obstaculizaba el desarrollo de sus carreras, las primeras mujeres psicólogas tenían la opción de “la lucha por la supervivencia” individual –que no era poco- o la resistencia colectiva que les ofrecía el movimiento sufragista y feminista del siglo XIX y al que podían contribuir a su vez con la autoridad científica de sus investigaciones empíricas. El feminismo científico de algunas psicólogas inspiró el desarrollo de experimentos y teorías orientadas fundamentalmente a desmontar mitos incuestionados sobre las diferencias sexuales y la “natural” inferioridad mental de las mujeres. Estas pioneras psicólogas “empiristas feministas” enfatizaron los solapamientos y semejanzas entre ambos sexos y la influencia del ambiente social en la constitución de las diferencias. Junto a este feminismo que hoy llamaríamos de la igualdad, otras teóricas y reformadoras sociales – fundamentalmente ligadas a la *Hull House* y al primer departamento de sociología en EEUU en la Universidad de Chicago- desarrollaron con su teoría y con su práctica un cierto tipo de feminismo cultural⁶³. Un feminismo basado en la teoría “ginocéntrica” de Lester Frank Ward que reclamaba la *mujer nueva* y los valores femeninos como antídotos necesarios para la reforma social frente al dominio de la cultura androcéntrica y sus vástagos: el capitalismo depredador y la despiadada racionalidad individualista y competitiva. Un “discurso de la excelencia” que demandaba la urgente incorporación de las mujeres al ámbito público.

⁶³ La etiqueta *feminismo cultural*, tal y como ha sido construida por las teóricas feministas de la segunda ola, asume que los valores tradicionalmente definidos como femeninos son superiores a los valores tradicionalmente definidos como masculinos.

Pero estas contribuciones feministas no hubieran sido posibles en ausencia de determinadas condiciones sociales, institucionales y paradigmáticas favorables. La historiadora Rosalind Rosenberg (1982) ha señalado tres condiciones de posibilidad en el ámbito académico que a su juicio fueron necesarias para el desarrollo de nuevas ideas sobre las diferencias sexuales: (1) *investigación innovadora*: una atmósfera creativa y abierta a nuevas y provocadoras ideas; (2) *coeducación*: un número significativo de mujeres estudiantes; y (3) *compromisos feministas*: unas pocas figuras académicas en posiciones de poder que se vieran a sí mismas como defensoras del movimiento de mujeres. Durante muchos años solo la Universidad de Chicago reunió estas tres condiciones y no es de extrañar que de sus aulas salieran las estudiantes más transgresoras e inconformistas con los imperativos normalizadores de la época.

Pero el caso de la Universidad de Chicago fue más bien único. De forma obstinada y recurrente, a las mujeres se les negaba el acceso en la mayoría de las universidades o se “infiltraban” como oyentes en situaciones de excepción. Habiendo (mal)gastado la mayor parte de sus esfuerzos en enfrentarse a todo tipo de prejuicios y obstáculos institucionales para ser aceptadas en el ámbito académico, la primera generación de mujeres psicólogas que consiguió hacerse un pequeño y solitario hueco en las universidades no tenía precisamente ni margen de actuación ni probablemente más energía para arriesgarse a investigar nuevas formas de entender los sexos. Bastante tenían con sobrevivir probándose constantemente a ellas mismas y a sus compañeros dentro de los confines aceptados de sus disciplinas.

Una excepción fueron los experimentos pioneros que Mary Whiton Calkins condujo entre 1895 y 1896 en el Wellesley College, cuestionando las diferencias sexuales en variabilidad que Joseph Jastrow había encontrado en sus investigaciones en la Universidad de Wisconsin. Pero en un pequeño laboratorio, sin el aval de una universidad prestigiosa que fomentara la investigación y teniendo que hacer frente a las sobrecargas docentes que suponían los colleges de mujeres, Calkins no se vio muy animada a continuar en el campo de las diferencias sexuales.

Otra de las grandes pioneras en psicología, Margaret Floy Washburn, habría sido una persona idónea para trabajar en esta área. En 1891 solicitó su ingreso en la Universidad de Columbia donde se estaba poniendo en marcha un laboratorio bajo los auspicios de James McKeen Cattell⁶⁴ quien además estaba interesado en el estudio sobre las diferencias

⁶⁴ En la mayoría de los casos el trabajo de estas primeras mujeres psicólogas siguió los patrones establecidos por sus mentores.

sexuales. Pero no solo Cattell sostenía visiones tradicionales sobre las mujeres, la propia Universidad de Columbia se negó a conceder a las mujeres una plena integración académica hasta 1900. En 1892 Washburn deja Columbia y se traslada a la Universidad de Cornell más abierta a la recepción e integración de las mujeres. Allí trabaja con Edward Titchener recién llegado del laboratorio de Wundt. Esta vez será su formación en el estructuralismo ortodoxo -que concebía la mente en términos universales y consideraba el estudio de las diferencias individuales una distracción del “real” propósito de la psicología-, lo que la va a alejar todavía más de un posible acercamiento al estudio de las diferencias sexuales. Ya como docente en Vassar, al igual que Calkins en un *college* de mujeres, Washburn continuará con sus estudiantes los estudios experimentales basados en el modelo estructuralista.

En las universidades coeducativas donde sí existía un interés especial sobre las diferencias sexuales -en la Universidad de Clark donde Stanley Hall supervisaba las investigaciones, y en las universidades donde los discípulos de Hall enseñaron, tales como Wisconsin o Iowa-, las arraigadas actitudes antifeministas aseguraron la perpetuación de las creencias convencionales sobre las diferencias sexuales y la inferioridad mental de las mujeres. En la Universidad de Clark, las mujeres estudiaron e investigaron fundamentalmente desde el Departamento de Educación y el *Child Study Institute*. A pesar de sus ideas contrarias a la coeducación, el presidente de Clark, Hall, aceptó que las mujeres ya alejadas del periodo crítico de la adolescencia estudiaran dentro de estas áreas “femeninas” complementarias con el rol materno. Pero sobre todo incluir a mujeres de esta forma “controlada” tenía la ventaja de atraer financiación adicional -y las subvenciones de Rockefeller- junto con la exención de impuestos (Diehl, 1986). En el caso de la Universidad de Clark, la inclusión de mujeres no significó precisamente una mayor abertura a ideas feministas. No es extraño, pues, que las discípulas de Stanley Hall no quisieran herir la sensibilidad de su mentor atreviéndose a cuestionar la visión tradicional sobre las diferencias sexuales⁶⁵. Tampoco es de extrañar que algunos estudiantes varones de Clark, como fue el caso de Jastrow, se lanzaran al estudio de las diferencias sexuales eso sí siguiendo las líneas marcadas por Hall.

Con un panorama bastante diferente se encontraron las mujeres estudiantes que entraron cuando la nueva Universidad de Chicago estaba abriendo sus puertas a comienzos de 1890. La necesidad de financiación contribuyó a la aceptación de mujeres en sus aulas, y

⁶⁵ De hecho la discípula preferida de Hall, Phyllis Blanchard publicó en 1919 *The Adolescent Girl*, una extensión y elaboración del trabajo y las ideas [antifeministas] de Hall sobre la adolescencia, con incorporaciones adicionales de la teoría psicoanalítica (Diehl, 1986).

una fuerte apuesta por gente joven con ideas críticas y novedosas y por el fomento de la investigación, atrajo la presencia no solo de John Dewey o George Herberd Mead, también de un gran número de mujeres con ideales reformistas y feministas que encontraron en la ciudad de Chicago y en su universidad un espacio para prácticas teórico-políticas. Chicago era una ciudad en plena ebullición industrial, con una amplia población marginalizada inmigrante y con unas condiciones de salud pública y laboral bastante denigrantes. Los ideales de reforma social y los ideales feministas y antirracistas se fundieron en muchas de estas estudiantes “excéntricas” de Chicago, contribuyendo con sus ideas y sus prácticas no solo a una mejor ciencia también a una sociedad más justa socialmente. Muchas prefirieron el trabajo de reforma a la investigación científica, pero otras encontraron en la ciencia -y en la psicología- un instrumento con legitimidad para trascender los vínculos culturales que limitaban su libertad.

A ello contribuyó la “nueva psicología” de John Dewey con su teoría de la mente⁶⁶ o la de George Herberd Mead con su teoría social de la personalidad. Ambos ofrecieron un trasfondo teórico -y un apoyo personal académico- a un buen número de estudiantes que desde Chicago y apoyándose en las tesis ambientalistas dieron nuevas respuestas a la cuestión que tanto daño estaba causando a las mujeres científicas en 1900: ¿eran los rasgos mentales de varones y mujeres tan diferentes como sostenían los investigadores detractores de la educación superior de las mujeres?, ¿desarrollarían varones y mujeres, incluso criados en los mismos ambientes, habilidades mentales, rasgos de personalidad y funciones sociales diferentes?

En los siguientes apartados se van a desarrollar algunas de las aportaciones que desde el feminismo científico realizaron mujeres pertenecientes a la primera y segunda generación de psicólogas y sociólogas. Por la relevancia que suponía para su propia historia vital, muchas no pudieron evitar embarcarse en el cuestionamiento de los estudios sobre diferencias sexuales mentales y la supuesta inferioridad biológica de las mujeres. Estos

⁶⁶ En oposición a los estructuralistas experimentalistas alemanes e influido por las tesis filosóficas de Hegel, Dewey sostenía que mente y realidad, sujeto y entorno, eran uno, continuamente conformándose y siendo conformados en el proceso de su interacción. El rechazo a la búsqueda de rasgos universales mentales, combinado con la visión darwinista de la interdependencia y adaptación al entorno, le proporcionaron una base teórica para criticar el contexto social en el cual las mentes se desarrollaban, así como para apoyar la creencia de que las mentes podían ir más allá de su contexto social. Las posibilidades teóricas y políticas feministas de esta fusión teórica no fueron desapercibidas por Helen Thompson (Woolley) o por Perkins Gilman.

estudios tuvieron lugar principalmente en las universidades de Chicago y Columbia⁶⁷. En Chicago en 1903, una estudiante de Dewey y Angell, Helen Thompson Woolley, demostró con sus diferentes pruebas experimentales que las diferencias entre varones y mujeres eran mínimas y la educación diferencial desempeñaba un papel fundamental en su constitución. Una década más tarde, una estudiante graduada en psicología por la Universidad de Columbia, Leta Stetter Hollingworth, midió el efecto de la menstruación en la ejecución mental de las mujeres y cuestionó con sus investigaciones la asunción darwinista de que los varones eran más variables que las mujeres en habilidades intelectuales. Gracias a las aportaciones de estas mujeres psicólogas, el debate sobre las diferencias sexuales comenzaba a dar un giro ambientalista distanciándose de reduccionismos biológicos. Más tarde, también en Chicago pero esta vez dirigida por Mead y bajo la influencia de William Isaac Thomas, Jessie Taft teorizaba sobre las raíces sociales de la personalidad y sobre los conflictos psicológicos que habían impulsado el emergente movimiento de la mujer.

Por otro lado, desde la confluencia de las actividades de reforma de la *Hull House* y la formación sociológica de la Universidad de Chicago, surgió un grupo de teóricas sociales –la llamada Escuela de Chicago de Mujeres– cuyas investigaciones dieron pie a no pocos cambios legislativos en materia de inmigración, salud laboral, trabajo infantil y derechos de personas negras y mujeres. Estas incansables reformadoras demandaron una mayor participación de las mujeres en la esfera pública –rebelándose al “family claim”–, argumentando que los valores especiales y éticamente superiores de las mujeres constituían un antídoto necesario frente a la barbarie del industrialismo y el capitalismo.

LA PIONERA CONTROVERSIAS CALKINS-JASTROW (WELLESLEY-WISCONSIN)

«Las tendencias reales de las mujeres no podrán ser conocidas hasta que sean libres de elegir, no más que las de un perro encadenado.» (Amy Tanner, 1896: 550).

En 1891 un psicólogo de reconocido prestigio en la Universidad de Wisconsin, Joseph Jastrow, llevaba a cabo un estudio empírico cuyo primer objetivo era «conseguir de

⁶⁷ En las décadas 20-30, ambas universidades alcanzaron con diferencia los dos primeros puestos en el reconocimiento de doctorados a mujeres. En 1938 Columbia ocupaba el primer puesto en psicología con 68 doctorados reconocidos a mujeres; Chicago ocupaba el segundo con 31; el tercer puesto lo ocupaba Johns Hopkins con 17 (Rossiter, 1992).

forma objetiva los resultados de procesos mentales naturales e inconscientes» (1891: 559). En el experimento, 25 varones y 25 mujeres debían listar *lo más rápido posible* 100 palabras. Jastrow encontró que existía un amplio rango de palabras que eran repetidas por los estudiantes de ambos sexos -a lo que denominó “comunidad mental”- y trató de analizar si existían rasgos masculinos y femeninos diferenciales a este respecto. Como él ya suponía las mujeres mostraron menor variabilidad que los varones en sus listados de palabras y se parecían en sus hábitos de pensamiento mucho más que los varones. Un hecho que para Jastrow no venía más que a reforzar la ya conocida hipótesis evolucionista de la variabilidad: puesto que los varones demostraban ser más variables, habían conseguido niveles superiores evolutivos que las mujeres. Este discípulo de G. Stanley Hall también halló en su experimento una fuerte preferencia de la mente femenina por ciertas clases de palabras concretas y familiares: «Podemos concluir que los rasgos femeninos revelados por este estudio son una atención por el entorno inmediato, hacia los productos acabados, hacia lo ornamental, lo individual, y lo concreto; mientras que la preferencia masculina es por lo más remoto, lo constructivo, lo útil, lo general, y lo abstracto.» (1891: 564-565).

Lo que no sospechaba Jastrow es que su estudio además de ser refrendado por los defensores de la hipótesis de la variabilidad, iba a ser puesto en tela de juicio por una de las mujeres científicas y psicólogas más eminentes del momento, Mary Whiton Calkins, que sospechando de la rigurosidad de estos hallazgos, decidió repetir el estudio en Wellesley (el *college* de mujeres donde ejercía como profesora). Comenzaba así lo que ha sido considerado como la primera controversia sobre diferencias sexuales en procesos cognitivos en la literatura psicológica (Furumoto, 1979): la controversia Calkins-Jastrow –Wellesley-Wisconsin- recogida en las páginas de la *Psychological Review* en los años 1895 y 1896.

Calkins encargó el estudio a una de sus estudiantes, Cordelia Nevers (1895), que replicó las condiciones del experimento pero no llegó a las mismas conclusiones que el prestigioso psicólogo. Las mujeres de Wellesley produjeron términos más abstractos que los estudiantes tanto varones como mujeres de Wisconsin. Y no había precisamente una mayor proporción de palabras relacionadas con lo que Jastrow había denominado «el peculiar ámbito de los instintos domésticos de las mujeres.» (Nevers, 1895: 365-66).

No le debió sentar muy bien a Jastrow que se pusieran en entredicho sus resultados, y menos desde un *college* de mujeres, y respondió con un artículo en la *Psychological Review* titulado “Community of ideas of men and women” (Jastrow, 1896a). En él criticaba la metodología “poco seria” con la que se había replicado su experimento: solo se tuvieron en cuenta las listas de 15 estudiantes y no de 25 como era el caso de su estudio; las palabras

del experimento de Wellesley “parecían ser menos naturales y espontáneas” que las escritas en Wisconsin y las instrucciones dadas para que la asociación fuera realizada “lo más rápido posible” y en un contexto natural no fueron replicadas en Wellesley. Por lo tanto la comparación entre los resultados de ambos estudios no era acertada ni rigurosa. Para refrendar su postura Jastrow recurrió a la autoridad, ni más ni menos, de Mr Havelock Ellis «quien en su trabajo “Man and Woman” de forma extensa cita mis resultados.» (1896a: 70). No solo eso, Ellis había escrito una carta al editor de la *Psychological Review*, según nos cuenta Jastrow, señalando que el estudio en Wellesley no podía invalidar los resultados de Jastrow sobre la “comunidad de ideas” porque no tenía nada que ver, «las palabras tenían que ser escritas tan rápido como fuera posible.» (1896a: 70). De esta forma, Jastrow concluía que lo único que venía a demostrar el estudio de Wellesley es que cuando un estudio se hacía con metodología diferente lo más lógico es que los resultados alcanzados también fueran diferentes.

Asumiendo las críticas metodológicas de Jastrow, Calkins (1896) decidió repetir el experimento corrigiendo “con extrema precisión” las deficiencias señaladas por Jastrow. Sus conclusiones también serán recogidas en la *Psychological Review* y bajo el mismo título: “Community of ideas of men and women”. Esta vez 50 estudiantes (dos grupos de 25) de Wellesley escribieron listas de 100 palabras “tan rápido como les fue posible”, incluso mucho más rápido que en el experimento de Jastrow. La diferencia de los porcentajes de palabras diferentes dados por *las* estudiantes de Wellesley (en esta nueva réplica) y *los* estudiantes de Wisconsin era bastante pequeña (52% y 55% respectivamente) y a Calkins le parecía «una base insuficiente para la conclusión de que “existiera una menor variedad entre las mujeres que entre los varones”, especialmente teniendo en cuenta que posiblemente la mayor rapidez con que fueron escritas las palabras de las listas de Wellesley pudo haber reducido el número [de palabras diferentes].» (1896: 427).

Pero lo más interesante a mi entender del artículo de Calkins fueron sus conclusiones:

«Un estudio estadístico puede ciertamente, si está suficientemente extendido, establecer diferencias características en los intereses de varones o mujeres, y todas las conclusiones de Dr. Jastrow pueden de hecho ser interpretadas de esa forma. Mr. Havelock Ellis, sin embargo, y Dr. Jastrow, quizá, con la expresión “rasgos mentales masculinos y femeninos”, pretenden una distinción entre el intelecto *per se* masculino y femenino, a mi entender se trata de algo fútil e inviable, debido a nuestra total incapacidad para eliminar los efectos del ambiente. Hoy en día las diferencias en la educación y tradición de varones y

mujeres comienzan en los meses más tempranos de la infancia y continúan a lo largo de la vida. La mayor parte de las preferencias que han sido encontradas en los dos experimentos, por ejemplo la preferencia de las mujeres por lo que está relacionado con la casa, son obviamente intereses cultivados.» (1896: 430).

Seguido del artículo de Calkins, la revista publicó una nota final de Jastrow (1896b), donde se reafirmaba en sus primeras conclusiones sobre la “variabilidad de varones y mujeres y las diferencias en sus intereses”⁶⁸. El broche final del debate provino de una estudiante graduada de Chicago, Amy Tanner, que publicaba en la *Psychological Review* del mismo año 1896 otro artículo bajo el mismo nombre “The community of ideas of men and women”, aclarando algunas ideas que a su juicio eran necesarias para continuar con el debate: ambos estaban discutiendo sobre asuntos diferentes –diferencias psíquicas innatas en el caso de Jastrow y diferencias debidas a formas de vida entre varones y mujeres en el caso de Calkins- y además ninguno había considerado el efecto del *hábito*.

Tanner concluye que si lo que realmente estaba considerando Jastrow -y así lo creía ella- es si las mujeres *por naturaleza* tienden más a la repetición y al uso de términos concretos que los varones, es decir, estaba discutiendo sobre diferencias mentales “genuinas” entre los sexos, entonces sí es cierto que se deberían hacer críticas al método de recogida de datos. Pero unas críticas diferentes a las señaladas por Jastrow. Para llegar a semejantes conclusiones se debería poder realizar el “experimento perfecto” que en la medida de lo posible eliminara las diferencias debidas al hábito. «Podemos afirmar y sostener que las asociaciones de mujeres difieren de las de los varones, debido a que sus hábitos de vida son diferentes (...) pero no pueden tener validez las generalizaciones de diferencias sexuales psíquicas inherentes que han sido realizadas sobre la base de variaciones debidas a *hábitos individuales*.» (1896: 549).

Según Amy Tanner los dos experimentos simplemente venían a demostrar un hecho ya bien sabido: que los hábitos determinan la asociación de ideas, lo cual a su juicio no hacía falta realizar ningún experimento para probarlo. De la misma forma, añade, no se puede decir que el hecho de que varones y mujeres elijan profesiones particulares se deba a

⁶⁸ A pesar del debate con Calkins, y las posteriores investigaciones de Helen Thompson Woolley y Leta Stetter Hollingworth criticando la escasa rigurosidad científica del tradicional antifeminismo sobre la psicología de la mujer, Jastrow continuó defendiendo la hipótesis de la variabilidad en sus posteriores trabajos -en *Character and Temperament* escrito en 1915 y en el capítulo “The Feminine Mind” en el libro *The Psychology of Conviction* de 1918-. Cuando los tests mentales mostraron escasas diferencias entre las puntuaciones de varones y mujeres, Jastrow optó por criticar la “parcialidad” y “artificialidad” de los tests que estaban limitados para aprehender la *real* sustancia, “la psicología profunda”, de la masculinidad y la feminidad (Morawski, 1985).

ninguna diferencia *particular*. «Las tendencias reales de las mujeres no pueden ser conocidas hasta que sean libres de elegir, no más que las de un perro encadenado.» (1896: 550).

Con esta sentencia poco habitual en las páginas de la *Psychological Review*, se cerraba un debate que no dejó indiferentes a psicólogas contemporáneas de Calkins interesadas por rebatir los mitos en torno a las “naturales” diferencias sexuales, proporcionando así el caldo de cultivo de las posteriores tesis ambientalistas de Helen Thompson Woolley y Leta Stetter Hollingworth.

¿PERO SON LOS SEXOS TAN DIFERENTES? CUANDO EL LABORATORIO FEMINISTA SE PUSO A TRABAJAR

«Si realmente hubiera una diferencia esencial de instintos y características que determinara las diferencias (...) no sería necesario malgastar tanto esfuerzo en conseguir que chicos y chicas sigan las líneas de conducta propias de cada sexo.» (Helen Bradford Thompson (Woolley), 1903: 181).

Helen Bradford Thompson (más tarde Woolley), probablemente la mejor estudiante que tuvieron John Dewey y James Angell en la Universidad de Chicago⁶⁹, puso su inteligencia al servicio de cuestionar el rigor científico de teorías sobre las diferencias sexuales y la inferior naturaleza de las mujeres. Dicho objetivo inspiró su tesis, *The Mental Traits of Sex*, que se convertiría en uno de los estudios más completos del momento sobre las diferencias psicológicas entre varones y mujeres⁷⁰ (Thompson, 1903). En ella Thompson revisaba de forma exhaustiva y crítica la inconsistente y contradictoria masa de teorías biológicas y psicológicas sobre las diferencias sexuales: criticó entre otras la teoría

⁶⁹ John B. Watson describió así el éxito que Thompson tuvo entre sus mentores a su paso por la Universidad de Chicago: «Recibí mi doctorado *Magna Cum Laude* y casi inmediatamente Dewey y Angell me dijeron que mi examen fue muy inferior al de Miss Helen Thompson, quien se había doctorado dos años antes con *Summa Cum Laude*. Me pregunté entonces si alguien pudo alguna vez igualarla. Esos celos existieron durante años.» (J.B.Watson en Carl Murchison, 1936: 274). Watson sería contratado más tarde en la Universidad de Chicago y en la Johns Hopkins. Thompson Woolley, por ser mujer pero sobre todo por ser mujer casada, se encontró con el rechazo de las principales universidades. Aspectos sobre la vida y obra de Helen Thompson Woolley han sido recogidos en Rosenberg (1982), Scarborough y Furumoto (1987) y Rossiter (1992).

⁷⁰ Según William Isaac Thomas (1907), *The Mental Traits of Sex* representaba la contribución más importante al campo de las diferencias sexuales, y en su opinión las conclusiones generales a las que llegó Thompson podían aplicarse también al estudio de las diferencias raciales.

metabólica de Geddes y Thomson, las afirmaciones de Weininger y Moebius, o la hipótesis de la variabilidad de Ellis, objetando no solo el uso de la variación física como evidencia de la variación intelectual, también la tendencia a minimizar las influencias ambientales. Como señalaría más tarde:

«La impresión general producida por la revisión de esta vasta masa de material es primero, que la literatura sobre el tema está subiendo de tono. No existe probablemente ningún campo que aspire a ser científico donde flagrantes sesgos personales, lógica torturada en apoyo a un prejuicio, afirmaciones no fundamentadas, e incluso pútridas y tontas sensiblerías, se hayan desmadrado tanto como en este caso.» (Thompson Woolley, 1910: 340).

En su opinión, solo una rigurosa investigación experimental a partir de la cual se obtuviera «un informe completo y sistemático sobre las semejanzas y diferencias psicológicas entre los sexos» (1903: 1) podría resolver las disputas en torno a dicho tema. Y eso es lo que se propuso realizar. Para su investigación escogió cuidadosamente a 50 estudiantes universitarios de Chicago, mitad varones y mitad mujeres, de la misma edad, base social, económica y educativa. En la mejor tradición de la experimentación alemana, y mediante la aplicación de diferentes pruebas, examinó sus capacidades intelectuales, habilidades motoras y sensoriales, e incluso procesos emocionales. Influida por el funcionalismo de John Dewey, lo que Thompson buscaba no era evidencia de procesos mentales universales sino más bien indicaciones de diferencias individuales y especialmente sexuales. Para ello se basó en las técnicas estadísticas utilizadas por el psicólogo inglés Galton, fijándose no simplemente en las diferencias entre unos grupos y otros, también en los solapamientos.

Lo que más impresionó a Thompson de sus resultados fueron lo débiles que resultaban las diferencias entre los estudiantes varones y mujeres. Dada la arraigada creencia social en las diferencias sexuales, sus hallazgos sobre la semejanza en rasgos mentales fueron de hecho su contribución más importante (Rosenberg, 1982). Admitió la persistencia de diferencias en algunas pruebas, pero ello no justificaba en ningún caso el salto a conclusiones hereditarias. Thompson sostenía que la diferente educación y las expectativas sociales, no la fisiología, eran las causas: mientras en los chicos se fomentaba la individualidad y la independencia en pensamiento y acción, a las chicas se les enseñaba obediencia, dependencia y acatamiento: «Si hubiera realmente una diferencia fundamental de instintos y características que determinara las diferencias (...) no sería necesario malgastar

tanto esfuerzo en conseguir que chicos y chicas sigan las líneas de conducta propias de cada sexo.» (1903: 181).

Como señala la historiadora Rosalind Rosenberg (1982), lo que distinguió a Thompson de previos investigadores fue su escepticismo corrosivo y su sesgo igualitario combinados ambos con su formación teórica funcionalista (influida por John Dewey y James Angell). *The Mental Traits of Sex* proporcionó una visión fresca en el estudio sobre las diferencias y sobre todo semejanzas sexuales, pero como la misma Thompson concedía, era solo el principio. Había examinado solo a 50 sujetos y sus tests y análisis estadísticos eran todavía bastante rudos -no comprendían las técnicas de correlación ya en uso en Columbia por ejemplo.

A pesar de estas deficiencias, la demostración del marcado solapamiento de las ejecuciones de varones y mujeres en sus tests y sus análisis sobre la influencia del ambiente, la educación y las expectativas sociales, condujo a no pocos psicólogos a revisar críticamente sus asunciones hereditarias. En el estudio de las diferencias sexuales en particular, y en el desarrollo de la psicología en general, *The Mental Traits of Sex* levantó importantes dudas sobre el reduccionismo biológico predominante; y en las décadas siguientes a su publicación inspiró a otras mujeres psicólogas -en instituciones mucho menos solidarias con el feminismo que la Universidad de Chicago- a cuestionarse las asunciones sobre las cuales se asentaba la inferioridad y particularidad psicológica de las mujeres.

Woolley volvió a revisar de forma crítica la vasta literatura sobre las diferencias sexuales en varios trabajos posteriores publicados en 1910 y en 1914 en la *Psychological Bulletin*. En su última actualización, recogía una nueva controversia en torno a las diferencias sexuales en variabilidad esta vez entre Leta Stetter Hollingworth y Edward Thorndike, apoyando las tesis ambientalistas de la primera (Woolley, 1914). En ese mismo artículo comentaba con su sarcasmo habitual los resultados sobre comparaciones sexuales a partir de la aplicación del test de inteligencia Binet-Simon por Goddard en EEUU:

«En su mayor parte, las chicas han respondido mejor que los chicos en medidas de inteligencia general. Que yo sepa, nadie ha inducido la conclusión de que las chicas tienen una mayor habilidad innata que los chicos. A una le viene la tentación de permitirse especulaciones vanas sobre si esta prevención admirable hacia generalizaciones precipitadas hubiera sido igualmente sostenida ¡si los hallazgos sexuales hubieran sido los contrarios! La explicación común de los resultados ofrecidos es que las chicas son más dóciles y aplicadas que los chicos.» (1914: 365).

DOBLES RASEROS EN PSICOLOGÍA: MENSTRUACIÓN, INSTINTO MATERNAL Y VARIABILIDAD EN LETA STETTER HOLLINGWORTH

«Varones de intereses y profesiones de lo más diverso han escrito sobre este tema, -historiadores, médicos, abogados, filósofos, psicólogos, novelistas y educadores. Varones a los que nunca se les hubiera ocurrido escribir con autoridad sobre ningún otro tema sobre el cual no poseyeran un conocimiento seguro y experto, no han dudado en realizar las más categóricas afirmaciones respecto a las habilidades mentales y motoras de las mujeres durante el período menstrual.» (Leta Stteter Hollingworth, 1914a: 97).

A quien más influyó el trabajo de Helen Thompson Woolley fue a Leta Stetter (Hollingworth)⁷¹. Una joven estudiante que en 1911 comenzaba en la Universidad de Columbia sus estudios de doctorado en psicología. Aunque el departamento de psicología - bajo la dirección de James McKeen Cattell-, se había mostrado reticente a la hora de recibir a mujeres para formación doctoral y mucho más a ideas feministas, lideraba por entonces el campo de estudio de las diferencias individuales en Estados Unidos, y daba la mejor formación disponible en estadística, aplicación de tests e investigación experimental.

Fue curiosamente su matrimonio con otro psicólogo⁷² lo que contribuyó en gran medida a que Leta Stteter pudiera estudiar las diferencias sexuales de la forma en que lo hizo. Harry Hollingworth -estudiante de Cattell y después profesor en Columbia y en Barnard- fue al contrario que sus colegas de Columbia un defensor público del feminismo. Su motivación y apoyo favorecieron que Leta Hollingworth abordara desde un feminismo científico riguroso tres creencias sobre la psicología de las mujeres que todavía permanecían intocables o incuestionadas: la influencia de la menstruación en el rendimiento mental y

⁷¹ Información sobre la vida y obra de Leta Stteter Hollingworth se puede encontrar en Shields (1975b), Rosenberg (1982, 1984), Rossiter (1992) y en una necrológica que le dedicó la *American Journal of Psychology* (Poffenberger, 1940).

⁷² Leta Stetter y Harry Hollingworth se conocieron en la Universidad de Nebraska. En 1908 se casaron y decidieron trasladarse a Nueva York planeando vivir con el sueldo de profesora de Leta mientras Harry terminaba su doctorado. Pero en Nueva York no se admitía que mujeres casadas ejercieran como profesoras. En 1909 Harry Hollingworth terminó su PhD y recibió una oferta de empleo como instructor de psicología y lógica en el Barnard College. Esta vez sería Harry quien con su nuevo salario decidió financiar los estudios de doctorado de Leta en psicología educativa en la Universidad de Columbia.

motor de las mujeres, el instinto maternal y la hipótesis evolucionista de una mayor variabilidad mental de los varones.

Después del trabajo de Woolley, los psicólogos fueron más cautos al enfatizar diferencias mentales entre varones y mujeres, pero todavía muchos mentores desconfiaban del futuro de las mujeres investigadoras debido a su incapacidad periódica mientras menstruaban y a su inadaptación a los rigores de la ciencia por su preferencia instintiva por la maternidad. Igualmente, en muchos departamentos de psicología permanecía la convicción de que en los rangos más altos de inteligencia y creatividad las mujeres estaban menos representadas debido a su menor variabilidad. Desde 1914 a 1922 Leta dedicó buena parte de su carrera a desmontar estas creencias.

El interés de Leta Hollingworth por los supuestos efectos de la menstruación en las mujeres, provino de lo que hoy llamaríamos un oportuno *serendipity*. Harry Hollingworth le pidió su colaboración en uno de sus experimentos. Se trataba de medir los efectos de la cafeína sobre las habilidades motoras y mentales. Curiosamente una de las precauciones que tomó Harry en su control de todas las posibles variables “contaminadoras”, fue si sus sujetos mujeres tenían o no la menstruación. Cuando se publicaron los resultados del experimento, Leta se dio cuenta de que no se hacía ninguna mención sobre la influencia de la menstruación en el rendimiento de las sujetos-mujeres. Llena de curiosidad estudió los datos ella misma y no encontró evidencia de que las ejecuciones de las mujeres hubieran variado durante sus períodos menstruales como su marido había sospechado.

Si para Harry Hollingworth este hallazgo no tenía ninguna importancia especial, para Leta sin duda lo tenía. Ningún dogma sobre la naturaleza de las mujeres había sido aceptado tan incondicionalmente por médicos, filósofos, psicólogos... -desde Clarke hasta Ellis-, como lo hizo la asunción de que las mujeres sufrían una incapacidad periódica durante su menstruación. ¿Cómo se iban a dejar asuntos públicos en manos de unos seres que sufrían periódicamente un estado de deficiencia e irresponsabilidad mental y física? El mito “*útero versus cerebro*”, que había servido de justificación para la separación de las mujeres de la esfera pública –la política, ¡el voto!, el empleo, la educación superior, etc.- se estaba poniendo en entredicho ni más ni menos.

Sorprendida e irritada por el escaso apoyo científico que estas rotundas afirmaciones necesitaban para que las autoridades masculinas las asumieran acriticamente – y que para otros asuntos resultaba imprescindible-, Leta Hollingworth decidió investigar experimentalmente el efecto del ciclo menstrual de 23 mujeres sobre diferentes habilidades

motoras y mentales. El producto de dicho trabajo, su tesis doctoral que realizó en Teachers College de la Universidad de Columbia en 1914 *Functional Periodicity: An Experimental Study of the Mental and Motor Abilities of Women during Menstruation*.

De entre sus conclusiones, las siguientes: «Una medida cuidadosa y exacta no revela una deficiencia periódica mental o motora en mujeres normales (...) La variabilidad de rendimiento no está afectada por la periodicidad fisiológica (...) El “ciclo” al que se refieren Ellis y otros no está hallado por métodos de precisión.» (1914a: 94). Por otro lado, no solo la irresponsabilidad y deficiencia menstrual de las mujeres proclamada en la teoría no encontraba su correlato en la práctica cotidiana, tampoco parecía haber un acuerdo sobre sus efectos entre los diferentes “expertos”. Pero ¿cómo era posible que tantos científicos hubieran aceptado de forma tan dogmática una creencia que no resultaba ser probada empíricamente?:

«En primer lugar, la tradición proveniente de novelistas místicos y románticos, que presenta a la mujer como un ser misterioso, mitad histérica, mitad ángel, ha encontrado su camino en los escritos científicos. A través de los siglos los que escribían eran varones, y dado que el fenómeno de la menstruación les era extraño, no resulta sorprendente que se dirigieran hacia ella como fuente probable del supuesto “misterio” y “capricho” de la naturaleza de la mujer. El dogma una vez formulado ha sido citado como argumento de autoridad de autor en autor hasta nuestros días.» (1914a: 95).

A esta primera explicación, Leta Hollingworth añadía otra serie de factores que estaban contribuyendo al mantenimiento de esta creencia: la mayoría de los investigadores experimentales varones no se atrevía a acercarse a un tabú como la menstruación de las mujeres, con lo cual asumían la evidencia recogida por los médicos –también del sexo masculino– generalmente a partir de patologías menstruales y sin apenas información sobre los métodos de la psicología experimental.

Hollingworth concluyó su tesis seleccionando una cita de otra autoridad, esta vez feminista: John Stuart Mill. En dicha cita hacía un llamamiento para que las psicólogas estudiaran las diferencias sexuales mentales más allá de los hallazgos médicos sobre diferencias corporales, y concluía: «es un tema sobre el cual nada definitivo puede saberse en la medida en que las únicas que pueden realmente conocerlo, las propias mujeres, han aportado un escaso testimonio.» (J.S. Mill en Hollingworth, 1914a: 99). Leta recoge este llamamiento para que las mujeres estudien de forma experimental este tipo de temas, especialmente en un momento en que comenzaban a abrirse nuevas oportunidades educativas y de investigación para ellas: «Así, con el tiempo, podrá ser escrita una psicología

de la mujer basada en la verdad, y no en la opinión; sobre evidencia precisa y no anecdótica; sobre datos rigurosos y no sobre secuelas de pensamiento mágico.» (1914a: 99).

Inspirada por la obra *Social Control* de Edward A. Ross –reconocido como uno de los pioneros de la psicología social-, Leta Hollingworth (1916a) escribe en la *American Journal of Sociology* un artículo bajo el título “Social Devices for impelling women to bear and rear children”. Frente a la “concepción mística y sentimental” de la existencia de un instinto maternal adscrita de forma dogmática por muchos psicólogos del momento –William James, McDougall, e incluso por Thorndike (1906)-, Leta Hollingworth nos describe –apelando a los “hechos”- los mecanismos de control y presión social que fuerzan a la mayoría de las mujeres a ser madres. Los “hechos” para Leta Hollingworth eran los siguientes⁷³: (1) puesto que la crianza y cuidado de los niños son necesarios para la existencia nacional; (2) puesto que dichas actividades implican sufrimiento, autosacrificio y trabajo, e incluso a veces ponen en peligro la propia vida; (3) y puesto que no existe evidencia verificable que demuestre en las mujeres la existencia de un instinto maternal que las impulse voluntariamente a buscar el dolor, el peligro y el extenuante trabajo que implica el mantenimiento de una alta tasa de natalidad: «Cabría esperar, por consiguiente, que aquellos que controlan la sociedad inventarán y emplearán dispositivos para forzar a las mujeres a mantener una tasa de natalidad tal que asegure un crecimiento en la población suficiente para compensar las pérdidas de guerra y enfermedad.» (1916a: 21). Y eso fue lo que se propuso analizar.

Siguiendo a Ross, nos describe los diferentes dispositivos institucionales y formas de control social sobre las mujeres para asegurarse “el cumplimiento del deber maternal”: los ideales personales, los expertos, la opinión pública, la ley, las creencias, la educación, el arte, la ilusión, la costumbre, la religión, etc. De forma sorprendentemente actual⁷⁴, analizó el papel de «aquellas clases y profesiones que constituyen los “puntos neurálgicos de control social”» (22), sobre los procesos de conformación de lo que Ross denominó “ideales personales” –tipos sociales- que en el caso de las mujeres se plasmaban en ideales

⁷³ En el contexto de la participación de EEUU en la Primera Guerra Mundial, Leta Hollingworth realiza un símil entre la crianza y cuidado de los niños con el trabajo de los soldados: ambas son actividades por la supervivencia de una nación, implican un sufrimiento y dolor que nadie voluntariamente querría, y por lo tanto son necesarios mecanismos de control social para fomentar y romantizar su actividad.

⁷⁴ En la línea de lo que más tarde Michel Foucault (1976/1995) analizaría como dispositivos de saber/poder y su influencia en los procesos de conformación de subjetividades.

personales de feminidad: pautas de conducta y carácter que debería poseer “la mujer mujer”, la “mujer normal” (22).

Igualmente describió tres mecanismos mediante los cuales estos “guardianes sociales” –entre los que médicos y psicólogos ocupaban una posición especial– conformaban la “ilusión” por la maternidad en las mujeres: la construcción de tabúes o silencios sobre determinados aspectos desagradables y dolorosos de ser madre; la magnificación y romantización de las “alegrías” maternas; y la construcción de lo que ella denominó *bugaboos*, “cocos” o amenazas sobre las consecuencias negativas de no responder al imperativo natural-maternal.

Como observaba Leta Stetter Hollingworth, los psicólogos experimentales estaban respondiendo a un doble estándar de prueba científica. Por un lado criticaban las definiciones descuidadas y acientíficas sobre los instintos y demandaban un mayor espíritu crítico frente a asunciones semejantes presentes todavía en la psicología. Pero cuando la psicología de la mujer o las diferencias sexuales se sometían a debate, permanecían ciegos y obstinados, reproduciendo mitos convencionales en sus publicaciones. Una vez más, la visión limitada de los investigadores varones que examinaban las diferencias sexuales confirmaba la convicción de Hollingworth de que las mujeres debían formarse a sí mismas para trabajar en psicología experimental y publicar sus hallazgos.

Esta convicción fue la que le llevó a desmontar otro de los mitos sobre las diferencias sexuales ampliamente sostenido por los psicólogos varones de la época: la hipótesis darwinista de una mayor variabilidad física y mental en los varones⁷⁵. Para ello y siendo todavía una estudiante de doctorado en la Universidad de Columbia, se atrevió a poner en cuestión las tesis de dos de los más prestigiosos psicólogos del momento y profesores de dicha universidad: James McKenn Cattell y su mentor, Edward Thorndike.⁷⁶ Para ambos, la mayor variabilidad mental entre los varones respecto a las mujeres –y por lo tanto su mayor grado de evolución– venía justificada por el mayor número de genios y deficientes mentales varones en las instituciones sociales.

⁷⁵ Las aportaciones de Hollingworth al debate en torno a la “hipótesis de la variabilidad” han sido recogidas en Shields (1975a, 1987).

⁷⁶ A pesar de sus diferencias, Edward Thorndike respetaba el trabajo de Leta Stetter Hollingworth sobre la variabilidad e incluso le propuso dar varias charlas sobre diferencias sexuales en sus clases. En 1916, cuando Naomi Norsworthy –la primera mujer docente en Teachers College de Columbia– murió inesperadamente, Thorndike intercedió –a pesar de las reservas de Cattell– para que Hollingworth fuera contratada en su lugar.

Para rebatir esta idea, Hollingworth acudió a diferentes fuentes. Primero examinó la literatura ya existente sobre las diferencias sexuales y no encontró evidencia de diferencias en variabilidad (Hollingworth, 1914b). Con el objetivo de aislar la variabilidad innata de la producida por el entorno social, llevó a cabo un estudio con Helen Montague sobre diferencias sexuales en variabilidad de peso y longitud de 2.000 recién nacidos. La hipótesis tampoco se cumplía en medidas físicas (Montague y Hollingworth, 1914). Por último, respecto a la variabilidad mental, y basándose en su experiencia trabajando en la *Clearing House for Mental Defectives*⁷⁷ como administradora de tests mentales, ofreció diferentes explicaciones sociales sobre la mayor representación de varones en los dos extremos de la curva normal. Los datos sobre un mayor número de varones retrasados habían sido recogidos en instituciones donde era más probable que se admitiera a varones que a mujeres con igual grado de retraso. Qué constituye una conducta inteligente es una noción relativa que opera de forma diferente para varones y para mujeres. A juicio de Leta, las mujeres no ingresaban en instituciones para deficientes mentales porque el rol social femenino admitía e integraba mejor las deficiencias que el rol masculino -que exigía competitividad e independencia económica-: escasas ocupaciones admitían a varones retrasados tanto como lo hacían la ocupación de ama de casa o de prostituta. La mayor adaptación de las mujeres retrasadas al orden social y económico fuera de los ámbitos institucionales era simplemente una función de su rol sexual (Hollingworth, 1922).

Respecto al mayor número de genios varones –cuya evidencia estadística James McKenn Cattell se apresuró a aportar- Leta también tenía una explicación social. Antes de que los psicólogos expliquen la menor eminencia de las mujeres refiriéndose a su menor variabilidad, aconsejaba Hollingworth, deberían considerar primero «el hecho establecido, obvio e ineludible de que las mujeres crían y cuidan a los niños, y que esto ha significado siempre y todavía significa que cerca del 100% de su energía está dedicada a la realización y supervisión de las tareas domésticas, un campo donde la eminencia todavía no es posible.» (Montague y Hollingworth, 1914: 367). En su opinión, solo cuando los psicólogos tuvieran en cuenta las responsabilidades domésticas de las mujeres, podrían hablar con legitimidad sobre la cuestión de la variabilidad comparativa, o las diferencias en intelecto o instinto.

Los dobles estándares esta vez de “interpretaciones arbitrarias de los hechos” volvían a desempeñar su papel en el refuerzo del mito de inferioridad de las mujeres: «cada diferencia sexual que ha sido descubierta o alegada ha sido interpretada confirmando la

⁷⁷ Curiosamente al final de su carrera realizó también importantes contribuciones al estudio sobre los niños superdotados, publicando varios libros sobre el tema.

superioridad de los varones (...) Si se hubiera encontrado que existen más mujeres entre los internos de asilos para deficientes mentales, con qué facilidad se habría utilizado como evidencia de la general cualidad inferior de la mente de las mujeres.» (Lowie y Hollingworth, 1916: 284).

El trabajo de Hollingworth –con sus persuasivos datos empíricos- constituyó la primera oposición seria a la hipótesis de la variabilidad. En 1916 y 1918 escribió dos artículos donde revisaba la literatura existente hasta el momento sobre diferencias y semejanzas sexuales⁷⁸. Formaban parte de un encargo de la *Psychological Bulletin* con el que se cerraba una serie conjunta con Helen Thompson Woolley sobre el estado de la cuestión en el estudio de las diferencias sexuales. En sus revisiones, Woolley y Hollingworth abarcaron trabajos en genética, anatomía, y fisiología y también los últimos trabajos desde la psicología social y la sociología. Ambas parecían coincidir en que tras la Primera Guerra Mundial y las comparaciones sexuales extraídas de la aplicación masiva de tests de inteligencia, quedaban desfasadas y desacreditadas determinadas tesis hereditaristas. La inteligencia no debía ser considerada por más tiempo como una característica sexual secundaria, ni como algo fijo. Las últimas aplicaciones colectivas –como las de Goddard con el tests de inteligencia Binet-Simon- mostraban más solapamientos que diferencias sexuales e incluso una ligera superioridad de las chicas en determinados rangos de edad. Este último hallazgo previno a muchos investigadores a la hora de incluir comparaciones sexuales en sus resultados. Como advertía Leta Hollingworth en 1918, las referencias a diferencias sexuales en inteligencia comenzaron curiosamente a pasarse de moda en psicología: «Existía formalmente un cierto acuerdo entre los psicólogos de incluir en el resumen de los resultados de un estudio donde participaban sujetos varones y mujeres, un párrafo sobre las “diferencias sexuales”. Ahora parece haber una tendencia creciente entre aquellos que han estudiado más extensamente las diferencias individuales de omitir este párrafo tradicional.» (1918: 428).

⁷⁸ A las contribuciones feministas de estos trabajos, hay que añadir un artículo que en 1916 publicó en el *Scientific Monthly* con un antropólogo, Robert H. Lowie, bajo el título de “Science and Feminism”. Igualmente, utilizó sus hallazgos científicos para criticar la perpetuación de estereotipos sexuales en las aplicaciones de la psicología al ámbito laboral en un capítulo del libro de Harry Hollingworth *Vocational Psychology*, -recordando a los orientadores que las mujeres no necesitaban ser restringidas al “trabajo de las mujeres”-. Al incansable trabajo académico-feminista de esta psicóloga hay que añadir además sus colaboraciones con grupos feministas del *Greenwich Village*. Al final de la década de los 20, dejó aparcados los estudios sobre la psicología de las mujeres y se centró en la psicología clínica y los niños superdotados –llegando a contribuir en algunos momentos con fondos personales para financiación de investigaciones-. Al final de su carrera proyectó un libro para el cual ya tenía título, *Mrs. Pilgrim's Progress*, dedicado a la psicología de la Nueva Mujer. Tristemente se quedó en proyecto.

Incluso afirmaciones sobre la exclusiva o mayor eminencia de los varones eran menos frecuentes. Leta citaba en su revisión de 1916 los resultados de Lewis Terman, quien había conseguido una gran reputación después de la I Guerra Mundial por su colaboración en la aplicación masiva de tests de inteligencia para el reclutamiento de soldados. En su libro *The Measurement of Intelligence* de 1916, Terman confirmaba las tesis de Hollingworth sobre la variabilidad entre varones y mujeres. En sus investigaciones con estudiantes escolares, las chicas puntuaban mejor que los chicos hasta la edad de 14 años, a partir de la cual los niños eran mejores ligeramente que las chicas. Terman explicaba este cambio no por una repentina mejora natural de la inteligencia en los varones, sino más bien debido a factores sociales relacionados con las posibilidades de educación superior y la división sexual del trabajo.

En buena medida gracias a los trabajos de Woolley y de Hollingworth, el debate en torno a la psicología de las diferencias sexuales dio un giro desde determinismos biológicos hacia tesis que consideraban la influencia de las condiciones sociales en la inteligencia y en la conformación de los “rasgos” o “personalidad” femenina⁷⁹.

EL CONFLICTO PSICOLÓGICO DE MUJERES INTRUSAS Y TRAIADORAS COMO MOTOR DE PROGRESO SOCIAL: JESSIE TAFT

A este giro social, también contribuyeron en gran medida muchos de los científicos sociales -psicólogos, sociólogos, antropólogos, etc.- de la Universidad de Chicago. De entre ellos, dos de especial importancia, tanto por las posibilidades políticas de sus teorías como por su relación e interés por el movimiento feminista: William Isaac Thomas y George Herberd Mead. El papel del “hábito” en el mantenimiento del orden social en Thomas y la conformación social de la personalidad –las relaciones entre el “yo” y el “mi” u “otro generalizado”- en Mead, suministraron un soporte teórico que inspiró a no pocas académicas y reformadoras sociales feministas. Ese fue el caso de Jessie Taft, quien bajo la

⁷⁹ En el estudio de las diferencias sexuales y en la psicología en general, el giro no fue solo de tesis biologicistas a tesis más sociales, también de los estudios de laboratorio –a la búsqueda del experimento perfecto que anulara las influencias ambientales- a los tests de inteligencia; y más tarde de la inteligencia –que ya no podía considerarse como algo fijo e inmutable y resultaba insuficiente para predecir por ejemplo el rendimiento laboral- a las diferencias en personalidad.

supervisión de Mead escribía en 1913 su tesis *The Woman's Movement from the Point of View of Social Consciousness*.⁸⁰

Basándose en el trabajo de Thomas y especialmente en el de Mead, Taft (1916) defendió que la “especificidad” del carácter femenino no derivaba de sus cualidades innatas o del entorno físico, sino de actitudes y expectativas sociales –“reacciones sociales”- que se asumen hacia las mujeres desde la más temprana infancia. De este modo, las mujeres desde niñas aprenden a anticipar cuáles van a ser las reacciones sociales a sus actos y en función de ello conforman su comportamiento: “se ajustan a los objetos sociales anticipando sus respuestas”. Es en esta interacción con los otros que se conforma su personalidad y su conciencia de sí mismas. Según Taft, las mujeres desarrollan determinados rasgos de personalidad –por ejemplo la modestia- como una forma de satisfacer las expectativas sociales –se espera que sean modestas- y manejarse de forma provechosa dentro de los constreñimientos del sistema social en el que viven. Así, en el contexto de un entorno social muy simple, donde el rango de posibles actitudes sociales sea muy estrecho, construirán sus *yo-es* de forma indiferenciada y con escasa conciencia de sí mismas.

Taft coincidía con otras feministas del momento –como Charlotte Perkins Gilman o Leta Stetter Hollingworth- en que mientras las mujeres fueran restringidas al ámbito doméstico, pocos esperarían de ellas que se convirtieran en eminencias. Pero a diferencia de Perkins Gilman, para Taft la independencia económica no era suficiente para emancipar a las mujeres: los ideales tradicionales de feminidad también debían ser abandonados. De nada servía la liberación de las mujeres de la cocina, si se seguía esperando de ellas sumisión y acatamiento, si la racionalidad seguía viéndose como sello distintivo masculino o las virtudes maternas como posesión exclusiva de las mujeres. Taft criticó en este sentido determinados argumentos aportados por las sufragistas para justificar el voto de las mujeres sobre la base de su superioridad maternal o la ética del cuidado.

La emancipación no era solo un problema económico, político o legislativo, era también un complejo problema psicológico. Según Taft, lo que impulsó la emergencia del movimiento de la mujer iba más allá de la consecución del voto, tenía su raíz en conflictos psicológicos de mujeres que veían sus deseos de emancipación frustrados por los constreñimientos sociales:

⁸⁰ Bajo el título “The Woman Movement as part of the Larger Social Situation”, la revista *Hypatia* publicó en 1993 el capítulo segundo de la tesis de Taft. El trabajo académico y de reforma de Jessie Taft junto con aspectos de su vida, han sido recogidos en Rosenberg (1982) y en Charlene Haddock Seigfried (1993a).

«Todo este conflicto desesperado entre impulsos de los que la mujer siente que tiene derecho legítimo, incluso obligación moral, de expresar; toda la rebelión contra el sacrificio estúpido y sin sentido de poderes que deberían ser usados por la sociedad, constituye la fuerza, consciente e inconsciente, que motiva al movimiento de la mujer y continuará vitalizándolo hasta que algún tipo de ajuste sea realizado.» (1916: 55).

Taft veía en este doloroso conflicto psicológico una fuente de progreso social – siguiendo las ideas de Mead y Thomas- que crearía las condiciones de posibilidad para perspectivas y conciencias más amplias. Y era en este sentido que las mujeres con educación –como ella y otras científicas sociales- podían desempeñar un rol especial en el movimiento de la mujer. Atrapadas entre dos mundos e impulsos conflictivos, el mundo femenino de la ética del cuidado y el mundo masculino del racionalismo e individualismo, las mujeres científicas ocupaban una posición privilegiada para una búsqueda de integración y ajuste.

Taft celebraba así el potencial progresivo de aquéllas que subvertían los roles femeninos⁸¹. Lo que hoy se llamaría punto de vista privilegiado de posiciones *in-between*, “traidoras”, “intrusas” (*outsider-within*) o de “conciencia bifurcada” (Anzaldúa, 1987; Collins, 2000; Harding, 1991; Smith, 1987). Pero no solo le interesaron las mujeres científicas en este sentido, también las mujeres delincuentes. En 1912, Taft y su compañera sentimental Virginia Robinson trabajaron de forma conjunta en un proyecto del New York State para la investigación de mujeres delincuentes, realizando entrevistas en el *Bedford Hills Reformatory*. Cuando Taft terminó su tesis doctoral, volvió a dicha institución y a su compromiso con la reforma de las cárceles. Pero los años de formación doctoral en Chicago no habían sido en balde, Taft consideraba “rehabilitables” a la mayoría de las reclusas si se producían cambios en sus condiciones sociales -si se les ofrecía educación y condiciones económicas adecuadas-, y se negaba a utilizar términos estáticos como “deficiencia mental” que marcaban de por vida a estas mujeres sin recursos. Las resistencias de la institución a nuevas ideas y la impotencia de no poder cambiar la vida de las mujeres desde los límites sociales de la cárcel, hicieron que Taft abandonase el trabajo en el reformatorio y se dedicara al movimiento de la salud mental.

⁸¹ En la Universidad de Chicago, otros como Robert E. Park (1928) también celebraron el potencial progresivo del “hombre marginal”. Curiosamente Park no incluyó la posición marginal de las mujeres, y menos aún de las mujeres negras cuya educación conduciría según él al suicidio de la raza: «La educación y, en particular, la educación de la mujer de raza negra ha tenido un efecto devastador sobre el índice de natalidad. La educación de las mujeres es el método más eficaz con el que cuenta un pueblo para cometer suicidio racial.» (1939/2002: 115).

LA *HULL HOUSE* Y LA ESCUELA DE CHICAGO DE MUJERES: LA *MUJER NUEVA* Y LOS VALORES FEMENINOS COMO ANTÍDOTO NECESARIO PARA LA REFORMA SOCIAL

«¡No conoces a Jane Addams!...¡Jane Addams de la *Hull House*! No conoces la *Hull House* & Jane Addams. Contemplad las deficiencias de una educación universitaria. Porque Jane Addams es una de las mujeres más nobles, sabias, fuertes y dulces en el mundo, y la *Hull House* es el más grande “centro social” en América. Consigue inmediatamente los “Hull House Maps and Papers” y perfecciona tu mente.» [Charlotte Perkins Gilman a su segundo marido y abogado en Wall Street, Houghton Gilman] (en Mary Jo Deegan y Michael R. Hill, 1997: 19).

De nuevo en la ciudad y Universidad de Chicago, se estaba forjando un cuerpo de teoría feminista y de reforma social donde confluían el rechazo a la actitud espenceriana del *laissez faire* con la defensa de la incorporación de las mujeres a la vida pública como antídoto necesario frente al individualismo competitivo industrial y capitalista. El darwinismo social del sociólogo inglés Herbert Spencer combinaba la creencia en la supervivencia competitiva de los más aptos con el apoyo al statu quo, el individualismo y el capitalismo. Un fatalismo evolutivo que se oponía a la intervención social para mejorar la sociedad y defendía la progresión natural de los cambios sociales.

En una ciudad como Chicago, las pensadoras sociales no se podían permitir las ideas espencerianas e insistieron en la necesidad de intervención humana –y de las mujeres en particular- en el proceso evolutivo. Por otro lado, el rechazo emergente de muchos académicos varones a los valores individualistas, les llevó a reclamar y defender junto con algunas teóricas feministas y sufragistas lo que entendían como “valores femeninos”. Darwinismo de reforma y lo que hoy denominaríamos feminismo cultural se unieron así en teóricas y reformadoras sociales eminentes en su época: la fundadora de la *Hull House* y premio Nóbel de la Paz Jane Addams; la controvertida teórica feminista, socióloga y novelista Charlotte Perkins Gilman; o las mujeres que desde la Universidad de Chicago y la *Hull House* consiguieron con sus investigaciones cambios legislativos en ámbitos de reforma social como la inmigración, el trabajo infantil, la salud y la explotación laboral y en general la situación de las mujeres y minorías étnicas en EEUU –Marion Talbot, Frances Kellor, Florence Kelley, Sophonisba Breckinridge, las hermanas Abbott y otras muchas entre las

que también se encontraba Jessie Taft⁸². A la producción feminista de estas mujeres hay que añadir la obra de académicos varones como Lester Frank Ward, William Isaac Thomas o Thorstein Veblen, que basándose en teorías antropológicas del momento⁸³ fueron defensores públicos del feminismo, del sufragismo y en general de una mayor participación de las mujeres en los ámbitos políticos y laborales.

En 1889, tres años antes de que se creara el primer departamento de sociología en la Universidad de Chicago, Jane Addams y Ellen Gate Starr fundaron el centro social de la *Hull House* en uno de los barrios más pobres y con mayor población marginal e inmigrante de Chicago. De la inagotable actividad de reforma de este centro social autogestionado por mujeres, salieron un gran número de investigaciones cuantitativas y cualitativas que dieron pie a no pocos cambios sociales y legislativos. Vivir entre los pobres “como vecinas”, era en principio el único objetivo de estas dos compañeras de *college* y sentimentales. Pero pronto se dieron cuenta de que sus vecinos/as inmigrantes no necesitaban tanto que se les inculcara la cultura y moral norteamericanas –como ellas voluntariosamente se dispusieron a hacer en un primer momento- cuanto que se preservara la riqueza de sus culturas de

⁸² Más información sobre las vidas personales, las actividades de reforma social y los aspectos teóricos sociológicos y feministas de Jane Addams, Charlotte Perkins Gilman y las mujeres de la Escuela de Chicago, puede encontrarse en Patricia Madoo Lengermann y Jill Niebrugge-Brantley (1998) y en Rosenberg (1982). Las relaciones de Perkins Gilman con la teoría sociológica también han sido recogidas en Deegan y Hill (1997). Sobre el grado de celebridad y popularidad que llegaron a alcanzar en su época Jane Addams y otra de las mujeres de la Escuela de Chicago, France Kellor, ver Lillian Faderman (1999).

⁸³ La *teoría ginecocéntrica* de Ward (1888) sostenía que la mujer, en cuanto productora de vida, era el tipo humano original y el progreso de la especie dependía de su desarrollo, siendo los varones secundarios. Basándose en ello, tachaba de irracional la dominación masculina y la desigualdad sexual en la sociedad industrial, ya que inhibían el desarrollo mental y físico de las mujeres obstruyendo así la evolución social. Los varones tenían que reconocer el coste social de este desequilibrio y empezar a trabajar para reconstruir el poder e influencia femeninos. La influencia de la teoría de Ward sobre teóricas/os feministas de Chicago como Veblen, Thomas, Addams, y en especial en la obra de Perkins Gilman, ha sido analizada en Rosenberg (1982) y en Deegan y Hill (1997).

Otras teorías como las de Veblen (1899) o Thomas (1906, 1909b) se basaban en la existencia de una “fase primitiva” pacífica y trabajadora caracterizada por la igualdad sexual. Defendían la resurrección de los “impulsos” (Veblen) o “hábitos” (Thomas) de trabajo en las mujeres, suprimidos en fases históricas posteriores donde los varones habían instaurado su dominio y posesión sobre las mujeres a través de la división entre actividad productiva y actividad guerrera, la instauración de la propiedad privada y a través del matrimonio -un rito de iniciación en la servidumbre y en la ociosidad degradante para las mujeres-. La fuerza creciente del movimiento de la *nueva mujer*, con sus reclamaciones fundamentales de emancipación y trabajo, junto con la condena del “matrimonio-propiedad”, se les presentaba como un signo prometedor. Estos ideales representaban la reafirmación de las mujeres en antiguos hábitos de pensamiento que caracterizaban la “fase primitiva o salvaje” pacífica caracterizada por la igualdad sexual. Para un análisis del pensamiento feminista de Veblen, ver Juan José Castillo (1996).

origen y sobre todo que se resolvieran los problemas del vecindario, especialmente la pobreza.

A las fundadoras se les unieron otras mujeres como residentes y el centro se amplió pasando de ser un segundo piso en una vieja mansión a un conjunto de edificios. Gracias a la eficaz administración de Jane Addams y a la financiación de mujeres pudientes, la *Hull House* se convirtió en un centro neurálgico que proporcionaba espacio social para diferentes grupos políticos: sindicalistas, anarquistas, socialistas y asociaciones de mujeres; con diferentes servicios sociales: acogida a mujeres maltratadas y abandonadas, bajos alquileres, guarderías, cooperativas, comedores públicos, una biblioteca, grupos de estudio, etc.; y en la lucha de diferentes causas sociales y políticas: pobreza, explotación laboral, trabajo infantil, situación de las mujeres y minorías étnicas, etc. Del fruto de sus actividades salió un extenso estudio sobre el vecindario de la *Hull House* que se convertiría en uno de los trabajos más innovadores de la sociología norteamericana y feminista: *Hull-House Maps and Papers: A Presentation of Nationalities and Wages in a Congested District of Chicago, Together with Comments and Essays on Problems Growing out of the Social Conditions*.

Desde la *Hull House*, Jane Addams estableció una red de contactos con otras mujeres implicadas en la reforma social y en las ciencias sociales cuyo trabajo constituyó lo que algunas historiadoras han denominado la “Escuela Sociológica de Mujeres de Chicago” (Lengermann y Niebrugge-Brantley, 1998). Esta red estaba constituida por mujeres que estudiaban o enseñaban en la Universidad de Chicago, y por residentes de la *Hull House* que hacían investigación desde el propio vecindario. Mientras en la Universidad de Chicago se segregaba la “Sociología” teórico-abstracta masculina del “Trabajo Social” femenino, en la *Hull House* se confundían teoría e investigación sociológica con reforma socio-política, e incluso con una nueva forma de vivir y relacionarse.

La principal promotora y líder de la *Hull House* fue la reformadora social, socióloga, feminista y pacifista Jane Addams⁸⁴. En su forma de vida, en su activismo socio-político y en su teoría e investigación social, confluyeron las ideas del darwinismo social reformista, el pragmatismo, el interaccionismo y el feminismo “cultural”. «Cuando Jane Addams hacía sociología, no se dirigía a los académicos varones como sus principales audiencias, sino a las miles de mujeres que conoció a través del trabajo de reforma social (...) Entendía el trabajo que ella y otras mujeres estaban realizando como sociología –una sociología creada fundamentalmente por mujeres desde sus experiencias de vida.» (Lengermann y Niebrugge-

⁸⁴ Fue profesora asociada de Sociología en la Universidad de Chicago y perteneció a varias asociaciones por los derechos de las mujeres y colectivos pacifistas. También fue colaboradora directa de Theodore Roosevelt y miembro activo del Partido Progresista.

Brantley, 1998: 70)⁸⁵. Probablemente lo más innovador en sus análisis sociales fuera la idea de investigar en relación, “viviendo como vecina en los barrios” y siempre teniendo como objetivo último la reforma social y la acción política. Cuando Addams hacía sociología narraba historias, basadas en “hechos reales” del vecindario de la *Hull House*, desde la experiencia de múltiples y conflictivos puntos de vista creados en la interacción social cotidiana⁸⁶.

Para Addams el trabajo de investigación social debía consistir en una participación activa y constante en la cotidianeidad de la vida de la gente. En su caso –y en el caso de muchas mujeres de la Escuela de Chicago- esta participación se plasmó en vivir y trabajar “como vecinas” en la *Hull House* o en otros vecindarios marginales. El conocimiento para Addams solo podía provenir de la experiencia social directa. La investigadora tenía la responsabilidad hacia los sujetos y problemas que estudiaba de producir mejoras sociales con sus datos y respetar sus puntos de vista. La particular epistemología y metodología transmitida por Jane Addams, sirvió de inspiración también a las investigaciones de la Escuela de Mujeres de Chicago.

Información estadística cuantitativa y estudios de casos confluían en los trabajos de estas investigadoras y reformadoras sociales, para aportar información suficiente sobre la cual reclamar al Estado cambios legislativos y sociales. Trabajando desde lo que hoy se llamarían equipos interdisciplinarios, estas mujeres contribuyeron con sus estudios y su activismo social, con su participación en diferentes asociaciones y en la administración pública, a reformas y mejoras sociales, políticas y legislativas en diferentes ámbitos: la educación de mujeres de todas las razas, los derechos de las trabajadoras, el trabajo infantil, la explotación laboral, la situación social de mujeres, minorías étnicas, pobres, inmigrantes, personas enfermas y ancianas...

Junto con estas prácticas de reforma social –donde la lucha contra la opresión de las mujeres se articulaba con otras opresiones de grupos marginalizados-, la *teoría* feminista de Jane Addams reclamaba una mayor participación de las mujeres en la esfera pública

⁸⁵ Jane Addams fue miembro de la *American Sociological Society* desde su fundación en 1895 y contribuyó de forma frecuente en la *American Journal of Sociology*, en cuyo primer volumen se incluía un artículo suyo. Además de su participación en el *Hull House Maps and Papers* en 1895, escribió numerosos estudios sociológicos y nueve libros de teoría y análisis social. Probablemente el más conocido fue *Democracy and Social Ethics* escrito en 1902.

⁸⁶ Un estilo cooperativo y conciliador que se asemejaba curiosamente a la obra de otra gran pensadora social olvidada, Mary Parker Follet teórica de la psicología de los grupos, el poder y la resolución integradora de conflictos. Por otro lado, los ideales pacifistas de Jane Addams la llevaron a implicarse en movimientos pacifistas durante la I Guerra Mundial, lo que le supuso la etiqueta de traidora de la nación, pro-alemana y comunista. Cuatro años antes de su muerte, en 1931, recibió el Premio Nóbel de la Paz.

basándose en la necesidad y deber de una “ética social” –frente al individualismo imperante- que incumbía tanto a varones como a mujeres. Defendía el sufragio de las mujeres no como un derecho individual, sino como un deber cívico necesario en ese momento para el progreso social. Addams reclamaba la necesidad de una ética social, que en el caso de las mujeres implicaba el abandono del “reclamo o ética familiar” individualista (*family claim*) y la implicación en actividades colectivas y comunitarias de reforma –más allá del hogar- para compensar el dolor humano producido por la expansión capitalista.

Más radical fue el pensamiento teórico feminista de otra de las sociólogas más influyentes de la época e igualmente olvidada por la historia “de los grandes hombres”: Charlotte Perkins Gilman. Mujer controvertida⁸⁷, feminista y autora de diferentes novelas, fue defensora de la independencia económica para las mujeres, asidua de la *Hull House* y colaboradora de la *American Journal of Sociology*. Influida por el darwinismo reformista, el socialismo, el pensamiento eugenésico y el feminismo, Gilman ilustró la creencia de Ward⁸⁸ sobre los orígenes “ginococéntricos” de la sociedad humana en su original e irónica novela utópica *Herland* –traducida al castellano como *Dellas. Un mundo femenino*-. Escrita en 1915, nos narra desde la mirada “voyeur” de un sociólogo-explorador varón, las formas de vida y de gobierno de un país mítico gobernado y habitado exclusivamente por mujeres. Una civilización pacífica, cooperativa y tranquila, donde los valores colectivos y maternos constituyen el motor de la sociedad. “Sorprendentemente” organizada y con una ciencia y tecnología perfectamente desarrolladas –«por el aspecto... es un país *civilizado* –protesté-. Tiene que haber hombres...» (Gilman, 1915/2000: 43)-, *Herland* es sobre todo una sociedad de madres comunales dedicadas al cuidado y mejora de las niñas, a la preservación y crecimiento de la raza y de su país. En *Herland*, las ambiciones y esperanzas individuales son supeditadas a los intereses de la comunidad y de la raza. Existe una auténtica “conciencia de grupo”, de unidad, de ahí esa orientación hacia el futuro, hacia la educación de las niñas.

⁸⁷ El carácter público de su “excéntrica” vida –en 1888 abandonó a su marido y se fue con su hija de tres años a California para continuar con su carrera como escritora- más de una vez le impulsó a viajar huyendo del acoso de la prensa amarilla. De esa huida fue fruto uno de sus viajes de California a Chicago donde fue residente temporal de la *Hull House* durante tres meses y conoció a John Dewey.

⁸⁸ Perkins Gilman se carteaba frecuentemente con Lester Ward y reconoció su influencia dedicándole el libro *The Man Made World, or Our Androcentric Culture*. También estableció una amistad duradera y una influencia recíproca con el sobrino de Ward, Edward Alsworth Ross. Cuando publicó su libro *The Social Trend*, Ross escribió a Gilman: «Espero que hayas visto mi pequeño libro “The Social Trend” que contiene un capítulo “Women in a Man Made World” que te interesará. He partido de tu “This Man Made World”, pero recogiendo evidencia de mi propia cosecha.» (citado en Deegan y Hill, 1997: 14).

La narración de *Herland* fue continuada y contrastada en 1916 con la novela *With Her in Ourland*. Desde dos diferentes miradas, la mirada de Van –el explorador sociólogo que visitó *Herland*- y la mirada de Ellador –una de las habitantes de *Herland* que viaja con Van para conocer “Nuestra Tierra” (*Ourland*)-, miradas que han sido interpretadas como representantes de la sociología patriarcal y la sociología feminista respectivamente, Gilman nos narra diferentes concepciones sobre cómo debería estar organizada una sociedad “mixta” y los costes sociales y evolutivos de la subordinación de las mujeres (Gilman, 1916/1997).

Pero el pensamiento feminista y sociológico de Charlotte Perkins no se redujo ni mucho menos a sus novelas utópicas. De su depresión y de su desobediencia a las indicaciones de “reposo total” de las famosas curas del doctor Weir Mitchell, surgió probablemente una de las novelas góticas más brillantes y críticas con la medicina masculina de la época y con los preceptos de la mujer victoriana, *The yellow wall paper* – traducido al castellano como *El papel de pared amarillo*- (Perkins⁸⁹, 1892/2001). Las frustraciones y conflictos de ser una mujer con deseos y agencia individual, más allá de las limitaciones y represiones que imponía el “corsé” femenino y familiar –un reflejo de su propia vida por otro lado-, brotaron también en otros de sus relatos cortos “perdidos” - *When I was a Witch* (1910), *The Crux* (1911), *What Diantha did* (1912), *If I were a man* (1914), *Benigna Machiavelli* (1914) o *The Unnatural Mother* (1916)⁹⁰-.

La idealización de determinados valores de la “cultura femenina” convivía en sus trabajos con una crítica mordaz y corrosiva hacia la injusticia económica y hacia el estado de subdesarrollo y ociosidad al que conducía ser una “buena” esposa y madre en la cultura patriarcal. Apelando a la teoría de la evolución y al pensamiento eugenésico como base de sus demandas feministas –no a una ética social como Jane Addams-, para Gilman el confinamiento de las mujeres a actividades domésticas les había convertido en más

⁸⁹ En ese momento no era “Gilman”. No se casó con su segundo marido Houghton Gilman hasta 1900.

⁹⁰ Estos relatos han sido compilados por Ann J. Lane (1999). La mayoría de ellos fueron publicados en *The Forerunner*. Una revista mensual que la propia Gilman creó como plataforma que le permitía una mayor flexibilidad política, intelectual y estética en comparación con la rigidez de revistas académicas como la *Journal of American Sociology* –donde también colaboró-. Desde *The Forerunner*, Gilman podía analizar a su modo el mundo androcéntrico y patriarcal en el que vivían las mujeres de su época, a través de la poesía, ensayos o relatos de ficción. Es destacable que Gilman a pesar de permanecer en los márgenes de la academia -como mujer con restricciones económicas nunca tuvo la oportunidad de estudios de doctorado en una universidad, nunca consiguió un PhD ni se convirtió en profesora universitaria-, mantuvo el intercambio intelectual con muchos académicos y fue admirada por su trabajo (Jane Upin, 1993).

primitivas y subdesarrolladas que los varones. Si las mujeres no se emancipaban, argumentaba, toda la raza –humana- se vendría abajo.

«Al reducirla a esta base primitiva de vida económica, hemos mantenido a media humanidad atada en la línea de salida, mientras la otra media corría. Hemos formado y educado un tipo de cualidades en la mitad de la especie, y otro tipo en la otra mitad. ¡Y ahora nos admiramos ante las contradicciones de la naturaleza humana...! Hemos criado una raza de híbridos psíquicos, y las cualidades morales de los híbridos son bien conocidas.» (Perkins, 1898/1966: 330-331).

Entrar en el mercado de trabajo podía significar salarios bajos y condiciones miserables de trabajo, soledad e inseguridad, pero también significaba la posibilidad de independencia económica, y para Gilman –igual que para Marx- la posibilidad de desarrollarse como persona, la posibilidad de *ser*. Gilman se preguntaba si podía haber dignidad en una vida doméstica que ya no se basaba en las habilidades peculiares de las mujeres -como en épocas históricas pasadas-, sino en la mera existencia biológica. En su opinión, la relación entre la esposa confinada a la esfera doméstica y a la ociosidad burguesa y el marido que la mantenía no era muy diferente a la prostitución.

En sus principales ensayos sociológicos, Perkins Gilman analizó las interrelaciones entre trabajo, conciencia común o cultura patriarcal y la “excesiva distinción socio-sexual”. Analizó las relaciones entre trabajo y género –la “relación sexo-económica”- en *Women and Economics* (Perkins, 1898/1966) y las relaciones entre género y cultura –la “cultura androcéntrica”- en *The Man Made World, or Our Androcentric Culture* (Gilman, 1911). El género será para Gilman, lo que la clase fue para Marx. En Gilman, el patriarcado conduce al capitalismo. En la base de la depredadora economía moderna y la desigual organización social, estaban por un lado la excesiva división y estratificación sexual -que excluía a la mujer de la actividad más esencial para el desarrollo humano, el trabajo, y la convertía en un ser económicamente dependiente del varón-; y por otro lado, la imposición de la cultura androcéntrica, un sistema simbólico masculino que convertía las cualidades masculinas –la agresión, el individualismo, la sexualidad, el deseo por la propiedad y la posesión- en cualidades universales de la naturaleza humana.

A pesar de su fuerte impronta evolucionista, Gilman –al igual que Ward, Veblen y Thomas- creyeron y defendieron la capacidad y responsabilidad de varones y mujeres para transformar la naturaleza humana y la evolución social. A diferencia de las tesis espencerianas, insistieron en que las desigualdades sexuales y la situación de inferioridad de las mujeres eran anti-naturales y anti-evolutivas, y por lo tanto, se debía recuperar el estado

de igualdad sexual cambiando las condiciones sociales que estaban manteniendo dicha situación. En sus obras, argumentos biologicistas y eugenésicos –también a veces racistas-, y argumentos sociales y socialistas, se mezclaban para reclamar una mayor participación e influencia de las mujeres –y sus valores sociales- en la vida política, laboral y social frente al individualismo competitivo y devastador. El argumento científico “de la excelencia” que celebraba los valores femeninos, fue utilizado en sus teorías no como una confirmación retórica que condenaba a la mujer a sus roles “naturales” de esposa y madre –como fue el caso de Stanley Hall-, sino al servicio de la defensa de un mayor margen de actuación para las mujeres en la esfera pública, y por lo tanto, una mayor igualdad sexual.

RESISTENCIAS ORGANIZACIONALES

LOS COLLEGES DE MUJERES: UN “EDÉN SIN ADÁN” O UN OBSTÁCULO INEVITABLE EN LA CARRERA PROFESIONAL

A finales del siglo XIX, los *colleges* independientes de mujeres se erigieron en EEUU como organizaciones fundamentales para la educación universitaria y sobre todo para la profesionalización académica de mujeres blancas de clase media y fundamentalmente solteras (Palmieri, 1983). En 1870 varias universidades coeducativas comenzaban a admitir a sus primeras estudiantes, las más importantes Cornell y Michigan. Pero ser la única mujer en una universidad coeducativa suponía una aventura que algunas no se atrevieron a emprender. Cuando en 1876 una de las pioneras psicólogas, Lillian Jane Martin, solicitó su admisión en la Universidad de Cornell y recibió como respuesta: «Todavía no hemos recibido ninguna solicitud de mujeres, pero no vemos razón para oponernos a ello», decidió que no sería ella *la primera* y terminó estudiando en el Vassar College (Scarborough y Furumoto, 1987: 189). Los *college* de mujeres ofrecían formación universitaria entre “iguales”, sin humillantes trámites burocráticos e institucionales, y sin la soledad y marginalización que suponía convertirse en *la única mujer*⁹¹. No solo eso, permitían que

⁹¹ En 1890, Anna Alice Cutler, compañera de clase en el Smith College de Calkins y estudiante de doctorado de psicología en Yale con G.T.Ladd, le describía así su aislamiento y su deseo de que hubiera más estudiantes mujeres con ella: «Personalmente estaría realmente encantada de que vinieras. Podríamos llegar a hacer un trabajo estupendo juntas... Si hubiera tan solo una o dos chicas más que se nos unieran podríamos conseguir tanto.» (Scarborough y Furumoto, 1987: 26).

dicha formación no se estancara, promocionándolas profesionalmente como docentes en sus aulas. Con estas condiciones y ante el rechazo de la mayoría de las universidades, algunas prefirieron y otras no tuvieron más remedio que estudiar en ellos.

El pionero fue el *Vassar College* que abrió sus ansiadas aulas para las mujeres en 1865 en Poughkeepsie (New York). Le siguieron el *Smith College* en 1871, el *Wellesley College* en 1875 y en la década de los ochenta el *Goucher College*, el *Mount Holyoke College* y el *Bryn Mawr College*. Tristemente varias universidades prestigiosas, ante incómodas peticiones de mujeres que reclamaban ser admitidas en sus aulas, también decidieron construir sus *colleges* de mujeres asociados: Barnard de Columbia abrió a finales de los 80, Radcliffe sustituyó en 1894 al “extra-oficial” Anexo de Harvard, y tras una década de exitosa coeducación y a pesar de las resistencias de las feministas, Chicago construyó en 1902 su *college junior* segregado para mujeres ante el “desprestigio” que suponía la feminización creciente de su alumnado.

La mayoría de mujeres pertenecientes a la primera generación de psicólogas comenzaron sus estudios en *colleges* de mujeres y en áreas diferentes a la psicología. Cuando consiguieron sus títulos, muchas de ellas tuvieron que emprender la aventura de solicitar estudios de doctorado en otras instituciones –buscando la especialización en psicología-, ya que estos *colleges* pocas veces podían permitirse el lujo de ofrecer estudios posgraduados⁹². Pero con su PhD reconocido o no bajo el brazo, tarde o temprano muchas regresaron a su *alma mater* tras una frustrante experiencia en universidades que se negaban a contratar a mujeres como profesoras. Desde la escasez de recursos y financiación de los *colleges* de mujeres, y ya en calidad de docentes, pioneras psicólogas como Washburn y Calkins construyeron y dirigieron sus propios laboratorios, impulsaron la especialidad de la psicología y colaboraron desde dentro con estudiantes y profesoras en investigaciones experimentales conjuntas.

Para los psicólogos varones que acababan de conseguir su doctorado, un puesto docente en un *college* de mujeres representaba no solo bajos salarios, demasiada enseñanza y escaso apoyo para la investigación, también una fuente de desprestigio en su currículum. En 1898 William James expresó así su asombro cuando supo que *un* prometedor PhD de Harvard había aceptado un puesto en un *college* de mujeres: «Palmer me dice que Bakewell va a ir a Bryn Mawr –por qué, no me lo puedo imaginar, yo me odiaría a mi mismo si estuviera bajo ese régimen de enaguas [*petticoat regimen*].» (Furumoto, 1987: 98). La mayoría

⁹² En 1900, solo Bryn Mawr *College* gracias a los esfuerzos de su presidenta Carey Thomas y el *Smith College* ofrecían programas de doctorado.

de los mentores trataban de disuadir a sus PhD –varones- de que aceptaran semejante empleo: «Hay también un puesto menor en Randolph Macon Woman's College, Lynchburg, Va., pero supongo que no te interesará eso; mucha enseñanza y ninguna oportunidad para la investigación.» (Titchener, 1919 en Scarborough y Furumoto, 1987:159).

Sin embargo, para la primera y segunda generación de mujeres psicólogas norteamericanas, los *colleges* de mujeres y sus “*petticoat regimens*” representaban –junto con las *Normal Schools*- las únicas instituciones donde podían esperar realísticamente ser consideradas para un empleo académico⁹³. La doble presidenta de la *APA* y la *APHA*, Calkins, pasó su carrera entera enseñando en las aulas de Wellesley, y la que fuera presidenta de la *APA* y miembro de la *National Academy of Sciences*, Washburn, enseñó primero en Wells College y después en Vassar durante 34 años.

Para psicólogas como Washburn, cuyo interés principal era claramente la investigación experimental, enseñar en estos *colleges* de mujeres suponía –al igual que para los PhD varones y sus mentores- una fuente de desprestigio en su carrera y un importante freno para la investigación⁹⁴, debido a las altas cargas docentes, la menor calidad del material de laboratorio y la falta de intercambio profesional con figuras líderes del campo de la psicología. Pero lo que para Washburn representaba una asfixiante demanda comunitaria y un aislamiento científico que estorbaban su carrera individual experimental, para otras mujeres constituía la posibilidad de construir redes de amistades y relaciones duraderas -incluso de por vida-, y en general una atmósfera de apoyo intelectual, profesional y emocional que poco tenía que ver con las frustrantes batallas en las instituciones coeducativas (Palmieri, 1983; Furumoto, 1987).

La historiadora Patricia Palmieri (1983), en su retrato colectivo de la vida de las mujeres del Wellesley College, refleja este clima comunitario de la mayoría de los *colleges* de mujeres de aquella época que contrastaba con el entorno competitivo e individualista de las universidades coeducativas o solo de varones. Según Palmieri, la experiencia comunitaria de estas mujeres académicas constituía un entorno muy diferente de la figura del académico-especialista-aislado-varón: «Estas mujeres académicas no antepusieron sus carreras

⁹³ Y eso fue hasta aproximadamente los años 30, que comenzó un período conservador en el que ni siquiera en los *colleges* de mujeres se facilitaba la contratación de mujeres y la mayoría de sus gerentes (*trustees*) comenzaron a evitar presidentas mujeres.

⁹⁴ Washburn tampoco vio en los *colleges* de mujeres una opción de valor para la formación posgraduada. En su autobiografía escribió: «Desapruebo los estudios de doctorado para mujeres en cualquier sitio que no sean universidades coeducativas.» (Dallenbach, 1940: 4). Basada en esta convicción siempre animó a sus estudiantes de Vassar para que eligieran universidades coeducativas con más posibilidades de investigación para su formación doctoral.

individuales a su mentalidad comunal como lo hicieron muchos profesionales varones; ni se adhirieron acríticamente al racionalismo científico, la especialización, la objetividad de la ciencia social, o la asociación jerárquica en la cual la movilidad vertical tomaba precedencia sobre la hermandad.» (Palmieri, 1983: 209-210). Palmieri caracterizó Wellesley como un “Edén sin Adán”, una “familia extendida” donde la esfera privada y la esfera pública-ocupacional se confundían. «Formaban un mundo cuyos símbolos eran respeto por el aprendizaje, amor a la naturaleza, dedicación al activismo social, apego al ingenio y al humor, intercambios emocionales frecuentes, y lealtad a Wellesley y entre ellas.» (Palmieri, 1983: 203). En este sentido, Laurel Furumoto (1991) ha atribuido a la influencia de este ambiente comunal y relacional del Wellesley *College*, el distanciamiento y la progresiva insatisfacción de Mary Calkins respecto a la psicología experimental tradicional y su elaboración teórica a modo de paradigma de una psicología del *self* más social y relacionada con la experiencia cotidiana.

Estos *colleges* ofrecieron para muchas mujeres –sobre todo mujeres blancas y solteras⁹⁵- no solo redes de apoyo y amistades duraderas, también la colaboración y el reconocimiento mutuo de sus compañeras profesionales, y sobre todo un puesto estable y la posibilidad de promoción. Disfrutaron de un entorno comunitario que las protegía de las frustraciones y exclusiones que estaban experimentando sus compañeras de profesión en las instituciones coeducativas. Sin embargo, sabían que era a costa de un menor reconocimiento general de sus compañeros de profesión que minusvaloraban sus lugares de trabajo. Aunque para muchas como ha señalado Palmieri los *colleges* de mujeres constituyeron un “Edén sin Adán”, para mujeres como Washburn representaron una forzada colectividad femenina sin las mismas oportunidades de investigación que las “grandes” universidades y en la que no tuvieron más remedio que permanecer.

⁹⁵ Los *colleges* de mujeres también se resistieron a contratar a mujeres casadas, especialmente si eran madres. Las duras cargas de enseñanza, unido al tiempo y energía “relacional” que absorbían estos *colleges*, resultaban en la mayoría de los casos incompatibles con el trabajo de ser madre en una familia. Tampoco las mujeres negras lo tuvieron nada fácil, ni siquiera en los *colleges* de mujeres se libraron de las discriminaciones raciales –no pocas veces mujeres blancas sobre todo del sur presionaron a las/os presidentas/es de los *colleges* para que negaran el acceso de mujeres negras a sus residencias-. De esa necesidad surgieron *colleges* como Spelman cuyo objetivo principal fue la formación de mujeres afroamericanas.

LA EXCLUSIÓN AGUDIZA EL INGENIO: LA *ASSOCIATION OF COLLEGIATE ALUMNAE* (ACA)

Si los *colleges* de mujeres proporcionaron a la primera generación de mujeres psicólogas la posibilidad de obtener un título universitario, la frustración vino después para aquéllas que deseaban continuar con sus estudios de doctorado. Mujeres eminentes como Calkins, Washburn o Ladd-Franklin tuvieron que pasar por experiencias de exclusión y por la humillación de tener que suplicar para ser admitidas como estudiantes “especiales”. Pero este tipo de barreras a la educación superior de las mujeres, provocó también alianzas creativas entre las pocas mujeres que consiguieron sobrevivir en la academia. En 1882, 18 estudiantes licenciadas en diferentes universidades de EEUU crearon en Boston la *Association of Collegiate Alumnae* (ACA), más tarde convertida en la *American Association of University Women* (AAUW). Este grupo de presión pionero tuvo como principales objetivos la promoción de la educación universitaria a mujeres y facilitar las condiciones necesarias para que la carrera de brillantes mujeres estudiantes no se interrumpiera ni se estancara a consecuencia de las políticas sexistas (Rossiter, 1992). Para ello, se trataba de apoyarlas económica y socialmente, defenderlas del rechazo y la hostilidad que su presencia suscitaba en las universidades, y en general, compensar las desiguales oportunidades de las mujeres en la academia. Tres de sus proyectos fueron especialmente importantes: la elaboración de informes estadísticos con el objetivo de desmentir empíricamente los mitos sobre las devastadoras consecuencias de la educación universitaria a mujeres; programas de ayudas y becas para formación doctoral en Europa, especialmente en las universidades alemanas; y un original sistema de promoción profesional para las estudiantes más brillantes.

Uno de los primeros proyectos de la ACA fue evaluar empíricamente las afirmaciones de uno de los principales detractores de la educación de las mujeres: Edward Clarke, autor de *Sex in Education; or, a Fair Chance for the Girls* publicado en Boston en 1873 (Rosenberg, 1982). Basándose en las teorías spencerianas y en el estudio de siete mujeres cuya salud se había deteriorado a causa de un “excesivo esfuerzo de su cerebro”, este profesor de medicina de Harvard afirmaba que si se exponía a las mujeres a los rigores intelectuales de la educación universitaria, su salud, y en especial sus potenciales capacidades reproductivas, se verían seriamente dañadas. Por lo tanto, una campaña que abriera las posibilidades de educación superior para las mujeres supondría una campaña de

destrucción de la nación -de suicidio de la raza- al fomentar la atrofia de los órganos reproductivos de las futuras madres.

Aunque el libro de Clarke fue denunciado especialmente por las estudiantes universitarias, urgía un estudio empírico que desmintiera sus afirmaciones. El mismo año de su creación, la ACA construyó un cuestionario que envió a 1290 estudiantes licenciadas y miembros de la asociación. Los resultados: el 78% gozaba de muy buena salud y solo el 17% tenía problemas con su salud. Pero las enfermedades y los desórdenes nerviosos de este último grupo, no se explicaban en el informe por una incompatibilidad útero-cerebro, sino por la ignorancia en determinados temas sanitarios y por las mórbidas consecuencias de determinadas expectativas y tradiciones culturales sobre las mujeres. El informe de la ACA fue publicado en un primer momento por el *Massachusetts Bureau of Statistics of Labor* en 1885, bajo el título “Health Statistics of Women College Graduates”. Si bien pocos lectores tuvieron acceso a esta primera publicación –y la difusión del informe era uno de los principales objetivos de la ACA-, al año siguiente un joven profesor de filosofía en la Universidad de Michigan, John Dewey, lo dio a conocer en una revisión en el *Popular Science Monthly* donde comentaba de forma extensa sus hallazgos (Rosenberg, 1982).

Otro de los principales proyectos de la ACA -propuesto por una de las pioneras psicólogas y miembro activo de la asociación, Christine Ladd-Franklin-, fue un programa de ayudas y becas para la formación doctoral en Europa (Rossiter, 1992). Por su experiencia personal Ladd-Franklin era muy consciente de las diferentes oportunidades de estudiantes varones y mujeres, tanto en el posgraduado como en la búsqueda posterior de un empleo académico. Aunque ella se las arregló para esquivar las políticas oficiales que excluían a mujeres en la Universidad de Göttingen y en Berlín –consiguiendo trabajar con G. E. Müller y Hermann von Helmholtz-, le preocupaba la obstinada negativa de las universidades alemanas a admitir mujeres en sus aulas. En 1888 ideó para la ACA un programa que ofrecía financiación y apoyo a aquellas estudiantes que quisieran completar sus estudios de doctorado en Europa, especialmente en Alemania cuyas universidades gozaban del máximo prestigio. El propósito de Ladd-Franklin era doble: por un lado, que estudiantes particulares tuvieran la posibilidad de formación doctoral en universidades extranjeras europeas⁹⁶; pero por otro lado, y basándose en el éxito de estas estudiantes,

⁹⁶ Las estudiantes que conseguían ayudas de la ACA para hacer su doctorado en las universidades alemanas, tenían que enfrentarse -a igual que en EEUU- a todo tipo de obstáculos para que se les reconociera su PhD. La fisióloga y becaria de la ACA Ida Hyde, describió en “Before Women Were Human Beings: Adventures of an American Fellow in German Universities of the ‘90s” las

pretendía crear una presión adicional sobre las instituciones norteamericanas de origen – modeladas en el sistema universitario alemán- para que admitieran a estudiantes mujeres y les reconocieran sus PhD. La Universidad de Harvard y la Johns Hopkins fueron objetivos preferentes de esta táctica, ya que se vanagloriaban de sus similitudes con las universidades alemanas.

Pero esta no fue la única propuesta que Ladd-Franklin hizo a la ACA. Fue la principal impulsora también de un original programa de promoción docente en universidades coeducativas destinado a las estudiantes más brillantes. Se trataba de una ingeniosa oferta que incluso las universidades más resistentes a la incorporación de mujeres se pensarían dos veces antes de rechazar. En 1904 explicó así su propuesta en un artículo publicado por la ACA bajo el título “Endowed Professorships for women”:

«El plan que tengo en mente es el siguiente: En lugar de esperar a que sean los *colleges* [coeducativos] los que ofrezcan un puesto docente a nuestras jóvenes doctoras de filosofía, sugiero que ofrezcamos a nuestras jóvenes doctoras como docentes para los *colleges* (...) La elegida para esta posición docente será, por supuesto, la joven más brillante que podamos encontrar. (...) En este caso, la exitosa candidata deberá haber obtenido el título de doctora con la máxima calificación, y haber dado muestras de su capacidad para desarrollar un trabajo original. (...) La asociación se encargará de pagar su salario –un salario modesto, pero comparable con los salarios que los jóvenes varones reciben al comenzar su carrera docente. (...) Por supuesto, el *college* elegido debe permitir a nuestra estudiante impartir al menos un curso breve. (...) Si es un curso largo, se convertirá en un miembro de hecho de la plantilla docente del *college*; si es uno corto dispondrá de más tiempo para sus propias investigaciones. Para que se satisfaga esta condición, nuestra joven elegirá la universidad donde pueda desarrollar mejor la línea de investigación que ella haya elegido – esto es, la universidad que tenga los profesores más prestigiosos y estimulantes y que también le proporcione los mejores recursos de laboratorio (u otros) para la continuación de su trabajo. (...) La universidad añada de esta forma, una profesora ayudante a su plantilla de profesores sin estar obligada a contribuir en forma alguna a su salario. No existen muchas universidades en el país que estén tan bien dotadas como para permanecer

frustraciones y barreras que experimentó en Alemania en la década de 1890 para que se reconociera oficialmente su título de doctora: visitas a profesores, solicitudes de permisos oficiales de todo tipo a universidades e incluso al gobierno, dependencia de múltiples reuniones departamentales para evaluar su “caso especial”, exámenes oficiales que se posponían, etc. Todo tipo de tácticas dilatorias -y disuasorias- de la universidad que le supusieron un año de “retraso burocrático” financiado por la ACA. Barreras institucionales a las que había que añadir otro tipo de barreras más psicológicas y humillantes: la incredulidad sarcástica y corrosiva de muchos de sus profesores sobre sus capacidades para conseguir el PhD (Rossiter, 1992).

insensibles ante estas condiciones. (...) *Pero con mucho lo más importante de todo, la creación de un grupo de primera clase de mujeres profesoras de colleges que de otro modo no hubiera existido, constituye una destacable contribución hacia el afianzamiento de los derechos y privilegios del sexo [femenino] en general.*» (Christine Ladd-Franklin, 1904: 59-61. Énfasis añadido).

Con esta propuesta, Ladd-Franklin (1908) trataba de dar una salida laboral a brillantes doctoras en filosofía –algunas especializadas en psicología–, que a diferencia de sus compañeros veían cómo las instituciones coeducativas –principalmente las del este– les negaban un puesto docente por el hecho de ser mujeres. Con esta nueva táctica, la ACA facilitó posteriores contratos y sobre todo incrementó la confianza en la capacidad docente de las mujeres por parte de universidades que consideraban una operación de riesgo el contratarlas.

Si los *colleges* de mujeres constituyeron espacios que permitieron a las mujeres introducirse en la educación superior y a algunas conseguir una carrera profesional académica, la ACA proporcionó ayudas económicas y apoyo social para que la carrera de muchas jóvenes no se estancara a la espera de que se les admitiera como estudiantes “especiales” o ante el implacable rechazo a su promoción como docentes. El sistema de ayudas de la ACA, ofreció a las estudiantes más brillantes financiación para formación posgraduada en Europa y facilitó la introducción progresiva de mujeres en la plantilla docente de universidades coeducativas. Este tipo de medidas compensatorias de carácter fundamentalmente económico fue mermando en el período conservador de 1920 a 1940. Las mujeres comenzaron a incorporarse profesionalmente a la academia y el discurso meritocrático les hizo creer en la igualdad de oportunidades «sin pedir consideraciones especiales» (Goodenough, 1944) a pesar de bajos salarios, bajos rangos, escasez de prestigio y reconocimiento, relegación a puestos “feminizados”, etc. Resistencias organizacionales como la ACA fueron sustituidas por discursos individualistas y autoinculpadores: «Las mujeres deben dejar de racionalizar sobre la escasez de oportunidades laborales y demostrar su competencia mediante sus logros. Las oportunidades se expandirán para aquéllas que ejerzan la necesaria fuerza propulsora.» (Goodenough, 1944: 712). En un período –1880-1910– donde ni siquiera la ficción de la igualdad era pensable, los ingeniosos y efectivos programas de la *Association of Collegiate Alumnae* contribuyeron a establecer las condiciones de posibilidad para que más adelante mujeres como Goodenough pudieran pensarse en términos meritocráticos.

REDES DE MUJERES EN LA CON-FUSIÓN CIENCIA-REFORMA

Los puestos docentes ofrecidos por los *colleges* de mujeres y las ayudas de la ACA para conseguir un empleo en las universidades coeducativas, no fueron suficientes para cubrir la demanda profesional de las mujeres de la primera y segunda generación de psicólogas, especialmente de aquéllas que optaron por el matrimonio. Estando los puestos docentes y académicos ocupados casi totalmente por varones –salvo los *colleges* de mujeres–, algunas pioneras psicólogas optaron por la vía de la psicología aplicada en instituciones educativas o clínicas relacionadas con el desarrollo y el bienestar infantil, aplicando tests de inteligencia, en reformatorios y cárceles, en el ámbito vocacional y educativo, etc. (Scarborough y Furumoto, 1987). El desplazamiento de mujeres psicólogas de la psicología académica a la psicología aplicada sobre todo a partir de 1910, supuso la emergencia de una segregación de género en la psicología en la medida en que muchas mujeres encontraron empleos más fácilmente en estos ámbitos y sin la hostilidad y el rechazo que experimentaron en la academia (Russo y Denmark, 1987; Furumoto, 1987).

Aunque el experimentalismo alemán dejó escaso margen para salirse del laboratorio, cuando traspasó el Atlántico sus traducciones pragmatistas y funcionalistas –a pesar de “puristas wundtianos” como Titchener– permitieron pensar en ámbitos diferentes donde poder aplicar los conocimientos de la psicología. Sin embargo, no fue hasta la “exitosa” intervención de los psicólogos durante la primera guerra mundial aplicando tests de inteligencia en el reclutamiento de soldados que el ámbito de la psicología “aplicable” recibió la atención suficiente para obtener financiación y reconocimiento público (Samelson, 1979). Pero hasta entonces, los psicólogos varones celosamente academizados habían evitado cualquier contacto con áreas aplicadas de la psicología percibidas como reductos femeninos desprestigiados (Furumoto, 1987).

Varias mujeres de la primera y segunda generación de psicólogas se orientaron hacia áreas aplicadas después de haber ejercido profesionalmente como docentes. El matrimonio fue una de las causas que “obligó” a algunas de estas mujeres a abandonar un preciado puesto en la academia. Cuando sus maridos se trasladaban a otros lugares por motivos laborales, ellas terminaban desplazándose también. En sus nuevas residencias y con un estado civil que les cerraba las puertas en la academia, solo les quedaba buscar un empleo en ámbitos aplicados. Ese fue el caso de psicólogas como Ethel Puffer o Thompson

Woolley⁹⁷. De este modo, mientras la gran mayoría de los psicólogos varones copaban las posiciones académicas, las mujeres comenzaron a buscar o a inventarse empleos en otros ámbitos donde los conocimientos psicológicos que habían adquirido pudieran ser aprovechados.

Especialmente significativos fueron los casos de Thompson Woolley, Leta Stteter Hollingworth o Jessie Taft, por cuanto consiguieron no solo simultanear y alternar trabajo académico y trabajo aplicado, sino además compatibilizarlo con sus ideales de reforma. Pero en los años 20 habitar simultáneamente en el “nuevo mundo” de la ciencia – masculino y maculinizado, objetivo, individualista y competitivo- y en el “viejo mundo” de la reforma –femenino y feminizado, comunitario y social- daba pie a no pocas contradicciones. Por un lado, gran parte del trabajo de Woolley y Hollingworth se desarrolló y fue posible gracias a los esfuerzos de comunidades de mujeres que se habían agrupado en torno al “propósito común” de la reforma social. La ciencia nunca fue tan hospitalaria con las mujeres psicólogas como las organizaciones de reforma, y cuando Thompson Woolley se convirtió en una mujer casada, solo los apoyos de mujeres reformadoras en Cincinnati le permitieron volver a la psicología en 1910. Tanto Woolley como Hollingworth vivieron en un acogedor y protector “mundo de mujeres” cuando trabajaron en las actividades de reforma a las que dedicaron gran parte de su vida, luchando por el sufragio o por el bienestar infantil.

Sin embargo, tanto Woolley como Hollingworth, dedicaron también gran parte de su vida y de su carrera académica a desmontar las asunciones y mitos victorianos que subyacían y reforzaban la relegación de las mujeres a las actividades de cuidado y de reforma. Basándose en valores igualitaristas y de objetividad científica trataron de demostrar empíricamente que los sexos no eran tan diferentes como se pensaba ni las mujeres tan “particulares”. La conciliación ciencia-reforma no resultaba nada fácil para aquellas mujeres que estaban luchando desde dentro de la academia tratando de convencer a sus colegas de profesión de que varones y mujeres no eran tan diferentes, a la vez que estaban trabajando con mujeres en actividades de reforma que manejaban discursos sobre la superior ética social y del cuidado femenina. Woolley y Hollingworth supieron manejarse entre estos dos mundos lo mejor que pudieron, y lo que es más importante, sin renunciar a

⁹⁷ El traslado desde posiciones académicas a ámbitos aplicados de la psicología no solo se dio en mujeres casadas. Un ejemplo curioso fue el de Lillian Jane Martín que en 1916 a sus 65 años tuvo que jubilarse y abandonar su puesto en la Universidad de Stanford donde había ejercido como docente durante 18 años. Con una inusual energía comenzó una nueva carrera, esta vez aplicada, trabajando con niños en “clínicas de higiene mental” y en el ámbito de la gerontología –un campo que ayudó a consolidar-.

ninguno de ellos. Al igual que lo hicieron las mujeres de la Escuela de Chicago y de la *Hull House*, Woolley y Hollingworth evitaron la fácil y económicamente tentadora alianza que muchos psicólogos varones establecieron entre los ideales de la ciencia-psicología —en particular en su vertiente “aplicable”— y los ideales individualistas, capitalistas, y después de la primera guerra mundial, nacionalistas, xenófobos y homófobos, que venían a unirse a los tradicionales sexistas (Samelson, 1979; Herman, 1995). Trabajaron no solo por una ciencia más objetiva también por una sociedad más democrática, desde esas posiciones conflictivas y contradictorias que celebró Jessie Taft (1916) en su tesis, posiciones traidoras-intrusas, *in-between*, de “conciencia bifurcada” y de “fertilización cruzada”. A pesar de sus valores contradictorios, creían que ciencia y reforma se necesitaban mutuamente: una reforma efectiva dependía de buenas investigaciones, sin sesgos de ningún tipo; a su vez la clase de investigación en la cual estaban más interesadas dependía del éxito de la actividad de reforma.

Ciencia y reforma también se confundieron y entreveraron, proporcionando además un buen número de empleos para las mujeres, en las intersecciones de las actividades de la *Hull House*, la ACA y de muchas mujeres de la Universidad de Chicago. Pero a diferencia de psicólogas feministas como Woolley o Hollingworth que apostaron por la defensa y demostración empírica de la igualdad sexual, cuestionando los valores “particulares” de la femineidad pero sin cuestionar los valores científicos; las mujeres de la Escuela de Chicago y de la *Hull House*, se aferraron a los ideales femeninos sin cuestionarlos, pero al hacerlo “feminizaron” la ciencia trastocando sus valores individualistas, competitivos, objetivos, etc. De esta forma, por un lado e inspiradas en la obra de Jane Addams, no renunciaron a la idea de una “ética superior” de las mujeres que las dotaba de una posición privilegiada para las actividades de reforma —algunas basándose en teorías más esencialistas otras en teorías más sociales—. A caballo entre posiciones eugenésicas, darwinistas, interaccionistas pero también a veces biologicistas, justificaron la necesaria presencia de las mujeres en la vida pública —política y laboral— y en las actividades de reforma. Pero por otro lado, en esta combinación ciencia-mujeres-reforma, la ciencia no podía permanecer inmune a los valores que hasta entonces se habían asociado a las mujeres y a las actividades de reforma. El individualismo, el universalismo, la objetividad “rígida”, el distanciamiento sujeto-objeto o la competitividad se transformaron en las actividades de estas redes de mujeres activistas y científicas de Chicago en valores comunitarios, relacionales, cooperativos, comprometidos y responsables, y situados.

La *Hull House* representó para académicos sociólogos, psicólogos y economistas no más que un laboratorio donde podían acudir para demostrar sus “grandes teorías”. Para mujeres como Jane Addams, Marion Talbot o Frances Kellor, no solo significó un espacio para la investigación social, fue ante todo un espacio para impulsar reformas políticas y económicas, constituyó una forma de relacionarse y una forma de vida. Influidas por el pragmatismo, para estas activistas científicas las actividades de investigación no tenían valor por sí mismas, sino en cuanto posibilitaban transformaciones sociales. Utilizaron la ciencia al servicio de sus objetivos de reforma y a partir de ahí construyeron teorías “situadas y parciales”, acotadas a la realidad en la que trabajaban y con la que se relacionaban. No usaron esas actividades de reforma para demostrar sus “grandes” teorías científicas, como lo hicieron la mayoría de sus colegas varones.

Dos de los principales objetivos de reforma fueron la educación superior y la independencia económica de las mujeres. La red Universidad de Chicago-ACA-*Hull House* funcionó para conseguir dichos objetivos, articulándose a su vez en la lucha frente a otras opresiones. Desde la sede local de la ACA en Chicago, mujeres como Jane Addams o Marion Talbot, trabajaron para animar a las jóvenes a que estudiaran en los *colleges*. Ambas dirigieron también a muchas estudiantes sus investigaciones en la *Hull House*, y a través de ellas las mujeres de la universidad y las mujeres de los movimientos de reforma de Chicago mantuvieron un contacto próximo -especialmente después de 1895, cuando Alice Freeman Palmer cedió su decanato de mujeres a Marion Talbot. De esta forma, de la Universidad de Chicago salieron jóvenes formadas y comprometidas con el cambio social, que terminaron ocupando puestos laborales en las organizaciones de reforma –entre ellas la *Hull House* pero también empleos gubernamentales y de otro tipo-, trabajando en la ciudad en proyectos de mejoras de sanidad, salud pública, legislación laboral y penal, y derechos de mujeres, niñas/os, personas negras o inmigrantes. Talbot y Addams se convirtieron así en figuras clave en esta comunidad de activistas y universitarias, en una especie de “orientadoras laborales” para mujeres estudiantes y orientadoras académicas para mujeres reformadoras de Chicago. Lillian Faderman (1999) describe así esta colaboración entre ciencia y reforma que contribuyó a la profesionalización de la “Nueva Mujer”:

«En una conferencia en 1897, “The idea of a Settlement Movement” [“La idea de un movimiento de centros sociales”], Jane Addams señaló que el corazón materno por sí solo no podría curar los males de América. (...) Se requieren también “habilidades científicas y paciencia en la acumulación de hechos” –datos generados de forma profesional y polémicas fundamentadas que den a las reformadoras la munición necesaria para impulsar

la legislación por diferentes vías. Las habilidades que demandaba Addams pronto fueron proporcionadas por científicos sociales de formación universitaria, muchas de ellos mujeres, que de forma creciente se estaban incorporando a los programas de doctorado. Los centros sociales fueron un campo en el que eran bienvenidas ya que les permitía combinar lo que por tanto tiempo había sido aceptado como un interés femenino, la mejora social, con un nuevo profesionalismo.

A comienzos del siglo XX, la *Hull House* y los centros sociales que siguieron sus pasos, dejaron de estar sustentados por voluntarias en búsqueda de una salida a sus vacías vidas de solteras de clase media y alta. Había emergido una nueva generación de mujeres profesionales –trabajadoras sociales y responsables de políticas públicas. Estaban muy bien formadas y tenían excelentes credenciales. Su experiencia en los centros sociales les condujo con frecuencia a un trabajo remunerado que no solo les permitió expandir la reforma en el sector público, también les proporcionó un salario para su propio sustento. Pudieron convertirse en Nuevas Mujeres en un nuevo siglo que parecía abierto tanto a la reforma social como al rol profesional de las mujeres en ella.» (Faderman, 1999: 137).

RESISTENCIAS INTERPERSONALES Y SUBJETIVAS

APOYOS TEÓRICOS E INSTITUCIONALES DE ACADÉMICOS FEMINISTAS

«En la medida en que cualquier fuerza en la Cristiandad, organizada o desorganizada, ha funcionado para privar a la mujer de su personalidad, no puedo encontrar ningún tipo de fuerzas más allá de las propias mujeres que las hayan ayudado en su batalla para convertirse en ciudadanas. Ellas han luchado mayoritariamente en solitario apoyadas por John Stuart Mill y el paso del tiempo. En 1791 Olimpia de Gouges, la primera de las feministas, decía en un panfleto: “La mujer tiene el derecho de subir al cadalso; igualmente debe tener también el de subir a la Tribuna”. Fue guillotinado en 1793. El potente libro *Vindicación de los derechos de las mujeres* de Mary Wollstonecraft fue incluso más revolucionario y escandalizador que la teoría de Darwin sobre el origen del hombre. En 1840 se negó el reconocimiento a mujeres procedentes de los Estados Unidos! acreditadas como delegadas para la Convención Antiesclavista en Londres. Por muchos años “Susan B. Anthony” fue una forma suave de “insulto” entre los chicos de New England, y en 1853 Miss Anthony compareció media hora en una Convención de Profesores, dos tercios de sus miembros mujeres, en Rochester,

Nuevo York, mientras los varones debatían si debiera ser escuchada. Se decidió por una pequeña mayoría que una mujer tenía el derecho de dar una conferencia en una convención educativa sobre cuestiones de educación. Y no fue hasta 1893 que Miss Anthony pudo anunciar que “el gobierno general había descubierto a la mujer.”» (William Isaac Thomas, 1909a: 301).

Que una mujer feminista como Leta Stteter Hollingworth citara en sus escritos psicológicos a John Stuart Mill o criticara “la Sofía” de Rousseau no parecía muy sorprendente, pero encontrar en los textos del coautor de *El campesino Polaco en Europa y América* semejante exhibición de cultura e historia feminista no deja de impresionar por lo inusual del caso. No solo eso, encontrar en su currículo artículos bajo títulos tales como “Votes for Women” (1909a) o “Woman and the Occupations” (1909b) y además descubrir que son realmente textos pro-sufragistas y pro-feministas empieza a dar una idea de hasta qué punto Thomas, junto con otros académicos masculinos de la época, se unieron al esfuerzo de muchas mujeres por la consecución de derechos políticos, laborales, económicos y educativos hasta ese momento negados.

El contacto y trabajo directo con mujeres excepcionales posibilitó que prestigiosos psicólogos utilizaran las influencias que les otorgaba su posición para apoyar y facilitar las carreras de mujeres individuales. Las ayudas de Hugo Münsterberg y William James a Mary Whiton Calkins constituyen un claro ejemplo. Sin embargo, como más tarde señalarían los propios psicólogos sociales, el contacto por sí solo no elimina los prejuicios. Que Münsterberg y James ayudaran a Calkins y solicitaran a los gerentes de Harvard el reconocimiento oficial de su merecido PhD, no significaba que fueran precisamente feministas o que apoyaran la educación superior y la profesionalización de las mujeres. Estaban ayudando a una mujer psicóloga en cuanto *excepción*, como excepción fue la iniciativa de Titchener para que Wundt publicara la *excepcional* tesis de Margaret Floy Washburn. Otras veces, las ayudas a la promoción de mujeres psicólogas provenían no tanto del deseo de ayudar a mujeres concretas por su cercanía, cuanto de un interés personal o un interés económico. Solo así se explica que el defensor de la hipótesis de la variabilidad y autor del artículo “Sex in Education”, Edward L. Thorndike (1906), decidiera promover la carrera profesional de *una* joven estudiante -Naomi Norsworthy- que según dicha hipótesis darwinista por su sexo nunca llegaría a ser “talentosa”. Sin embargo, como profesora ayudante en el Teachers College, liberándole de gran parte de las cargas docentes, sí parecía tener valor. Como le transmitió a William James: «Te alegrará saber que tengo para el próximo año una instructora que me va a quitar una buena parte de la carga de mi

trabajo, así que podré olvidarme casi por completo de los cursos de doctorado y de la dirección de investigación» (Rosenberg, 1982: 90). De igual modo, la “paradoja” del presidente de la Universidad de Clark, Stanley Hall, como “enemigo de la coeducación y educador de mujeres” (Diehl, 1986) solo se explica con el telón de fondo económico de las subvenciones de Rockefeller y las exenciones de impuestos gubernamentales que traían consigo las mujeres estudiantes.

Aunque voluntaria o involuntariamente estos prestigiosos psicólogos ayudaran a mujeres psicólogas en sus carreras, ni Münsterberg, ni James, ni Thorndike, ni mucho menos Titchener o Hall, sostuvieron ideas feministas, ni tampoco promovieron la educación superior de las mujeres en tanto “grupo” y su canalización a una profesión académica dentro de la disciplina de la psicología. Diferentes fueron las posturas de William Isaac Thomas, John Dewey, George Herbert Mead, James Rowland Angell o Harry Hollingworth que no solo apoyaron personalmente a muchas estudiantes para que desarrollaran sus carreras, también defendieron la educación y profesionalización de las mujeres en general, y lo que es más importante, algunos con sus teorías dieron pie a posteriores desarrollos feministas y en el caso de Thomas mantuvieron un constante diálogo abierto y receptivo con las aportaciones teóricas feministas del momento.

Rosalind Rosenberg (1982) ha analizado las condiciones o factores que influyeron para que estos académicos fueran a contracorriente y defendieran en mayor o menor grado la educación y profesionalización de las mujeres desde perspectivas feministas. En primer lugar, tanto Dewey como Angell, Mead o Hollingworth, se habían formado todos ellos en *colleges* coeducativos y en universidades que empezaban a acostumbrarse a la presencia de mujeres en puestos académicos. Más aún, todos estuvieron casados con mujeres educadas en *colleges* e implicadas en las actividades políticas y de reforma de aquellos días, y no vieron ningún conflicto “dañino” entre ser mujer y tener una educación superior universitaria.

El padre de James R. Angell fue presidente de la Universidad de Michigan y un defensor público de la coeducación. Con su experiencia en Michigan, desmintió en varias ocasiones las tesis de Edward Clarke sobre el deterioro de la salud de las estudiantes universitarias (Rosenberg, 1982). Angell –hijo- compartió este respeto por las mujeres estudiantes y se casó con una graduada por la Universidad de Michigan, Marion Watrous. John Dewey, influido por su mujer Alice Chipman también graduada en Michigan, defendió con el paso del tiempo la plena e igualitaria incorporación de las mujeres a la educación superior. Alice Chipman fue una mujer admirable que no solo crió a sus seis hijos, y ayudó en ocasiones a Dewey en sus trabajos filosóficos, también tuvo una

influencia liberalizadora en su marido y en otras mujeres como miembro activo de la ACA y como defensora del sufragismo. Cuando en 1902, la Universidad de Chicago decidió optar por la segregación sexual, John Dewey fue uno de los principales opositores de esta medida. Dieciséis años antes, en su revisión del estudio de la ACA sobre la salud de las estudiantes, Dewey había adoptado una postura más bien ambivalente sobre si las mujeres debían ser educadas en universidades mixtas o segregadas. En 1902, con la experiencia de 16 años de enseñanza en universidades coeducativas, más de una década de trabajo con mujeres en los movimientos de reforma en la ciudad de Chicago, y 16 años de matrimonio con una mujer educada en Michigan política y académicamente activa, Dewey estaba convencido en su defensa de la igualdad y la no segregación de estudiantes varones y mujeres en la universidad (Rosenberg, 1982)⁹⁸.

George Herbert Mead también apoyó el sufragio y la igualdad para las mujeres, y al igual que Dewey se opuso a la segregación sexual en la Universidad de Chicago. En 1912 habló en un mitin sufragista, y en 1917 y 1918 se manifestó por el sufragio de las mujeres en compañía de John Dewey, Jane Addams y otros ciudadanos distinguidos de Chicago (Mary Jo Deegan y John S. Burger, 1978). Mead conocía personal y profesionalmente a Jane Addams y colaboró con Sophonisba P. Breckinridge y Edith Abbott, pioneras también del trabajo social académico e integrantes de la *Hull House*,⁹⁹. En una carta personal a su nuera apoyó su interés en una carrera profesional y defendió la necesidad de las mujeres de implicarse en la vida pública y laboral más allá de las paredes de una casa, eso sí, a tiempo parcial para no descuidar sus responsabilidades domésticas (Diner, 1978). La madre de George Herbert Mead, Elizabeth Mead, fue presidenta del Mount Holyoke *College* y responsable de la transformación del Mount Holyoke *Female Seminary* en categoría de *college* de mujeres. La mujer con la que se casó, Helen Castle Mead, también fue una persona

⁹⁸ Dewey fue de los pocos académicos varones relacionados activamente con las actividades de reforma de la *Hull House*, además de amigo y frecuente interlocutor intelectual de Jane Addams. Su apoyo al sufragio de las mujeres fue recogido en un simposio publicado en 1911 y en un artículo de 1912 en el *New York Times* bajo el título “Professor for Suffrage”. No obstante también conservó muchos estereotipos convencionales sobre las mujeres, a veces reproduciendo en su propuesta de filosofía educativa la doctrina de la separación de esferas sexuales e idealizando el ámbito doméstico femenino (Upin, 1993). Sobre las conexiones y divergencias de su pragmatismo con la obra de Charlotte Perkins Gilman, ver Upin (1993). Sobre las posibilidades feministas de su obra en relación a la “ética del cuidado”, ver Gregory F. Pappas (1993) y Regina Leffers (1993).

⁹⁹ Las preocupaciones de Mead no se restringieron a la filosofía académica, también se interesó por los problemas sociales de su tiempo y por las actividades de reforma social: por los problemas laborales y educativos, por el movimiento de la mujer o por las actividades de la *Hull House*. Más información sobre las relaciones de George Herbert Mead con la reforma social se encuentra en Deegan y Burger (1978); respecto a su posible feminismo y sus ideas sobre el ejercicio de una carrera profesional por parte de mujeres casadas, incluida la carta a su nuera y comentarios, ver Steven J. Diner (1978) y Mitchell Aboulafia (1993).

excepcional. Graduada en Oberlin *College*, creció en Hawai en una cultura acostumbrada a la diversidad. Su independencia y su mirada cosmopolita influyeron tanto en las actitudes de Mead hacia sus estudiantes mujeres y hacia el feminismo en general, como en sus actitudes igualitarias respecto a las relaciones de raza. Jane Addams, definió a esta magnífica mujer como una “absoluta demócrata” que aceptó desde el principio la diversidad étnica de Chicago (Rosenberg, 1982).

Pero no solo el hecho de haberse socializado en la coeducación y estar casados con mujeres excepcionalmente educadas y políticamente activas contribuyó a que estos académicos alentaran de forma inusual el trabajo de sus estudiantes mujeres y sostuvieran posiciones feministas. Rosenberg (1982) ha señalado un segundo factor influyente: los ideales reformistas de estos jóvenes académicos les llevaron a rechazar las prescripciones de la masculinidad victoriana. Educados entre la Guerra de Secesión y finales del siglo XIX en EEUU, rechazaron el rígido y agresivo individualismo que se les adscribía por su sexo, culpabilizándolo del desastre, la polución y el coste humano de la expansión capitalista. En lugar de ello, defendieron valores tradicionalmente “femeninos” como la cooperación o la preocupación social. No solo eso, estos académicos participaron de una transformación intelectual en los EEUU de cambio de siglo que priorizó el escepticismo, la crítica y el rigor científico frente a la teorización abstracta del XIX. Desde diferentes disciplinas, criticaron las limitaciones de las teorías tradicionales para explicar las realidades sociales de su tiempo. «Buscando encontrar soluciones efectivas a los complejos problemas sociales producidos por su sociedad industrializada, insistieron en fundamentar el estudio de la naturaleza humana y la estructura social en investigaciones empíricas de las condiciones sociales de su tiempo.» (Rosenberg, 1982: xvii). Rechazando las ideas conservadoras y fatalistas de Spencer, defendieron la intervención humana en la reforma social y afirmaron que la incorporación de las mujeres en las universidades transformaría positivamente tanto a las universidades como a la sociedad. Si bien en ocasiones asumieron de una forma un tanto acrítica la ética superior y las especiales habilidades para el cuidado de las mujeres, lo hicieron siempre en defensa de una mayor igualdad sexual.

La evolución teórica de William Isaac Thomas “de los instintos al hábito” (Rosenberg, 1982) resultó especialmente interesante para posteriores análisis feministas de mujeres estudiantes en la Universidad de Chicago. En sus primeros planteamientos en la década de 1890, Thomas defendió la reforma social, y especialmente el movimiento de la

mujer, como la necesaria fuerza “anabólica” procedente del sentimiento social femenino que debería contrarrestar el devastador poder “catabólico” masculino con su competitividad agresiva producto de la industrialización moderna. Para Thomas, el equilibrio social dependía del mantenimiento de este balance entre las cualidades femeninas y las cualidades masculinas. En desarrollos posteriores, e influido tanto por las teorías de Dewey y Mead como por el contacto con mujeres estudiantes y activistas en Chicago – como France Kellor, Thompson Woolley o Jane Addams a quienes solía citar en sus escritos-, Thomas abandonó su determinismo fisiológico sustituyendo progresivamente las teorías del instinto desarrolladas por Havelock Ellis o William James por las del hábito. Se desprendió de su teoría sobre la naturaleza fisiológica-anabólica de las mujeres y defendió la hipótesis de que todas las sociedades dependían de los hábitos para mantener el orden social. Influido por las críticas de Frances Kellor a las ideas biologicistas de Lombroso sobre la delincuencia femenina, también acudió al funcionamiento de los hábitos para explicar las vidas “irregulares” de mujeres delincuentes y prostitutas, como formas adaptativas “normales” ante la vida irreal sin estimulación ni sentido a la que abocaban las prescriptivas “hormas” victorianas del rol femenino que encerraban a las mujeres en jaulas doradas, *La casa de muñecas* de Ibsen (Thomas, 1906):

«Muchas mujeres, más inteligentes y enérgicas que sus maridos y hermanos, no tienen una ocupación más seria que desempeñar el papel de gato doméstico, con o sin alhajas. Es un milagro que muchas más no hayan perdido la cabeza, y el hecho de que muchas de ellas no hayan roto completamente con el sistema se debe tan solo a los efectos inhibidores de hábitos y sugerencias tempranamente adquiridas. (...) “Si echas a la naturaleza por la puerta, volverá por la ventana”; y este interés en una mayor estimulación es, en mi opinión la fuerza dominante que determina la elección – o más bien el impulso- de la llamada *sporting-woman* [mujer con una vida “irregular” o prostituta]. Está buscando lo que desde un punto de vista psicológico se podría denominar una vida normal. (...) No es posible una vida normal sin una estimulación normal.» (1906: 42-44).

El mejor remedio que defendió siempre Thomas a lo largo de sus escritos para la “irregularidad, la tristeza, la enfermedad y la pasividad de la mujer moderna” (1906: 44), fue la educación pero sobre todo el trabajo, un trabajo estimulante y no la explotación a la que muchas mujeres de clase obrera estaban sometidas (Thomas, 1906 y 1909b). Thomas además reconoció y se apoyó en varias ocasiones en los hallazgos experimentales de Thompson Woolley sobre las semejanzas entre los sexos y la importancia del contexto social en la constitución de las diferencias. Hallazgos que por otro lado vio generalizables al

debate sobre la cuestión de las razas (Thomas, 1907). Comenzó a cuestionar sus propias asunciones originales sobre la especificidad de la mente y el carácter femenino que ahora explicaba como el producto de fuerzas psicológicas y sociales inhibitorias y limitadoras.

En una época de devoción por los tests de inteligencia, Thomas fue de los pocos que se atrevieron a cuestionar hasta qué punto psicólogos o sociólogos podían legítimamente juzgar sobre la inteligencia o personalidad de personas o grupos –en función del sexo o la raza- a partir de los tests que estaban administrando: «lo que ha sido verdad en el pasado ocurrirá otra vez en el futuro, que el grupo que por las buenas o por las malas llegue a poseer las mejores técnicas y los mejores materiales realizará la mejor exhibición de inteligencia y marchará a la cabeza de la civilización.» (Thomas, 1904: 320)¹⁰⁰.

SOLTERÍA Y “MATRIMONIOS DE WELLESLEY”

El conflicto irreconciliable entre matrimonio o carrera¹⁰¹, la “alternativa viciosa persistente” (Howes, 1922), fue analizado en múltiples ocasiones tanto por mujeres casadas profesionales que lo sufrieron –Perkins Gilman o Puffer Howes-, como por mujeres que como Jane Addams escaparon del “family claim” dedicando sus vidas a la “ética social” del trabajo de reforma. El psicólogo e historiador Edwin Boring (Alice I. Bryan y Boring, 1947; Boring, 1951) también analizó cómo el matrimonio se convirtió para las mujeres psicólogas no solo en un obstáculo administrativo que bloqueaba sus carreras profesionales académicas, también en un deber cultural y moral que les impedía una dedicación y concentración plena necesarias para el trabajo científico. Para los psicólogos, por el contrario, el matrimonio terminaba afianzando su estatus profesional en la academia. Por último, el discurso pedagógico de Stanley Hall (Hall y Smith, 1903) también consideró las relaciones entre matrimonio y carrera profesional, pero esta vez desde la “alarma social” que suponían las altas tasas de soltería entre mujeres universitarias y el peligro inminente de “suicidio de la raza” que ello conllevaba.

¹⁰⁰ Una de las estudiantes a quien más le influyeron estas ideas críticas de Thomas fue Jessie Taft, quien más tarde en su trabajo clínico en el *Bedford Hills Reformatory* cuestionaría el carácter fijo y estático de determinadas concepciones de la inteligencia, así como de los “tipos psicológicos” que estigmatizaban de por vida a personas pertenecientes a grupos marginalizados como las mujeres delincuentes con las que trabajó.

¹⁰¹ El dilema matrimonio *versus* carrera profesional de la mujer blanca burguesa o de clase media-alta distaba mucho de las vidas de mujeres casadas negras, inmigrantes o de clase obrera obligadas a trabajar para subsistir y sobre las que no recaía en igual medida el peso de las prescripciones victorianas de la feminidad.

Las propuestas para resolver este conflicto, tanto en el ámbito teórico como en el práctico, fueron muy variadas. En el ámbito teórico muy pocas veces se cuestionaron los “deberes sociales” de esposa o de madre. En la mayoría de los casos, expertos varones aconsejaban el abandono de las carreras y la dedicación plena a los deberes naturales familiares, aunque eso supusiera una fuerte “disonancia cognitiva”: «La madre [psicóloga profesional], que ahora cuida a sus propios niños en lugar de administrar tests a los niños de otras madres, en general acepta la norma que la cultura ha establecido para ella, un poco a su pesar pero sin protestar mucho. Existen unas pocas excepciones, pero generalmente *un exitoso ajuste a la realidad significa que aceptas lo que no puedes cambiar y que al final te acaba gustando*. Estas psicólogas, en general, saben cómo hacer su propia terapia.» (Bryan y Boring, 1947: 13. Énfasis añadido). Su propia terapia la hizo Puffer Howes escribiendo varios artículos sobre tal “elección intolerable”. Como mujer psicóloga que había experimentado lo que significaba abandonar una carrera prometedora tras casarse, propuso como salida al dilema una redefinición de la concepción de carrera profesional para las mujeres casadas: una profesión no competitiva, flexible y a tiempo parcial, que requería ayudas estatales y avances tecnológicos que liberarían a las mujeres de parte de sus cargas domésticas y facilitarían el ajuste (Howes, 1922).

En el ámbito práctico, de las que se decantaron por el matrimonio, muchas abandonaron temporal o definitivamente sus carreras académicas. Algunas optaron por compatibilizar los deberes familiares con una profesión dentro de las áreas aplicadas de la psicología mucho más abiertas y “comprensivas” con las mujeres casadas. Otras opciones fueron o bien casarse con varones pro-feministas –al estilo de Harry Hollingworth- que apoyaban y estimulaban el trabajo profesional de las mujeres, o bien no pensar en el matrimonio hasta haber asegurado sus carreras profesionales –como resultó ser el caso de Ladd-Franklin-. No obstante, muchas de las mujeres psicólogas de la primera y segunda generación resolvieron el dilema permaneciendo solteras y continuando con sus brillantes carreras generalmente en los ámbitos femeninos de los *colleges* de mujeres o en los trabajos de reforma donde podían aplicar los conocimientos psicológicos.

Como ya advirtió Milicent Shinn (1895), hasta tal punto las mujeres universitarias renunciaron o se olvidaron del matrimonio, que los detractores de una educación superior para las mujeres sustituyeron los argumentos amenazadores sobre los efectos nocivos en la salud de las mujeres –el argumento de Clarke-, por argumentos que advertían del riesgo que corrían las universitarias de perder la oportunidad “vital” de casarse y de convertirse en madres. En este sentido, el argumento que adoptó Hall y su discípula y psicóloga pionera

Theodate Smith en “Marriage and Fecundity of College men and women”, alertaba sobre el riesgo de “suicidio de la raza” que conllevaba el aumento de las estadísticas de celibato en mujeres universitarias: «De otro modo, si la educación superior se convierte en universal, la posteridad será gradualmente eliminada y la raza progresivamente exterminada» (Hall y Smith, 1903: 307-308).

La pionera psicóloga Milicent W. Shinn en su artículo de 1895, titulado “The Marriage Rate of College Women”, describía las razones que a su juicio explicaban los bajos porcentajes de mujeres casadas educadas en *colleges*: por un lado, el empleo generalizado de mujeres con una educación universitaria en escuelas femeninas fomentaba el celibato tanto como lo podía hacer la vida de una monja; por otro lado, las mujeres universitarias se mostraban mucho más exigentes en sus criterios de elección, exigían compañeros respetuosos con sus carreras y afines a sus ideas, y tenían menores presiones económicas para casarse al poseer recursos para ocuparse de ellas mismas; por último, Milicent Shinn señalaba que por regla general a los varones no les hacían mucha gracia las mujeres inteligentes, «si esto es debido a que tales mujeres son realmente desagradables o a que el gusto de los hombres falla, no trataré de determinarlo» (1895: 948).

Con independencia de las diferentes razones e interpretaciones que se adujeron, lo cierto es que las estadísticas mostraban altos porcentajes de mujeres solteras entre aquellas que habían disfrutado de una educación universitaria, y que los porcentajes aumentaban todavía más entre aquéllas que continuaban su carrera profesional en la academia – fundamentalmente en *colleges* de mujeres-. La mayoría de estas mujeres establecieron sus carreras en contextos académicos y aplicados predominantemente femeninos y crearon redes de mujeres y amistades entre mujeres que suplieron la necesidad de casarse. Permanecer solteras y sin hijos significaba para estas mujeres no tener que responder a expectativas y normas sociales, ni de sus maridos ni de las suyas propias, significaba muchas veces poder disfrutar de una concentración plena y sin interrupciones en su trabajo, disfrutar en definitiva de la “habitación propia” que Virginia Woolf (1928/1997) había demandado para sus escritoras del siglo XIX. Pero además, significaba la posibilidad de construir redes de amistades entre mujeres que suponían no solo apoyo emocional, también a veces un importante apoyo económico, las “tres guineas” necesarias para

financiar los estudios “de las hijas de los hombres con educación” (Virginia Woolf, 1938/1999)¹⁰².

La propia Taft (1916) que compartió gran parte de su vida con la reformadora social y miembro de la *Hull House* Virginia Robinson, analizó en su tesis las consecuencias del profundo abismo entre el mundo que se había construido para las mujeres y el mundo de los varones de la época. La victoriana “separación sexual de esferas” tenía un efecto lógico: «Por todas partes encontramos a la mujer soltera buscando la compañía de otra mujer, construyendo con ella un auténtico hogar, encontrando en ella la amistad y la comprensión, el vínculo de criterios y valores similares, así como los mismos intereses estéticos e intelectuales, que con frecuencia son tan difíciles de encontrar en un marido, especialmente aquí en América donde los negocios se amotinan por encima de la cultura.» (1916: 10). Al igual que muchas mujeres con estudios universitarios, Jessie Taft había vivido entre dos mundos irreconciliables: el mundo de las mujeres, de la estética y del cuidado; y como consecuencia de su formación académica, el mundo de los varones, del racionalismo y de los logros personales. Ocupó una posición-bisagra que trataba de articular ambos mundos encontrándose con conflictos intolerables. Algún ajuste se tenía que hacer y Jessie Taft optó por la compañía de Virginia Robinson.

Como Taft, otras mujeres universitarias en el cambio de siglo encontraron en otras mujeres el apoyo emocional y económico que sus contemporáneas obtuvieron a través del matrimonio, eso sí sin las desventajas que para una mujer profesional suponía estar casada. De las 53 mujeres miembros de la plantilla del *Wellesley College* a finales de siglo XIX, solo una, Ethel Puffer Howes, se casó –y su matrimonio le llevó a dejar Wellesley y a no pocos conflictos psicológicos-. Las mujeres académicas de los *colleges* de mujeres no parecían tener tiempo para los matrimonios convencionales, ni querían renunciar a un éxito profesional duramente ganado al casarse o al tener que ajustarse a los deseos y expectativas de sus maridos. Se crearon así una amplia gama de lo que algunas historiadoras han denominado

¹⁰² La abogada y socióloga Frances Kellor, hija de una empleada doméstica, estudió en Cornell y en Chicago gracias a la financiación de dos hermanas bibliotecarias que la “amadrinaron”. Jane Addams obtuvo gran parte de la financiación que permitió el funcionamiento de la *Hull House* gracias a las donaciones de redes de mujeres y amigas pudientes, entre ellas, su segunda compañera sentimental Mary Rozet Smith, hija de un rico industrial de Chicago. En 1894 Martha Carey Thomas se convirtió en presidenta –sustituyendo al médico James Rhoads- de uno de los pocos *colleges* de mujeres que ofrecían programas de doctorado, el *Bryn Mawr College*, gracias al “chantaje” económico que su adinerada compañera Mary Garret propuso a los gestores. No fue el único. La *Johns Hopkins Medical School* abrió sus puertas en 1893 gracias al dinero donado por Garret pero a cambio de que admitieran mujeres en sus aulas.

los “matrimonios de Boston” o los “matrimonios de Wellesley” (Palmieri, 1983)¹⁰³. En el cambio de siglo, prácticamente todas las mujeres que conformaban la plantilla del departamento de inglés de Wellesley se encontraban emparejadas con otras mujeres (Faderman, 1999). En Vassar, Mount Holyoke, Bryan Mawr¹⁰⁴, en la Universidad de Chicago y en la Universidad de Columbia, y en general en cualquier sitio donde las mujeres académicas estaban siendo empleadas, no fueron excepcionales este tipo de “matrimonios” entre mujeres.

Teniendo en cuenta que muchas se educaron en entornos femeninos dentro de los *colleges* de mujeres; que muchas también continuaron ejerciendo profesionalmente en dichos ámbitos; que casarse tenía el precio de renunciar a un puesto académico o a la dedicación plena a una profesión; que el matrimonio implicaba negociar con una persona del sexo opuesto, educada bajo los ideales victorianos de la “separación de esferas”, sobre las imposibilidades de una doble carrera -como madres y esposas y como profesionales-; que muchos varones de la época encontraban más “invertidas” que atractivas a las mujeres inteligentes; teniendo en cuenta todo ello, no era de extrañar que la “Nueva Mujer” encontrara en los *colleges* de mujeres y en los trabajos de reforma la posibilidad de opciones de vida alternativas al matrimonio y a las prescripciones victorianas, y que encontrara en las mujeres que trabajaban conjuntamente en dichos ámbitos la posibilidad de una compañía de por vida. Resulta difícil determinar qué vino primero en la vida de estas mujeres, si el darse cuenta de que permanecer solteras era importante para alcanzar los logros profesionales a los que aspiraban, o si el deseo de no casarse les condujo a la educación universitaria como una de las pocas alternativas vitales que existían. ¿Se implicaron en una profesión porque no tuvieron la *oportunidad* de casarse? ¿O se les cerró la oportunidad de casarse al elegir una profesión académica? ¿O se dieron cuenta que deberían luchar y conseguir una profesión ya que *preferían* no casarse? Fuera como fuese, el caso es que para muchas mujeres la sustitución de un matrimonio convencional por relaciones de apoyo y afectivas con otras mujeres, favoreció –y a veces hizo posible- su desarrollo y promoción profesional.

¹⁰³ En los *colleges* de mujeres abundaron los “crush”, “smash”, “mash”, “pash”, “spoon”, “rave”, “flame” o “twosing”, términos utilizados en la época para describir el enamoramiento entre mujeres (Faderman, 1999).

¹⁰⁴ Las mismas presidentas de Bryan Mawr *College* y de Mount Holyoke *College* –Martha Carey Thomas que ejerció su cargo desde 1894 y Mary Emma Woolley presidenta desde 1901, respectivamente- eligieron como compañeras “sentimentales” a otras mujeres que las apoyaron y ayudaron en todo momento en sus carreras.

Que las mujeres solteras universitarias buscaron la compañía de otras mujeres fue corroborado por una encuesta que Catherine Bement Davis elaboró en 1918, con la financiación de Rockefeller y con el apoyo de Jessie Taft y Hellen Thompson Woolley. Se trataba de una encuesta pionera, que aún hoy en día nos sorprende, sobre la vida sexual de 2200 mujeres, casadas y solteras, el 70% de las cuales resultaron ser universitarias. El 50,4% respondió haber mantenido “relaciones emocionales intensas” con otras mujeres, y la mitad de ellas admitieron que sus experiencias habían estado acompañadas de expresiones claramente sexuales (Rosenberg, 1982; Faderman, 1999). A los altos porcentajes de relaciones afectivas o sexuales entre mujeres en el cambio de siglo, fundamentalmente universitarias o reformadoras sociales¹⁰⁵, contribuyó paradójicamente la descripción asexual de la mujer victoriana, que convertía en inofensivas e inocentes estas “amistades románticas”, muchas veces autodefinidas sin ocultamiento o escándalo alguno en términos de matrimonios. Este tipo de relaciones contaron aparentemente con la aceptación social y no se penalizaron hasta aproximadamente 1920, cuando los discursos de sexólogos y el psicoanálisis comenzaron a establecerse y a cuajar en las conciencias individuales (Carroll Smith-Rosenberg, 1989). Hasta entonces, los discursos de Ellis, Krafft-Ebing o Carpenter sobre las “invertidas”, el “tercer sexo”, el “sexo intermedio”, las “hermafroditas sexuales” o las “almas atrapadas”, fueron interpretados por la primera generación de la Nueva Mujer más como una penalización de la trasgresión de los roles femeninos en casos clínicos -la adopción de comportamientos y roles masculinos o la apariencia física “viril” (*mannish*)- que como una patologización explícita del amor materno-filial entre dos mujeres (Smith-Rosenberg, 1989; Esther Newton, 1989). Esto explica por qué la mayoría de mujeres de cambio de siglo con apariencia femenina que tuvieron relaciones homoafectivas con otras mujeres, no se identificaron con las “invertidas” de los sexólogos y no tuvieron ningún tipo de conflicto psicológico. Del mismo modo que no tuvieron ningún tipo de identidad “lesbiana” u “homosexual” que las llevara a luchar por sus derechos en las actividades de reforma.

El panorama no obstante cambió aproximadamente a partir de la segunda década del siglo XX. Las *mujeres-madres* se convirtieron en *mujeres-con-sexualidad* y la inocencia de las amistades románticas en ámbitos feminizados –como en *colleges*, internados de mujeres o en

¹⁰⁵ En los espacios profesionales “feminizados” relacionados con las actividades de reforma social también fueron comunes estos emparejamientos. Lengermann y Niebrugge-Brantley (1998) han recogido los diferentes “emparejamientos” de mujeres que simultanearon las actividades de reforma de la *Hull House* y la Universidad de Chicago –Jane Addams, Frances Kellor, Marion Talbot, Sophonisba Breckinridge, etc.-.

ámbitos de reforma- dio paso a la perversión de amistades peligrosas, producto de lo que se empezaba a ver como una contraproducente y rígida segregación sexual de las esferas victorianas –un “efecto perverso” que no anticiparon detractores de la coeducación como Hall-. La propia encuesta de Bement Davis constituía un ejemplo de esta transición. Tanto sus preguntas como sus respuestas representaron una prueba del progresivo reconocimiento de la sexualidad en las mujeres y el fin de los días para el modelo de mujer victoriano asexual y maternal. La segunda generación de la Nueva Mujer sí tuvo conciencia de su sexualidad, y como tal también de los peligros de patologización y rechazo social que implicaba la homosexualidad, y que a través de los discursos de los “expertos” empezaban a calar en las conciencias de estas mujeres¹⁰⁶. Sexólogos y psicoanalistas se encargaron de articular y patologizar esa fusión de masculinidad, aspiraciones feministas y lesbianismo que terminó con la “edad de la inocencia” de los “matrimonios de Wellesley” (Newton, 1989; Smith-Rosenberg, 1989; Faderman, 1999).

LA FICCIÓN REGULADORA DEL SEXO Y LA FEMINIDAD COMO MASCARADA

«El análisis enseñó, además, que la muchacha arrastraba de sus años de infancia un “complejo de masculinidad” muy acentuado. De genio vivo y pendenciero, nada gustosa de que la relegase ese hermano algo mayor, desde aquella inspección de los genitales había desarrollado una potente envidia del pene cuyos retoños impregnaron más y más su pensamiento. *En efecto, era una feminista*, hallaba injusto que las niñas no gozaran de las mismas libertades que los varones, y se rebelaba absolutamente contra la suerte de la mujer». (Sigmund Freud, 1920: 161. Énfasis añadido).

«Intentaré mostrar que las mujeres que desean la masculinidad tienden a ponerse una máscara de feminidad para evitar la ansiedad y la temida condena de los varones.» (Joan Riviere, 1929/1986: 35).

La educación superior y la profesionalización académica para las mujeres no se habrían convertido en un proyecto viable sin el liderazgo de mujeres rebeldes dispuestas a

¹⁰⁶ Discursos sobre la (homo)sexualidad que se solaparon y multiplicaron con los discursos sobre la raza o la clase: un ejemplo de ello fue la “mannish lesbian” de clase trabajadora que tantas veces fue objeto de estudio por parte de sexólogos o la amenaza de la “hipersexualizada” y “masculinizada” mujer negra en los *colleges* de mujeres (Margaret Otis, 1913; Smith-Rosenberg, 1989; Siobhan B. Somerville, 2000). También con los discursos de “suicidio de la raza” ante lo que se veía como una “invasión” de inmigrantes y un preocupante descenso de la natalidad de las clases élite.

subvertir las “hormas” de la categoría “mujer” (Valcárcel, 2000): rechazaron los discursos sobre la inferioridad de las mujeres, escaparon de la reclusión socialmente impuesta a una domesticidad anodina y sin sentido, y se atrevieron a desobedecer las convenciones victorianas sobre la esfera reservada para las mujeres blancas de clase media-alta. Al igual que las mujeres sufragistas o aquellas que adquirieron una profesión en los ámbitos de la reforma o la política, las mujeres pioneras académicas se vieron expuestas a la acusación de “invertidas sexuales” en los discursos de detractores de la educación superior de las mujeres y de la Mujer Nueva en general. El espectro y la amenaza de la “mujer barbuda” de Kant (1764/1997) estaba en el imaginario social y la oposición dicotómica romántica entre lo “bello” y lo “sublime” formaba parte de la mentalidad victoriana. Los discursos de todo tipo de expertos habían variado entre alertar a las mujeres universitarias del peligro de deterioro de sus órganos reproductivos, hasta la amenaza de masculinización o virilización física o mental, hasta por último, el miedo de que las mujeres con educación perdieran el interés por el matrimonio y por los varones en general. Querer ser un varón en el sentido físico y psicológico –comportarse y vestirse como tal-, querer tener los privilegios y derechos de un varón –aunque se tuviera apariencia femenina- y desear a otras mujeres, se confundían y patologizaban conjuntamente, en diferentes versiones congénitas o aprendidas, en una campaña corrosiva e implacable contra las feministas. Traidoras a su sexo y representantes de la Mujer Nueva, objetivo de ataques procedentes de psicoanalistas y sexólogos por igual, se habían atrevido a introducirse en la esfera pública “masculina” de la profesionalización académica.

Las que leyeron a los sexólogos de la época o las que comenzaban a introducirse en los principios del psicoanálisis, tras la famosa primera visita de Freud en 1909 a EEUU, intuyeron que las descripciones de casos de “inversión sexual” a lo Ellis o de pacientes con “complejos de masculinidad” a lo Freud no se distanciaban tanto de sus vidas. En *Sexual Inversion* (1897) primer volumen de *Studies in the Psychology of Sex*, Havelock Ellis describía así a la invertida sexual y los efectos perversos del movimiento de emancipación de las mujeres:

«Los movimientos bruscos y enérgicos, la postura de los brazos, el modo directo de hablar, la inflexión de la voz, la sequedad masculina y el sentido del honor y, especialmente el acercamiento hacia los varones, audaz y exento de timidez, sugieren con frecuencia a un observador atento la latente anormalidad psíquica. En las costumbres no solo es frecuente el gusto por fumar cigarrillos, cosa que con frecuencia encontramos también en mujeres bastante femeninas, sino también una decidida inclinación por los puros. Hay también en

ellas un disgusto y tal vez una incapacidad por las labores de punto y otras ocupaciones domésticas y, en contrapartida, una capacidad por los deportes atléticos».

«La homosexualidad aumenta entre las mujeres ya que nuestra moderna civilización alienta en más de un aspecto esta tendencia. El movimiento de emancipación de las mujeres por la igualdad de derechos y deberes, de libertad y de responsabilidad, de educación y de trabajo (...) trae consigo ciertas desventajas. Ha alentado un aumento de la criminalidad y de la locura femeninas. Tampoco maravilla que se registre un aumento de la homosexualidad que pertenece a un grupo de fenómenos conectados.» (Ellis, 1897, en Rosanna Fiocchetto, 1993: 40 y 42).

Otro “padre” de la sexología, Edward Carpenter, autor del ensayo *The Intermediate Sex* también estaba preocupado por las peligrosas conexiones entre mujeres inteligentes, feministas, homosexuales y anormales:

“Algunas son más bien masculinas en el temperamento; otras son “homogénicas”, esto es inclinadas a unirse con el propio sexo antes que con el contrario; son ultra-rationales y culturalmente cerebrales; para muchas, los hijos son poco menos que un fastidio; para otras, la pasión sensual por un hombre es un puro absurdo que no comprenden y consecuentemente desprecian. No quiero con esto decir que la mayoría del nuevo movimiento [feminista] esté fuera de la línea de la normalidad, pero no hay duda de que un gran número lo está y el curso de su progreso será, consecuentemente, curvilíneo” (Carpenter, 1897, en Rosanna Fiocchetto, 1993: 43).

Muchas mujeres universitarias, académicas y profesionales experimentaron lo que los sexólogos estaban clasificando como “sentimientos invertidos”. Si la “inversión sexual” significaba inconformismo frente a las restricciones del rol femenino victoriano, envidia de los privilegios y derechos reservados a los varones –blancos-, y/o amor por otras mujeres que las apoyaron en sus luchas, estas mujeres fueron a dichos efectos invertidas sexuales. Pero a pesar de esta asimilación entre subversión feminista de los tradicionales roles femeninos e inversión sexual, pioneras académicas, reformadoras sociales y sufragistas de cambio de siglo no vieron su rebeldía como patológica sino como racionalmente sustentada en el tratamiento desigual e injusto de las mujeres y en la victoriana segregación de esferas. No se concibieron a sí mismas como invertidas sexuales, por mucho que las descripciones de los sexólogos las interpelaran. Identificarse con la versión patológica de la Mujer Nueva que reclamaba privilegios “por naturaleza” masculinos –en sus diferentes versiones de invertida sexual, hermafrodita, tercer sexo o sexo intermedio, uranista, alma atrapada,

pseudohomosexual, etc.- y desmentir públicamente las acusaciones de los sexólogos, hubiera supuesto arriesgarse a un rechazo social aún mayor. La opción que mayoritariamente adoptaron fue la de vincularse con los valores y apariencia femeninos al tiempo que reclamaban la esfera pública, distanciándose así del modelo “viril” invertido, asociado por otro lado con las mujeres de clase obrera, mujeres negras, mujeres delincuentes o casos patológicos (Newton, 1989; Smith-Rosenberg, 1989; Faderman, 1999; Somerville, 2000).

Mientras lideraban sus batallas para introducirse como intrusas en el espacio público perteneciente a los varones, la mayoría de ellas “performaron”¹⁰⁷ públicamente como “mujeres”, curiosamente para cambiar lo que “la mujer” significaba (Faderman, 1999). “Travistiéndose” de mujeres muchas pioneras enmascaraban sus intentos de reclamar los privilegios masculinos, al tiempo que evitaban las acusaciones de los sexólogos y asimilaciones con mujeres obreras o casos clínicos. Al contrario de lo que expresaban los sexólogos, ellas no querían *ser* varones, deseaban las prerrogativas asociadas al sexo masculino. No solo eso, muchas reformadoras y sufragistas –y en esto se distanciaron de pioneras psicólogas como Woolley, Taft o Hollingworth- reivindicaron los valores femeninos como justificación para expandir el papel de las mujeres más allá de la claustrofóbica domesticidad. A veces con argumentos esencialistas –cuyas propias vidas contradecían de forma patente- su estrategia fue proclamar que las aptitudes especiales de las mujeres en tanto madres y cuidadoras eran urgentemente necesarias en la caótica sociedad de cambio de siglo.

Pero performar la feminidad tenía sus ventajas y desventajas en el contexto académico. Analistas sociales de la época como Veblen (1899/1974), Isaac Thomas (1908), Simmel (1905/1999) o las mismas Perkins Gilman (1916/1997) y Taft (1916) habían criticado las mórbidas restricciones –y la ostentación- que imponía la vestimenta y la moda femenina de la mujer burguesa, muchas veces incompatibles con el espacio y las actividades laborales. Por exigencias de la moda, la mujer elegante del siglo XIX era una mujer frágil,

¹⁰⁷ «Lo performativo no es meramente un acto realizado por un sujeto preestablecido, sino uno de los poderosos e insidiosos modos en los que los sujetos son llamados a la posición de ser social, inaugurados a la socialidad mediante una variedad de interpelaciones poderosas y difusas. En este sentido *lo social performativo es una parte crucial, no solo de la formación de sujeto, sino también de la contestación política y de la reformulación del sujeto en curso*. De esta forma, lo performativo no es tan solo una práctica ritual: es uno de los influyentes rituales por los que los sujetos son formados y reformulados.” (Judith Butler, 1999: 125. Énfasis añadido).

enfermiza y artificial. Corsés ajustados –tan incorporados al cuerpo femenino durante la segunda mitad del siglo XIX como hoy en día la depilación en mujeres del XXI- suponían una presión de 9,5 kg sobre sus órganos internos. «Una mujer bien vestida llevaba un peso medio de 16kg en ropa de calle durante los meses de invierno, de los que 8,5 kg colgaban de su torturada cintura. Entre las consecuencias a corto plazo había ahogos, estreñimiento, debilidad y una tendencia a violentas indigestiones. A largo plazo, costillas torcidas o fracturadas, desplazamiento del hígado y prolapso del útero.» (Ehrenreich y English, 1990: 127-128). Además, desde una perspectiva psicológica, la mujer debía responder a los ideales de decencia, modestia y dulzura, unos ideales un tanto difíciles de compaginar con los valores “masculinos” de dominio y control en la ciencia. Por otro lado, la propia vestimenta, la corporalidad o comportamientos y ademanes femeninos fueron muchas veces utilizados como pretextos para rechazar la presencia de mujeres en laboratorios o en clubes académicos masculinos. Titchener justificó a Ladd-Franklin la exclusión de las mujeres de su sociedad de psicólogos “Experimentalistas” aduciendo que las mujeres serían ofendidas y molestadas por el humo de los cigarrillos al que no estaban acostumbradas (Rossiter, 1992: 280). Cuando por primera vez se dejó entrar a dos mujeres en dicho club en 1928, uno de sus miembros le advirtió irónicamente a Washburn que debería sentarse con los pies elevados por encima de la mesa (Rossiter, 1992: 281).

La feminidad –física o psicológica- suponía muchas restricciones en la academia, pero optar por una “presentación masculina” hubiera significado para estas mujeres un rechazo social y académico mayor. Los ataques de desprecio a la figura de Ladd-Franklin por no comportarse de forma modesta y conformista y enfrentarse a sus compañeros de profesión cada vez que experimentaba exclusiones fue un ejemplo de ello. Salirse de los moldes femeninos tenía un precio y estas mujeres ya había sobrepasado la frontera de lo permisible para una mujer saltando al espacio de lo público. Ir más allá, comportándose como ya lo estaban haciendo muchas mujeres de clase obrera despojándose de incómodas e inmovilizadoras ropas y corsés físicos y psicológicos, hubiera sido inadmisiblemente, demasiado “monstruoso” para la rígida mentalidad victoriana y burguesa.

En el período conservador que siguió a la primera guerra mundial, psicólogos y psicoanalistas avalados por las tesis anteriores de sexólogos, comenzaron a preocuparse por la emergencia de personalidades peligrosamente “fuertes y masculinas” en mujeres intelectuales o profesionales. Tanto el psicoanálisis como más tarde los estudios de Lewis Terman y Catherine Cox Miles (1936) sobre la feminidad y la masculinidad trataron de

regular y controlar las fronteras entre lo normal y lo anormal, en definitiva, las fronteras de lo permisible socialmente en los comportamientos de varones y mujeres¹⁰⁸. A partir de los años 20 el deseo de una mujer por la educación no solo implicaba una inversión sexual o un complejo de masculinidad, convertía también en sospechosa su sexualidad. Muchas mujeres académicas e intelectuales, y más si estaban en contacto con psicoanalistas como fue el caso de Joan Riviere, utilizaron la “feminidad como mascarada” para «evitar la ansiedad y el temido rechazo de los varones.» (1929/1986: 35).

En 1929 Joan Riviere describió en su artículo “La feminidad como una mascarada” -probablemente con bastantes referentes autobiográficos (Stephen Heath, 1986)- los alienantes malabarismos de género que tenía que hacer una mujer en el mundo de la academia para no ser rechazada por sus colegas de profesión ante la ofensa que representaba el deseo y la exhibición de la “masculinidad” por parte de una dama:

«Rechazaba amargamente cualquier supuesto de que no era igual a ellos [los académicos varones], y (en privado) rechazaría la idea de estar sujeta a sus juicios o críticas. En esto se correspondía claramente con uno de los tipos que Ernest Jones bosquejó: su primer grupo de mujeres homosexuales que, aunque no tuvieran ningún interés en otras mujeres, buscaban el “reconocimiento” de su masculinidad de los varones y reclamaban ser sus iguales, o en otras palabras, ser hombres ellas mismas. Su resentimiento, sin embargo, no se expresaba abiertamente; públicamente reconocía su condición de feminidad.» (Riviere, 1929/1986: 37)

Según Riviere, la situación “esquizofrénica de género” que experimentaban muchas mujeres intelectuales, les llevaba a disimular y ocultar la posesión de “masculinidad” ante una audiencia masculina. La feminidad se constituyó en ese disimulo (Heath, 1986). Se convertían así en mujeres que no eran, asumían como estrategia de defensa una feminidad paródica que las alienaba, les era extraña, pero a su vez las constituía. Para Joan Riviere, la

¹⁰⁸ Una de las preocupaciones sociales que llevaron a Terman y Miles a construir su test de Masculinidad-Feminidad fue la posibilidad de detectar a tiempo los casos de “inversión” sexual con el fin de poder compensar o corregir dichas inclinaciones, ya que podrían derivar “dramáticamente” en tendencias homosexuales o bien en desajustes maritales o familiares:

«Por una parte, el uso del test ayudará a focalizar la atención sobre aspectos evolutivos de la anormalidad, de la misma forma que lo hicieron los tests de inteligencia en el caso de la deficiencia mental. Es bien sabido que los grados más leves de deficiencia mental pueden ahora ser detectados a edad más temprana de lo que era posible hace una generación. Lo mismo se podrá aplicar en el caso del homosexual potencial. Una *identificación temprana* de posteriores *desviaciones* es particularmente deseable, puesto que existen muchas razones para creer que defectos de personalidad pueden ser *compensados* y en cierta medida *corregidos* (...). Debería del mismo modo dedicarse una mayor investigación a las mujeres invertidas, escasamente estudiadas excepto por el psicoanálisis». (Terman y Miles, 1936: 467-468 y 470. Énfasis añadido).

“genuina feminidad” y la “mascarada” que performaron muchas mujeres intelectuales se habían disuelto convirtiéndose en lo mismo.

ARTICULACIONES PSICOLOGÍA Y FEMINISMO

Este trabajo comenzó con la intención de analizar la situación de las mujeres en la psicología y las articulaciones entre psicología y feminismo –la cuestión de la psicología en el feminismo y del feminismo en la psicología- en un contexto espacio-temporal concreto – los comienzos de la psicología como ciencia en EEUU hasta 1930- que comprende los límites en los que se desarrolló la vida y carrera profesional de la primera y segunda generación de mujeres psicólogas. Todo ello utilizando como “filtros ópticos” los estudios sociales de la ciencia –especialmente las “fertilizaciones cruzadas” entre una historiografía feminista y una psicología social de la ciencia- y los análisis críticos de los estudios feministas sobre la ciencia y las epistemologías feministas.

La situación de las mujeres en los orígenes de la psicología

«Es muy posible que la palabra “Miss” transmita a través de las divisiones en categorías y de los tribunales cierta vibración que no se nota en el aula de exámenes. “Miss” puede llevar anejo el susurro del roce de ropa interior, el olor a perfume o cualquier otro olor que se pueda percibir al otro lado de la división y que sea un olor molesto. Lo que encanta y consuela en el hogar puede ser exacerbante en la oficina.(...) Así vemos que el olor -¿o lo llamaremos “atmósfera”?- es un elemento importante en la vida profesional; pese a que, lo mismo que otros elementos importantes, es intangible. El olor puede no ser percibido por los examinadores en las aulas de examen, pero penetra en las comisiones y departamentos, y afecta a los sentidos de sus miembros. (...) La atmósfera no solo cambia el tamaño y la forma de las cosas, sino que también afecta a los cuerpos sólidos, como los sueldos, que quizá se pensara fueran ajenos a los efectos de la atmósfera.» (Virginia Woolf, 1938/1999:92, 95-96).

Las mujeres de la primera generación de psicólogas tuvieron la experiencia pionera de constituirse en *sujetos* de conocimiento científico mientras sus compañeros reificaban su “sexo” teorizando sobre su incapacidad para el saber o su inconveniencia física, moral y social. Interpeladas por discursos que las alienaban de sus experiencias y vidas –de forma parecida a la “conciencia bifurcada” teorizada por Dorothy Smith (1987)-, su situación

como *sujetos* y como *objetos* de conocimiento se confundía en el imaginario disciplinar¹⁰⁹. Ante la negación de su posibilidad ontológica hasta que el “tribunal de lo real” de los datos empíricos no probara lo contrario, algunas de estas pioneras se vieron en la necesidad de utilizar su posición como sujetos de conocimiento científico-psicológico para estudiar su propio “sexo” y demostrar su propia existencia y legitimidad como sujetos ya *de hecho* en la academia y en el mundo de la ciencia.

Sus vidas y experiencias, que por otro lado partían de no pocas condiciones de posibilidad –salvo por su sexo, pertenecían a grupos dominantes en cuanto a “raza”, religión o clase social-, suponen constantes cuestionamientos al *ethos* mertoniano y a los ideales meritocráticos en la ciencia. De ahí la importancia de no olvidar *cómo el sistema de sexo/género/deseo, la raza o la clase social, atraviesan de formas complejas las estratificaciones sociales en la ciencia y los sistemas de reconocimiento y prestigio*. Y no exclusivamente mediante barreras formales o institucionales de exclusión, también mediante mecanismos más sutiles informales e “intangibles”, interpersonales, subjetivos y corporales. El *ethos* de Boring (1951) para las mujeres científicas –“una mujer debe ser anormalmente encantadora y brillante”- suponía un *extra* emocional para las pioneras psicólogas: una contención estoica ante las exclusiones y humillaciones, y el ejercicio performativo de una “feminidad” difícilmente reconciliable con la idea de una ciencia entendida como control, manipulación y dominio. No es casual que las dos mujeres que alcanzaron la presidencia de la APA – Washburn y Calkins-, a parte de no casarse, consiguieron el difícil equilibrio entre una cierta autoridad profesional fruto de la sobrecualificación y la aceptación de sus compañeros conservando el “encanto femenino”, un encanto ligado a la pasividad, la sumisión, la aquiescencia, la modestia... y fundamentalmente la no-beligerancia feminista.

En este sentido, los análisis que se han venido elaborando sobre la “psicología del tokenismo” o el “síndrome de la abeja reina” podrían ser aplicados a la posición que adoptó Margaret Washburn como mujer-científica. No obstante, aunque ella no se reconociera como feminista ni quisiera asociarse a ningún grupo de mujeres, sus comportamientos “individuales” fueron “feministas”. Encarnó mejor que ninguna el “mito del científico aséptico y neutro”, se resistió a ser visibilizada en tanto “mujer” y subvirtió los ideales imperantes de mujer relacional y cuidadora. Pero al mismo tiempo tuvo que mantener “la mascarada encantadora de la feminidad”, al menos lo suficiente como para

¹⁰⁹ Como evidenció Boring (1967) al afirmar que tras la muerte de Titchener «se dio explícitamente libertad de entrada tanto a animales [objetos de la psicología animal] como a mujeres [psicólogas-sujeto], primero a los animales, pero luego enseguida a las mujeres.» (321).

cumplir con las expectativas sociales y no convertirse en amenaza frente a los dictados normativos sobre roles sexuales.

Recogiendo los análisis epistemológicos y psicosociales de teóricas como Fox Keller, resulta necesario por tanto considerar los *procesos de conformación de subjetividades* en el estudio de los sujetos epistémicos: en concreto las negociaciones constantes entre una identidad generizada y una identidad científica que se reconfiguran entreveradamente. En términos de Keller (1991), una psicología asentada sobre los principios de control y dominio *selecciona* a un tipo de sujetos para los que el control y el dominio son gratificaciones emocionales. Siguiendo a Margaret Rossiter (1992), la mujer pionera científica-psicóloga se había construido así como una “contradicción en sus propios términos”: ejerciendo en una disciplina que la excluía como sujeto y la reificaba como objeto doméstico, emocional, relacional, inestable, pasivo, de pensamiento concreto, etc.; una disciplina que se constituyó bajo “complejos de Física” como “ciencia” objetiva, racional e impersonal, excluyendo cualquier atisbo “femenino” en su definición; una ciencia, por último, cuyo objetivo “baconiano” era en palabras de Cattell (1904) «la aplicación del conocimiento sistematizado al control de la naturaleza humana» (186) que situara a los hombres científicos en el lugar que les correspondía como dominadores del mundo moderno.

Por otro lado, lo que hoy denominaríamos “doble presencia” –en el ámbito doméstico y en el ámbito laboral- impidió a muchas mujeres especialmente casadas una concentración plena para una carrera profesional absorbente, que en la mayoría de los casos se subordinaba a las demandas matrimoniales o familiares. Pero para muchas reformadoras, sufragistas o feministas, la doble presencia se multiplicaba: matrimonio-carrera-reforma o militancia. De tal forma, que en muchas ocasiones este “doble vínculo” se convertía en “triple”, dando pie a complejas negociaciones entre diferentes intereses, tiempos y energías ausentes en las carreras de muchos psicólogos del momento. Para muchas reformadoras –como fue el caso de las mujeres de la Escuela de Chicago-, ciencia y reforma política se confundían, supeditando los intereses científicos a los de cambio social. Para las psicólogas en cambio, los ideales de reforma y de los movimientos de mujeres entraban en contradicción con los ideales objetivo-científicos prescritos para la psicología, lo que les llevaba a carreras profesionales paralelas y a veces contradictorias.

Las mujeres psicólogas pioneras fueron percibidas en tanto *cuerpos* marcados –cuerpos sexuados-femeninos definidos en oposición al sujeto neutro-masculino desencarnado-. Un cuerpo-femenino-victoriano frágil e inestable que “no soportaba el

humo de cigarrillos” o “no podía levantar los pies sobre la mesa” en reuniones informales como las de los “Experimentalistas” de Titchener; un cuerpo que podía sufrir alteraciones hormonales ante la presencia mixta en los laboratorios; un cuerpo que soportaba kilos y kilos de corsés y largas faldas inmovilizadoras poco adaptables a los espacios académicos-laborales. Ante la presencia de las mujeres, el cuerpo *no-marcado* de los varones científicos se *marcaba* como requerimiento encubierto para las posibilidades de acceso privilegiado e interacción en la comunidad científica.

Las experiencias generizadas de estas mujeres no solo influyeron en su situación académica, también construyeron en algunos casos los contenidos de sus teorías y sus formas de investigar y entender la ciencia y sus sujetos: la urgencia por responder a las exclusiones cotidianas llevó a algunas a estudiar las diferencias sexuales y derrumbar mitos sobre la inferioridad de las mujeres; el matrimonio lanzó a muchas mujeres psicólogas fuera de la academia hacia puestos “aplicados” o de reforma, cambiando en muchos casos sus intereses de investigación en aras de encontrar un empleo o ensayando nuevas formas de “hacer” psicología; las que ejercieron desde los *colleges* de mujeres entendieron la práctica científico-académica más como una labor docente-relacional o de investigación colectiva que como una carrera competitiva individualista. Las formas de comprender las relaciones sujeto-objeto de conocimiento no eran las mismas desde un laboratorio que desde ámbitos de reforma como hospitales o reformatorios. Igualmente las formas de entender la psicología y sus sujetos de conocimiento diferían desde las principales universidades o desde los *colleges* de mujeres, tanto en lo que a recursos materiales se refiere como a valores en la práctica académica.

La cuestión de la psicología en el feminismo de la “primera ola” en EEUU

Para entender las articulaciones entre la “psicología” –como disciplina institucionalizada y como producción y corpus de conocimiento- y el “feminismo” –como movimiento social y teoría política- en el contexto espacio-temporal ya descrito, es necesario subrayar que ambos se han nombrado en tanto categorías analíticas para facilitar la comprensión de los procesos mediante los cuales se reconfiguran articuladamente sin una existencia totalmente definida, fija, separada o independiente. Teniendo en cuenta esto: ¿qué influencia tuvo la psicología en el feminismo? ¿hasta qué punto la psicología, los/las psicólogos/as o la producción de conocimientos psicológicos contribuyó a la emancipación de las mujeres?

En primer lugar, y siguiendo a Hellen Herman (1995), se podría decir que la psicología al “construir lo femenino” contribuyó a provocar la aparición de la “psicóloga feminista científica”. Ante las ofensas personales de sus propios compañeros de disciplina y los desesperantes obstáculos institucionales, las primeras psicólogas sintieron la responsabilidad de utilizar sus conocimientos y su posición como científicas para mejorar la situación de las mujeres bajo el amparo de un cientificismo neutral en el que creían. Leta Stetter Hollingworth (1914a) -siguiendo a Stuart Mill- demandó una mayor presencia de mujeres investigadoras basándose en su mayor potencial objetivo y menos sesgado respecto a los científicos varones, especialmente cuando investigaban sobre diferencias sexuales. De esta forma, anticipaba posturas epistemológicas feministas actuales, y desde las paradojas de un empirismo científico comprometido con el feminismo reclamaba la posición de las mujeres como privilegiada para una ciencia más rigurosa.

Curiosamente, las conclusiones de las psicólogas empiristas sobre las semejanzas sexuales y la influencia del ambiente social en la construcción de las diferencias no se incorporaron en los argumentos usados por las sufragistas para reclamar el voto. Buena parte del movimiento de mujeres y del movimiento sufragista se asentaba sobre discursos sobre la “excelencia particular de las mujeres” defendiendo su participación en la esfera pública en calidad de “redentoras” incontaminadas de los vicios industriales. Como estrategia política, los discursos sobre semejanzas sexuales resultaban demasiado “radicales” todavía para la mentalidad victoriana y por lo tanto poco eficaces para “políticas de la urgencia”. No obstante, sí cambiaron la visión de muchos psicólogos respecto de las mujeres y sí afectaron relativamente a la estructura social de la academia, especialmente al facilitar la entrada y el desarrollo de las carreras de jóvenes estudiantes psicólogas. De esta forma, mientras psicólogas feministas como Woolley o Hollingworth trataban de cambiar de forma progresiva su disciplina denunciando el estatus inferior de las mujeres dentro de la comunidad científica sobre la base de datos empíricos, el movimiento sufragista “urgentemente” preocupado por reformas legales no mostró mucho interés sobre sus investigaciones experimentales.

No obstante, gran parte de las mujeres psicólogas de la primera y segunda generación militaron activamente en el movimiento sufragista -en ocasiones como oradoras públicas- desarrollando actividades paralelas a sus carreras profesionales científicas: ese fue el caso de Woolley, Hollingworth, Ladd-Franklin, Puffer Howes o Lillian Martín. Igualmente algunas como Hollingworth colaboraron activamente con grupos feministas y otras como Ladd-Franklin trabajaron con la ACA en el desarrollo de proyectos creativos

que facilitaron el acceso completo de mujeres a las universidades y fomentaron su desarrollo profesional. Por otro lado, algunas pioneras psicólogas –fundamentalmente las que contrajeron matrimonio- trabajando más desde ámbitos de reforma que desde la academia reformularon su práctica psicológica al negociar entre valores de reforma y valores científicos. Algunas como Woolley mediante su trabajo en estos ámbitos impulsaron cambios legislativos fundamentales en la regulación del trabajo infantil. En todas estas actividades, las psicólogas pudieron ofrecer sus conocimientos y competencias mediante creativas “transfusiones cruzadas” de conocimientos y experiencias entre la psicología académica y la práctica política de reforma, sufragista o feminista.

Sería interesante rescatar la obra de Jessie Taft que a mi entender podría constituir una posible contribución teórica psicosocial relevante para una teoría feminista que, por otro lado, continúa sin encontrar conexiones parciales fructíferas en una psicología fundamentalmente empírica. Su trabajo, *El movimiento de la mujer desde el punto de vista de la conciencia social*, sigue siendo un texto apenas (re)conocido por la teoría feminista. Frente a posiciones vinculadas al marxismo -como la de Perkins Gilman- que enfatizaban la independencia económica como base de la liberación de las mujeres, Taft sostenía que los problemas de las mujeres no eran solo políticos o económicos sino fundamentalmente psicosociales. Se adelantó de esta forma a un feminismo radical de “la segunda ola” que durante los años 70 se asentó sobre la base de “lo personal es político”. Formada como científica, encontró gran parte de la actividad reformadora de movimientos de mujeres superficial, sentimental y excesivamente moralista. No obstante, nunca renunció al activismo político: defendía un cambio en la situación de las mujeres, pero también creía que los cambios más profundos no llegarían desde reformas legislativas sino mucho más despacio, a través de cambios en actitudes y la experimentación con nuevos roles sociales (Rosenberg, 1982). Por otro lado, y siguiendo las tesis de Mead y Thomas sobre el conflicto como motor de progreso social, consideró privilegiada la posición de mujeres científicas dado que el “conflicto psicológico” derivado de su situación entre dos mundos ofrecía condiciones de posibilidad para perspectivas y conciencias más amplias. Antecedía así las tesis de pensadoras como Harding, Hill Collins, Smith o el propio Mulkay, resaltando el carácter epistémico privilegiado de determinadas posiciones sociales transfronterizas o múltiples -“bisagra”, “traidoras o intrusas”, “de conciencia bifurcada”, “híbridos en cuanto a roles”- en cuya tensión y conflicto es posible –aunque sin garantías- un conocimiento más reflexivo y más crítico. Como escribió Mulkay (1969/1980) posiciones privilegiadas para “el descubrimiento de nuevos campos de ignorancia”.

La cuestión del feminismo en los orígenes de la psicología como ciencia

Con respecto a la influencia del feminismo en la psicología, el movimiento feminista de la primera ola en EEUU –deudor del pensamiento feminista ilustrado- posibilitó, en primer lugar, la existencia de mujeres psicólogas: la extensión de la educación universitaria a mujeres fundamentalmente de clase media y la posibilidad –material y simbólica- de que ejercieran profesiones cualificadas. Por otro lado, aunque no se reconocieran como feministas, la presencia de mujeres en la psicología por sí misma ya derrumbaba muchos mitos psicológicos sobre la incapacidad mental de las mujeres y su natural inferioridad y vinculación a lo doméstico-emocional-maternal. Como ya se ha señalado, al ser interpeladas por este tipo de discursos algunas se vieron en la necesidad de desmontar mitos sobre las diferencias sexuales utilizando sus conocimientos en la naciente psicología empírica y apelando a una psicología científica no sesgada. En el contexto cientificista de finales del XIX que enarbolaba los conocimientos científicos como pensamientos críticos y liberadores frente a tradiciones autoritarias, las pioneras psicólogas acudieron a una psicología “neutra y objetiva” como un ámbito posible de emancipación de las “falsas creencias” victorianas que las encorsetaban o negaban.

Como ha señalado Harding, las revoluciones sociales han tendido a mejorar la ciencia gracias a las críticas que dirigen hacia los planteamientos hegemónicos, dando lugar a visiones menos distorsionadas y parciales. En este sentido, se puede argumentar que la presencia de mujeres en la psicología, posibilitada por un movimiento social como fue el feminismo, generó “una ciencia menos distorsionada” en lo que a la “psicología de la mujer” se refiere. La presencia de mujeres psicólogas como grupo social excluido como sujetos de conocimiento permitió la visibilización de lo no cuestionado, ampliando el horizonte cognitivo de una comunidad científica masculina ciega y acrítica ante determinados campos de ignorancia. Aunque el escepticismo crítico de una generación joven de psicólogos varones ayudó a desmontar viejos dogmas “metafísicos”, sus facultades críticas curiosamente se veían mermadas cuando surgía el tema de las diferencias sexuales. Si las mujeres no hubieran estado presentes en las universidades para ser examinadas junto con sus compañeros varones, y si las mujeres psicólogas no hubieran difundido y publicado las implicaciones igualitarias de sus datos empíricos, resulta difícil creer que la psicología hubiera superado sus resistencias a abandonar visiones tradicionales sobre las diferencias sexuales y la inferioridad de las mujeres. La presencia de las mujeres en la psicología y la difusión de las investigaciones de psicólogas feministas-empiristas

provocó cambios teóricos en la psicología *main-malestream*: desde “las mujeres no pueden recibir educación científica en las universidades” al “no deben”; de incompatibilidades “espencerianas” útero-cerebro que dañarían su salud reproductiva al peligro social de un amenazador “suicidio de la raza”; de tesis sobre la inferioridad mental de las mujeres a una inherente “invariabilidad” que las imposibilitaría ocupar posiciones de élite; de planteamientos evolutivos sobre diferencias sexuales al reconocimiento de los solapamientos y las semejanzas y la influencia del ambiente social; y por último, de los estudios sobre diferencias sexuales en inteligencia mediante la aplicación de tests mentales a las diferencias sobre personalidad.

En definitiva, las mujeres *marcaron* la psicología, en parte, porque forzaron a sus colegas masculinos a ser igualmente críticos –científicos- cuando trataban con el tema de las diferencias sexuales. Pero además, recogiendo la herencia del pensamiento de Mary Wollstonecraft o de Mill, las psicólogas feministas desempeñaron un papel fundamental -si bien no reconocido- en la transición de una psicología biológica o hereditaria de principios de 1900 a una psicología más “ambientalista” en 1920 –y que se aplicaría también a los análisis sobre diferencias raciales-. Un “giro social” característico de la teoría feminista y presente ya en la primera ola de psicólogas feministas -al que por otro lado ha permanecido ajena e impermeable la psicología social dominante-.

Pero lo que no consiguieron las psicólogas feministas desde su riguroso empirismo fue replantear la psicología académica como disciplina, ni cuestionar sus valores androcéntricos como universales, neutros y objetivos. A diferencia de reformadoras sociales como Jane Addams que ensayaron nuevas formas de investigar “en relación” producto de la con-fusión ciencia-reforma-modo de vida, transformando así la propia práctica sociológica que se veía “contaminada” de valores tradicionalmente “femeninos” al servicio de la reforma; la mayoría de psicólogas empiristas feministas antepusieron los “valores científicos” a los “valores de reforma” o a “valores feministas”. Su compromiso con la ciencia -y con su clase social también- limitó en parte su pensamiento crítico –salvo Taft, las pioneras psicólogas no pusieron en tela de juicio la utilización de los tests mentales como herramientas de medición, clasificación y selección-¹¹⁰.

No obstante, mujeres como Woolley o Hollingworth situadas en posiciones “bisagra” entre dos mundos -uno declinando, el otro luchando por establecerse- supieron compaginar sus intereses científicos de objetividad con sus compromisos de reforma social.

¹¹⁰ Por otro lado, poco aprendieron los psicólogos que participaron en la selección de reclutas durante la primera guerra mundial de la experiencia de pioneras psicólogas en la aplicación cuidadosa de tests mentales en ámbitos aplicados.

Por un lado, vivieron en un “mundo femenino” dedicando gran parte de su vida a actividades de reforma, luchando por el sufragio de las mujeres y por la mejora de las condiciones de vida infantiles. Pero en 1920 el movimiento de mujeres comenzaba a declinar, en parte como resultado de las tensiones entre los dos mundos profesionales en los cuales estas psicólogas se habían formado y socializado. Los valores del individualismo, el igualitarismo, la objetividad científica y la competitividad profesional meritocrática que caracterizaban la filosofía académica en la emergente universidad norteamericana alejaron a muchas estudiantes mujeres de los ideales de feminidad que habían conformado su socialización –ideales ya obsoletos sobre los que se había asentado los diferentes movimientos de reforma-. Después de 1920 parecía cada vez más difícil reconciliar reforma –en el sentido victoriano- con ciencia. Derivado de ello, las estrategias feministas de pioneras psicólogas tratando de cambiar la opinión pública y de los científicos mediante investigaciones y políticas colectivas fueron progresivamente sustituidas a partir de la década de los 20 por una ideología individualista y meritocrática que rechazaba “favores especiales para con las mujeres científicas”: «Parece probable que no faltarán oportunidades para las mujeres psicólogas que se tomen en serio su profesión, que estén dispuestas a competir con los varones en iguales condiciones sin pedir consideraciones especiales (...). Las mujeres deben dejar de racionalizar sobre la escasez de oportunidades laborales y demostrar su competencia mediante sus logros. Las oportunidades se expandirán para aquéllas que ejerzan la necesaria fuerza propulsora.» (Florence L. Goodenough, 1944: 712).

Lo que la psicología como ciencia ha perdido en las narraciones androcéntricas, ahistóricas e idénticas sobre su historia es la riqueza de determinadas tradiciones y contribuciones de mujeres psicólogas desde los márgenes de los círculos tradicionales y dominantes académicos: las formas de hacer psicología desde lo que William James denominó despectivamente “regímenes de enaguas” -*petticoat regimes*-, planteando la ciencia como empresa colectiva y cooperadora lejos de genios aislados “en la lucha por la supervivencia” académica; teorizaciones relacionales y sociales del *self* como fueron las de Whiton Calkins o Jessie Taft que no cayeron en reduccionismos conductistas o hereditaristas; contribuciones desde ámbitos aplicados o de reforma olvidadas al no formar parte de lo definido desde la academia como “psicología”; por último, teorizaciones e investigaciones desde posiciones interdisciplinarias y transfronterizas como los trabajos de Mary Parker Follet sobre el poder y los conflictos o las aportaciones de la Escuela de Chicago de Mujeres.

La recuperación histórica de las experiencias de la primera y segunda generación de mujeres psicólogas nos permite visibilizar al sujeto de conocimiento de la psicología, como un sujeto empírico, con un cuerpo y una subjetividad generizados, un sujeto que deja de estar aislado histórica y socialmente y *hace psicología articuladamente* reconformando su propia identidad dentro de una comunidad científica –entendida en un sentido amplio que comprende humanos y no humanos-. En este sentido, la “psico-sociología del conocimiento científico” debería aprovecharse de las “fertilizaciones cruzadas” de las epistemologías feministas, más reflexivas y críticas con las jerarquizaciones sociales y las relaciones de poder en las comunidades científicas. De igual modo, resulta relevante analizar –como ya lo han hecho epistemólogas feministas como Keller o Bordo– los procesos de conformación de subjetividades en la actividad científica, entendiendo la ciencia como práctica socio-laboral, pero también como aparato de producción de conocimientos y materialidades en relaciones heterogéneas de poder/saber. Del análisis de estas pioneras también se deduce la necesidad de una psico-sociología no solo de las *marcas*, también de las *huellas* invisibilizadas, excluidas del corpus establecido como legítimo en las definiciones hegemónicas de la disciplina psicológica. «La frontera entre mito y herramienta, entre instrumento y concepto, entre sistemas históricos de relaciones sociales y anatomías históricas de cuerpos posibles, incluyendo a los objetos de conocimiento, es permeable. Más aún, mito y herramienta se constituyen mutuamente.» (Haraway, 1995: 280).

Los análisis aquí realizados engarzan, así, con una tradición epistemológica feminista que lejos de entender la ciencia y el feminismo como entidades independientes y contradictorias por definición, asocia una *objetividad fuerte* –definida en términos de conocimientos parciales, situados y responsables– con un ideal siempre por hacer de *inclusividad democrática radical* imposible pero necesario, y una *reflexividad fuerte* socialmente comprometida. Aunque de formas diferentes, desde las epistemologías feministas se sostiene que existen posturas excluidas de los grupos “normativos” que son privilegiadas para poner en cuestión lo no cuestionado de la ciencia y por lo tanto necesarias para la consecución de una mayor objetividad. En este sentido, tanto las teorías como las prácticas políticas feministas no sólo no serían incompatibles con los análisis epistemológicos de la ciencia, sino que redundarían en condiciones de posibilidad para una ciencia-psicología más justa socialmente y más objetiva. Estas posturas proponen una resignificación de la objetividad que implica la renuncia a visiones totales desde ninguna parte, demandando o bien la “máxima minimización de subjetividades mediante la inclusión de todas las

perspectivas socialmente relevantes” –à la Longino-; o bien el punto de partida de posiciones múltiples subyugadas, más reflexivas y críticas con las hegemonías invisibilizadas, mediante la articulación de conexiones parciales que tampoco caigan en la romantización y esencialización homogeneizadora de las posiciones desde abajo –en la línea de autoras como Harding, Haraway o Hill Collins-. «Resulta evidente que la búsqueda del conocimiento requiere de políticas democráticas y participativas. Si éste no fuera el caso, sólo las élites de género, raza, sexualidad y clase que predominan en las instituciones de búsqueda de conocimiento, tendrán la oportunidad de decidir cómo plantear sus preguntas de investigación, y tenemos suficientes razones para sospechar de la localización histórica desde donde tales preguntas serán de hecho planteadas.» (Harding, 1991: 124).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

A

- Aboulafia, Mitchell (1993). Was George Herbert Mead a Feminist? Hypatia. 8 (2), 145-158.
- Adlam, Diana; Henriques, Julian; Rose Nicolás; Salfield, Angie; Venn, Couze y Walkerdine, Valerie (1977). Psychology, ideology and the human subject. Ideology & Consciousness. 1, 5-56.
- Alcoff, Linda y Potter, Elisabeth (Ed.) (1993). Feminist Epistemologies. New York and London: Routledge.
- Álvarez-Uría, Fernando y Varela, Julia (1986). Las redes de la psicología. Madrid: Libertarias.
- Amorós, Celia (1997). Tiempo de feminismo. Sobre feminismo, proyecto ilustrado y postmodernidad. Madrid: Cátedra.
- Anzaldúa, Gloria (1987). Borderlands/La Frontera. The New Mestiza. San Francisco: Aunt Lute.
- Archer, John (1987). Beyond sex differences: Comments on Borrill and Reid. Bulletin of the British Psychological Society. 40, 88-89.
- Arenal, Concepción (1868/1974). La mujer del porvenir. En Concepción Arenal, La emancipación de la mujer en España (97-188). Madrid: Jucar.

B

- Baumeister, Roy F. (1988). Should We Stop Studying Sex Differences Altogether? American Psychologist. 43, 1092-1095.
- Beauvoir, Simone de (1949/1998). El Segundo Sexo. Madrid: Cátedra.
- Bem, Sandra Lipsitz (1993). The Lenses of Gender. Transforming the Debate on Sexual Inequality. New Haven and London: Yale University Press.
- Benstock, Shari (1992). Mujeres de la "Rive Gauche". París 1900-1940. Barcelona: Lumen.
- Bernstein, Maxine D. y Russo, Nancy Felipe (1974). The History of Psychology Revisited. Or, Up with Our Foremothers. American Psychologist. 29, 130-134.
- Bohan, Janis S. (1992). Contextual History: A Framework for Re-Placing Women in the History of Psychology. En Janis S. Bohan (ed.), Re-placing Women in Psychology. Readings Toward a More Inclusive History (44-56). Iowa: Kendall/Hunt Publishing Company.

- Bordo, Susan (1987). The Cartesian Masculinization of Thought. En Sandra Harding y Jeanne F. O'Barr (eds.), Sex and Scientific Inquiry (247-264). Chicago: The University of Chicago Press.
- Boring, Edwin G. (1938). The Society of Experimental Psychologists: 1904-1938. American Journal of Psychology. 51, 410-421.
- Boring, Edwin G. (1951). The Woman Problem. American Psychologist. 6, 679-682.
- Boring, Edwin G. (1967). Titchener's Experimentalists. Journal of the History of the Behavioral Sciences. 3, 315-325.
- Borrill, J. y Reid, B. (1986). Are British Psychologists Interested in Sex Differences? Bulletin of the British Psychological Society. 39, 286-288.
- Brown, Laura S. (1989). New Voices, New Visions. Toward a Lesbian/Gay Paradigm for Psychology. Psychology of Women Quarterly. 13, 445-458.
- Brown, Laura S. (1992). While waiting for the revolution: the case for a lesbian feminist psychotherapy. Feminism & Psychology. 2 (2), 239-253.
- Bryan, Alice I. y Boring, Edwin G. (1944). Women in American Psychology: Prolegomenon. Psychological Bulletin. 41 (7), 447-454.
- Bryan, Alice I. y Boring, Edwin G. (1947). Women in American Psychology: Factors affecting their professional careers. American Psychologist. 2 (1), 3-20.
- Burman Erica (ed.) (1990). Feminists and Psychological Practice. London: Sage.
- Burman, Erica (ed.) (1998a). Deconstructing Feminist Psychology. London: Sage.
- Burman, Erica (1998b). La Deconstrucción de la Psicología Evolutiva. Madrid: Visor.
- Buss, Allan R. (ed.) (1979). Psychology in Social Context. Nueva York: Irvington.
- Butler, Judith (1999). Performativity's social magic. En Richard Shusterman (ed.), Bourdieu: A Critical Reader (113-128). Oxford: Blackwell.
- Butler, Judith (1990/2001). El género en disputa. México: Paidós.

C

- Calkins, Mary Whiton (1896). Community of ideas of men and women. Psychological Review. 3 (4), 426-430.
- Callon, Michel (1998). El proceso de construcción de la sociedad. El estudio de la tecnología como herramienta para el análisis sociológico. En Miquel Doménech y Francisco Javier Tirado (eds.), Sociología Simétrica. Ensayos sobre ciencia, tecnología y sociedad (143-170). Barcelona: Gedisa.

- Canguilhem, George (1958/1980). What is Psychology? Ideology & Consciousness. 7, 37-50.
- Capshew, James H. y Laszlo, Alejandra C. (1986). "We would not take no for an answer": Women Psychologists and Gender Politics During World War II. Journal of Social Issues. 42 (1), 157-180.
- Castillo, Juan José (1996). La condición bárbara de las mujeres: La singular sociología de Thorstein Veblen. En M^a Ángeles Durán (ed.), Mujeres y hombres en la formación de la teoría sociológica (149-168). Madrid: CIS.
- Cattell, James McKenn (1904). The Conceptions and Methods of Psychology. Popular Science Monthly. 66, 176-186.
- Cattell, James McKenn (1909). The School and the Family. Popular Science Monthly. 74, 84-95.
- Chesler, Phyllis (1972). Women and Madness. New York: Doubleday.
- Chodorow, Nancy (1978). El ejercicio de la maternidad. Barcelona: Gedisa.
- Cobo, Rosa (1994a). El discurso de la igualdad en el pensamiento de Poullain de la Barre. En Celia Amorós (coord.), Historia de la Teoría Feminista (9-20). Madrid: Instituto de Investigaciones Feministas.
- Cobo, Rosa (1994b). La construcción social en Mary Wallstonecraft. En Celia Amorós (coord.), Historia de la Teoría Feminista (23-28). Madrid: Instituto de Investigaciones Feministas.
- Code, Lorraine (1993). Taking Subjectivity into Account. En Linda Alcoff y Elizabeth Potter (eds.), Feminist Epistemologies (15-48). New York and London: Routledge.
- Collins, Patricia Hill (2000). Black Feminist Thought. (2^a ed). New York and London: Routledge.
- Comas-Díaz, Lillian (1991). Feminism and Diversity in Psychology. The case of women of colour. Psychology of Women Quarterly. 15, 597-609.
- Contratto, Susan (1984). Mother: Social Sculptor and trustee of the faith. En Miriam Lewin (ed.), In the Shadow of the Past: Psychology Portrays the Sexes (226-255). New York: Columbia University Press.
- Crosby, Faye (1984). The denial of personal discrimination. American Behavioral Scientist. 27, 371-386.
- Cushman, Philip (1995). Constructing the Self, Constructing America: A Cultural History of Psychotherapy. Reading, MA: Addison-Wesley.

D

- Dallenbach, Karl M. (1940). Margaret Floy Washburn 1871-1939. The American Journal of Psychology. LIII (1), 1-5.
- Danziger, Kurt (1979). The Social Origins of Modern Psychology. En Allan R. Buss (ed.), Psychology in Social Context (27-45). New York: Irvington.
- Danziger, Kurt (1985). The Origins of the Psychological Experiment as a Social Institution. American Psychologist. 40 (2), 133-140.
- Danziger, Kurt (1990). Constructing the Subject: Historical Origins of Psychological Research. Cambridge: Cambridge University Press.
- Deegan, Mary Jo y Burger, John S. (1978). George Herbert Mead and Social Reform: His Work and Writings. Journal of the History of the Behavioral Sciences. 14, 362-373.
- Deegan, Mary Jo y Hill, Michael R. (ed.) (1997). With Her in Ourland. Sequel to Herland. Charlotte Perkins Gilman. Westport, Connecticut, London: Praeger.
- Denmark, Florance, Russo, Nancy F., Frieze, Irene H. y Sechzer, Jeri A. (1988). Guidelines for Avoiding Sexism in Psychological Research. American Psychologist. 43, 582-585.
- Diehl, Lesley A. (1986). The Paradox of G. Stanley Hall. Foe of Coeducation and Educator of Women. American Psychologist. 41 (8), 868-878.
- Diner, Steven J. (1978). George Herbert Mead's Ideas on Women and Careers: A Letter to his Daughter-in-Law, 1920. Signs. 4, 407-409.
- Doménech, Miquel (1998). El problema de "lo social" en la Psicología Social. Algunas consideraciones desde la Sociología del Conocimiento Científico. Anthropos. 177, 34-39.
- Doménech, Miquel, Iñiguez, Lupicinio, Pallí, Cristina y Tirado, Francisco J. (2000). La contribución de la psicología social al estudio de la ciencia. Anuario de Psicología. 31 (3), 77-93.

E

- Eagly, Alice H. (1987). Reporting Sex Differences. American Psychologist. 42, 756-757.
- Eagly, Alice H. (1990). On the Advantages of Reporting Sex Comparisons. American Psychologist. 45, 560-563.
- Eagly, Alice H. (1994). On Comparing Women and Men. Feminism & Psychology. 4 (4), 513-522.
- Eells, W. C. (1957). Doctoral dissertations by women in the nineteenth century. American Psychologist. 12, 230-231.

Ehreinreich, Barbara y English, Deirdre (1990). Por su propio bien. Madrid: Taurus.

F

Faderman, Lillian (1999). To Believe in Women. What lesbians have done for America. Boston and New York: Houghton Mifflin Company.

Femenías, María Luisa (1992). Juan de Huarte y la mujer sin “ingenio” en el *Examen de ingenios*. En Celia Amorós (coord.), Actas del Seminario Permanente Feminismo e Ilustración (15-27). Madrid: Instituto de Investigaciones Feministas.

Fernández Villanueva, Concepción (1982). La mujer y la psicología. En M. Ángeles Durán (ed.), Liberación y utopía (81-102). Madrid: Akal.

Fidell, Linda (1970). Empirical Verification of Sex Discrimination in Hiring Practices in Psychology. American Psychologist. 25, 1094-1098.

Figes, Eva (1972/1982). Actitudes Patriarcales. Madrid: Alianza.

Fine, Michelle y Gordon, Susan M. (1989). Feminist Transformations of/Despite Psychology. En Mary Crawford y Margaret Gentry (eds.), Gender and Thought: Psychological Perspectives (146-174). New York: Springer-Verlag.

Fiocchetto, Rosanna (1993). La amante celeste. La destrucción científica de la lesbiana. Madrid: horas y Horas.

Firestone, Sulamith (1970/1976). La dialéctica del sexo. Barcelona: Kairós.

Fjeld, Harriett A. y Ames, Louise Bates (1950). Women Psychologists: Their Work, Training, and Professional Opportunities. Journal of Social Psychology. 31, 69-94.

Flax, Jane (1983). Political philosophy and the patriarchal unconscious: a psychoanalytic perspective on epistemology and metaphysics. En Sandra Harding y Merrill B. Hintikka (eds.), Discovering Reality: Feminist Perspectives on Epistemology, Metaphysics, Methodology and Philosophy of Science (245-281). Boston: Reidel.

Foucault, Michel (1975-6/1992). Genealogía del Racismo. Madrid: La Piqueta.

Foucault, Michel (1976/1995). Historia de la Sexualidad. 1.La voluntad de saber. Madrid: Siglo XXI.

Fraisse, Geneviève (1991). Musa de la razón. Madrid: Cátedra.

Fray Luis de León (1583/1992). La perfecta casada. Madrid: Espasa Calpe.

Freud, Sigmund (1905/1997). Fragmento de análisis de un caso de histeria. Obras Completas, Volumen 7. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, Sigmund (1920/1997). Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina. Obras Completas, Volumen 14. Buenos Aires: Amorrortu.

- Freud, Sigmund (1925/1993). Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica. Los textos fundamentales del psicoanálisis. Barcelona: Altaya.
- Freud, Sigmund (1931/1997). Sobre la sexualidad femenina. Obras Completas, Volumen 21. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, Sigmund (1933/1993). La feminidad. Los textos fundamentales del psicoanálisis. Barcelona: Altaya.
- Friedan, Betty (1963/1974). La Mística de la Feminidad. Madrid: Júcar.
- Furumoto, Laurel (1979). Mary Whiton Calkins (1863-1930). Fourteenth President of the American Psychological Association. Journal of the History of the Behavioral Sciences. 15, 346-356.
- Furumoto, Laurel (1987). On the Margins: Women and the Professionalization of Psychology in the United States, 1890-1940. En Mitchell G. Ash y William R. Woodward (eds.), Psychology in Twentieth-Century Thought and Society (93-113). Cambridge/New York: Cambridge University Press.
- Furumoto, Laurel (1991). From “Paired Associates” to a Psychology of Self: The intellectual odyssey of Mary Whiton Calkins. En Gregory A. Kimble, Michael Wertheimer y Charlotte White (eds.), Portraits of Pioneers in Psychology (56-72). Washington: APA.
- Furumoto, Laurel (1992a). Joining Separate Spheres-Christine Ladd-Franklin, Woman-Scientist (1847-1930). American Psychologist. 47 (2), 175-182.
- Furumoto, Laurel (1992b). The New History of Psychology. En Janis S. Bohan (ed.), Replacing Women in Psychology. Readings Toward a More Inclusive History (11-30). Iowa: Kendall/Hunt Publishing Company.
- Furumoto, Laurel (1998). Gender and the History of Psychology. En Blythe McVlicker Clinchy y Julie K. Norem (eds.), The Gender and Psychology Reader (69-77). New York: New York University Press.
- Furumoto, Laurel y Scarborough, Elizabeth (1986). Placing Women in the History of Psychology. The First American Women Psychologists. American Psychologist. 41 (1), 35-42.

G

- Gamwell, Lynn y Tomes, Nancy (1995). Madness in America. Cultural and Medical Perceptions of Mental Illness Before 1914. New York: Cornell University Press.

- García Selgas, Fernando (2002). Preámbulo para una ontología política de la fluidez social. Athenea Digital. 1. www.blues.uab.es/athenea
- García Vega, Luis y Moya Santoyo, José (1991). Juan Huarte de San Juan. Patrón de la psicología española. Madrid: Ediciones académicas.
- Gergen, Kenneth J. (1973/1998). La psicología social como historia. Anthropos. 177, 39-49.
- Gergen, Kenneth J. (1988). Feminist Critique of Science and the Challenge of Social Epistemology. En Mary M. Gergen (ed.), Feminist thought and the structure of knowledge (27-48). New York: New York University Press.
- Gergen, Kenneth J. (1989). La psicología posmoderna y la retórica de la realidad. En Tomás Ibáñez (Coord.), El conocimiento de la realidad social (157-186). Barcelona: Sendai.
- Giere, Ronald (1988). Explaining Science. Chicago: University of Chicago Press.
- Gilman, Charlotte Perkins (1911). The Man-Made World, or Our Androcentric Culture. New York: Charlton Company.
- Gilman, Charlotte Perkins (1915/2000). Dellas. Un mundo femenino. Barcelona: Abraxas.
- Gilman, Charlotte Perkins (1916/1997). With Her in Ourland. En Mary Jo Deegan y Michael R. Hill (ed.), With Her in Ourland. Sequel to Herland (61-193). Westport, Connecticut, London: Praeger.
- Goldberg, Philip A. (1968). Are Women Prejudiced Against Women? Transaction. April, 28-30.
- González García, Marta I. (1993). El conductismo watsoniano y la polémica herencia-ambiente. Psicothema. 5 (1), 111-123.
- González García, Marta I. (1994). El conductismo en contexto. Tesis doctoral, Oviedo: Universidad de Oviedo.
- González García, Marta I. (1999). El estudio social de la ciencia en clave feminista: género y sociología del conocimiento científico. En M. José Barral, Carmen Magallón, Consuelo Miqueo y M. Dolores Sánchez (eds.), Interacciones ciencia y género (39-62). Barcelona: Icaria.
- González García, Marta I. (2002). Género y conocimiento. En José A. López Cerezo y José M. Sánchez Ron (ed.), Ciencia, Tecnología, Sociedad y Cultura en el cambio de siglo (347-358). Madrid: De la Torre.
- González García, Marta I. y Pérez Sedeño, Eulalia (2002). Ciencia, tecnología y género. Revista Iberoamericana de Ciencia, Tecnología, Sociedad e Innovación. 2.

- Goodenough, Florence L. (1944). Expanding Opportunities for Women Psychologists in the Post-war period of civil and military organization. The Psychological Bulletin. 41 (10), 706-712.
- Gordon, Kate (1905). Wherein Should the Education of a Woman Differ from That of a Man. School Review. 13, 789-794.
- Gould, Stephen Jay (1997). La falsa medida del hombre. Barcelona: Crítica.
- Graham, Pauline (1995). Parker Follet: Prophet of Management. Boston: Harvard Business School Press.
- Greer, Germaine (1971). The Female Eunuch. New York: McGraw-Hill.
- Grosz, Elizabeth (1993). Bodies and Knowledges: Feminism and the Crisis of Reason. En Linda Alcoff y Elizabeth Potter (eds.), Feminist Epistemologies (187-216). New York and London: Routledge.
- Guthrie, Robert V. (1976). Even the rat was white. New York: Harper & Row.

H

- Hall, Christine Iijima (1997). Cultural Malpractice. The Growing Obsolescence of Psychology with the Changing U.S. Population. American Psychologist. 52, 642-651.
- Hall, G. Stanley (1904). Adolescence: Its Psychology and its Relations to Physiology, Antropology, Sociology, Sex, Crime, Religion, and Education (2 vol.). New York: Appleton.
- Hall, G. Stanley (1906). The question of coeducation. Munsey's Magazine. 34, 588-592.
- Hall, G. Stanley (1923). Life and confessions of a psychologist. New York: Appleton.
- Hall, G. Stanley y Smith, Theodate L. (1903). Marriage and Fecundity of College men and women. Pedagogical Seminary. 10, 275-314.
- Haraway, Donna J. (1987). Animal Sociology and a Natural Economy of the Body Politic, Part I: A Political Physiology of Dominance. En Sandra Harding y Jeanne F. O' Barr (eds.), Sex and Scientific Inquiry (217-232). Chicago: The University of Chicago Press.
- Haraway, Donna J. (1989). Primate Visions. Gender, Race, and Nature in the World of Modern Science. London and New York: Routledge.
- Haraway, Donna J. (1995). Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza. Madrid: Cátedra.
- Haraway, Donna J. (1997). Modest Witness@Second Millenium.FemaleMan© Meets Onco Mouse™. Nueva York y Londres: Routledge.

- Haraway, Donna J. (1999). Las promesas de los monstruos: Una política regeneradora para otros inapropiados /inapropiables. Política y Sociedad. 30, 121-163.
- Harding, Sandra (1986/1996). Ciencia y feminismo. Madrid: Morata.
- Harding, Sandra (1991). Whose Science? Whose Knowledge? Thinking from Women's Lives. Buckingham: Open University Press.
- Harding, Sandra (1993). Rethinking Standpoint Epistemology: "What is Strong Objectivity?". En Linda Alcoff y Elizabeth Potter (ed.), Feminist Epistemologies. (49-82). Nueva York y Londres: Routledge.
- Hare-Mustin, Rachel T. y Marecek, Jeanne (1988). The Meaning of Difference. Gender Theory, Postmodernism, and Psychology. American Psychologist, 43, 455-464.
- Hare-Mustin, Rachel T. y Marecek, Jeanne (1994). Marcar la diferencia. Psicología y construcción de los sexos. Barcelona: Herder.
- Harris, Benjamin (1984). "Give me a dozen healthy infants...": John B. Watson's popular advice on childrearing, women and the family. En Miriam Lewin (ed.), In the Shadow of the Past: Psychology Portrays the Sexes (126-154). New York: Columbia University Press.
- Harris, Benjamin (1997). Repoliticizing the History of Psychology. En Dennis Fox e Isaac Prilleltensky (eds.), Critical Psychology. An Introduction (21-33). London: Sage.
- Hartsock, Nancy (1983). The Feminist Standpoint: Developing the ground for specific feminist historical materialism. En Sandra Harding y Merrill Hintikka (ed.), Discovering Reality: Feminist Perspectives on Epistemology, Metaphysics, Methodology and Philosophy of Science (283-310). Boston: Reidel.
- Hayles, N. Katherine (1986). Anger in different voices: Carol Gilligan and The Mill on the Floss. Signs. 12, 23-39.
- Heath, Stephen (1986). Joan Riviere and the Masquerade. En Victor Burgin, James Donald y Cora Kaplan (eds.), Formations of Fantasy (45-61). London and New York: Methuen.
- Henley, Nancy M. (1985). Psychology and Gender. Review Essay. Signs. 11 (1), 101-119.
- Herman, Ellen (1994). Psychiatry, Psychology, and Homosexuality. New York y Philadelphia: Chelsea House Publishers.
- Herman, Ellen (1995). The romance of American Psychology. Berkeley, Los Angeles and London: University of California Press.
- Hirschman, Albert O. (1977). Salida, voz y lealtad. México: Fondo de Cultura Económica.

- Hollingworth, Leta Stteter (1914a). Functional Periodicity: An Experimental Study of the Mental and Motor Abilities of Women during Menstruation. New York: Teachers College, Columbia University Press.
- Hollingworth, Leta Stteter (1914b). Variability as related to sex differences in achievement. American Journal of Sociology. 19, 510-530.
- Hollingworth, Leta Stteter (1916a). Social Devices for impelling women to bear and rear children. American Journal of Sociology. 22, 19-29.
- Hollingworth, Leta Stteter (1916b). General Reviews and Summaries. Sex Differences in Mental Traits. The Psychological Bulletin. XIII (10), 377-384.
- Hollingworth, Leta Stteter (1918). General Reviews and Summaries. Comparison of the Sexes in Mental Traits. The Psychological Bulletin. 15 (12), 427-432.
- Hollingworth, Leta Stteter (1922). Differential Action upon the Sexes of Forces which Tend to Segregate the Feeble-minded. Journal of Abnormal Psychology & Social Psychology. 17, 35-57.
- Hollway, Wendy (1989). Subjectivity and Method in Psychology. Gender, Meaning and Science. London: Sage.
- hooks, bell (1984). Feminist Theory. From margin to center. Boston: South end press.
- Howes, Ethel Puffer (1922). Accepting the Universe. Atlantic Monthly. 129, 444-453.
- Howitt, Dennis y J. Owusu-Bempah (1994). The Racism of Psychology. New York: Harvester/Wheatsheaf.
- Hyde, Janet S. (1994a). Can meta-analysis make feminist transformations in Psychology? Psychology of Women Quarterly. 18, 451-462.
- Hyde, Janet S. (1994b). Should Psychologists Study Gender Differences? Yes, With Some Guidelines. Feminism & Psychology. 4 (4), 507-512.
- Hyde, Janet S. (1995). Psicología de la mujer. La otra mitad de la experiencia humana. Madrid: Morata.

I

- Ibáñez, Tomás (1985). Ciencia, retórica de la “verdad” y relativismo. Archipiélago. 20, 33-40.
- Ingleby, David (1972). Ideology and the human science: some comments on the role of reification in psychology and psychiatry. En Trevor Pateman (ed.), Counter Course: A Handbook for Course Criticism (51-81). Harmondsworth: Penguin.

J

- Jago, Catherine; Blanco, Alda y Enríquez de Salamanca, Cristina (1998). La mujer en los discursos de género. Textos y contextos en el siglo XIX. Barcelona: Icaria.
- James, Alice (1890/1998). Diarios, Epistolario (Selección). León: Universidad de León.
- Jastrow, Joseph (1891). A Study of Mental Statistics. New Review. 5, 559-568.
- Jastrow, Joseph (1896a). Community of ideas of men and women. Psychological Review. 3 (1), 68-71.
- Jastrow, Joseph (1896b). Reply to Calkins. Psychological Review. 3 (4), 430-431.
- Jiménez Burillo, Florencio (1997). Notas sobre la fragmentación de la razón. Madrid: UCM.
- Jones, Ernest (1953). The Life and Work of Sigmund Freud. Vol.1. New York: Basic Books.

K

- Kant, Immanuel (1764/1997). Observaciones acerca del sentimiento de lo bello y de lo sublime. Madrid: Alianza Editorial.
- Keller, Evelyn Fox (1991). Reflexiones sobre género y ciencia. Valencia: Edicions Alfons el Magnànim.
- Keller, Evelyn Fox (1994). El sistema género/ciencia: o ¿es el sexo al género lo que la naturaleza a la ciencia?. En Centro feminista de estudios y documentación (ed.), La mujer y la ciencia. Cuadernos para el debate (45-60). Madrid: Instituto de la Mujer.
- Khun, Thomas S. (1962/1995). La estructura de las revoluciones científicas. México: FCE.
- Kitzinger, Celia (1990). Resisting the Discipline. En Erica Burman (ed.), Feminists and Psychological Practice (119-134). London: Sage.
- Kitzinger, Celia (1993). "Psychology Constructs the Female": A Reappraisal. Feminism & Psychology. 3 (2), 189-193.
- Kitzinger, Celia (1994). Should Psychologists Study Sex Differences? Feminism & Psychology. 4 (4), 501-506.
- Kitzinger, Celia (1999). Lesbian and gay psychology. Is it critical? Annual Review of Critical Psychology. 1, 50-66.
- Kitzinger, Celia y Perkins, Rachel (1993). Changing Our Minds. Lesbian Feminism and Psychology. London: Only Women Press.
- Koppes, Laura L. (1997). American Female Pioneers of Industrial and Organizational Psychology During the Early Years. Journal of Applied Psychology. 82 (4), 500-515.

L

- Ladd-Franklin, Christine (1904). Endowed Professorship for Women. Publications of the Association of Collegiate Alumnae, Series III. 9, 53-61.
- Ladd-Franklin, Christine (1908). Report of the Committee on the Endowment of Fellowships. Publications of the Association of Collegiate Alumnae, Series III. 17, 143-146.
- Lalueza, Carles (2002). Razas, racismo y diversidad. Valencia: Algar.
- Landrine, Hope (ed.) (1995). Bringing Cultural Diversity to Feminist Psychology. Washington: American Psychological Association.
- Lane, Ann J. (1999). The Charlotte Perkins Gilman Reader. Charlottesville and London: University Press of Virginia.
- Latour, Bruno (1983/1995). Dadme un laboratorio y moveré el mundo. En J. Manuel Iranzo, J. Rubén Blanco, Teresa González de la Fe, Cristóbal Torres y Alberto Cotillo (ed.), Sociología de la Ciencia y la Tecnología (237-258). Madrid: CSIC.
- Latour, Bruno (1992). Ciencia en acción. Barcelona: Labor.
- Latour, Bruno (2000). When Things Strike Back: a possible contribution of “science studies” to the social sciences. British Journal of Sociology. 51 (1), 107-123.
- Latour, Bruno y Woolgar, Steve (1979/1995). La vida en el laboratorio. La construcción de los hechos científicos. Madrid: Alianza.
- Laws, Judith (1975). The Psychology of Tokenism: An analysis. Sex Roles. 1, 51-67.
- Leffers, M. Regina (1993). Pragmatists Jane Addams and John Dewey Inform the Ethic of Care. Hypatia. 8 (2), 64-77.
- Lengermann, Patricia Madoo y Niebrugge-Brantley, Jill (1998). The Women Founders. Sociology and Social Theory, 1830-1930. Boston: McGraw Hill.
- Lerner, Gerda (1992). Placing Women in History: Definitions and Challenges. En Janis S. Bohan (ed.), Re-placing Women in Psychology. Readings Toward a More Inclusive History (31-43). Iowa: Kendall/Hunt Publishing Company.
- Lewin, Miriam (ed.) (1984). In the Shadow of the Past: Psychology Portrays the Sexes. New York: Columbia University Press.
- Lewin, Miriam (1984a). The Victorians, the Psychologists and Psychic Birth Control. En Miriam Lewin (ed.), In the Shadow of the Past: Psychology Portrays the Sexes (39-76). New York: Columbia University Press.
- Lewin, Miriam (1984b). “Rather Worse than Folly?” Psychology Measures Femininity and Masculinity, 1: From Terman and Miles to the Guilfords. En Miriam Lewin (ed.), In the

- Shadow of the Past: Psychology Portrays the Sexes (155-178). New York: Columbia University Press.
- Loevinger, Jane (1948). Professional Ethics for Women Psychologists. American Psychologist. **3**, 551.
- Longino, Helen E. (1990). Science as Social Knowledge. Princeton: Princeton University Press.
- Longino, Helen E. (1993). Subject, Power and Knowledge: Description and prescription in feminist philosophies of science. En Linda Alcoff and Elizabeth Potter (eds.), Feminist Epistemologies (101-120). New York and London: Routledge.
- Longino, Helen E. (1997a). Feminismo y filosofía de la ciencia. En Marta I. González García, José A. López Cerezo y José L. Luján (eds.), Ciencia, Tecnología y Sociedad. (71-84). Barcelona: Ariel.
- Longino, Helen E. (1997b). Haciendo visible el género en la construcción del conocimiento científico. Seminario de Estudios socio-históricos “Mujer y Ciencia”. Curso: Feminismo, Ciencia y Poder (6 Marzo-29 Mayo 1997).
- Longino, Helen E. (2002). The Fate of Knowledge. Princeton and Oxford: Princeton University Press.
- López Cerezo, José A.; Sanmartín, José y González García, Marta I. (1994). El estado de la cuestión. Filosofía actual de la ciencia. Diálogo filosófico. **29**, 164-208.
- Lowie, Robert H. y Hollingworth, Leta Stteter (1916). Science and Feminism. Scientific Monthly. **3**, 277-284.
- Lott, Bernice (1994). Naturalezas duales o conducta aprendida: el desafío de la psicología feminista. En Rachel T. Hare-Mustin y Jeanne Marecek (eds.), Marcar la diferencia. Psicología y construcción de los sexos (87-128). Barcelona: Herder.
- Lozano, Jorge (1994). El discurso histórico. Madrid: Alianza Editorial.
- Lykes, M. Brinton y Stewart, Abigail J. (1986). Evaluating the feminist challenge to research in personality and social psychology: 1963-1983. Psychology of Women Quarterly. **10**, 393-412.

M

- Maccoby, Eleanor y Jacklin, Carol (1974). The psychology of sex differences. Palo Alto: Stanford University Press.
- Marañón, Gregorio (1931). Tres ensayos sobre la vida sexual. Madrid: Biblioteca Nueva.

- Martín, Mabel F. (1940). The Psychological Contributions of Margaret Floy Washburn. The American Journal of Psychology. LIII (1), 7-18.
- McHugh, Maureen C.; Koeske, Randi D. y Frieze, Irene H. (1986). Issues to Consider in Conducting Non sexist Psychological Research. A Guide for Researchers. American Psychologist. 41, 879-890.
- Mednick, Martha T. (1989). On the Politics of Psychological Constructs. Stop the bandwagon, I want to get off. American Psychologist. 44 (8), 1118-1123.
- Merton, Robert K. (1960/1985). “Reconocimiento” y “excelencia”: Ambigüedades instructivas. En La sociología de la ciencia, vol.2 (531-553). Madrid: Alianza.
- Merton, Robert K. (1963/1985). La ambivalencia de los científicos. En La sociología de la ciencia, vol.2 (491-524). Madrid: Alianza.
- Merton, Robert K. (1968a/1985). El efecto Mateo en la ciencia. En La sociología de la ciencia, vol.2 (554-578). Madrid: Alianza.
- Merton, Robert K. (1968b/1985). Las pautas de conducta de los científicos. En La sociología de la ciencia, vol.2 (423-443). Madrid: Alianza.
- Miguel Álvarez, Ana de (1994a). Deconstruyendo la ideología patriarcal: Un análisis de “La sujeción de la mujer”. En Celia Amorós (coord.), Historia de la Teoría Feminista (49-68). Madrid: Instituto de Investigaciones Feministas.
- Miguel Álvarez, Ana de (1994b). El conflicto clase/sexo-género en la tradición socialista. En Celia Amorós (coord.), Historia de la Teoría Feminista (89-105). Madrid: Instituto de Investigaciones Feministas.
- Mill, John Stuart (1869/2000). El sometimiento de la mujer. En John Stuart Mill y Harriet Taylor Mill, Ensayos sobre la igualdad de los sexos (145-261). Madrid: A.Machado.
- Millett, Kate (1969/1995). Política Sexual. Madrid: Cátedra.
- Millett, Kate (1974/1990). En pleno vuelo. Barcelona: Hacer Editorial.
- Millett, Kate (1990/2000). The Loony-Bin Trip. Urbana y Chicago: University of Illinois Press.
- Minton, Henry L. (2000). Psychology and Gender at the Turn of the Century. American Psychologist. 55 (6), 613-615.
- Mitchell, Mildred (1951). Status of Women in the American Psychological Association. American Psychologist. 6, 193-201.
- Miyares, Alicia (1994). Sufragismo. En Celia Amorós (coord.), Historia de la Teoría Feminista (69-85). Madrid: Instituto de Investigaciones Feministas.

- Montague, Helen y Hollingworth, Leta Stteter (1914). The comparative variability of the sexes at birth. Journal of Sociology. 20, 335-370.
- Morawski, Jill G. (1982). Assessing Psychology's Moral Heritage Through Our Neglected Utopias. American Psychologist. 37 (10), 1082-1095.
- Morawski, Jill G. (1984a). Historiography as a Metatheoretical Text for Social Psychology. En Kenneth J. Gergen y Mary M. Gergen (eds.), Historical Social Psychology (37-60). Hillsdale, New Jersey, London: Lawrence Erlbaum Associates.
- Morawski, Jill G. (1984b). Not quite new worlds: Psychologists's conceptions of the ideal family in the twenties. En Miriam Lewin (ed.), In the Shadow of the Past: Psychology Portrays the Sexes (97-125). New York: Columbia University Press.
- Morawski, Jill G. (1985). The measurement of masculinity and femininity: Engendering categorical realities. Journal of Personality. 53 (2), 196-223.
- Morawski, Jill G. (1988). Impossible Experiments and Practical Constructions: The Social Bases of Psychologists' Work. En Jill G. Morawski (ed.), The Rise of Experimentation in American Psychology (72-93). New Haven: Yale University Press.
- Morawski, Jill G. (1994). Hacia lo no imaginado. Feminismo y epistemología en psicología. En Rachel T. Hare-Mustin y Jeanne Marecek (eds.), Marcar la diferencia. Psicología y construcción de los sexos (181-218). Barcelona: Herder.
- Morawski, Jill G. (1997). Practicing Feminisms, Reconstructing Psychology. Michigan: The University of Michigan Press.
- Morawski, Jill G. y Agronick, Gail (1991). The History of Feminist Work in Experimental and Cognitive Psychology. Psychology of Women Quarterly. 15, 567-579.
- Morawski, Jill G. y Bayer, Betty M. (1995). Stirring Trouble and Making Theory. En Hope Landrine (ed.), Bringing Cultural Diversity to Feminist Psychology (113-137). Washington: American Psychological Association.
- Morawski, Jill G. y Goldstein, Sharon E. (1985). Psychology and Nuclear War. A Chapter in Our Legacy of Social Responsibility. American Psychologist. 40 (3), 276-284.
- Morin, Sepsen (1977). Heterosexual bias in psychological research on lesbianism and male homosexuality. American Psychologist. 32, 629-637.
- Moscovici, Serge (1993). Toward a Social Psychology of Science. Journal for the Theory of Social Behaviour. 23 (4), 343-374.
- Mulkay, Michael (1969/1980). El crecimiento cultural en la ciencia. En Barry Barnes, Thomas S. Kuhn, Robert K. Merton y otros, Estudios sobre sociología de la ciencia (125-140). Madrid: Alianza.

Murchison, Carl (ed.) (1936). A History of Psychology in Autobiography. Vol.3. Massachusetts: Clark University Press.

N

Nelson, Lynn H. (1993). Epistemological Communities. En Linda Alcoff and Elizabeth Potter (eds.), Feminist Epistemologies (121-160). New York and London: Routledge.

Nevers, Cordelia (1895). Dr. Jastrow on Community of ideas of men and women. Psychological Review. 2 (4), 363-367.

Newton, Esther (1989). The Mythic Mannish Lesbian: Radclyffe Hall and the New Woman. En Martin Duberman, Martha Vicinus y George Chauncey (ed.), Hidden from History. Reclaiming the Gay and Lesbian Past (281-293). New York: Meridian.

Nicolson, Paula (1995). Feminism and Psychology. En Jonathan A. Smith, Rom Harré y Luk Van Langenhove (eds.), Rethinking Psychology (122-142). London, Thousand Oaks, New Delhi: Sage.

O

Otis, Margaret (1913). A Perversion not commonly noted. Journal of Abnormal Psychology. 8, 113-116.

P

Pablo, Flora de (2000, 5 de enero). Mujer y ciencia desde la Europa del Sur. El País Digital, <<http://www.elpais.es/p/d/suplemen/futuro/fut0105f.htm>>

Palmieri, Patricia A. (1983). Here was Fellowship: A Social Portrait of Academic Women at Wellesley College, 1895-1920. History of Education Quarterly. 23, 195-214.

Pallí, Cristina e Iñiguez, Lupicinio (1997). La psicología social de la ciencia: revisión y discusión de su estado actual. Congreso de Psicología Social. San Sebastián.

Pappas, Gregory Fernando (1993). Dewey and Feminism: The Affective and Relationship in Dewey's Ethics. Hypatia. 8 (2), 78-95.

Park, Robert E. (1928). Human Migration and the Marginal Man. American Journal of Sociology. 33, 881-893.

Park, Robert E. (1939/2002). La naturaleza de las relaciones raciales. En Eduardo Terrén (ed.), Razas en conflicto. Perspectivas sociológicas (104-124). Barcelona: Anthropos.

Parlee, Mary B. (1975). Review Essay: Psychology. Signs. 1, 119-138.

Parlee, Mary B. (1979). Psychology and Women. Review Essay. Signs. 5, 121-133.

- Parsons, Elsie Clews (1915). Anti-Suffragists and the War. Scientific Monthly. 1, 44-46.
- Pateman, Carole (1995). El contrato sexual. Barcelona: Anthropos.
- Pérez Sedeño, Eulalia (1992). Mujer, ciencia e Ilustración. En Celia Amorós (coord.), Actas del Seminario Permanente Feminismo e Ilustración (59-71). Madrid: Instituto de Investigaciones Feministas.
- Pérez Sedeño, Eulalia (coord.) (1994). Conceptualización de lo femenino en la filosofía antigua. Madrid: Siglo XXI.
- Pérez Sedeño, Eulalia (2000). ¿El poder de una ilusión? Ciencia, Género y Feminismo. En M. Teresa López de la Vieja (ed.), Feminismo: del pasado al presente (103-116). Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- Perkins, Charlotte (1892/2001). El papel de pared amarillo. En Miquel Berga (ed.), Cinco mujeres locas. Cuentos góticos de literatura norteamericana (49-77). Barcelona: Lumen.
- Perkins, Charlotte (1898/1966). Women and Economics (ed. Carl N. Degler). New York: Harper & Row.
- Pillsbury, Walter Bowers (1940). Margaret Floy Washburn (1871-1939). The Psychological Review. 47(2), 99-109.
- Pion, G.M., Mednick, M.T., Astin, H.S., Hall, C.I., Kenkel, M.B., Keita, G.P., Kohout, J.L. y Kelleher, J.C. (1996). The Shifting Gender Composition of Psychology. Trends and Implications for the Discipline. American Psychologist. 51, 509-528.
- Pleck, Joseph H. (1984). The Theory of Male Sex Role Identity: Its Rise and Fall, 1936 to the Present. En Miriam Lewin (ed.), In the Shadow of the Past: Psychology Portrays the Sexes (205-225). New York: Columbia University Press.
- Poffenberger, Albert T. (1940). Leta Stetter Hollingworth: 1886-1939. American Journal of Psychology. 53, 299-311.
- Posada Kubissa, Luisa (1998). Sexo y Esencia. Madrid: horas y HORAS.
- Potter, Jonathan (1998). La representación de la realidad. Discurso, retórica y construcción social. Barcelona: Paidós.
- Poullain de la Barre (1674/1993). De la educación de las damas. Madrid: Cátedra.
- Prilleltensky, Isaac (1989). Psychology and the Status Quo. American Psychologist. 44 (5), 795-802.
- Prins, Baukje (1997). Situated knowledges: feminist constructivism according to Donna Haraway. En The Standpoint in Question: Situated Knowledges and the Dutch Minorities Discourse (85-109). Utrecht: Utrecht University

- Puleo, Alicia H. (1992a). Cartesianismo y moral estoico-epicúrea en la reflexión de Madame Lambert. En Celia Amorós (coord.), Actas del Seminario Permanente Feminismo e Ilustración (113-118). Madrid: Instituto de Investigaciones Feministas.
- Puleo, Alicia H. (1992b). Dialéctica de la sexualidad. Género y sexo en la filosofía contemporánea. Madrid: Cátedra.
- Puleo, Alicia H. (1993). La Ilustración olvidada. La polémica de los sexos en el siglo XVIII. Barcelona: Anthropos.
- Puleo, Alicia H. (1996). Figuras del Otro en la Ilustración francesa. Escuela Libre.

Q

- Quine, Willard Van Orman (1969). Ontological Relativity and Other Essays. New York: Columbia University Press.

R

- Rich, Adrienne (1986). Antología poética 1951-1981. Madrid: Visor.
- Richards, Graham (1997). "Race", Racism and Psychology. Towards a Reflexive History. London and New York: Routledge.
- Riger, Stephanie (1992). Epistemological Debates, Feminist Voices. Science, Social Values, and the Study of Women. American Psychologist. 47 (6), 730-740.
- Riviere, Joan (1929/1986). Womanliness as a Masquerade. En Victor Burgin, James Donald y Cora Kaplan (eds.), Formations of Fantasy (35-44). London and New York: Methuen.
- Rose, Hilary (1985). Trabajo de mujeres: conocimiento de mujeres. En Celia Amorós, Lourdes Benería, Christine Delphy, Hilary Rose, Verena Stolcke, Mujeres: ciencia y práctica política (64-86). Madrid: Debate.
- Rose, Hilary (1987). Hand, Brain and Heart: A Feminist Epistemology for the Natural Sciences. En Sandra Harding y Jeanne F. O'Barr (eds.), Sex and Scientific Inquiry (265-282). Chicago: The University of Chicago Press.
- Rose, Nikolas (1979). The psychological complex: mental measurement and social administration. Ideology & Consciousness. 4, 5-68.
- Rosenberg, Rosalind (1982). Beyond Separate Spheres: Intellectual Roots of Modern Feminism. New Haven: Yale University Press.
- Rosenberg, Rosalind (1984). Leta Stetter Hollingworth: Toward a Sexless Intelligence. En Miriam Lewin (ed.), In the shadow of the past: Psychology portrays the sexes (77-96). New York: Columbia University Press.

- Rosenwein, Robert E. (1994). Social Influence in Science: Agreement and Dissent in Achieving Scientific Consensus. En William R. Shadish y Steve Fuller (eds.), The Social Psychology of Science (262-285). New York: The Guilford Press.
- Rossi, Alice (1964). Equality between de Sexes: An Immodest Proposal. Daedalus. 93 (2), 607-652.
- Rossi, Alice (1965). The Case against Full-time Motherhood. Redbook. 51, 129-131.
- Rossi, Alice (1965). Women in Science: Why So Few? Science. 148, 1196-1202.
- Rossiter, Margaret W. (1992). Women Scientists in America. Struggles and Strategies to 1940. (3ªed.). Baltimore and London: The Johns Hopkins University Press.
- Rossiter, Margaret W. (1993). The ~~Matthew~~ Matilda Effect in Science. Social Studies of Science. 23, 325-341.
- Rossiter, Margaret W. (1995). Women Scientists in America. Before Affirmative Action 1940-1972. Baltimore and London: The Johns Hopkins University Press.
- Rothblum, Esther D. (1988). More on Reporting Sex Differences. American Psychologist. 43, 1095.
- Rouse, Joseph (1996). Feminism and the social construction if scientific knowledge. En Lynn Hankinson Nelson and Jack Nelson (eds.), Feminism, Science, and the Philosophy of Science (195-215). Dordrecht/Boston/London: Kluwer Academic Publishers.
- Rousseau, Jean-Jacques (1762/1990). Emilio o de la educación. Madrid: Alianza Editorial.
- Russo, Nancy Felipe y Denmark, Florence L. (1987). Contributions of Women to Psychology. Annual Review of Psychology. 38, 279-298.

S

- Salomone, Mónica (2000, 19 de enero). Un informe de la UE alerta sobre la discriminación de las mujeres en la ciencia. El País, 32.
- Samelson, Franz (1979). Putting Psychology on the Map: Ideology and Intelligence Testing. En Allan R. Buss (ed.), Psychology in Social Context (103-169). Nueva York: Irvington.
- Sampson, Edward (1983). Justice and the Critique of Pure Psychology. New York: Plenum.
- Sánchez Muñoz, Cristina (2001). Genealogía de la vindicación. En Elena Beltrán y Virginia Maquieira (eds.), Feminismos. Debates teóricos contemporáneos (17-73). Madrid: Alianza Editorial. .
- Sánchez Saornil, Lucía (1935/1976). La cuestión femenina en nuestros medios. En Mary Nash, Mujeres Libres (43-61). Barcelona: Tusquets.

- Sánchez Saornil, Lucía (1935/1983). La cuestión femenina en nuestros días. En Mary Nash, Mujer, familia y trabajo en España 1875-1936 (74-77). Barcelona: Anthropos.
- Scanlon, Geraldine M. (1986). La polémica feminista en la España contemporánea 1868-1974. Madrid: Akal.
- Scarborough, Elizabeth y Furumoto, Laurel (1987). Untold Lives: The First Generation of American Women Psychologists. Nueva York: Columbia University Press.
- Seigfried, Charlene Haddock (1993a). Introduction to Jessie Taft's *The Woman Movement from the point of view of Social Consciousness*. Hypatia. 8 (2), 215-218.
- Seigfried, Charlene Haddock (1993b). 1895 Letter form Harvard Philosophy Department. Hypatia. 8 (2), 230-233.
- Shadish, William R. y Fuller, Steve (eds.) (1994). The Social Psychology of Science. New York: The Gilford Press.
- Shapin, Steven (1975/1994). El conocimiento frenológico y la estructura social del Edimburgo de principios del diecinueve. En Carlos Solís (ed.), Razones e Intereses. La historia de la ciencia después de Khun (179-216). Barcelona, Buenos Aires, México: Paidós.
- Sherif, Carolyn Wood (1979). What every intelligent person should know about Psychology and Women. En Eloise C. Snyder (ed.), The Study of Women: Enlarging perspectives of social reality (143-183). New York: Harper & Row.
- Sherif, Carolyn Wood (1979/1987). Ethnocentrism, Androcentism, and Sexist Bias in Psychology. En Sandra Harding (ed.), Feminism and Methodology (39-96). Bloomington/Milton Keynes: Indiana University Press.
- Sherman, Julia y Denmark, Florence (eds.) (1978). The Psychology of Women: Future Direction of Research. New York: Psychological Dimensions.
- Shields, Stephanie A. (1975a). Functionalism, Darwinism, and the Psychology of Women. A Study in Social Myth. American Psychologist. 30, 739-754.
- Shields, Stephanie A. (1975b). Ms. Pilgrim's Progress. The Contribution of Leta Stteter Hollingworth to the Psychology of Women. American Psychologist. 30, 852-857.
- Shields, Stephanie A. (1984). "To Pet, Coddle, and 'Do For'": Caretaking and the Concept of Maternal Instinct. En Miriam Lewin (ed.), In the Shadow of the Past: Psychology Portrays the Sexes (256-273). New York: Columbia University Press.
- Shields, Stephanie A. (1987). The Variability Hypothesis: The History of a Biological Model of Sex Differences in Intelligence. En Sandra Harding y Jeanne F. O' Barr (eds.), Sex and Scientific Inquiry (187-215). Chicago: The University of Chicago Press.

- Shinn, Milicent Washburn (1895). The Marriage Rate of College Women. Century Magazine. 50, 946-948.
- Showalter, Elaine (2000). The Female Malady. London: Virago.
- Simmel, Georg (1905/1999). "La moda". Cultura femenina y otros ensayos (35-71). Barcelona: Alba Editorial.
- Smith, Dorothy E. (1987). Women's Perspectives as a Radical Critique of Sociology. En Sandra Harding (ed.), Feminism and Methodology (84-96). Bloomington, Milton Keynes: Indiana University Press.
- Smith-Rosenberg, Carroll (1989). Discourses of Sexuality and Subjectivity: The New Woman, 1870-1936. En Martin Duberman, Martha Vicinus y George Chauncey (ed.), Hidden from History. Reclaiming the Gay and Lesbian Past (264-280). New York: Meridian.
- Solís, Carlos (ed.) (1994). Razones e intereses. La historia de la ciencia después de Kuhn. Barcelona: Paidós.
- Somerville, Siobhan B. (2000). Queering the Color Line. Race and the Invention of Homosexuality in American Culture. Durham and London: Duke University Press.
- Squire, Corinne (1989). Significant Differences. Feminism in Psychology. London and New York: Routledge.
- Squire, Corinne (1990). Feminism as antipsychology: learning and teaching in feminist psychology. En Erica Burman (ed.), Feminists and Psychological Practice (76-88). London: Sage.

T

- Taft, Jessie (1913/1993). The Woman Movement as part of the Larger Social Situation. Hypatia. 8 (2), 219-229.
- Taft, Jessie (1916). The Woman's Movement from the Point of View of Social Consciousness. Chicago: University of Chicago Press.
- Tanesini, Alessandra (1999). An Introduction to Feminist Epistemologies. Oxford: Blackwell.
- Tanner, Amy (1896). Community of ideas of men and women. Psychological Review. 3 (5), 548-550.
- Teghtsonian, Martha (1974). Distribution by sex authors and editors in psychological journals. American Psychologist. 29, 262-269.

- Terman, Lewis y Miles, Catherine Cox (1936). Sex and Personality. Studies in Masculinity and Femininity. New York: McGraw-Hill.
- Thomas, William Isaac (1904). Is the Human Brain Stationary? Forum. 36, 305-320.
- Thomas, William Isaac (1906). The Adventitious Character of Woman. American Journal of Sociology. 12, 32-44.
- Thomas, William Isaac (1907). The Mind of Woman and the Lower Races. American Journal of Sociology. 12, 435-469.
- Thomas, William Isaac (1908). The Psychology of woman's dress. American Magazine. 67, 66-72.
- Thomas, William Isaac (1909a). Votes for Women. American Magazine. 68, 292-301.
- Thomas, William Isaac (1909b). Woman and the Occupations. American Magazine. 68, 463-470.
- Thompson, Helen (1903). The Mental Traits of Sex. Chicago: University of Chicago Press.
- Thorndike, Edward L. (1906). Sex in Education. The bookman. 23, 211-214.
- Thorndike, Edward L. (1914). Educational psychology briefer course. New York: Teachers College, Columbia University.
- Tiefer, Leonore (1991). A brief history of the Association for Women in Psychology: 1969-1991. Psychology of Women Quarterly. 15, 635-649.

U

- Unger, Rhoda K. (1982). Advocacy versus scholarship revisited: Issues of the psychology of women. Psychology of Women Quarterly. 7, 5-17.
- Unger, Rhoda K. (1994). Los reflejos imperfectos de la realidad: la psicología construye los roles sexuales. En Rachel T. Hare-Mustin y Jeanne Marecek (eds.), Marcar la diferencia. Psicología y construcción de los sexos (129-180). Barcelona: Herder.
- Unger, Rhoda K. (1997). The three-sided mirror. Feminists looking at psychologists looking at women. En Ray Fuller, Patricia N. Walsh y Patrick McGinley (eds.), A Century of Psychology. Progress, paradigms and prospects for the new millennium (16-35). London and New York: Routledge.
- Unger, Rhoda (1998). Resisting Gender. Twenty-five years of Feminist Psychology. London: Sage.
- Upin, Jane S. (1993). Charlotte Perkins Gilman: Instrumentalism beyond Dewey. Hypatia. 8 (2), 38-63.

V

- Valcárcel, Amelia (1997). La política de las mujeres. Madrid: Cátedra.
- Valcárcel, Amelia (2000). Rebeldes. Barcelona: Plaza & Janés.
- Varela, Julia (1997). Nacimiento de la mujer burguesa. Madrid: La Piqueta.
- Vaughter Reesa M. (1976). Review Essay: Psychology. Signs. 2 (1), 120-146.
- Veblen, Thorstein (1899). The Barbarian Status of Women. American Journal of Sociology. 4, 503-514.
- Veblen, Thorstein (1899/1974). Teoría de la clase ociosa. México: Fondo de Cultura Económica.

W

- Walker, Beverly M. (1981). Psychology and Feminism –If you Can't Beat Them, Join Them. En Dale Spender (ed.), Men's Studies Modified. The impact of feminism on the academic disciplines (111-124). New York, Oxford, etc.: Pergamon Press.
- Walkowitz, Judith (1995). La ciudad de las pasiones terribles. Narraciones sobre peligro sexual en el Londres victoriano. Madrid: Cátedra.
- Ward, Julie K. (ed.) (1996). Feminism and Ancient Philosophy. New York and London: Routledge.
- Ward, Lester F. (1888). Our Better Halves. Forum. 6, 266-275.
- Watson, John B. (1913). Psychology as the behaviorist views it. Psychological Review. 20, 158-177.
- Watson, John B. (1927). The Weakness of Women. The Nation. 125 (6), 9-10.
- Watson, John B. (1928). The Psychological Care of the Infant and Child. New York: Norton.
- Watson, John B. (1929). Should a child have more than one mother? Liberty. 29, 31-35.
- Weisstein, Naomi (1968/1993). Psychology Constructs the Female; or, The Fantasy Life of the Male Psychologist (with Some Attention to the Fantasies of His Friends, the Male Biologist and the Male Anthropologist). Feminism & Psychology. 3 (2), 195-210.
- Weisstein, Naomi (1977/1997). “How can a little girl like you teach a great big class of men?” the Chairman Said, and Other Adventures of a Woman in Science. En Mary Crawford y Rhoda K. Unger (comp.), In Our Own Words. Readings on the Psychology of Women and Gender (26-32). New York: The McGraw-Hill Companies.
- Weisstein, Naomi (1993). Power, resistance, and science: A call for a revitalized feminist psychology. Feminism & Psychology. 3, 239-245.

- Wilkinson, Sue (1990). Women organizing within psychology. En Erica Burman (ed.), Feminists and Psychological Practice (140-151). London: Sage.
- Wilkinson, Sue (1991). Why Psychology (Badly) Needs Feminism? En Jane Aaron y Sylvia Walby (eds.), Out of the Margins (191-203). London: The Falmer Press.
- Wilkinson, Sue (1997). Feminist Psychology. En Dennis Fox y Prilleltensky (ed.), Critical Psychology. An Introduction (247-264). London: Sage.
- Wittig, Michele A. (1985). Metatheoretical Dilemmas in the Psychology of Gender. American Psychologist. 40, 800-811.
- Wollstonecraft, Mary (1792/2000). Vindicación de los Derechos de la Mujer. Madrid: Cátedra.
- Woolf, Virginia (1928/1997). Una habitación propia. Barcelona: Seix Barral.
- Woolf, Virginia (1938/1999). Tres guineas. Barcelona: Lumen.
- Woolgar, Steve (1991). Abriendo la caja negra. Barcelona: Anthropos.
- Woolley, Helen Thompson (1910). Psychological Literature. A review of the recent literature on the psychology of sex. The Psychological Bulletin. 7, 335-342.
- Woolley, Helen Thompson (1914). General reviews and summaries. The psychology of sex. The Psychological Bulletin. XI (10), 353-379.

Z

- Zuckerman, Harriet; Cole, Jonathan R. y Bruer, John T. (eds.) (1991). The Outer Circle. Women in the Scientific Community. New York: Norton and Co.